

7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29
---	---	---	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----

JOSE ANGEL BUESA

DOM LUN MART MIERC JUE VIE SAB
 1 2 3 4
 5 6 7 8 9 10 11
 12 13 14 15 16 17 18
 19 20 21 22 23 24 25
 26 27 28 29

AÑO BISIESTO

José Angel Buesa

AÑO BISIESTO

Autobiografía Informal



Santo Domingo, R.D.

1981

Publicaciones de la
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU)

ANO BISIESTO

Autobiografía Intelectual

©1981, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña
Dirección de Publicaciones
Santo Domingo,
República Dominicana.



10. R.D.

EXPLICACION

Serán los ojos de Berta en una calle, pero sin Berta; o un vaso que se rompe como en el piso del hotel de Madrid; o cierta manera de llover a medianoche, hacia las profundidades de otra medianoche lloviendo; o un sobre con una escritura que se parece a la que no es; o alguien que pasa tarareando una vieja canción que nos dolía entonces; o porque sí, como los relámpagos, como el viento.

Otras veces es cualquier cosa por primera vez, pero como repitiéndose; o es un nombre en una tarjeta con otro apellido; o es una tos de morirse solo en el apartamento de encima; o es apenas el roce de un anillo en un pasamano; o un espejo iluminándose hacia un balcón que ya no está ahí; o una manera de otra costumbre al desdoblar la servilleta; o el viejo de la bufanda en el andén o la niña de trenzas alegres patinando en el parque.

Puede ser el perfil de Mary detrás de un búcaro con claveles; o un hálito de mariscos tristes como en el cafetín de Génova; o un fantasma de pronto entre el gentío de un aeropuerto; o las enfermeras con sus pasos de ladrón nocturno, como en los demás hospitales; o el calendario con un domingo al revés, o qué sé yo, pero todos los días.

Y es así como nos repasamos por dentro, incesantemente. Y totalmente. Fragmentos sin cronología, si queréis. Rostros, nombres, ciudades, circunstancias, —y uno sonrío, o no. Pero todo el tiempo —todo nuestro tiempo de ayer— puede resumirse en un año. Y si es bisiesto, con un motivo más.

LIBRETA I

ENERO

Viele Geschicke weben neben dem meinen...
HUGO VON HOFMANNSTHAL

(Muchos destinos se entretajan con el mío)

Enero 1o. Jueves. Es indudable que, a cierta edad, un propósito de 366 días puede ser demasiado optimista. No importa que la tensión arterial se adorne con números juveniles: 120-70. Y no importa, porque ya empieza a haber un sobregiro en el balance de mis posibilidades terrestres. Pero, ¿quién, con veinte años menos, puede sentirse menos inseguro? En los doce meses que se inician en el día de hoy, morirán millones de personas, —viejos, jóvenes, niños; y es posible que mueran algunas que yo conozco, de mayor o menor edad, y que tal vez han hecho planes a más largo plazo que el mío.

Y así comienza, formalmente, el propósito de estas anotaciones diarias. Claro está que han de ser extractos y no pormenorizaciones de grafómano. Imagináos un “Ulises” de un año. Nadie tendría tiempo para escribirlo, —ni para leerlo hasta el fin. De cualquier modo, en el equilibrio entre dos almanaques, anoche hubo un brindis con sidra asturiana. Ya en el cruce exacto del 75 al 76, no aparecieron las uvas cronológicas. Yo propuse sustituirlas por “garbanzos explosivos”. Falló uno. —“Tendremos un año de once meses” —profeticé, con un ademán aritmético. Pero me pareció oír algunas risas falsas, porque siempre habrá quien tome demasiado en serio cualquier indicio casual, como aquél, si es de implicación negativa.

Por lo demás, como siempre: Tarjetas, cartas, obsequios, llamadas telefónicas, —algunas desde el exterior. Y como dicen que hoy comienza un año —los chinos, los árabes y los judíos piensan otra cosa— allá vamos.

Enero 2. Viernes. En estas islas antillanas nunca hace frío, realmente. Sin embargo, ya están empezando a decir que este será un "invierno" excepcionalmente riguroso, por una temperatura de 16o. Y yo recuerdo un mes de mayo en la frontera franco-española (Canfranc), con gorra, guantes, bufanda y abrigo, fumando hacia afuera y pisando coágulos de nieve. Y los carabineros mirando de reojo a la sugestiva dama rubia que me retrataba de perfil.

Enero 3. Sábado. Hoy, una vez más, alguien me ha preguntado que si yo escribo versos anecdótica o imaginativamente; es decir, que si me refiero a hechos realmente vividos —y vividos por mí— o no. Y hoy, una vez más, he respondido que sí. Y he sonreído por fuera, entristeciéndome un poco por dentro, no por lo mucho que he escrito ya, sino por tantos poemas bien vividos que he dejado sin escribir.

Enero 4. Domingo. He recordado nuevamente —lo recuerdo con frecuencia, sin saber por qué— un patio con sombra de árboles y senderos de pasos consecutivos entre la hierba. Recuerdo bien aquella tierra húmeda, y el chismorreo de las gallinas y la fragancia del café colándose. Pero, sobre todo, aquellas persianas verdes, al final de la casa. Y me recuerdo con mi voz de cinco años, en una recitación rencorosa de malas palabras, solo, allí. Ese es, creo, el más vívido de mis recuerdos más lejanos. Alguien —¿quién?— me había regañado por expresarme feamente. Y ese era mi desquite, —o mi protesta, no sé bien.

Claro está que quiero jugar limpio con mi sintaxis. Estoy seguro de que, en el término de un año, y siempre por motivaciones involuntarias, todos recordamos íntegramente nuestra vida, en saltos cronológicos, en una autobiografía inconexa tal vez, en retazos, pero coherente en su totalidad. Y no dudo que, de cierta manera, el propósito de demostrar esa tesis, en sí mismo, sea una incitación a la remembranza, casi subconsciente. Pero ésta que acabo de consignar —un niño con horrendo vocabulario— no es un hallazgo de mi memoria, sino

una reiteración espontánea a lo largo del tiempo. Docenas de veces he recordado aquellas persianas verdes, aunque no las palabras prohibidas. Después he aprendido otras, mucho más eficaces, eso sí. Y debo reconocer que la higiene verbal no es precisamente un mérito que pueda atribuirme, a falta de otros más positivos y auténticos. Tampoco puedo determinar con razonable exactitud si aquel lejanísimo incidente equivalía a un acto de rebelión contra la jerarquía familiar o en favor del libre uso del lenguaje; aunque tal vez se tratara, más simple y creíblemente, de una irrespetuosa manifestación de despecho infantil.

Por otra parte, no me preocupa en lo absoluto la reincidencia de ese recuerdo, ni su posible derivación psicoanalítica, en caso de que la tenga, más allá del hecho indudable de que fui mal hablado desde 1915, y que anoto neutralmente como una característica personal, sin pudor ni jactancia, pero también sin hipocresía.

Enero 5. Lunes. He leído las últimas páginas de Papini. También él —furibundo versolibrista del *futurismo*— volvió al concepto tradicional de la versificación a la hora de la sinceridad verdadera, que es la sinceridad de cada cual consigo mismo. Como Borges. Y es que parece que los ciegos aprenden a no mentir. O a desmentirse, que es más difícil aún.

Enero 6. Martes. Después de leer muchísima poesía, oír mucha música y contemplar bastante pintura y escultura, he llegado a la conclusión de que, mediante la técnica, todo puede ser reproducido miméticamente, en Artes, con mayor o menor acierto, menos la sinceridad; tal vez porque toda imitación es, en sí, un acto de insinceridad artística.

Enero 7. Miércoles. Dios es la manera más simple de comprender el Universo. Cuando lo racional no sobrepasa el límite de lo comprensible, se repliega en un acto de fe; cuando el juego de las hipótesis enfrenta lo especulativo con lo demostrativo, se recurre a lo metafórico. Y entonces el sabio y

el analfabeto hacen coincidir la ciencia y la ignorancia en una identidad de aceptación. Pero la coincidencia de dos oposiciones no implica tampoco una demostración, sino, a lo sumo, un pacto de insuficiencia, una transacción provisional entre el conocimiento y la intuición, —o entre la razón y el instinto.

A veces un error, propio o ajeno, se hace tan evidente en sus reiteraciones, que llega a asumir, por contradicción, una calidad didáctica positiva. Eso, al menos, me sucedió a mí con Salvador Rueda y un gordo volumen de sus poesías, publicado en La Habana hacia 1910. Ya no recuerdo cómo llegó a mis manos aquel espantoso mamotreto, aquel impúdico almacén de ripios y chapucerías; pero sí sé que en sus páginas aprendí a detestar la adjetivación excedente y, peor aún, utilizada como recurso —torpe y elemental recurso— de rima. En aquel libracó ensayé una higiénica amputación verbal en un soneto cuyas catorce rimas eran otros tantos adjetivos, los cuales podían ser tachados —como lo hice— sin que se alterara el sentido gramatical de la composición. Y de esa manera descubrí que un poema siempre gana en intensidad expresiva lo que pierde en adjetivación parásita.

Enero 9. Viernes. Viene a verme una joven compatriota, para que le firme un libro mío que adquirió en New York. La noto cohibida y como temerosa, pero logro al fin inspirarle cierta confianza. Es entonces cuando me confiesa que la habían prevenido sobre mi tendencia a la mordacidad, y sobre mi actitud irónica ante la vida. Me cuesta trabajo hacerle comprender que yo fui más tímido que ella, y que en muchas ocasiones no encontré la frase más adecuada para salir airoso de cualquier escaramuza verbal, hasta muchas horas o días después, lo cual me mortificaba atrozmente; y eso me hizo descubrir un procedimiento sencillo y eficaz, que consiste en devolver el golpe utilizando preferentemente las mismas palabras del contrincante, pero variándoles el significado y tratando siempre

de colocar al agresor en un plano de agredido. En esas condiciones, es casi imposible la contrarréplica. Y le puse de ejemplo un caso que recordé en aquel instante, cuando cierto poeta, perteneciente a un grupo versolibrista y hermético, me dijo: —“Tal vez tú mismo no te das cuenta, Buesa, del daño que le estás haciendo a la poesía cubana”. —“Tu caso es peor— le repliqué tranquilamente— porque tú no le haces mal ni bien”.

Enero 10. Sábado. De sobremesa en un restaurante, he escuchado hoy una confidencia parcial —con omisión de nombres y tal vez con la deliberada alteración de ciertas circunstancias— sobre una complicada intriga amorosa. Y me he puesto a pensar que yo podría escribir un grueso volumen con evocaciones exquisitas o indecentes sobre ese tema... y que muy pocas personas las creerían auténticas, sino más bien falseadas o absolutamente falsas. Sin embargo, a pesar de ciertos reveses inevitables, yo siempre me considero un hombre afortunado, en todos los aspectos de la vida y aun en las situaciones menos cómodas. He sido combatido o silenciado con saña, es cierto; aunque debo admitir que yo tampoco me he cruzado de brazos apostólicamente, y que por ahí anda mucha gente con cicatrices más. Pero yo diría que mis peores enemigos han nutrido su enemistad precisamente en mi buena suerte, que quizá les ha parecido excesiva para una sola persona. Así, los caballeros de escasa estatura se sienten mortificados por mis seis pies y algo más; los calvos, por mi peine en el bolsillo; los hepáticos, por mis raciones de Borgoña; los dispépticos, por mis langostas a medianoche; los esclavos de la báscula, por mis glotonerías impunes, y la mayoría de mis detractores poéticos, por mis dos millones de ejemplares vendidos hasta 1976.

Enero 11. Domingo. Supongo que existen personas que consideran fascinante una oportunidad cualquiera de hablar o escribir sobre sí mismas. Y ya he explicado las razones bien diferentes que me inducen a llevar este Diario, que no puede ser considerado íntimo —más o menos metafóricamente— por mi propósito de publicarlo sin condición póstuma, de ser posible.

Pero un Diario —sea cual sea su finalidad— no puede ser una exhibición de vanidad ni de modestia, ya que en ambos casos no dejará de ser un exhibicionismo, tan hipócrita el segundo como estúpido el primero. Tampoco nadie puede ser absolutamente imparcial en las conjugaciones de la primera persona de los verbos. Y, en ese conflicto entre lo gramatical y lo biográfico, sólo existe un honorable término medio en la sinceridad, que es la única virtud humana que puede permitirse cualquier vicio de lenguaje.

Enero 12. Lunes. Repasando mi anotación del viernes 9, he recordado otra anécdota sobre el mismo poeta, justamente no muy renombrado en aquel tiempo, hace veinte años —ni ahora— y que, al reprocharme que yo le hacía daño a la poesía de mi país, aludía a los numerosos poetas jóvenes que preferían escribir versos con metro y rima, a mi manera, antes que decretar la exclusión de la mujer como tema poético y la adopción del verso libre y la incoherencia verbal, a la manera del grupo al cual pertenecía él. El caso es que en cierta reunión de poetas y escritores, años después, lo oí jactarse de poseer una “*señora biblioteca*”. —“Señora, no —rectifiqué—: *Señorita...*”

Sin duda, hay quien acierta una vez, por casualidad, como el burro flautista. Y hay quien acierta más de una vez, lo cual puede significar igualmente que al fin aprendió a tocar la flauta o que es un burro de repetición. Con esa previa salvedad, ya no será inmodesta de mi parte ninguna alusión a mis aciertos populares, desde mis principios como poeta. Pero lo cierto es que yo no pasaba de ser un muchacho cuando “El Hijo del Sueño” era obligatorio en los recitales, en las reuniones, en las secciones poéticas de los periódicos y en los horarios románticos de la radio. Después, hacia 1935, fue el “Poema del Renunciamento”. Algo más tarde, “Elegía para ti y para mí”, “Poema de la Despedida” y “Poema del Domingo Triste”; en 1945, “Poema de la Culpa”, y hacia 1952, “Se deja de querer”

y "Carta a Usted". Con la publicación de mi libro "Oasis", en 1943, comenzaron las murmuraciones, algunas malignas y otras idiotas: Yo escribía mis versos en presidio, donde cumplía condena por el asesinato de una amante infiel; o era frecuente huésped de las celdas policíacas por mis excesos alcohólicos; o peligroso transmisor de espiroquetas prostibulares; o sinuoso acompañante nocturno de señoras adineradas; o traductor lateral —y literal— de poetas franceses; y cosas así. Se extendió considerablemente la versión que me recluía en un leproso, y no podía faltar de ninguna manera la imputación de sexualidad más o menos dúplice. En estos últimos tiempos me he enterado de que se me atribuía también la sórdida práctica de la usura. Pero mi buena estrella, que me ha dotado del sentido del humor, me permitió siempre sobrellevar esos inconvenientes de la popularidad, que se compensan con ventajas muy superiores, entre las que se cuenta el "poder social" de que hablara Ortega y Gasset, aparte de cierta influyente penetración en el ámbito femenino, —a todo lo cual tendré ocasión de referirme más adelante y con mayor amplitud.

Enero 13. Martes. Me entero de la muerte de Agatha Christie, por el periódico. Nunca leí un libro suyo, porque soy desafecto a lo policíaco, —tal vez como reacción defensiva inconsciente, por mis treinta años de escribir truculencias análogas para la radio y la TV. Sin embargo, siempre simpatiqué con esa apacible viejecita que demostró su indudable vocación de escritora al seguir tecleando novelas y obras teatrales, ya sin posible incitación económica en su poderosa prosperidad. Y tal vez esa simpatía se apoya también en una imputación —compartida por mí modestamente y en género masculino— de "autora comercial". Porque en mi país hubo quienes me calificaron de "poeta comercial", a causa de que mis libros se vendían, sucediéndose sus ediciones. Según ciertos colegas en desventaja, yo escribía "al gusto del público", prostituyendo así mis capacidades. Pero hoy, casi todos aquellos señores permanecen allí, escribiendo al dictado de un régimen opresivo y viviendo de él, con el provecho de una crítica

obligatoriamente favorable y una propaganda permanente. Y yo me pregunto si no será más comercial —y mucho más inmoral— escribir por encargo, defendiendo principios que no se comparten y sometiéndose mansamente al criterio de un comisario político. Porque lo peor de todo es que tales poetas, en su mayoría, eran adictos al repique y al sermón, o solidarios del tercer sexo. Y si mañana se estableciera un régimen canibalista en mi país, ellos saldrían inmediatamente a la calle, para roer en público un fémur de su madrina de confirmación.

Ya van dos veces que vuelvo la cabeza para mirar a cierta joven —muy bonita— cuando se cruza conmigo en la acera. Pero es que me recuerda demasiado a otra que, por supuesto, ya sería cuarentona y muy diferente. Hace años me aseguraron que había muerto, pero no lo creí, entre otras razones, porque lo supe por una dama que hubiera sido capaz de eliminarla físicamente. La última vez que la ví —a la joven, no a la dama— fue casualmente, como recepcionista en una importante empresa industrial. Sostuvimos un pequeño duelo de gramática pérfida, iniciado por ella:

—Me dijeron que andabas por Europa.

—Sí. Llegué hace unas semanas.

—¿Y entraste a muchos Museos?

—Por supuesto.

—¿Y cómo te dejaron salir?

Maligna muchacha. Todavía recuerdo sus ojos irónicos, pero adorables, y aquel mohín suyo, tan particular y tan expresivo. Y ella me miraba, traviesamente, satisfecha de su burla, y como esperando mi reacción.

—“Bueno —repuse— allá querían que me quedara en exhibición, como es natural. Pero yo juré que tenía una cita, aquí, con la mujer más linda del mundo...”

Ella volvió a sonreír, esta vez encantada con mi galantería.

Y yo, entonces, concluí la frase, ambivalentemente, sin determinar si me refería a ella, o a la cita:

—“...y me creyeron el embuste...”

Enero 14. Miércoles. La gente, en todas partes, experimenta una morbosa curiosidad por el origen de ciertos poemas, —especialmente aquellos que pueden ser más coincidentes con vivencias personales de cada quien, y que son los poemas que, acaso por eso mismo, logran una mayor popularidad, hasta el punto de transmitirse de una generación a otra. Claro que esa preferencia es independiente de toda valoración literaria, y sólo define la primacía de lo anecdótico sobre lo estético, en el ánimo de los lectores. Y esa propia curiosidad por los “motivos de creación” —como la que me fue formulada anoche incidentalmente— tal vez se origina en una identificación particular con determinados temas y no con sus fórmulas expresivas; es decir, que el lector que encuentra una analogía entre lo dicho por otro y lo sentido por él, se interesa en la posibilidad de nuevas coincidencias o afinidades entre las vivencias ajenas compartidas y las íntimamente propias. Al menos, así trato de explicarme yo el interés de tantas personas, durante tanto tiempo y en tantos lugares, por conocer el cómo, el cuándo y el por qué del “Poema del Renunciamento”. Y, por supuesto, esa ingeniosa versión que lo supone inspirado por una cuñada mía, es tan inexacta como cualquiera otra de las muchas puestas a circular, de buena o mala fe, —al menos, entre las que han llegado hasta mí.

De cualquier modo, los datos verídicos de ese poema, son: que lo empecé a escribir en el dorso de un programa del Teatro Payret, en un tranvía de La Habana, en 1935. Apareció publicado en mi libro “Babel” (1936) y reproducido en las 19 ediciones de “Oasis” desde 1943 hasta la fecha. En lo demás, el poema es explícito por sí mismo. Y no creo que sea nada excepcional el hecho de que un hombre se enamore perdidamente de una mujer perdidamente enamorada de otro hombre.

Por la tarde he ido al "Patio Español" —viejos árboles y ruinas en torno— de la Logia "Cuna de América", donde suelen reunirse artistas, escritores y poetas que no pertenecen necesariamente a la masonería, como tampoco yo. Comentó con don Enrique Apolinar Henríquez (Don Quiquí) su artículo político aparecido hoy en el "Listín Diario". Don Quiquí va a cumplir ya los 90 años, en plena lucidez intelectual, —lo cual es realmente estimulante. Llegan otros contertulios de mayor o menor frecuencia, entre ellos el poeta Franklin Mieses Burgos y, casi en seguida, Manuel del Cabral, otro excelente poeta dominicano a quien conozco personalmente hoy. Se ha comentado, en serio o con chispas de humorismo, la actualidad literaria y algún que otro tema permanente de la Literatura. Y yo he recordado mi conocimiento anterior de Mieses Burgos —por lo que debo gratitud al poeta chileno Alberto Baeza Flores— en mi primera visita a Santo Domingo, —entonces Ciudad Trujillo. Al anoecer, hay una despedida general sin remordimiento alguno, aunque el Patio Español queda cubierto de cadáveres que respiran normalmente en otros lugares de la ciudad. Y yo sigo con Franklin, por la calle del Conde, perpetrando las últimas autopsias...

Enero 15. Jueves. Se habla hoy del bautizo de la recién nacida hija de Héctor y Rebeca, amigos nuestros, mexicanos, con los que solemos intercambiar visitas. Precisamente con ellos esperamos el Año Nuevo, en casa. Y a mí me es posible recordar mi bautismo, que fue en Cienfuegos, en la capilla del Colegio Champagnat, cuando yo contaba 13 años de edad y se hizo indispensable ese requisito de admisión. El presidente de los Caballeros de Colón, René Torriente, fue mi padrino, y siempre conservé un devocionario encuadernado en tela negra, que me entregó como obsequio bautismal, con una afectuosa dedicatoria. Y aquí debo explicar que mi padre, Fernando Buesa y Sarría, nacido en Trinidad, Las Villas, había fallecido en Santa Isabel de las Lajas, en 1922, siendo sepultado exactamente el mismo 28 de abril en que cumpliría 40 años de edad. Tenedor de libros del Central "Caracas" en las fechas de

mi nacimiento, más tarde administrador del Banco Nacional de Cuba, en Cruces, y librepensador —como se decía entonces— prefirió posponer mi bautismo hasta que pudiera ser una opción personal para mí; opción que se hizo obligatoria para ingresar en el alumnado de los Hermanos Maristas. Consigno los hechos, sin analizar ni calificar esa decisión de mi padre, aunque yo nunca haya tenido una iniciativa contraria en relación con mis propios hijos, ni haya impuesto ni opuesto mi voluntad para ello. Y entiendo que la única manera de respetar plenamente todas las religiones, consiste en no practicar ninguna.

Enero 16. Viernes. La tuna del jardín está floreciendo, auguralmente —de acuerdo con cierta superstición asociada a la parasicología, que tal vez me decida a referir en otra fecha. Ahora sólo consigno que el reino vegetal, tan familiarmente próximo a nosotros, es más desconocido para nuestra inteligencia que las más lejanas nebulosas. Los mecanismos secretos de un árbol, sus sistemas de reproducción —tan diferentes entre sí— sus procesos de crecimiento y sus capacidades selectivas para la nutrición, constituyen una sucesión de misterios o una acumulación de ignorancias para el hombre. Una simple flor es ya un fenómeno inexplicable para la lógica del conocimiento, un fenómeno ajeno a toda posibilidad matemática. Y sorprende perturbadoramente el examen de una semilla pilosa o sellada como en papel celofán, o previamente encerrada en píldoras cuya elaboración es análoga a la de una elevada técnica industrial, de infalible exactitud en sus repeticiones. Y es desconcertante su evasión a las leyes de Newton mediante esa capilaridad que permite que la savia ascienda y se distribuya para su conversión en hojas, flores y frutos —nadie sabe cómo—; o su metódica reparación de desperfectos producidos por las tormentas, los animales o el hombre. Y, sin embargo, es inútil toda autopsia o vivisección de una planta: en alguna parte de ella, o en una interacción de su totalidad, existe un laboratorio, un taller de metamorfosis, un centro de control que recibe informaciones y dicta órdenes precisas, pero que nunca aparece bajo la amplificación del

microscopio, ni tampoco revela indicio alguno a las más sofisticadas reacciones químicas ni a la observación porfiada del botánico.

La tuna del jardín, depositaria inconsciente —¿o consciente?— de un secreto muy individual, sigue floreciendo auguralmente.

Enero 17. Sábado. Ayer por la tarde, revisando papeles viejos, encontré unas notas para un poema inconcluso desde no sé cuándo. Y lo terminé por la noche. Ahora acabo de darle el repaso final. Lo he titulado “Lluvia de Ayer”:

Il pleure dans mon coeur
comme il pleut sur la ville.
VERLAINE

*Llueve como la tarde que te fuiste,
y, para hacer que llueva en mi canción,
llueve en las calles de este pueblo triste
como en las calles de mi corazón.*

*Y casi no parece que se ha ido
lo que se ha ido para no volver,
cuando llueve de pronto en el olvido
y resucita un nombre de mujer.*

*Lluvia de ayer, que llueve todavía,
no como llueve para los demás,
sino como la lluvia de aquel día,
que viene a preguntarme dónde estás.*

*Y hay un nombre de amor que nunca digo,
pero que digo cuando llueve así,
en esta lluvia para estar contigo
que me entristece porque estoy sin ti.*

*Ahora pasa la gente por la acera,
porque al fin ha dejado de llover;
y, aunque ha dejado de llover afuera,
llueve en mi corazón igual que ayer...*

A mediodía me reúno con mi amigo Guarionex, a quien le leo el poema. Vamos a un pequeño "club de espera", apto sabatinamente para la ginebra con hielo y el whisky sin nada. Se refieren anécdotas festivas y cuentos crueles, hasta convertir en fuelles de acordeón las roscas abdominales. Y como la risa es el mejor digestivo, pero también un aperitivo excelente, Guarionex y yo nos vamos a un "rincón de gourmets", en busca de una espectacular sopa de cebollas, un filete específico y una ensalada con aceite de nueces, bajo la advocación del Burdeos. Y es, en resumen, un sábado de primera clase.

Enero 18. Domingo. Ciertamente, la memoria queda desconectada de nuestro mecanismo consciente, durante el sueño. Sólo en raras ocasiones, como cuando algo nos despierta de pronto, recordamos lo que estábamos soñando, de manera total o parcial. Pero también, durante el sueño, vemos personas que han muerto desde hace muchos años, y hasta hablamos con ellas sin que nos cause extrañeza alguna semejante anacronismo —por no decir semejante imposibilidad. Y lo que más nos sorprende, si recordamos el sueño al despertar, es cómo pudimos haber olvidado que tales personas ya no existen, y cómo aceptamos con tanta naturalidad las incidencias de nuestro sueño. Es decir, que nuestra memoria no retiene las impresiones imaginarias que proceden del sueño, pero tampoco actúa sobre ellas, informativa ni críticamente.

El "Poema de la Despedida", por supuesto, también tiene una motivación anecdótica. Por algún motivo, que podría ser su

simplicidad expresiva, casi como de "letra de canción", es el poema que ha sido musicalizado más veces —ocho o diez— en distintas épocas y en latitudes distintas. Primeramente, Margarita Lecuona lo convirtió en tango. Después pasó a ser bolero y criolla, en cuatro o cinco intentos consecutivos, en mi país. Charlo, gran cantor y músico argentino, lo hizo oír con ritmo de vals. En México, hacia 1966, don Manuel Prado le puso una linda música de canción. Y recientemente, en 1970, Horacio Guaraní oyó los versos en una remota hacienda de las pampas, dichos por una joven que se los aprendió en un álbum donde aparecían sin firma, y volvió a musicalizarlos como "letra de autor anónimo", —aunque mi paternidad fue establecida inmediatamente en Buenos Aires.

Escribí ese poema hacia 1940. Fue el final de un amorío que empezaba a ser una pasión perjudicial, —sobre todo, para ella. Uno puede tener, a veces, el derecho de sustraer una flor, al paso, pero nadie debe arrasar un jardín que no es suyo. Yo, al menos, lo entendí así. Ella es, actualmente, una respetable señora, viuda... (Y estos puntos suspensivos sólo significan que ya, hoy, considero preferible que sea la viuda de otro señor —a quien conocí— y no la mía, naturalmente).

A media mañana, según es ya su costumbre dominical, viene a verme mi amigo y compatriota Nápoles. Salimos a dar un paseo por las nuevas avenidas, en su flamante automóvil rojo. Es un recorrido urbano en el que la mutua confianza nos permite prescindir un poco de la urbanidad. Hemos intercambiado chistes e historias más o menos impublicables, hasta recordar algunas anécdotas auténticas y autobiográficas. Y así reviví cierto acontecimiento insólito de hace unos treinta años, en el bar "Strand", que yo frecuentaba en aquella época, y donde cierta noche me encontraba con dos amigos, cuando uno de ellos me llamó la atención sobre una insistente mirada femenina fija en mí, procedente de una mesa próxima. Era una mujer muy atractiva y estaba acompañada por dos

jóvenes de buena presencia, que conversaban animadamente entre sí, un poco despreocupados de ella. Y hubo un momento en que uno de los jóvenes se levantó, yendo hacia la parte correspondiente al restaurante. El otro lo siguió casi en seguida, tal vez para ordenar el menú. Y entonces se me ocurrió una idea disparatada, que comuniqué a mis amigos, a media voz: "Me la voy a llevar". Los dos se quedaron atónitos cuando yo me levanté, fui hasta la mesa, y le dije a la dama: "Vámonos". Y la dama se levantó y se fue conmigo, abandonado a sus dos acompañantes, que eran su novio oficial y un hermano de ella, como supe luego. Y recordé esta anécdota por un comentario sobre las actitudes resueltas que, en ciertas ocasiones, son sorprendentemente eficaces, y que explican ciertos sucesos que de otro modo carecerían de explicación racional. Claro está que esas impulsividades—que no responden habitualmente a mi temperamento— requieren una participación femenina un poco desenvuelta, como fue el caso; aunque también suelen originar dificultades que, afortunadamente, no se presentaron esa vez. La bella, a la hora de las explicaciones, dijo que me conocía desde antes, que yo era de carácter violento, que siempre estaba armado, y que prefirió complacerme para evitarle un desventajoso enfrentamiento a su novio. Y añadió que la mayor culpa había sido de ellos dos, al desampararla. Pero lo cierto es que nos divertimos mucho aquella noche. Y algunas más. Y el novio se casó con ella, meses después.

Enero 19. Lunes. Una mañana sin nada especial. Hasta el cartero pasó de largo. A mediodía empezó a llover, durante mi siesta. Y es raro —no sé si lo es realmente— pero en mi juventud, por más trasnochado que pudiera estar, nunca lograba dormirme durante el día. Adquirí el hábito de sestear en Cuba, alrededor de mis 40 años, lo mantuve en México y lo he consolidado aquí, donde me resulta imprescindible, ya que, en las contadas ocasiones en que me veo obligado a renunciar a ese descanso intermedio, se me impone desagradablemente su necesidad. A media tarde arrecia el aguacero, pero esta vez a plena luz del sol. Es una de esas antítesis que se me han reprochado a mí, en

poesía, pero que existen también en la Naturaleza. Y recuerdo inevitablemente unos versos que escribí hace años:

*Y sé que, de repente, cayeron dos diamantes
sobre tus zapatitos de charol;
y era dulce aquel llanto de tus ojos radiantes,
como esos mediodías en que llueve con sol.*

El hecho en sí ocurrió en un portal frente al Parque Maceo, en La Habana. Fue una ruptura sentimental, por supuesto. La reconocí por última vez hace dos años, en Miami. Cruzaba la calle 22 contra el viento, con una muchacha que probablemente era hija suya. Pero no mía.

Sigue lloviendo, pero ahora sin sol. Se habla de sortijas, y yo recuerdo dos, de oro, heredadas de mi padre. Una, lisa, que fue su anillo de matrimonio. La otra, con un zafiro en engastadura de solitario. Durante mi adolescencia usé el anillo, hasta que, a medida que fui creciendo, me resultó incómodo por su progresiva presión. Fue preciso que lo cortara un joyero, y entonces se lo devolví a mi madre. Después usé con frecuencia el solitario. En una zambullida en la piscina del Club Náutico de Cienfuegos, volví a la superficie con la sortija pero sin el zafiro. Inútilmente intenté recobrar aquella linda piedra azul, tallada y engarzada como un brillante. Muchos años después, en un viaje por Centroamérica, se me siguieron los pasos, de un país a otro, por no sé qué sospechas probablemente políticas y seguramente infundadas. Fue una hermosa francesita cuya profesión aparente era la promoción de productos de belleza. En un coloquio confidencial en el Hotel Lincoln, de Tegucigalpa, quedó aclarado el equívoco. Ella señaló mi mano izquierda y me explicó: —“Yo supe desde el primer momento que Ud. no era comunista, porque los comunistas no usan brillantes”. Y después nos tratamos de “tú”, en el Hotel Astoria, de San Salvador.

Enero 20. Martes. Estoy consciente de que el hecho de escribir este Diario con implicación retrospectiva, me sitúa mentalmente en una actitud no habitual de establecer concordancias o equivalencias entre los acontecimientos presentes y los pasados. No obstante, la trampa consistiría en realizar introspecciones deliberadas, inventando después sucesos actuales de coincidencia, con lo que violentaría mi tesis de la "evocación espontánea". Y aunque esa violentación no podría ser percibida ni demostrada por nadie, existe una especie de honradez de cada cual consigo mismo, que a mí, al menos, me impediría semejante subterfugio, especialmente cuando estoy convencido de que es innecesario.

Y esta reflexión se debe a que esta mañana, examinando una caja de ampulas inyectables que me mostró un vecino, recordé al doctor Arellano y su jeringuilla hipodérmica, en una dudosa inmunización contra la epidemia de gripe española, en Cruces, en la primera posguerra mundial. Y no sé si esa evocación fue debida a la actitud mental a que me refiero antes, ni estoy seguro de que se hubiera producido de no ser así, pero consigno ese recuerdo de la aguja centelleando en el comedor de mi casa y del pinchazo en el brazo derecho, porque tengo la seguridad de que no es la primera vez que esa doble impresión se despierta en mi memoria. Y, por ejemplo, sé que lo recordé perfectamente en las sesiones nocturnas de penicilina del año 1945, que me permitieron sobrevivir a una bronconeumonía doble, durante la cual, curiosamente, se me fue formando un mechón de canas que me ha acompañado desde entonces hasta la fecha, —aunque en aquella época se destacaba mucho más, por un contraste que ya casi no existe.

Por la tarde, vuelvo al Patio Español. Franklin está recluido en su casa, con bronquitis. Se habla de muchas cosas, pero especialmente de escuelas literarias y fórmulas poéticas. La lluvia nos obliga a replegarnos hacia el vestíbulo de la Logia. Finalmente, Federico Henríquez Grateaux —un apasionado

de Blake— nos encamina en su automóvil a Manuel del Cabral y a mí. Yo recuerdo los textos surrealistas en colaboración y la equivalencia del soneto de Rubén Darío y Antonino Lamberti. Y echo hacia atrás el tiempo para encontrarme de nuevo con mi hija Irma, en el Panamá Hilton, donde un periodista local, al despedirse de nosotros, me dijo: “Decididamente, señor Buesa, su hija es su mejor poema”. Yo le respondí: “Gracias, aunque esa opinión es casi ofensiva”. —“¿Ofensiva por qué?” —“Pero compadre, es que Ud. está celebrando mi único poema en colaboración!”.

Enero 21. Miércoles. Día feriado, por la conmemoración religiosa de la Virgen de la Altagracia. Me levanto a las seis, oscuro aún. Hago café y releo algunas anotaciones con tachaduras y enmiendas. Siempre es así, en todo lo que escribo. Y no creo que pueda ser de otra manera, para nadie. Las palabras que definen exactamente nuestro pensamiento no son las que con más frecuencia comparecen de inmediato, sino simples aproximaciones expresivas que se aceptan con carácter provisional, en un texto cualquiera, hasta su correcta sustitución en un repaso que se hace obligatorio por esa misma circunstancia.

Llama Nápoles por teléfono, en una invitación familiar para un paseo de amplio kilometraje. Cuando lleguen ellos, decidiremos entre todos el itinerario.

Fuimos a Baní —donde nació el Generalísimo Máximo Gómez— y almorzamos excelentemente en el restaurante “El Bosque”. De ahí seguimos a la Presa de Valdesia, llena ya a plenitud, con la planta hidroeléctrica funcionando, y que pronto será inaugurada oficialmente. Es una obra de tanta categoría como utilidad, en un paisaje de impresionante belleza.

Enero 22. Jueves. Mañana neblinosa que rompe en un sol alegre y vivificante. He estado pensando que la memoria depende de la intensidad de las impresiones y que esa intensidad, generalmente, no es propia de las impresiones en sí, sino del interés o la emoción que despiertan en quien las recibe. Es decir, que los hechos exteriores están condicionados a la apreciación personal, y no al revés, —al menos, en el ámbito del recuerdo. Y eso acaso explique por qué la vieja pedagogía nemotécnica, tan desacreditada en la actualidad, sigue siendo eficazísima en los casos en que coincide con una auténtica vocación de aprendizaje. Por lo demás, los modernos sistemas pedagógicos, que establecen nuevas relaciones de inducción psicológica en la enseñanza, sólo intentan activar las zonas estudiantiles morosas a la masificación. Pero son, también, fórmulas de nemotecnia. Nemotecnia lateral, o de acción indirecta, pero configurando una pedagogía de excepción, que, aplicada a lo multitudinario, llega a ser tan ineficaz como lo es la pedagogía multitudinaria en lo excepcional, que son las apatías, las limitaciones y los retardos mentales del estudiante, independientemente de su interés vocacional. Y esto justifica, por ejemplo, cómo yo puedo recordar con toda exactitud millares de versos de centenares de poetas, modernos y antiguos, aunque le diga “señor Pérez” a un señor Gómez que acaban de presentarme.

Enero 23. Viernes. Recibo carta de un amigo poeta en trámites de divorcio. Y recuerdo que ese poeta —según me dijo hace meses— conoció en Miami a una hermosa mujer que afirmaba ser “La Dama de las Perlas” —o sea, la inspiradora o protagonista de ese poema de mi libro “Oasis”. Y, en efecto, era una de las tres encantadoras muchachas de entonces que pueden hacer una afirmación semejante; sin que esa trilogía más o menos sentimental signifique otra cosa que la escasa identificación que puede derivarse de las modas generalizadas en alguna época. Por lo demás, a la dama en cuestión sí le escribí años atrás —y aparecen también en “Oasis”— “Balada del Mal

Amor” y “Canción de la Noche Sola”, sin participación ajena en su exclusividad.

Paso por el “Patio Español” a media tarde. Se habla de economía y de marxismo, que son términos de aproximación. Yo recuerdo la suspicaz mirada de un oficial de Aduana, colombiano, al descubrir en mi equipaje un libro sobre Economía Soviética, y mi explicación inmediata: —“Cuando viajo, prefiero leer libros de ciencia-ficción...”

Discuto con Antonio Fernández Spencer, que considera a Unamuno un poeta excelso. Yo le rebato, no sólo la excelitud, sino la propia condición de poeta al ilustre humanista vasco. Fernández Spencer afirma poseer mayor amplitud de juicio que yo, porque él pasa por alto algunas imperfecciones formales que no niega en Unamuno. Yo entiendo que eso no es una amplitud, sino una concesión. El asegura que Unamuno es superior a Rubén Darío, como autor de alta poesía. Yo estimo inaceptable establecer ninguna equivalencia entre los méritos de un gran poeta y los de un filósofo que escribía versos chapuceros. Al despedirnos, alegremente, le digo: “Que Cristo te acompañe; pero no el de Unamuno”. El me riposta: “Es el de Velázquez”. —“Bueno —admito yo—: pero es que Unamuno lo dejó irreconocible”.

Al llegar a casa, encuentro un oficio de la Rectoría de la Universidad (UNPHU), nombrándome director de la revista “Aula”, a partir del mes de febrero. Y esto es una gran responsabilidad, pero también una extraordinaria satisfacción.

Enero 24. Sábado. Llegué tarde, anoche, porque estuve en una fiesta familiar de cumpleaños, donde no faltó —nunca falta— quien pretendiera oírme recitar, cosa que nunca hago y que me fastidia extraordinariamente que me pidan, hasta el

punto de irritarme cuando alguien incurre en la desconsideración de insistir. Y recordé otra noche, en otra conmemoración familiar, en que la dueña de la casa, muy gentil y discretamente, me preguntó que si podía complacer a algunos de sus invitados, que deseaban oírme declamar algunos poemas. Yo me excusé, alegando una pésima memoria para mis versos, y después, al decirme ella que poseía algunos libros míos, en los que yo podría leer los que quisiera, me evadí de nuevo asegurándole que no llevaba mis lentes de lectura. Así salí del paso, sin tener que dejar de sonreír. Y así transcurrió agradablemente el resto de la fiesta. Pero, ya a la hora de las despedidas, la bella dama me dijo, en voz alta: “Y que conste, señor Buesa, que nos quedamos con los deseos de oírlo declamar”. — “Yo también me quedé con las ganas de oírlo tocar el piano” —le respondí. — “Es que yo no toco el piano”, —me replicó prontamente. Y yo me incliné ante ella, lo más versallescamente posible: “Yo tampoco declamo, señora...”

Aunque me acosté tarde, me levanté temprano, como siempre. A las seis estaba oscuro aún, y me asomé a la ventana de mi despacho, al oír un canturreo a media voz y un raspante rumor de hojas secas barridas, en la calle. Ahí estaba el viejo barrendero, en lo suyo. Y pensé que las hojas secas son como los recuerdos, —o al revés; y que yo soy también como un barrendero de otra manera, con este Diario. Esa asociación de ideas me siguió rondando toda la mañana, involuntariamente, en esa especie de fermentación expresiva que se va convirtiendo en estructura métrica:

*El viejo barrendero barre en vano,
pero canta al pasar frente a las puertas,
esas puertas que nunca ha visto abiertas
ni en los amaneceres del verano.*

*Yo te he visto, buen viejo, bien temprano,
pues sin querer, a veces, me despiertas
con el chasquido de las hojas muertas,
al vaivén de la escoba y de tu mano.*

*Y al mirarte entre el polvo y el rocío,
hay algo en ti que me parece mío,
aunque es sólo una angustia compartida;*

*pues yo soy otro viejo barrendero
que se puso a barrer en un sendero
las hojas secas de su propia vida.*

Enero 25. Domingo. He soñado que encontraba limados dos barrotes de la ventana de mi despacho. A las cinco me despierta un gran ruido en el cuarto de baño contiguo a mi aposento: oigo bufidos, golpetazos y un rumor consecutivo de articulaciones metálicas. Y supongo que muchas personas podrían alarmarse con ladrones y espectros por lo que es, simplemente, la presión del aire en las llaves abiertas de las cañerías y en el mecanismo del tanque del w. c., al reanudarse el servicio del acueducto. Posiblemente, mi sueño fue una interpretación subconsciente de alarma, al empezar a percibir los ruidos insólitos. Por otra parte, me consta que, durante el descanso, nuestro oído no sólo permanece alerta sino que amplifica su capacidad de percepción. O, al menos, me consta que eso ocurre con el mío.

Es curioso ese proceso de objetivación de lo subjetivo que se va efectuando a lo largo de nuestra vida. Es un fenómeno que me parece derivado de la renovación celular, por una acción secundaria que afecta las zonas superiores que se suponen inmutables, —tal vez en forma de adaptación gradual a tales modificaciones orgánicas. En fecha tan lejana ya como 1947, en “Lamentaciones de Proteo”, intenté definir esa sensación de

periódico desdoblamiento personal: "Yo era, hace veinte años, alguien que ya se ha ido". Y, penetrando un poco más lejos aún, me pareció descubrir muertes y resurrecciones totales, en la continuidad de una misma existencia: "pero el hombre se nutre del cadáver del niño". Treinta años después, y ahora más vívida y conscientemente, al ir escribiendo este Diario, me reafirmo en ese concepto de la desintegración reintegrante de nuestra personalidad, que va modificando nuestros gustos, nuestras necesidades e incluso nuestras ideas, simultáneamente con nuestra apariencia exterior.

Y estas reflexiones son el resultado de la relectura de ciertas páginas anteriores, en las que intento referir impersonalmente alguna actuación personal. Y creo que sería injusto atribuírseme alguna complacencia egolátrica al relatar incidentes favorables que ya me parecen ajenos y que en realidad lo son. Porque *uno* puede ser *otros* en uno mismo, y esos *otros* consecutivos son desprendimientos del *cada cual* permanente pero variable en sí. Y, de ese modo, al referirme a *mí*, hace treinta años, ya no me refiero al *yo* actual, sino a un *él* que sólo existe en mi memoria y en la de los que *lo* conocieron entonces, y que ha ido muriendo con cada muerte de los demás. Y eso me permite objetivar plenamente lo subjetivo, pasando a ser un simple espectador de hechos protagonizados por un *él* que aún no era *yo*, y referirlos con la naturalidad de un *yo* que ha dejado de ser *él*. Y, por ejemplo, en el incidente del Bar "Strand" (enero 18), ya no me parece haber actuado yo, sino que yo estaba allí, sentado ante otra mesa y observándolo todo con cierta curiosidad, simplemente. Y si describiera a aquel ya-no-yo, joven, de buen ver, con su extendida reputación galante y en la plenitud de su popularidad, tampoco habría en ello jactancia alguna, sino más bien una secreta melancolía.

Enero 26. Lunes. Leo en un periódico de ayer una referencia personal en la que se me califica de "versificador edulcorante". Me he reído de buena gana por la graciosa agresión. No conozco la obra poética de ese joven Mateo

firmante, pero aunque él también desconoce la mía y la juzga en ausencia, yo no haré lo mismo con la suya. Sólo sé, de segunda mano, que es un joven que escribe poesía *social*, lo que explica perfectamente su insociabilidad estética. También sé que la cosa fue publicada en un periódico *zurdo*, —y lo sé tan de segunda mano como el propio periódico llegó a las mías. Este dato adicional fortifica el anterior, y ya todo queda en claro.

Y está claro que yo no soy ni he sido nunca comunista; aunque tampoco he rechazado la amistad de nadie por sus ideas políticas o religiosas, ni tales circunstancias han influido, en favor ni en contra, en mi apreciación particular o pública sobre ningún poeta. Esa es una ventaja —o una desventaja— de mi independencia radical, que es mi único radicalismo; el cual, a su vez, me ha impedido y me seguirá impidiendo ser comunista —o fascista, o penitente de golpe de pecho, o testigo de Jehová. Y es que, en síntesis, me considero un poeta comprometido exclusivamente con la Poesía, pero con la Poesía como la entiendo yo, sin que me interese en lo absoluto cómo la puedan entender los demás poetas y poetastros.

A media mañana se escuchan detonaciones. Es una salva de artillería, como parte de la conmemoración del natalicio de Juan Pablo Duarte, Padre de la Patria Dominicana, en este año en que se cumplen cien de su fallecimiento, el 15 de julio.

Enero 27. Martes. Recibo carta de un amigo poeta, Carlos Hernández López, desde Mayagüez, Puerto Rico. Hace una mención al Círculo de Bellas Artes de La Habana, “con los sillones a ambos lados del vestíbulo, y Gerardo Rodríguez, Roberto Vázquez, Piedra-Bueno, Villarronda y tantos otros”. Y yo recuerdo una tarde, en aquel vestíbulo, en que discutía un problema de versificación precisamente con Villarronda y Piedra-Bueno —ambos fallecidos ya— y en un sillón contiguo se encontraba el pintor Esteban Valderrama, famoso por la prodigiosa exactitud de sus retratos, al óleo y al pastel. En una

pausa del debate, Valderrama sonrió y me dijo: “La verdad es que yo nunca he comprendido por qué los poetas se complican tanto la vida con esos enredos de métrica y consonancias, cuando es tan fácil expresarse en prosa”. Piedra-Bueno se puso pálido y replicó: —“Oiga, pero no es lo mismo! ”. Villarronda se levantó y se fue, indignado. Yo me incliné un poco hacia Valderrama y sonreí también: “Sí. Tiene usted mucha razón en lo que dice sobre los poetas. Pero yo tampoco comprendo por qué los pintores se pasan horas y horas retratando a alguien, cuando es tan fácil hacer lo mismo en un momento, con una camarita fotográfica”.

Enero 28. Miércoles. Ya estoy recuperando mi peso normal de 180-185 libras, que a fines del año pasado sobrepasó las 190, por unas dosis de cortisona con propósito antialérgico. Es un descenso gradual, al que no contribuyo con ninguna abstinencia alimenticia —como tampoco contribuí a su ascenso con gulas navideñas— y que parece ser una acción declinante o regresiva del medicamento. Pero recuerdo que, 30 años atrás, en un café de La Habana, Agustín Acosta se me quedó mirando y me dijo: “Buesa, tú vas a ser un viejo gordo”. Hace pocos meses, en Miami, le recordé su profecía a nuestro glorioso poeta nacional: “Bueno, Agustín, ya estoy viejo y no he engordado”. —“Ten calma —me respondió él—; ya engordarás...” Y entonces me vino a la memoria una anécdota de nuestro poeta nacional anterior, Bonifacio Byrne, a quien le dijeron que andaba conmigo —por el 1934— una sugestiva trigueña llamada Serafina, y él improvisó un dístico epigramático:

¿Que Serafina anda con Buesa?

Pues Será-fina será-gruesa...

lo cual, afortunadamente, no llegó a suceder —al menos, con participación y responsabilidad mías; aunque pudiera haber sucedido con un participante más irresponsable que yo.

No sé bien si se *descrece* con el tiempo —derivando el *desnacer* de Unamuno— pero en mi examen físico del reclutamiento militar, en la Segunda Guerra, yo medí 6'2. Sin embargo, esa es la estatura de mi amigo Guarionex y yo luzco ligeramente menor a su lado. Habrá que averiguar si a él lo midieron de menos o a mí de más, —o si estoy encogiéndome, como los maletines viejos.

Enero 29. Jueves. El poeta Hernández López, en su carta recibida antier, menciona una “humorada” de don Ricardo Palma:

*¿Es un ángel caído esa mujer?
ino! (Pero está al caer.)*

Y yo recuerdo una “tarjeta de viaje” que escribí en Pisa, hace años:

*Esta torre suicida
tiene la indecisión de una mujer
que está premeditando su caída,
pero que nunca acaba de caer.*

Y rememoro otras cosas de la misma ciudad: la casa de Galileo; la iglesia de la Santa Espina; cierto palacio amarillo —también junto al Arno— con una lápida en que se afirma que allí vivió Lord Byron y que fue donde compuso los últimos cantos del “Don Juan”; un poema de Apollinaire, “Noche Pisana” —que traduje después—; y un cochero que me explicó los edificios modernísimos entre las reliquias medievales como “reparación de los daños producidos por los bombardeos aéreos aliados durante la Segunda Guerra Mundial”. Y, sobre todo, recuerdo textualmente sus últimas palabras, algo sardónicas: “Quattordici mille morti nel primo giorno della “Liberazione”, mio caro! ”

Hoy removieron la tierra de la tinaja del jardín, que sirve de maceta al cactus florecido. Hace pocos días le conté veintitrés flores, de las cuales encontré dos en la yerba, a causa del maltrato que ha sufrido la planta. Y todo, porque las lluvias recientes dejaron entrever algunas monedas de escaso valor, entre la tierra; y alguien no se conformó con apropiárselas, sino que se puso a escarbar a lo ancho y lo hondo, en su codicia de aprendiz de ratero. Yo he ido a echarle un poco de agua al cactus agredido. Tal vez vuelva a referirme a esto, más adelante.

Recibo una carta de México, con una noticia extraña y un inquietante relato: En Monterrey se ha extendido la versión de mi muerte, porque en mi antigua casa de Juárez y 15 de Mayo, aparece “mi fantasma”. Algunos inquilinos han demorado más en ocupar esa casa que en dejarla vacía otra vez, asegurando haberme visto subir la escalera y cruzar por las habitaciones, tanto de noche como de día. Pero a mí no me ha sorprendido demasiado esa especie de desdoblamiento personal —o lo que sea— pues ya sucedió antes, en la calle de Santa Irene, en La Habana, donde aterroricé involuntariamente a las personas que se mudaron a la casa que acababa de desocupar yo. Y a eso me he referido, precisamente, en uno de los “Cuartetos del Transeúnte” de mi “Libro Secreto”, (1960):

*Nadie duerme tranquilo cuando esa sombra pasa.
—“Es alto, lento y triste” —me dice quien lo vio.
Y yo a nadie le digo que viví en esa casa
para que nadie sepa que el fantasma soy yo.*

El caso, en sí, aunque parezca o sea insólito, no deja de tener antecedentes: Algo muy parecido sucedió con el poeta prerrafaelista inglés Dante Gabriel Rosetti, según recuerdo haber leído en alguna parte. Y las últimas sílabas de mi cuarteto —“el fantasma soy yo” —pero empleadas en otro sentido, creo que también tienen un antecedente en Amado Nervo. Por lo demás,

no encuentro ninguna explicación satisfactoria para esos fenómenos más o menos metafísicos, aunque sí debo señalar que, en mi caso, como en el de Rosetti, contradicen la inmemorial relación establecida entre los fantasmas y los difuntos, exclusivamente. Sin embargo, puede ser significativa la circunstancia de que, tanto en la casa habanera como en la regiomontana, transcurrieron algunas de las horas más conflictivamente mortificantes de toda mi vida. Por último, añadiré que, con anterioridad a los "Cuartetos del Transeúnte", y en la métrica irregular de los "Cantos de Proteo" (1943), hice alusión a la primera de esas experiencias, oscilantes entre el Más Allá y el Todavía Aquí:

*Y digo que tu vista puede ver lo que no existe,
pero no hay que morir para ser un aparecido,
pues siempre queda algo tuyo donde has estado triste
y nadie se va completamente cuando se ha ido.*

Enero 30. Viernes. Siempre he creído que el "gusto artístico" no responde a ninguna formulación intelectual, ni actúa intelectualmente tampoco. Es más bien una especie de intuición, un proceso estético sensitivo que nos hace acoger o rechazar ciertas expresiones de arte, aunque posteriormente, ya en actitud analítica, encontremos alguna justificación para nuestra simpatía o antipatía. Así ha sucedido que un poema que en general parecía bien estructurado —mío o ajeno— me provocara una sensación de inconformidad; y yendo del conjunto a la estrofa, y de la estrofa a cada verso, descubría al fin el inconveniente no identificado en la primera lectura, y que podía ser la repetición demasiado próxima de una palabra o su equivalencia, o un tropiezo de prosodia, o un mecanismo metafórico con antecedente conocido pero no reconocido inmediatamente. En la misma forma, pero a la inversa, podía agradarme especialmente un verso determinado, aun cuando no representara algo fundamental en determinado poema; y sólo un detenido análisis de su estructura expresiva lograba darme la clave de mi "entusiasmo inconsciente". Y tal vez todo lo

anterior explique la causa de que ciertos versos aislados se graben en nuestra memoria, y de que los recordemos con preferencia a otros más dignos de recuerdo, desde un punto de vista rigurosamente poético. Por ejemplo: hace muchísimos años, escribí un soneto que deseché más tarde, pero poniendo a salvo un solo verso: "Los meditados pliegues de tu bufanda roja". Yo recordaba frecuentemente ese alejandrino, sin saber por qué; y en más de una ocasión intenté situarlo en algún poema, aunque fuera como elemento incidental. Por último, quedó incluido en uno de los "Cuartetos del Transeúnte", de mi "Libro Secreto", cuyas pruebas finales corregí hace meses, y que se imprime en Barcelona, simultáneamente con "Diario Galante". Y, sin embargo, ese verso me volvió a la memoria esta mañana, otra vez aislado, independiente, en su incomprensible terquedad. Y, claro, yo recuerdo perfectamente aquella bufanda, y cierta mañana fría, en un parque lejano. Y recuerdo quién la llevaba, aunque ya con el perfil borroso. Pero la reincidencia de ese verso acaso se deba a una "preferencia estética inconsciente", que sometida al análisis literario, revela una estructura prosódica limpia de sinalefas, de perfecta fluidez en sus catorce sílabas, donde aparecen de un modo imprevisto las cinco vocales. Y así, al cabo de los años, un buen día, alguien puede descubrir que ha escrito casualmente un verso de impecable perfección técnica.

A media tarde estuve en el "Patio Español", hasta el anochecer. Dos horas muy agradables, con quórum total, en un intercambio de anécdotas, comentarios, esgrima lexicológica, zancadillas literarias, burlas sin malignidad... y algunas vivisecciones de poetas ausentes, como postre del festín.

Enero 31. Sábado. He repasado un poco esta libreta que se termina hoy, junto con el primer mes de 1976. Sé que no es posible apreciar imparcialmente el grado de interés de otras

personas en la lectura de unas páginas que alguien escribe sobre sí mismo. Pero me pregunto si debo omitir, como hasta ahora, determinados pormenores oscilantes entre lo frívolo y lo indiscreto, en ciertas intimidades compartidas que, por lo tanto, no son de mi exclusiva intimidad. Y me pregunto también si una posición contraria no sería atribuida al propósito de glorificar el machismo en mi relación con las sucesivas representantes del sexo complementario. Pero no quiero preguntarme si el concepto moral de la decencia tiene su origen en una hipocresía de lo indecente, porque me parecería inmoral que esa pregunta se convirtiera en respuesta de las preguntas anteriores.

Por la tarde, me reúno con mi amigo Guarionex. Oigo incidentalmente la vieja canción italiana "Arrivederci Roma" y, como siempre que eso ocurre, me parece encontrarme navegando en el Atlántico, en el "Auriga"; y ahí se agolpan los recuerdos de aquel viaje, con Cádiz y sus balcones nocturnos y Nápoles con sus acordeones en la Vía Parténope, y cien cosas consecutivas. Una vez más compruebo que la música se asocia perfectamente con nuestros recuerdos, y los reactiva con una vívida intensidad en los rincones crepusculares de la memoria. Y es que ese "Arrivederci Roma" fue el tema musical de la orquesta de a bordo, durante 17 días.

LIBRETA 2

FEBRERO

Febrero 1. Domingo. Asisto a un acto de confraternidad dominico-cubana, en un club campestre de las afueras de la ciudad. El almuerzo típicamente criollo me hace recordar un pintoresco incidente de la vida política de mi país, cuando el General Batista y la mayor parte de sus principales colaboradores fueron atacados de vómitos, cólicos y otras derivaciones gástricas, a causa —según se afirmó entonces— de un intento de envenenamiento colectivo. Algún tiempo después, en El Salvador, en una hacienda del Coronel Vides, conocí personalmente a un ex-ministro de Agricultura cubano, Alfredo Jacomino, a quien pareció contrariarle mi presencia allí, por creerme autor de ciertos versos anónimos en que se ridiculizó a los protagonistas —él entre ellos— de aquel sonado almuerzo electoral. Y, sin embargo, yo nunca había oído hablar siquiera de aquellos versos, cuya paternidad se me atribuía —según explicó el propio Jacomino— en un informe policíaco confidencial, relacionado con la investigación de aquel suceso más o menos gastronómico. Y ahora, dieciocho años más tarde, sigo sin saber si aquella imputación errónea fue debida a una simple sospecha o a un propósito maligno de algún informante policial. De cualquier modo, las pugnacidades políticas, en oposición a mi neutralidad de 1959, no me hicieron muy agradable mi permanencia en El Salvador, donde algunos exiliados supusieron que yo era un agente castrista de infiltración, mientras algunos castristas locales me consideraban un exiliado más, no siendo realmente ni lo uno ni lo otro, ya que mi única misión personal en aquel país centroamericano fue la de asesor técnico y artístico del Departamento de Producción

de la emisora YSU, de radio y TV. Y aquí surge la evocación de un conflictivo incidente que no debo pasar por alto. Fue en aquella época -mayo-junio de 1959- cuando se produjo una invasión de guerrilleros al territorio nicaragüense, tras un desembarco en las costas de Honduras. Los noticieros de la YSU, dirigidos por Mario Moreira, informaron ampliamente sobre el particular, hasta con boletines especiales. Y yo recibí un telegrama de Gobernación, citándome urgentemente en la oficina de asuntos migratorios, en lo que interpreté como un requisito burocrático para la concesión de mi permiso de residencia, en tramitación entonces. Pero era un plazo de 24 horas, sin explicación alguna, para que abandonara el territorio nacional. En consecuencia, me dirigí a las oficinas de la Pan American y reservé pasaje de regreso a Cuba para el día siguiente. Una empleada, al examinar mi pasaporte y advertir el motivo de mi viaje, comentó: "Estas cosas no deberían suceder". Se lo agradecí con una sonrisa, y me dispuse a cumplir la orden de deportación, aunque me resultara inexplicable. Yo ocupaba un apartamento amueblado en el Edificio Windeissen, por lo que sólo era cuestión de preparar mi equipaje, cosa que hice con toda tranquilidad, después de poner al tanto de lo sucedido a Raúl Travaino, director general de la YSU. Y, en la que sería mi última noche en San Salvador, fui a despedirme del Coronel Vides, un simpático y acaudalado caficultor, ya entrado en años, que ostentaba honorariamente su alta graduación militar, y quien mostró gran extrañeza por aquella drástica disposición. Poco después se reunieron allí varios amigos mutuos, en los brindis de despedida, y el coronel Vides desapareció, reapareciendo veinte minutos después con la noticia de que el Presidente Lemus acababa de desaprobado la disposición de turismo forzoso contra mí, ordenando a la vez un detallado informe sobre todo el asunto y el inmediato otorgamiento de mi permiso de residencia. Pero aquello, que parecía ser el fin del incidente, era en realidad el principio de sus más extrañas y sorpresivas derivaciones. Así ocurrió que al día siguiente, al llegar a la YSU, supe que el autor - director - intérprete de un escuchado programa humorístico matinal, no

había comparecido aún en la emisora; y una llamada telefónica a su domicilio nos hizo saber que, en altas horas de la noche, unos agentes de la policía secreta se presentaron allí, llevándose detenido a aquel señor, sin permitirle siquiera vestirse adecuadamente —pues se encontraba en pijama. Más tarde nos enteramos de que había sido conducido a la frontera con Guatemala, donde lo dejaron en ropa de dormir, sin dinero ni documentos, y con la prohibición expresa de volver. Y finalmente quedó aclarado que era él quien había presentado una denuncia en la que me señalaba como agente castrista, con la misión de crear dificultades diplomáticas entre El Salvador y Nicaragua, atribuyéndome la redacción de ciertas noticias divulgadas por la YSU, y que habían motivado una protesta del embajador nicaragüense. Y así terminó aquel enredo, cumpliéndose de cualquier modo, en otra persona, la orden de deportación dictada contra mí; lo cual podía ser un método expeditivo, pero también salomónicamente ejemplar.

Febrero 2. Lunes. Un día que establece un cambio fundamental en mis costumbres, para ajustarlas al horario de mis nuevas actividades como director de la revista "Aula", de la UNPHU, que comienzan hoy, prácticamente. La toma de posesión oficial de mi cargo se pospone hasta el regreso del Rector, Dr. Juan Tomás Mejía Feliú, quien se encuentra en el extranjero.

Febrero 3. Martes. Para mi hijo "Papucho", todo aquello que no entiende es un acto de magia, —como evocación de cierto programa de TV en que actuaba un prestidigitador. Hoy se quedó fascinado con el movimiento eléctrico de los cristales de las ventanillas del nuevo automóvil de mi amigo Guarionex. Se volvió hacia mí, y me dijo: —"Es magia". Yo me reí, aceptando la definición. En realidad, es demasiado pequeño —cuatro años y meses— para comprender una explicación física sobre lo que ha presenciado, y menos aún para establecer una diferencia entre un hecho explicable y otro de magia verdadera. Tal vez él llegue a saber algún día, como yo, que *magia* es todo

aquello que ocurre en contradicción con las posibilidades lógicas, o que violente alguna ley natural conocida; lo cual no significa que todo acto mágico deba asumir necesariamente un carácter sobrenatural, ya que se trata, más bien, de una simple excepción a lo admitido como normal, por la acción de factores que desconocemos, pero que demuestran su existencia en el propio acto de magia.

Febrero 4. Miércoles. Por la noche, me encuentro con unos compatriotas que están de paso aquí, y me presentan a algunas personas que sólo me conocían por referencias, y me consideraban de mayor edad. Ray García —comentarista deportivo— señala que, años atrás, yo fui un buen mozo. —“Ahora me conformo con tratar de ser un buen viejo”, —le replico. Y recuerdo dos anécdotas relacionadas con mi edad. Una, en México, cuando alguien me dijo que, evidentemente, “yo no era un elegido de los dioses, puesto que no había muerto joven”. —“Bueno, es que yo he sido un elegido de las diosas, lo cual es preferible”, —respondí, con una alusión a las conocidas inclinaciones efébicas de mi interlocutor. La otra anécdota es reciente, en ocasión de mi “sesentena”. —“Oye, ¿qué se siente siendo sexagenario?”, me preguntó irónicamente un amigo. —“Pues, no sé bien. Para mí, es la simple diferencia de una letra... porque desde muy joven fui “sexogenario” —fue mi horripilante contestación.

Febrero 5. Jueves. Se ha hablado de los niños precoces y de sus frecuentemente efímeras aptitudes intelectuales. Yo señalo que hay también casos de contradicción física, en niños feos que llegan a ser adultos de atractiva presencia, —y al revés. Y recuerdo un incidente doblemente aleccionador con mi hija Irma —feísima al nacer, y bellísima desde la pubertad. Fue el caso que un día volvió del colegio, llorando desconsoladamente. Yo quise conocer la razón de su llanto, y ella me explicó que *La Muñeca* le había dicho: “Adiós, fea”. —“¿Y quién es *La Muñeca*?” “Vive ahí enfrente, en la otra cuadra” —me respondió: “Yo pasaba y se rió cuando me lo dijo”. “Bueno,

—le respondí— yo voy a hablar con ella”. Y, en efecto, salí de casa y eché a andar sin prisa, cruzando la calle en dirección al portal donde se encontraba aún, de codos en la baranda, *La Muñeca*. Y, precisamente, se trataba de uno de esos casos opuestos al de mi hija, ya que es posible que, en su niñez, aquella joven hubiera sido tan bonita como para justificar su apodo, que, al paso del tiempo, sólo constituía una costumbre algo contradictoria con la realidad. Así fue que, con mi más cortés sonrisa, me detuve en la acera, frente a su portal. —“Buenas tardes, señorita —le dije—: Me hace el favor... ¿Quién es *La Muñeca*? —“Yo”, —me respondió con cierta indecisión. “¿A usted la llaman *La Muñeca*”? —insistí, como con sorpresa. —“Sí, señor”. Y yo entonces fingí quedarme desconcertado, y formulé una pregunta cruel y vengativa en su simplicidad: “Y por qué, eh?”. Ella giró sobre sí misma y entró en su casa, tirando violentamente la puerta. Y, por supuesto, nunca volvió a burlarse de la fealdad de mi hija, que pocos años más tarde sería unánimemente reconocida como una de las mujeres más bellas de un país de mujeres bellas como el mío.

Febrero 6. Viernes. He leído un libro de ecología, de un profesor californiano, Garret Hardin: “Exploring new etics for survival”. Es raro que una obra científica pueda ser amena, pero ésta lo es, ya que infiltra en la sequedad de los datos estadísticos una jugosa especulación irónica, e introduce elementos de ética en el tratamiento de la ciencia-ficción, en ciertos capítulos de apariencia recreativa. Y a pesar de eso —o precisamente por eso— las conclusiones son pavorosas, por la inducción deductiva de lo textual.

Es desagradable admitir que cada uno de nosotros —nuestro yo particular— habita en una bestia desconocida. Ignoramos la infinita complejidad de las reacciones químicas que nos atacan o defienden dentro de nosotros mismos, así como la perpetua batalla de los virus y los microbios con los

fagocitos y los anticuerpos. A veces, una casi imperceptible indecisión en nuestro equilibrio, un vago mareo o un positivo malestar, nos revelan que algo anda mal *por allá adentro*. Pero ignoramos de qué se trata, ya que puede ser igualmente el indicio de una peligrosa agresión que de un proceso orgánico de defensa. Otras veces se nos produce una herida en nuestra debilísima piel, y sangramos. E independientemente de nuestra voluntad, la sangre se estanca y la herida se cierra y cicatriza, o se infecta. Y así estamos a merced de “nuestro animal”, sometidos a la acción de sus mecanismos biológicos, dominados por sus necesidades más groseras, restringidos por sus insuficiencias y fatalmente sujetos a las alternativas de su decrepitud y al cese final de sus funciones. Y aun así, cultivamos la egolatría.

Febrero 7. Sábado. Guarionex sale mañana al mediodía, rumbo al Canadá, donde hay actualmente 40o. bajo cero. Va a reunirse con su hijo mayor, que estudia medicina y que no tiene conocimiento alguno de su viaje. Es una sorpresa por su cumpleaños, que es el día 10. Yo pienso en mi hijo mayor, René, a quien no veo desde 1963, y con quien traté de reunirme, infructuosamente, en el pasado verano, —primero en Tokio y luego en Roma.

Febrero 8. Domingo. Hoy he descubierto la paradoja del microscopio, que admite una definición doble, e igualmente paradójica, como “amplificación reductiva” o “reducción amplificadora”. Porque el microscopio, sin duda, al ampliar la percepción óptica, limita considerablemente el área de observación. Esto puede aplicarse negativamente a la crítica que se concentra en un hecho cuya importancia depende de factores circundantes, y que, de ese modo, no puede ser aislado sin alterar su verdadera significación. Ello supone que la amplitud del detalle es una disminución del contorno. Y sitúa la microscopía estética en una función auxiliar, exclusivamente complementaria, —que es su función equivalente en microscopía biológica.

Febrero 9. Lunes. Un intercambio de confianzas entre dos amigos, en una sobremesa, casi siempre concluye convirtiendo el mantel en una sábana. Y, a veces, en un pañuelo.

Yo sigo pensando hasta qué punto es lícita la extroversión en el aspecto más íntimo de las experiencias personales; hasta qué límite la discreción no es una forma de hipocresía, ni la sinceridad un pretexto oblicuo de la jactancia. Pienso que en la memoria existe una contabilidad del pasado, también con su *debe* y su *haber*; aunque cada cual puede alterar las cifras que nadie más conoce, según su conveniencia, cuando se acerca el balance final. Y es obvio que quien maneja esa aritmética privada tiene todas las opciones a su alcance, y con toda impunidad, para la exhibición de falsos números favorables y el ocultamiento de los de autenticidad negativa. Y me detengo especialmente en la opción de cada cual consigo mismo, con su propia verdad o con su propio engaño. Y trato de definir el posible derecho de participación de cada uno en cada circunstancia compartida, con lo que puede tener de perjudicial para los otros —y aquí se justifica plenamente la discreción— o lo que puede ser beneficioso o halagador para él, aunque se oculten las otras identidades, —lo que puede suscitar legítimamente la sospecha de una recreación vanidosa. Y, de ese modo, sólo queda una alternativa en la divulgación de nuestros fracasos y nuestros errores, exclusivamente; lo cual sería, sin duda, un acto de entereza moral muy estimable si su reiteración no asumiera un aspecto feamente masoquista.

Y después de esos mortificantes análisis, sigo entendiendo que es preferible, como hasta ahora, el tratamiento objetivo de mis subjetividades, sin prejuzgar los prejuicios ajenos. Y aquí tiene su espacio apropiado una anécdota desfavorable que recordé mientras escribía el párrafo anterior. Allá por el año 1937, ocurrió un enfrentamiento de dos jóvenes celosas entre sí, por derivación de mis inclinaciones poligámicas de entonces. Fue un conflictivo incidente presenciado por una respetable e

irónica señora, cuyas iniciales auténticas son M.M. Poco después, despejado el campo de litigio, apareció un tercer par de zapatos de tacón alto. M.M. alzaba los ojos con severidad, sin decir nada. Finalmente, sonó el teléfono, y me entregué a un cuchicheo malicioso. Al cortar la comunicación, oí la voz un poco conminatoria de M.M.: “No sé por qué Ud. se busca tantos problemas”. —“Yo no me los busco —respondí con cierto cinismo— : Lo que pasa es que soy un sentimental”. La réplica me cayó encima como un tiesto desde un quinto piso: “Creo que ahí le sobran tres letras. Ud. no es más que un semental”. Y yo me eché a reír de buena gana, como me río también ahora mismo. Ya han pasado casi 40 años, pero hace apenas cuatro meses ví a M.M. en Miami, siempre activa, alegre y cordial.

Febrero 10. Martes. Estaba repasando estas notas, de noche, cuando se interrumpió el fluido eléctrico. Abrí la gaveta de mi escritorio y me puse a buscar, al tacto, un encendedor o una caja de fósforos. Y recordé vívidamente, en la absoluta oscuridad, el gran temor de mi primera juventud: quedarme ciego.

Febrero 11. Miércoles. Ahora, a varios días del terremoto, es cuando se comprende bien la magnitud de la catástrofe en Centroamérica. Yo recuerdo mi viaje a Guatemala, en 1959, y el 10. de mayo en la entrada del Hotel San Carlos, mientras pasaban los ómnibus con sus tubos de gases hacia arriba, como chimeneas, y los gritos de “viva Arévalo”. Y mi visita a las ruinas de Antigua, la vieja ciudad donde vivió Bernal Díaz del Castillo. Y recuerdo su “Verdadera Historia”, que leí por primera vez en mi infancia, y que es de los pocos libros que han seguido fascinándome, al releerlos veinte, treinta o cuarenta años después. Y recuerdo también a una linda muchacha a quien conocí en Los Angeles —Miss Guatemala— y que años después fue una de las víctimas de las convulsiones políticas de su país.

Febrero 12. Jueves. Amanece lloviendo. Son las seis y es de noche cerrada. No logro recordar el nombre de la muchacha

guatemalteca, pero sí el de Miss Uruguay: Claudia Bernard —aunque era sólo un seudónimo de concurso, evocador de un famoso fisiólogo francés. Y recuerdo su verdadero nombre bíblico, y un paseo en yate por la bahía de San Francisco, y las proximidades de la isla del Alcatraz, con las siniestras edificaciones vacías.

Por la noche, Guarionex regresa de su viaje al Canadá. Viene feliz por la sorpresa que le dio a su hijo, y me cuenta la escena, que fue emocionante y divertida, —pero sobre todo glacial, a 40o. bajo cero. Y mientras él me habla de los territorios canadienses cubiertos de nieve, yo recuerdo los Pirineos con sus arquitecturas de mármol licuándose y una curva resbaladiza de la carretera con remolinos de escarcha. Y recuerdo a mi hijo René, en Cuba, —tan cerca.

“Papucho” ha estado “leyéndome” el periódico, inventando cosas. Todavía no va a la escuela, con sus cuatro años y medio, pero ya está interesado en aprender a leer. Y esa es la señal del momento óptimo para su enseñanza. Y me hace recordar una impresión de mi niñez, con mi padre leyendo un periódico y comentando una noticia —probablemente de la primera Guerra Mundial— mientras yo lo contemplaba, desatendiendo mis soldaditos de plomo y deseando poder descifrar, como él, aquellas misteriosas columnas de letras de distintos tamaños. Y bien corta tenía que ser mi edad, entonces, pues mi madre conservaba mi primera “carta a los Reyes”, que escribí a los cinco años, y que comenzaba: “Ceridos rrelles”, con unas letras torpes, desproporcionadas unas con otras, y de insegura alineación, a pesar de estar escritas en un papel rayado.

Febrero 13. Viernes. Despierto recordando un nombre: Rogelia Cruz. Es curioso el automatismo de la memoria, especialmente durante el sueño. Muchas veces me ha sucedido

igual, con otros nombres, o fechas, o títulos de libros, y hasta con operaciones matemáticas muy complejas. Porque no se trata solamente de una búsqueda consciente, que después se prolonga inconscientemente, en el laberinto de los archivos mentales, sino de un funcionamiento lógico de extraordinaria precisión, que se produce en una zona mental más profunda tal vez; una "capacidad de servicio" que amplía su eficacia durante las horas de neutralidad física del descanso. Incluso, aunque sea excepcionalmente, su funcionamiento secundario puede adquirir una facultad creativa; yo, al menos, en una ocasión, durante el sueño, compuse un breve poema, de dos cuartetos, que recordé perfectamente al despertar, —con la exclusión de un solo verso, que le añadí después. Ese poema aparece en mi libro "Oasis" y comienza: "Baja al jardín y corta las rosas una a una" —experiencia personal de la que existe un antecedente en poesía inglesa con el *Kubla Khan* de Coleridge:

*In Xanadu did Kubla Khan
A stately pleasure-dome decree...*

Y estas observaciones se deben a que ese nombre que he recordado hoy, es el que inútilmente estuve rebuscando en mi memoria desde el miércoles. Miss Guatemala 1959 se llamaba así: Rogelia Cruz.

Febrero 14. Sábado. El cactus del jardín sigue floreciendo alegremente.

Ayer, por un comentario sobre mi "Poema del Extasis", recordé su vivencia anecdótica, —que es exactamente la que se describe en él. Pero esa vivencia tiene una singularidad, que consiste en que el poema no fue una derivación del hecho, sino el hecho una justificación del poema. Ella —la protagonista— era radiantemente hermosa. En cierta ocasión le dije —debo admitir que algo maquiavélicamente— que no sólo los pintores podían necesitar modelos, sino también los poetas. Y añadí que ningún

poema basado simplemente en lo imaginado alcanza la autenticidad expresiva de lo vivido, y que yo tenía la idea de un poema cuya ambientación me sería fácil describir, pero cuyas sensaciones, que eran fundamentales en sentido estético, debían ser auténticamente recibidas de la realidad. Luego le expliqué el tema: una mujer desnuda bajo una sábana que va siendo apartada con lentitud, en una demorada contemplación *exclusivamente contemplativa*. Finalmente, le propuse que me sirviera de modelo. Y ella sólo puso como condición, para aceptar, que yo le diera mi palabra de que eso sería absolutamente todo. Y yo le dí mi palabra. Y la cumplí. Y escribí el poema.

Poco después revivimos todo aquello, ya sin palabra de limitación, y, por supuesto, con otra finalidad. Fue cuando ella me dijo que, de haber intentado tocarla siquiera aquella primera noche, no habría vuelto a verla nunca. Y lo más extraordinario es que, años después —siempre bella y gentil— me dijo tener un pretendiente que le había enviado... el “Poema del Extasis”, sin poder sospechar ni remotamente su verdadero origen; lo cual puede interpretarse como una casualidad casi increíble, o como una intuición parasicológica de hombre enamorado.

NOCTURNO DEL FANTASMA

*Si, ya sé que me han visto, como un fantasma extraño
que hace crujir la arena con su pisada firme;
pues reaparezco, a veces, en las casas de antaño
—sobre todo en las casas donde aprendí a morirme.*

*Tal vez yo soy entonces como un viento que pasa
y tiembla en las cortinas y se pierde a lo lejos,
y hay quien oye mis pasos recorriendo la casa
y hay quien ve que mi rostro se asoma en los espejos.*

*O es que me voy sin irme, no sé de qué manera,
no sé como en qué bruma de lo desconocido,
y entonces soy un hombre que sube una escalera
y la sigue subiendo después que ya se ha ido.*

*Si hay algo más, lo ignoro: La noche está delante,
en mis ojos cerrados o en mis ojos abiertos,
y, andando en esa sombra, no sabrá el caminante
si va junto a los vivos o va junto a los muertos.*

*Pero siempre es de noche detrás de la mirada,
y hasta lo inexplicable se explica de algún modo,
pues hay cosas que existen sin que sepamos nada,
más allá de la vida, de la muerte, y de todo...*

Febrero 15. Domingo. A veces recuerdo cierta escultura helénica del Museo de Nápoles, que representa a Atlas sosteniendo el mundo sobre sus hombros, —pero el mundo “esférico” de Parménides y Anaximandro. Y pienso en cuántas generaciones posteriores de hombres que creían habitar un mundo plano, pudieron sonreír contemplando aquella estatua que representaría, para ellos, la totalidad alegórica de un mito, en el que quedaba incluida la redondez de la Tierra. Pero, en cambio, también recuerdo a Protágoras y su concepción del hombre como medida de todas las cosas, que induce a dos optimistas falsedades: que todas las cosas han sido hechas para el hombre y que nuestro mundo es el centro del universo. Pero, en realidad, se diría que el hombre adquiere desde su infancia, junto con la noción del equilibrio, lo que podría denominarse el “concepto referencial de las proporciones”. Las sucesivas etapas de crecimiento coinciden con la expansión de su capacidad comparativa, siempre relacionada con la estimación arbitraria de sus propias dimensiones, hasta llegar a la edad adulta, que lo somete a una doble limitación, corporal y conceptual. De ese modo, el tiempo del hombre no es más que una aritmética de desplazamiento, basada en un mecanismo exterior de dualidad giratoria y sometido al error de un cálculo groseramente

material; y su espacio es una simple especulación teórica, una probabilidad de ese mismo cálculo insuficiente. Porque, de acuerdo con el concepto referencial de las proporciones, una hormiga puede alcanzar el volumen corpóreo de un elefante para la apreciación restringida de un leucocito o un estafilococo; el kilómetro del hombre, a su vez, adquiere una longitud astronómica para la hormiga, cuyo kilómetro de equivalencia no sobrepasa el salto de una rana; y ¿qué sabemos nosotros, los hombres, de nuestra verdadera dimensión, con la referencia de lo que llamamos acobardadamente "lo infinito"? ¿Quién nos asegura que la misma diferencia que existe entre los organismos microscópicos y nosotros, no es la misma que existe entre nosotros y Alguien o Algo?

Tarde del domingo, soledad y ventana. Un sol alegre y gente humilde con ropa limpia. Un hombre con una botella de licor, sentado en el muro de un jardín. Los niños del barrio yendo de una acera a la otra. Y, de pronto, un viento que remueve los árboles sonando a lluvia, y un cielo azul que se opaca en gris y un sol reticente. Y uno se entristece un poco, como algo normal, como aceptando que esas cosas externas influyen en nuestro ánimo, o como sin atrevernos a pensar que nuestro estado de ánimo puede influir en las cosas externas. Y algunas extrañas ideas siguen el rumbo de las nubes oscuras, —o marcan su rumbo, qué sé yo. Y un sentido de indefensión, de inútil rebeldía ante lo que no sabemos, o ante lo que es preferible no saber, fermenta pesadamente en nuestra sangre, como el mosto final de una mala vendimia.

*A veces se ilumina lo que es sombra otras veces,
lo que es noche perpetua para mi pensamiento,
y sé cómo coinciden las aves y los peces,
los hombres y los árboles, la eternidad y el viento.*

*Pero también a veces la noche se ilumina
con relámpagos tristes hasta lo más lejano;
y no comprendo entonces el rencor de la espina,
ni los pozos sin agua, ni los surcos en vano.*

*Y así es mejor ser ciegos, vagar en las tormentas
y olvidar las preguntas que nadie nos responde;
y seguir en la sombra, peregrinando a tientas,
sin saber hasta cuándo, ni por qué, ni hacia dónde.*

Febrero 16. Lunes. Despierto con la impresión confusa de un sueño sin imágenes, como con un sentido abstracto y, aun así, concretándose en la analogía de dos circunstancias absolutamente distintas: las deformaciones de la radiación atómica y las deformaciones de la lepra. Y dos ideas en contradicción, sobre la posibilidad de un organismo trasmisor de radiaciones, cósmicas tal vez —bacilo de Hansen— o el exterminio de ese bacilo por medio de la radiación atómica controlada. Todo lo cual puede ser simplemente una tontería, o la interpretación lineal de los residuos de un sueño, o una variante de supervivencia atávica de la Ley de las Signaturas.

Me encuentro con Fernández Spencer en la Universidad. Oponemos cordialmente nuestros puntos de vista en relación con la Poesía, —aunque son puntos de vista que nada tienen de originales, en él ni en mí. Pero su poesía requiere una respuesta intelectual en el lector; para la mía es suficiente una respuesta emocional, en una dimensión mucho más amplia. Si es más permanente su respuesta que la mía, ya es cosa que pertenece al ámbito de lo no demostrable. Y, de cualquier modo, los dos coincidimos en Bécquer... emocionalmente.

Febrero 17. Martes. No he dormido bien, anoche. Es lo que siempre me sucede, cuando me acuesto temprano. He despertado varias veces, hasta que decidí levantarme, a las cinco.

Hago un café deliberadamente claro. Y, después de esta anotación, me pregunto qué le importaría a nadie mi automatismo matinal. (¿Y todo lo que llevo escrito anteriormente?) Sin embargo, el sentido de las fechas va adquiriendo una importancia gradual en nuestra vida. Y este preciso momento de ahora mismo, en exactitud de minutos y segundos, sin duda será inolvidable para aquellos que están viendo morir o nacer a alguien, —centenares o millares de seres humanos que ya no son o que empiezan a ser, en la anchura de este mundo donde hay otras horas, minutos y segundos equivalentes, en la diversidad de los relojes pero en la simultaneidad del tiempo. Y ahora mismo puede estar naciendo Alguien —para bien o para mal— aunque esto no llegue a saberse hasta dentro de quién sabe cuántos años, y presumiblemente sin que yo pueda enterarme nunca.

Febrero 18. Miércoles. Ahora sé bien que un Diario sólo puede reflejar ínfimamente el incesante funcionamiento mental, en la compleja ramificación de sus derivaciones actuando sobre la memoria. Eso, independientemente de toda actitud autocrítica, de selección más o menos voluntaria que establece sus propias limitaciones, —algunas, con el prejuicio de lo vulgar, de lo intrascendente, y otras con el pretexto de lo innecesario o lo indecoroso. E independientemente también de los propios actos cotidianos, sujetos a idéntica clasificación en sus pormenores o en su totalidad.

Febrero 19. Jueves. Al llegar a la Universidad, salía un grupo de muchachas alegres, lindas, revoltosas. Y es curioso el parecido que puede existir entre las muchachas bonitas, sin otro parentesco que el de la juventud. Tal vez por eso, mirándolas, recordé nombres que ya sólo pueden evocar fantasmas de belleza abolida, tronos vacíos, tristes supervivencias. Y pensé en mí, también, —en el *otro* de antes.

*En aquella lejana primavera,
que se parece tanto a la de ahora,
era Clara, era Luisa o era Dora,
o era Esther, o era Martha, o la que fuera.*

*Hoy todas han de ser de otra manera,
porque el tiempo, que nunca se demora,
acaba anocheciendo cada aurora
como acaba apagando cada hoguera.*

*Sí, es verdad, Carmen, Laura, Bertha, Flora...
Pero hay otra verdad más verdadera
para mi corazón que no la ignora;*

*pues yo tampoco soy aquel que era
en aquella lejana primavera
que ya no se parece a la de ahora...*

Febrero 20. Viernes. Un día de intensa actividad, corrigiendo pruebas de trabajos científicos para la revista. Por la tarde voy al Club de Profesores. Una larga y agradable sesión social, hasta las 12 de la noche. El Rector me presenta a algunos decanos de las Facultades del Campus II. El decano de Ingeniería, joven y agudo, conoce el "Poema del Domingo Triste", pero ignoraba que fuera mío. Gran parte de la primera noche llueve torrencialmente. Y se acentúa en mí la evocación de aquel domingo especial, que fue el primero para sentirme solo, después de una linda sucesión de domingos maravillosamente acompañados. Ella había ido a reunirse con su familia, en una ciudad provinciana. (Ella: unos ojos intensos, una risa con música alegre, una disposición permanente para cualquier locura —como saltar por una ventana, atravesar solares yermos a medianoche y reunirse conmigo en una calle solitaria; o para correr descalzos por el muro del Malecón habanero, entre remolinos de viento con rocío de sal.) Era mi primer

domingo triste, después de tantos domingos de besos, guitarras y velocidades suicidas en mi convertible rojo-gris.

Se ha hablado de poetas en el Club de Profesores, y se menciona a Andrés Eloy Blanco. Y yo recuerdo una cálida tarde, en Cuernavaca, México, en rubia compañía; y un banco de madera desocupado en la plaza, a la sombra de un gran fresno, frente a la Catedral. Y, de pronto, veo a un indio delgado, de mediana estatura y rostro anguloso, que cruza una acera, y comento: —“No te puedes imaginar cómo se parece ese indio a Andrés Eloy Blanco”. Y el indio se va acercando a mí, con aire de extrañeza, y me dice: “—Buesa.. Pero, ¿qué haces tú aquí?”. Y era Andrés Eloy Blanco en persona. Fue la última vez que lo ví. Poco después moría en un confuso accidente automovilístico. Todavía conservo la numeración de sus teléfonos, que anoté aquella tarde en una hoja de mi pasaporte: en México, 15-41-18; en Cuernavaca, 53.

Febrero 21. Sábado. Voy por el mediodía al aeropuerto, con Nápoles, acompañando y despidiendo a un compatriota que regresa a Puerto Rico. Veo en una vidriera un libro que me interesa: “Apuntes para una historia prosódica de la métrica castellana”, de Balaguer, y lo compro. Se retrasa la salida del avión. Han registrado los equipajes, según se dice, por unas llamadas telefónicas anónimas en las que se advierte sobre un posible atentado terrorista. Al fin, con más de media hora de espera, se inicia el vuelo hacia San Juan. Casi en el último momento ha subido a bordo, bajo una llovizna fastidiosa, el ex-gobernador puertorriqueño Ferré, después de una corta estancia aquí para actuar como pianista en un concierto de caridad.

Febrero 22. Domingo. He leído intermitentemente los “Apuntes” de Balaguer. Es una obra de gran importancia, aunque para un escaso ámbito de lectores. No he visto ningún

comentario crítico en ninguna parte, tal vez porque los que poseen capacidad para comentar el libro, a favor, temen comprometerse políticamente, y los que desearían comentarlo en contra, por pura implicación política, temen hacer el ridículo de la incapacidad estética. Y, sin embargo, posiblemente desde Bello, Cuervo y Henríquez Ureña, la América Latina no ha ofrecido otro aporte crítico más importante de la Literatura Castellana, con tanta erudición, medida y profundidad.

Por la tarde, unos muchachos del barrio vuelcan la tinaja del cactus. Por fortuna, la planta parece capaz de sobrevivir a esa nueva tropelía; pero he decidido ponerla a salvo en el patio interior, después de trasplantarla convenientemente.

Febrero 23. Lunes. Un día vagamente burocrático, a no ser por una sesión de esgrima gramatical con Fernández Spencer y luego con Mariano Lebrón Saviñón. Por la noche voy a visitar a Guarionex —es su cumpleaños— y le obsequio el “Cancionero” de Petrarca. Yo entiendo que el verdadero obsequio consiste en desprenderse de alguna cosa a la que concedemos un valor particular, en favor de quien sepa valorarla como nosotros mismos. Lo contrario es someterse gregariamente a un mecanismo social de inducción más o menos fenicia.

Febrero 24. Martes. Leo en el periódico una nueva indiscreción sexual relacionada con el difunto John F. Kennedy. Es posible que se trate de una maniobra política indirecta contra cualquier aspiración inmediata del superviviente presidenciable de la poderosa familia. Pero en este caso la implicación se agrava por la muerte violenta —y misteriosa— de la dama copartícipe, así como por la sorprendente revelación de ciertas combustiones prohibidas, en la Casa Blanca. Y es probable que todo esto sea un simple anticipo de cosas de mayor calibre aún, en los meses venideros. La graduación

ascendente de un ataque es síntoma infalible de un plan que excluye toda improvisación y toda casualidad.

Por la noche me llama telefónicamente, desde Puerto Rico, Ricardo Bernardo Curbelo, industrial, poeta —y amigo. Me invita a pasarme unos días en la isla contigua, después de los carnavales. Le explico mi imposibilidad momentánea a causa de la acumulación de atrasos en la puntualidad de la revista, y todo queda en suspenso para cuando “Aula” restablezca su ritmo cronológico, —posiblemente a fines de año. (Y yo recuerdo inevitablemente a Myrtha Silva guiando su Lincoln Continental a 200 kilómetros por hora en una autopista nocturna, ya no sé hacia donde.)

Febrero 25. Miércoles. Sí, son desconcertantes ciertos parecidos. Hoy me encontré frente a frente con mi bella del “Domingo Triste”. Y no era ella, claro; pero era casi ella en todo: el óvalo del rostro, la mirada traviesa, la melena oscura y el perfil ligeramente judaico. Pero, sobre todo, miraba igual. Y con su edad de entonces, —hace treinta años.

Por la tarde salgo con el Dr. Pérez y Pérez, de la Universidad al Patio Español. Un atardecer neblinoso con fuegos artificiales en el diálogo. Don Quiquí, Fernández Spencer, Manuel del Cabral, Franklin Mieses, Henríquez Grateaux y algunos nuevos visitantes. Manuel del Cabral trata de inducirme a preparar una Antología Poética Amorosa Hispanoamericana. Yo le hablo de una, reciente, del uruguayo Mario Benedetti, que no conozco, pero de la que me han dado noticias. El insiste, y agrega, de paso, que “Palemón el Estilita”, de Valencia, es un auténtico poema de amor, —lateralmente. Me parece muy interesante esa observación.

Febrero 26. Jueves. Amanece lloviendo. Y se siente una frialdad insólita para estas fechas, en las islas. El programa de hoy es bastante complicado, incluyendo la inauguración de la biblioteca universitaria del Campus II y una conferencia duartiana del Dr. Troncoso.

El cactus del jardín sigue floreciendo impertérritamente, ahora en el patio interior de mi casa y en una maceta de cemento, mucho más resistente y de mayor amplitud.

Pienso aprovechar los tres días de asueto consecutivo, —mañana por la fecha patriótica, y el sábado y el domingo, en poner al día mi correspondencia, un poco atrasada últimamente.

Febrero 27. Viernes. Un día de grandes solemnidades patrióticas, con la inauguración oficial del Altar de la Patria, en el antiguo Parque Independencia, conmemorándose el 132 aniversario de la proclamación de la República Dominicana.

*Puede llegar un día, de imprevisto,
sin trámite de lágrimas siquiera;
o bien como se pudre la madera,
casi como pidiéndonos permiso.*

*Pero avisadamente o sin aviso,
con lluvia fría o sol de primavera,
ni se demora para quien no quiera
ni se adelanta para quien lo quiso.*

*Eso es lo que se sabe; aunque se ignora
la exactitud del sitio y de la hora,
y, sobre todo, lo que habrá después;*

*pero nunca hay después en el olvido,
y, de ese modo, lo que nunca ha sido
es parecido a lo que ya no es.*

Febrero 28. Sábado. Removiendo cartas, encuentro el sobre de una tarjeta de Navidad, con una escritura que me es familiar desde hace años, aunque siempre recuerdo, al verla, una frase que no fue escrita, sino pronunciada; una de esas frases que, por su especialísimo significado, se graban indeleblemente en el recuerdo, asociándose a determinadas personas, o situaciones, o fechas. Y en este caso se trataba de una muchacha adorable, inconforme con su pequeña estatura, a pesar de su equilibrada perfección corporal. Y sucedió que hubo una primera vez entre ella y yo, —que fue absolutamente la primera vez en su vida. Y, después, ya en camino de regreso, se me ocurrió preguntarle: “¿Cómo te sientes?”. Y ella se me quedó mirando, y me respondió con cuatro palabras muy expresivas: —“Como si hubiera crecido...”

No veo por qué un artista —pintor, poeta, músico— puede preferir la glorificación póstuma. En cualquier tiempo, ahora o dentro de un siglo, la fama es insegura y más o menos provisional; y si es cierto que su carácter póstumo puede librarnos de ciertos inconvenientes menores, también nos priva de algunas satisfacciones y ventajas importantes, y no exclusivamente económicas. Esta simple reflexión me induce a creer que lo póstumo es la última línea defensiva de una vanidad insatisfecha con lo actual, con lo real, y que todo cuanto se diga en otro sentido es simple retórica de mal perdedor.

Uno va por una carretera, en un caluroso mediodía, y decide detenerse para tomar un refresco, en un ventorrillo donde ya hay otras personas. Y una linda muchacha

desconocida lo reconoce a uno y se da a conocer, y pide autorización para un retrato juntos, como un recuerdo que mostrará a sus amigas en otro país. Y eso no será una vanidad —ni siquiera al consignarlo aquí— sino una satisfacción de sentirse estimado y comprendido. Y, por supuesto, sucedió ayer, pero sería físicamente imposible que sucediera dentro de cien años...

Febrero 29. Domingo. Hoy se establece el ajuste aritmético del cómputo rotatorio cuadrial, —invención de Sosígenes. En otras palabras de menos empaque, este 29 de febrero es lo que le da carácter bisiesto al año 1976, y título a estas páginas que llegan hoy a su sexta parte convencional.

He leído un ensayo de cátedra española sobre Bécquer. Bécquer, como autodidacto, no es bien visto por ciertos profesores con vocación de académicos. Y, sin embargo, el lenguaje de la Poesía no es exactamente el del diccionario, que sí rige la prosa. Por lo demás, parece que fue Menéndez y Pelayo quien impuso la modificación de un verso de la Rima LXXIII, y como nadie se atreve a ir en contra de la autoridad santanderina, sigue reproduciéndose antipoéticamente aquello de:

*y entre aquella sombra
veíase a intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.*

Porque, sin la más remota duda, Bécquer escribió *intérv*alos, que es la configuración de la asonancia “e-o” a todo lo largo del poema. Pero lo correcto, ortográficamente, es “intervalos”. Y, ante la disyuntiva, don Marcelino optó por la ortografía en contra de la asonancia y de la métrica, con lo que demostró solamente que respetaba más las leyes de la prosa que las del verso. Porque bien podría aceptarse lo de “intérvalos”

como una licencia poética de traslación de acento, como cuando en la "Oda por la Victoria de Lepanto", de Herrera (estrofa 3, verso 2) se lee: "del *ímpio* furor suyo", y más abajo una nota: "*ímpio*: licencia poética por *impío*". Y en las propias "Cien Mejores Poesías Líricas de la Lengua Castellana", donde Espronceda comete una falta ortográfica en el primer verso de la trigésima segunda estrofa del "Canto a Teresa": "Y tú, feliz, que *hallastes* en la muerte", el antólogo se apresura a explicar al pie de la página: "licencia poética por *hallaste*". Entonces, ¿por qué quitarle el acento a *intervalos*, eliminando la asonancia y haciendo cojear el verso; o sea, atribuyéndole a Bécquer dos errores de composición por salvarlo de uno de ortografía?

Otra cosa no menos disparatada y hasta divertida, es que Bécquer sea un poeta anticronológico, que se sale de todos los sacrosantos esquemas de nomenclatura poética. Es, en realidad, un romántico rezagado. Pero eso no es decente. Estamos en épocas de anticipación, de clarividencia estética, y semejante ejemplo negativo resulta inaceptable. Por lo tanto, ya se le está buscando a Bécquer un encasillamiento técnico de vanguardia, para su época: precursor del simbolismo español. Cualquier cosa, menos "romántico rezagado". Eso, nunca. Ningún rezagado en Poesía puede escribir obras memorables: Está prohibido terminantemente por los que no son poetas, pero que siempre logran una democrática mayoría en cuestiones de poesía minoritaria, cuyo fundamento es antidemocrático, precisamente.

LIBRETA 3

MARZO

Marzo 1o. Lunes. Leo en un ensayo de Juan Ramón Jiménez, "El Modernismo Poético", un juicio un poco desconcertante sobre la influencia de "El Cuervo" de Poe, e n "el *Nocturno* mayor de Silva". En realidad, no encuentro afinidad alguna entre un poema que es un paradigma de sabiduría técnica, como "The Raven", con sus estrofas de impecable simetría y su lujo verbal, y el "Nocturno", con su música de intuición y su gramática modesta. Por otra parte, "The Raven" es un relato metódico, con una sofocante atmósfera cerrada, y el "Nocturno" es una evocación lírica, con una amplitud pulmonar de espacios abiertos. Lo que ambos tienen en común, que es la evocación fúnebre de una mujer —con un nombre poético en Poe e innominada en Silva— no me parece suficiente para establecer ninguna influencia directa que amerite señalamiento. Y lo más singular de todo esto es que la única vez que tuve un contacto personal con Juan Ramón Jiménez, en 1936, en La Habana, discutimos sobre los méritos permanentes del "Nocturno", y él defendía la absoluta originalidad poética de Silva en oposición a la de Julián del Casal, empañada ésta —según sus propias palabras— por la influencia de Baudelaire. Pero semejante inestabilidad de opiniones no debe extrañar en quien confesó paladinamente: "yo, que soy un gustoso rectificador de mi vida y de mi crítica". Por lo demás, ese desacuerdo —bastante ácido— entre J.R.J. y yo, no lo indujo a excluirme de su antología de poesía cubana, donde aparecí generosamente apadrinado por él. (Y en aquellas fechas yo no había descubierto aún, en un poema de "Les Medailles d'Argile", de Henri de Régnier, una indudable

similitud contemporánea de aquellas “dos sombras uniéndose en una sola”, de Silva).

Marzo 2. Martes. He recibido carta de Hernández López, desde Mayagüez. Me envía, entre otras cosas, la reproducción de una fotografía tomada en el Círculo de Bellas Artes de La Habana, el 21 de agosto de 1935. Es un grupo donde he identificado algunas personas desaparecidas ya. Y allá está el otro-yo, mi yo anterior, todavía sin cumplir los 25 años, en la época en que fue escrito —no sé bien si por él o por mí— el “Poema del Renunciamento”.

He estado examinando la copia de esa vieja fotografía recibida hoy. Claro está que en cuarenta años se aprenden muchísimas cosas. Y una de las cosas que evidentemente el otro-yo ignoraba en 1935, era la discreción, a juzgar por mi —o su— desatención al fotógrafo y su —o mi— absorbente contemplación de una joven dama que está muy próxima, medio paso delante. Con toda seguridad, nunca la había visto antes de ese encuentro fortuito, y probablemente no volví a verla después. No sé quien era, ni su nombre, por supuesto. Pero, sin duda, merecía la imprudencia de que alguien se le quedara mirando mientras los demás miraban hacia la cámara. Cuarenta años después, es bien poco lo que puede quedar de su belleza de entonces, —si es que vive aún, siquiera.

*No sé quién era esa mujer bonita
de ese retrato del ayer distante;
esa a quien miro en actitud de amante,
con una muda imploración de cita.*

*Ella pudo ser Marta o Margarita;
yo era un travieso rimador galante;
y en vano resucito aquel instante,
porque la juventud no resucita.*

*Pero al mirar ese retrato viejo
me he visto reflejado en un espejo
con el reflejo de mi vida entera;*

*pues la ilusión bien poco necesita,
y es suficiente una mujer bonita,
aunque no logre recordar quién era...*

Marzo 3. Miércoles. Hoy, en la Universidad, vi una reproducción a pequeña escala de los primeros globos terráqueos configurados sobre la cartografía renacentista. Se me ocurrió hacerlo girar, y así lo hice. Y en ese momento recordé la teoría del universo en expansión y, simultáneamente, la del desplazamiento gradual de los continentes. Y pensé en la interdependencia funcional de los cuerpos celestes, en la equivalencia de sus fenómenos y en la probable improbabilidad de una excepción para nuestro planeta. La conclusión, tal vez disparatada, tal vez atendible, es que los desplazamientos continentales podrían deberse a un poder expansivo operando, no lateralmente, sino de adentro hacia afuera, sobre la totalidad de la superficie geográfica. Y he pensado en los volcanes como simples aunque monstruosas válvulas de seguridad. En otras palabras, he imaginado una *Tierra en expansión*.

Marzo 4. Jueves. La epidemia gripal continúa extendiéndose. Entre mis amistades, primero fue Guarionex; ahora, Nápoles, que está en cama. En cambio, Gertrudys de Mises, al parecer tan frágil físicamente, ha resistido su gripe sin claudicación alguna en sus actividades universitarias y hogareñas, aunque sea con fiebre y tos, y ha seguido llevándose y trayéndome en su "Renault", en nuestra identidad de horarios

y en nuestra proximidad de domicilios. Yo, por mi parte, me mantengo marginado del virus, hasta ahora.

Juanita, mi mujer, encontró en el traspatio una pieza de metal de procedencia desconocida, aunque de posible uso bélico —tal vez de resultas del paso de los “marines” en 1965. Tiene adherido un círculo de imán, lo que me ha permitido sorprender a Papucho con misteriosos actos de “magia mineral”. Y, realmente, las propiedades magnéticas del imán constituyen un fenómeno explicable y hasta reproducible, pero que no por eso deja de establecer, en ciertos casos, una especie de transgresión a ciertas poderosas leyes naturales, —como la gravitación.

Me ha ocurrido muchas veces celebrar el perfecto funcionamiento de un mecanismo o aparato... que no tarda en descomponerse. Así, con relojes, receptores de radio y TV, automóviles, juguetes mecánicos o eléctricos, máquinas de escribir, etc. Se diría que es una manera especial de anticiparme a los acontecimientos negativos. Y no veo la razón por la cual esta mañana consigné la virulencia de la epidemia gripal, y el hecho de que me sentía a salvo, *hasta ahora*. Porque desde la media tarde he empezado a sentir un malestar sospechoso. Y, por supuesto, he tomado las medidas farmacéuticas del caso. Mañana veré si puedo levantarme o no.

Marzo 5. Viernes. La noche no ha sido muy agradable, con sueños insistentes, interrumpidos por toses y ráfagas de escalofríos. Pero estoy levantado y en disposición de cumplir dos compromisos matinales en la Universidad, que he tenido bien presentes en la inquietud de mi mal dormir.

He leído en alguna parte que la persona que al llegar a los

cuarenta años no haya aprendido a ser su propio médico, es imbécil. Y, por supuesto, se trata de una exageración de la autosuficiencia. Pero, un poco marginalmente, he recordado a mi bisabuelo, Miguel Buesa, aragonés y carlista, que ejerció la medicina en Trinidad, Cuba, y que se suicidó por haber cometido un grave error de diagnóstico. Esto, sin duda, requiere una explicación, porque resulta insólito que un médico se suicide por un motivo semejante; pero el error lo cometió consigo mismo, al diagnosticarse un cáncer al hígado —sin ser cierto, como se comprobó después—, lo cual lo indujo a ponerse a salvo de una larga y dolorosa agonía mediante un vaso de láudano. Y es tradición familiar que don Miguel se puso a leer el periódico, tranquilamente, hasta caer en el letargo final de la droga, que todos supusieron, en su casa, que era una simple siesta...

Marzo 6. Sábado. He optado, prudentemente, por permanecer en casa este fin de semana. Por lo demás, según he oído decir, “un catarro descuidado suele durar siete días; pero, en cambio, si uno se cuida como es debido... entonces dura una semana”.

Después de la siesta, empiezo a sentirme en estado normal. Y he recordado una curiosa anécdota de cuando mi bronconeumonía doble, en 1945. Ya llevaba yo varios días en cama —con simple catarro aún— cuando recibí, de noche, una llamada telefónica de don Pedro Rivero, de la Embajada Venezolana, anunciándome su visita. Yo no lo conocía personalmente, aunque sí lo sabía autor de un libro de versos titulado “El Mar de las Perlas”. Le expliqué mi situación, con fiebre alta y dolor de cabeza, y, con gran sorpresa de mi parte, insistió en verme, aunque sólo fuera por unos momentos. No me quedó otra alternativa que acceder, y, en efecto, quince minutos más tarde llegaba don Pedro a mi casa, deshaciéndose en excusas... y mirándome de un modo muy especial, que

aumentaba mi desconcierto. Finalmente, me abrazó, y se echó a reír, como aliviado. —“Le ruego una vez más que me perdone —explicó— pero yo lo llamé desde la Embajada de Chile, donde acababa de escuchar un comentario, según el cual Ud. no se dejaba ver de nadie porque está leproso. Ya he comprobado que no es cierto, y vuelvo para allá, a desmentir lo que se dijo. Creo que eso justifica mi aparente descortesía, al insistir en visitarlo a pesar de que Ud. está enfermo... afortunadamente, de otra cosa”.

Tal vez por coincidencia en lo diplomático, he recordado a Jesús Flores Aguirre, primer consejero de la Embajada de México en La Habana. Un día —ya después de la caída de Batista— me llamó por teléfono, invitándome a almorzar en el restaurante “La Terraza”, en el Vedado, “para conocer mi opinión sobre unos versos que iba a publicar”. Lo encontré con otras personas, y nos leyó un poema sobre los cuartos de hotel, que todos celebramos sin reservas, porque era realmente muy hermoso. Pero, en un momento en que hicimos un aparte, me entregó una tarjeta con unos teléfonos anotados, y me dijo: “En cualquier momento que quieras asilarte, localízame en estos teléfonos, que yo iré a buscarte, a donde sea, en un automóvil de la Embajada”. Poco después, Flores Aguirre aparecía asesinado, en circunstancias que nunca han sido aclaradas o que, al menos, nunca se han dado a la publicidad. Y yo lo recordé muchas veces al pasar por Saltillo, su ciudad natal, durante los cinco años que estuve en México.

Marzo 7. Domingo. He amanecido con calentura, después de una noche de mucha tos y poco descanso. Me quedo en la cama hasta el mediodía. A las 3 de la tarde, mi temperatura no llega a 36o.

De acuerdo con una carta que recibí, ayer, de México, mi

hija menor, Carmen Ilia, se va para Tijuana, con su marido. Y me informa en su carta que mi "Método de Versificación" sirve de texto en la cátedra de Literatura del profesor Iván Portela, en la Universidad "Anáhuac" de Ciudad México.

Marzo 8. Lunes. Me he pasado la noche como el personaje de Camus, en "La Peste", que rehacía con laboriosas variantes sintácticas el primer párrafo de una novela que nunca pasaba de ese primer párrafo. Ese es, para mí, el síntoma obsesivo de la fiebre. Me he quedado en casa, por la mañana, hasta ver si no es una imprudencia ir a la Universidad por la tarde. Guarionex ha recaído, con temperaturas de 40o.

*Solitario en la sombra como un furgón vacío,
amontonando nieve sobre la terca brasa,
poco me importa el tiempo que pasa como un río,
porque estoy en la orilla de un río que no pasa.*

*Más allá de los puertos con su humedad salobre,
más allá para siempre de las islas felices,
ya no codicio el oro que se convierte en cobre,
porque crecí hacia adentro mirando las raíces.*

*Y más allá de todo lo que ha sido y no ha sido,
más allá de la sangre con su oscuro fermento,
esperaré el gran viento que sopla hacia el olvido
y cerraré los ojos para que pase el viento.*

Hace unos momentos recordé un caso de tan difícil explicación, que casi resulta inexplicable, y que, sin duda, debí haber recordado antes. Pero lo había olvidado por completo. Se relaciona con doña Lolita Román, y con la última vez que la vi personalmente, en su casa de Puerto Plata. Ya me disponía a

despedirme, cuando ella me preguntó, de pronto: “¿Usted piensa ir a España? ”. —“Sí —le respondí— pero siempre ocurre algo que me hace aplazar el viaje”. —“Bueno, pues no sé bien si se trata de un viaje, pero acabo de ver unas personas en torno a una mesa, como comentando o discutiendo, por unos papeles que son de Ud. o se refieren a Ud. Y detrás de esas personas veo como un abanico español, o una baraja española. Es algo relacionado con España y significa para Ud. algo como un premio, por una cantidad bastante considerable”. Eso ocurrió a principios del año pasado, poco antes de venir de Santiago para la Capital. Algún tiempo después de estar aquí, leí una convocatoria de la “Casa de España” para unos Juegos Florales, a los que concurrí, ganando dos primeros premios que sumaron 3,000 pesos. Y fue ahora cuando vine a recordar la premonición de doña Lolita. Y Juanita, que estaba presente entonces, lo recordó todo, igual que yo, palabra por palabra.

A la hora del almuerzo, un muchacho de la vecindad entró en el patio interior de la casa, donde tengo el cactus, para seguir escarbando la tierra en busca de moneditas.

Al mediodía ya tengo fiebre. A las tres y media, 38o. Tomo un comprimido de Pantomicina, que yo conocí como “eritromicina” en Puerto Rico. Con ese antibiótico trataré de prevenir cualquier complicación de la gripe, que es lo más temible a mi edad.

Marzo 9. Martes. Mucha tos durante la noche. Y hambre —lo que considero un buen síntoma. A las 6 de la mañana me tomo la temperatura: 37.2. No es conveniente que vaya aún a la Universidad, tan llena de pasillos y corrientes de aire.

Yo conocí a doña Lolita Román hace años, hacia 1968, al principio de residir en Santiago, en uno de los frecuentes "pasadías" organizados por Genaro Paulino. Nunca me he "consultado" con ella. Es una señora bondadosa, instruida y agradable, con quien he sostenido largas conversaciones, en distintas oportunidades. Por regla general, cuando voy a Puerto Plata —ahora menos, por la mayor distancia— no dejo de pasar a saludarla. Y a veces ella me recuerda y me envía algún recado con algún amigo —o amiga— común. Como sucedió con lo del cactus.

Marzo 10. Miércoles. Estaba profundamente dormido cuando sonó el despertador, a las seis. Ha sido una noche de verdadero descanso, sin accesos de tos ni sueños intranquilos. Mi temperatura sigue baja —no llega a 36o.— lo que es propio de mi naturaleza después de alguna enfermedad que me haya provocado fiebres por varios días.

He cumplido mis horarios normales en la Universidad. Recibo algunas visitas de estudiantes con aficiones literarias. Pongo al día mis asuntos y entrego abundante material a la imprenta. Y, de pronto, recordé a mi viejo profesor marista de hace cincuenta años, el Hermano José, tosiendo en su cátedra y expectorando en el pañuelo. Mi hermano mayor siempre fue el primero en su clase. Yo lo fui también.

Hoy oí un nombre: Virginia. Y recordé mi primera impresión especial ante una mujer, cuando yo apenas contaría siete años. Fue en Santa Clara. Virginia —o mejor, Virginita— era amiga de mi tía Consuelo. Y me parece verla bajando una escalera de caracol, de madera barnizada, con el sol de la mañana aureolando su cabeza rubia. Seguramente supuse que era un hada. Y me le quedé mirando, como en éxtasis, con lo

que la hice refír. Muchos años después, mi tía me seguía recordando mi amor a primera vista por Virginita.

Marzo 11. Jueves. Hace algunos meses, en Puerto Rico, vi por la TV un programa de recordación de Rodolfo Valentino, con algunas escenas de sus películas. Todo aquello parecía irrealmente ridículo y concluí riéndome. Esta noche, Nápoles me invitó a ver "Melodía de Arrabal", una película de hace más de 40 años, con Carlos Gardel e Imperio Argentina. Y fui, dispuesto a reírme otra vez. Pero no me reí. Poco me faltó para aplaudir después de cada canción, como el público enloquecido que abarrotaba el cine. Ha sido una curiosa experiencia retrospectiva.

Marzo 12. Viernes. Mañana tendré cena con invitados, de la Universidad. Gertrudys y Vinicio; el Dr. Amaro y la otra Gertrudis, su esposa. Es probable que aparezca alguien más. Yo seré el cocinero.

En mis primeros tiempos en Monterrey, México, en 1963, yo vivía solo en un apartamento bien amplio, en el Condominio Colonial. Mi vecino más próximo era otro cubano, Nicanor Infiesta, gerente de la IBM y solitario también. Hicimos amistad y solíamos cenar juntos, pero echábamos de menos la alimentación criolla, y ninguno de los dos iba más allá de freír un par de huevos en un caso de emergencia. Un día recordé que las ollas de presión traen recetarios de cocina muy pormenorizados en cuanto a ingredientes, tiempo de cocción y otros aspectos más o menos empíricos del arte de Brillat-Savarin. Y así comenzaron nuestros fabulosos banquetes regiomontanos. Y así adquirí la técnica indispensable para preparar un suculento arroz con mariscos o un cocido a la madrileña como el que ofreceré mañana a mis invitados.

Marzo 13. Sábado. He visto en una revista una foto del

embarcadero de la Plaza de San Marcos, en Venecia. Y pude identificar con toda exactitud el sitio donde se me cayeron al agua unos lentes de leer, al saltar a una góndola, hace veinte años.

Hoy he recordado a Salvatore Quasímodo y su afirmación de que “los filósofos son los enemigos naturales de los poetas”. Lo he recordado con motivo de una conversación donde salió a relucir el precepto aristotélico en contra del uso de la aliteración —la rima de entonces— en las composiciones poéticas de alto aliento. Y es indudable que Aristóteles no vacilaba en sacrificar un elemento artístico de la versificación, tal vez exclusivamente porque contradecía su concepto general del Arte como “imitación de la Naturaleza”. La rima, indudablemente, es una creación intelectual del hombre, una independización de lo circundante y, por consiguiente, pasa a ser un artificio, —una cosa *artificial*, desde un punto de vista *naturalista*. Pero la versificación, en su totalidad, es un mecanismo de expresión indiferente a la exactitud que la filosofía le impone a la prosa. Y aquí es donde se produce la ruptura esencial entre el filósofo y el poeta; una ruptura que sólo alcanza un ángulo conciliatorio en Bergson.

Y, sin embargo, ningún filósofo ha explicado mejor la muerte que el propio poeta Quasímodo, en tres versos de “Acque e Terre”:

*Ognuno sta solo sul cuor della terra
trafitto da un raggio de sole:
ed e subito sera.*

*(Cada uno está solo sobre el corazón de la tierra
traspasado por un rayo de sol:
y de pronto anochece.)*

Marzo 14. Domingo. La cena de anoche fue simplemente descomunal. Después hubo chistes, canciones y algo de poesía, hasta la medianoche. Vinos españoles y californianos, por variar. Y, sobre todo, buen apetito.

Por la mañana salgo con Nápoles a un paseo en automóvil en dirección a San Cristóbal. Se cae la placa delantera, no sabemos dónde; pero aparece al fin, después de una mortificante búsqueda, kilométrica en realidad.

Un domingo sin mayor importancia. Y, sin embargo, hoy puede haber muerto alguien a quien conocí no sé cuándo, para bien o para mal.

Marzo 15. Lunes. Le escribí a mi hija en México. Le escribí a mi hijo en los Estados Unidos. Lo demás ha sido rutinario, en la Universidad y en mi casa. Hay días así.

Me puse a buscar algo para leer, y escogí en mi librero una antología de poesía colombiana. La abrí al azar, y aparecieron "Los Camellos", de Guillermo Valencia. Y recordé vívidamente una tarde de hace 40 años, en La Habana, cuando yo estaba tecleando en mi máquina de escribir y llegó Marcelo Agudo —un excelente actor cubano— con un señor distinguido, de mediana estatura, sonriente, que se detuvo en la puerta. Y Marcelo me dijo: "A que no sabes quién es este señor... colombiano y poeta". —"No me dirás que es Guillermo Valencia", —respondí, levantándome. Y don Guillermo Valencia se me acercó, abrazándome afectuosamente. Marcelo lo había encontrado en una librería, y él accedió a acompañarlo para darme la sorpresa. Valencia venía de Rochester, donde se había sometido a una

intervención quirúrgica, y estaba de paso en Cuba. Al día siguiente lo acompañé a un acto en su honor, en la Academia de Artes y Letras. Me dedicó el ejemplar de sus "Poemas Escogidos" que yo poseía. Y me envió "Catay" desde Popayán. Fue un gran poeta y un gran señor.

Marzo 16. Martes. Una mañana fría, un mediodía caluroso, una noche de viento. Esa gripe me ha dejado flojo de piernas y corto de respiración.

Marzo 17. Miércoles. Me desperté a medianoche recordando unos versos de Supervielle, que siguieron rondando mi almohada hasta el amanecer:

*Je ne vais pas toujours seul au fond de moi-même
et j'entraîne avec moi plus d'un être vivant.*

Como siempre, la Poesía, lo indefinible, es la más exacta definición de los actos y de los deseos. Ahí, en dos líneas, se expresa totalmente, en su dificultad y en su veracidad —y a veces en su imposibilidad— cada anotación en un Diario como éste:

*Yo no voy siempre solo al fondo de mí mismo
pues hago entrar conmigo otros seres vivientes.*

Es agradable comprobar cómo persiste la penetración del viejo mensaje juvenil —un mensaje de simple participación emotiva en su espontaneidad— en las sucesivas promociones humanas. No son solamente jóvenes de antaño que evocan ahora su juventud en los poemas de entonces, sino jóvenes de hoy que siguen encontrando en los poemas de ayer una identificación con sus sentimientos y sus inquietudes. Raro es el día que no lo compruebo una vez más con la visita de algún o alguna

estudiante que va a conocerme, o que me lleva a autografiar un libro.

En el curso de una charla de sobremesa, una dama gentil dedujo que, a juzgar por el carácter autobiográfico de mis versos, mi vida amorosa tuvo que haber sido de gran amplitud. —“Así es —admití—; aunque, por supuesto, ya estoy *retirado* de esas actividades”. Poco después, alguien hizo una referencia a mi hijo en edad de kindergarten, y la dama pareció sorprenderse: —“Pero, ¿no me dijo Ud. que ya estaba *retirado*? ” —“Retirado sí, señora, pero no fuera de combate...”

Fue un caso singular, —singular por tratarse de una muchacha con un señor, aunque sea bastante común tratándose de un adolescente con una señora: Un amigo, cierto día, me comunicó que estaba intentando “heredarme una *ex*”. Sentí curiosidad por identificarla, pero ni su nombre ni su descripción física suscitaban ningún recuerdo en mí. —“Tal vez te equivocaste” —le dije. —“No —fue su respuesta—; si ella misma me lo confesó. Y tú le escribiste muchísimos poemas”. Ya aquello ameritaba ciertas averiguaciones. Yo insistía en que no y mi amigo en que sí. Ella era acomodadora en un cine y allá nos fuimos mi amigo y yo. —“Es esa”, —me dijo él, señalando a una esplendorosa muchacha que, al vernos, pareció turbarse. Y, desde luego, yo no la había conocido nunca. Pero, interpretando rápidamente su turbación, me acerqué a ella, le besé la mano y le pedí que me perdonara “por no haberla reconocido antes”. Ella se quedó encantada. Mi amigo y yo nos marchamos... y yo no demoré en volver, solo. Ella me dio las gracias por no haberla puesto en evidencia ante su pretendiente. Me explicó que había mentido “por darse importancia”. La esperé a la salida, claro. Mi amigo quedó

desplazado inmediatamente. Y, en lo sucesivo, ya ella no tuvo que mentir al referirse a nuestra intimidad...

CANCION DEL CULPABLE

I

*Lo sé: Soy el culpable de la sombra,
el único culpable de las espigas secas.*

*Tú eras tú, como entonces, allá lejos,
diciéndome: "Te amo", para que amaneciera.*

*Lo sé: Yo soy el único culpable
de estas frías paredes, de estas ventanas negras.*

*Y tú lo ignoras todo, allá, tan lejos;
allá, con tu sonrisa de olvidarme aunque llueva.*

II

*Lo sé: Soy el culpable de esta nieve,
de esta lenta ceniza, de este pozo vacío.*

*Tú estás de pie en tu luto, como entonces,
para cerrar tu puerta como se cierra un libro.*

*Sí, ya lo sé, lo sé: Soy el culpable
de tantas fechas tristes porque no estás conmigo.*

*Y tú sin saber nada, allá, tan lejos;
allá, donde el otoño se parece al olvido.*

Mayo 18. Jueves. En mes y medio he realizado ya, prácticamente, el trabajo de año y medio, —que era el atraso de la revista. Estoy empezando a escoger el material para el primer

número de 1976 —enero, febrero y marzo—. Y ahora pondré en práctica algunas innovaciones importantes.

Es cierto que, como poeta, desde cierto punto de vista, yo me he mantenido bogando contra la corriente. Y siempre solo, sin agruparme ni agrupar a nadie. Eso justifica el menosprecio de gran parte de la crítica grupal; menosprecio que se expresa ignorándome, o con alguna mención indiferente en ensayos y antologías. Otras veces he sido atacado, directa o lateralmente, como representante activo de viejas fórmulas poéticas. Y, sin embargo, esa labor en contra — a veces respondiendo a planeamientos políticos, no exclusivamente contra mí, sino contra la Poesía tradicional — me ha resultado beneficiosa de cierta manera; porque, desde hace muchísimo tiempo, no ha surgido otro poeta —y ya era tiempo de que surgieran unos cuantos— que me dispute esa preferencia popular que me acompaña aún, desde hace más de treinta años. Ya son dos las generaciones de poetas desorientados por esa crítica tendenciosa, que los induce a escribir poesía social, o metafísica, o hermética, y, sobre todo, en versos que en nada se diferencian de la prosa, a no ser por su arbitraria disposición tipográfica. Yo, en cambio, sigo cultivando esa “poesía fácil” que tan difícil resulta para quienes no son capaces de escribir cuatro endecasílabos consecutivos sin algún tropiezo con la aritmética verbal.

Marzo 19. Viernes. Hoy es día de San José. Y hay una cosa curiosa con mi nombre. En España prefieren escribirlo como “J. Angel” o “José A.” o eliminan drásticamente mi “José”. Para ellos, lo de “Angel” no coincide santoralmente con el patrón de los carpinteros, no se ajusta a la tradición religiosa. En Rusia, en cambio, desaparece mi Angel y quedo en José Buesa,

simplemente. "Angel" es una palabra que carece de equivalencia, actualmente, en el idioma de Pushkin.

Otra cosa curiosa, en el siglo XX. En una antología de versos míos, publicada en Barcelona hacia 1954, y que alcanzó ocho ediciones en cinco años, aparecía el "Poema de la Culpa", siempre en una página sin numerar. Esa página era omitida en la "edición para España", incluyéndose solamente en la "edición para América". Pero la página prohibida circuló clandestinamente, desde los talleres de la editorial hasta el último rincón de la península. Los españoles son así. Y así.

Para mañana, sábado, he organizado una pequeña fiesta-comilona en casa. Reuniremos la celebración de hoy, mía y de mi hijo, con la de Nápoles, su Fina y su hija Fefita. Vendrá Genaro Paulino, de Santiago, con un órgano eléctrico, músicos y cantantes. Yo he invitado a los Mieses, a los Amaro y al Lcdo. Benedicto, decano administrativo de la Universidad y amigo de Genaro. Por la tarde compré todo lo necesario para una garbanzada, amén de un garrafón de vino de Valdepeñas. Nápoles traerá dos perniles asados, más vino y whisky. Juanita hará una carne en barbacoa, al estilo mexicano.

Por la tarde, un joven me lleva un "Oasis" para que se lo autografe y me pregunta si mi nombre es el mío verdadero o un seudónimo. Y yo recuerdo a Agustín Acosta, que este año cumplirá 90; y he recordado a nuestro poeta nacional, porque hace tiempo, en Matanzas, me dijo que yo era un poeta afortunado en todo, "hasta en tener un nombre de poeta". Yo le respondí que ese era también su caso, y además con la ventaja de que hasta los antólogos que le fueran adversos tenían

que situarlo en primer lugar, de acuerdo con el orden alfabético: A-A. Claro que no le dije nada de esto a mi joven visitante, a quien me limité a explicarle que, según el certificado de nacimiento, mi nombre legal es José Angel Máximo Buesa del Regato, Sarría y Sánchez, nacido el 2 de septiembre de 1910 en Cruces, Las Villas, Cuba. Pero él derivó su pregunta hacia el porqué de los seudónimos, como en el caso de Neruda, Darío y Bécquer. Y yo convine en que, en efecto, Neftalí Reyes, Félix García y Gustavo Domínguez no son nombres que destaquen ninguna característica especial o relacionable con la poesía; pero, en cambio, le puse el ejemplo de un gran poeta mexicano que sobrepuso el mérito de su obra a la autenticidad negativa de sus dos apellidos multitudinarios: González Martínez. Poco después, al quedarme solo en mi oficina, recordé al noble poeta de Jalisco, y su padrinazgo poético en relación con mi libro "Babel", de 1936. La cosa fue inesperada y fulgurante: Diego de Pereda, periodista y poeta dominicano, había ido a México, y entrevistó a Enrique González Martínez para la revista "Carteles" de La Habana. Don Enrique le mostró mi libro, que yo le había enviado y que él tenía sobre su escritorio, y expresó que era "una revelación lírica", entre otras cosas enaltecidas. Esa entrevista fue reproducida en distintos países y constituyó un verdadero espaldarazo, una especie de presentación poética a alto nivel, con todo el prestigio continental de González Martínez. Después recibí afectuosas cartas suyas —recuerdo que con orla de luto—. Poco antes de morir, me envió su "Segundo Despertar" y una foto dedicada. Nunca lo conocí personalmente. Mi primer viaje a México fue en 1952, después de su muerte en ese mismo año.

Marzo 20. Sábado. Con la Música me sucede igual que con la Poesía, que a veces se adueña de mi imaginación de una manera reiterativa, obsesionante. Anoche, por ejemplo, me estuvo rondando el "andante" de la Sinfonía No. 2, de Sergei Rachmaninoff. Y entonces recordé forzosamente a una atractiva persona que está relacionada de un modo indisociable con esa partitura, en mi recuerdo. Porque es cierto que existen personas

con “tema musical”. Especialmente para los melómanos, como un servidor.

Me sucede a veces que pasan años sin que hojee determinado libro escrito por mí. Y cuando al fin lo hago, puedo recibir una impresión casi parecida a la de quien lo lee por primera vez, lo cual es autocríticamente interesante. Claro que si se trata de una obra reeditada reiteradamente es más difícil lograr esa impresión, cuando uno mismo corrige las pruebas; pero aun así, hoy estuve hojeando “Oasis”. Lo primero que vi, es lo que sólo yo puedo ver en su totalidad, y algunas otras personas apenas fragmentariamente, y la mayoría no puede ver; es decir, el origen personal de cada poema, más allá de su anécdota: nombres, lugares, fechas, continuaciones, epílogos, —todo, fuera del texto. O, alguna vez, la maliciã lateral de un nombre de mujer, como en el “Poema del Fracaso”. Pero, ¿cuál es el secreto de la penetración, de la permanencia de ese libro? ¿Cuáles son los factores comunes que se unen en algo indefiniblemente especial, aunque sin ninguna innovación específica, en técnica, ni en expresión, ni en temática? Porque no es solamente la vivencia real, que no puede ser simulada por ningún artificio literario. No es tampoco la “emoción compartible”, la identificación sentimental con ciertas situaciones análogas. Todo eso puede influir, sin duda, pero no aisladamente. Tal vez, en lo expresivo, tengan alguna participación importante la facilidad de lectura de los versos, las comparaciones directas, “visibles”, en relación con la Naturaleza circundante: ríos, árboles, nubes, caminos, y la alusión a hechos cotidianos, y cierta actitud reflexiva de apariencia filosófica y fácil comprensión mayoritaria. La fusión de todos esos elementos no formará un estilo propio, pero sí un “tono poético” identificable, —que es casi lo mismo, en términos menores.

Marzo 21. Domingo. La celebración de anoche —el San José diferido— terminó dos horas después de la medianoche,

pero ya a las ocho y media de la mañana dominical salgo con Ramallo —que llegó ayer de Puerto Rico— y con Nápoles, hacia Puerto Plata, en asuntos personales del primero. Llevo el propósito de saludar a doña Lolita, pero el itinerario de los demás no coincide con el mío, y el reloj y el cansancio se nos echan encima a los tres, por lo que seguimos de largo hacia Cofresí, al almuerzo tardío y la siesta imprescindible. Regresamos al atardecer. Llegamos a las diez y media de la noche, después de soportar aguaceros consecutivos en los 240 kilómetros del mapa, entre los dos puntos geográficos.

Marzo 22. Lunes. Repaso mi anotación sobre “Oasis” y, por supuesto, descubro que omití lo principal, que es el título. Y ese título se explica como contradicción, porque “Oasis” fue publicado en 1943, en un mundo en guerra y enfurecido de propaganda política, con los periódicos y la radio incitando al odio y a la sangre. Tal vez fue ese contraste lo que le abrió más fácil camino a un libro de versos de amor. Rafael Esténger me ayudó a corregir las pruebas de la primera edición —y propuso una variante que yo acepté y que permanece: “hay que seguir muriendo lo que *aún* queda de vida”, para eliminar la cacofonía. El “libro de las antítesis” —como lo llamó alguien— fue publicado antitéticamente con su época. Hace ya 33 años desde entonces.

Marzo 23. Martes. Ramallo, que se hospeda en mi casa, sigue viaje hacia Miami, en el primer avión. A las siete de la mañana viene a buscarlo un asociado suyo de aquí, para llevarlo al aeropuerto.

Hoy descubrí dos gazapos de diccionario. En el Pequeño Larousse, edición de 1976 (página 1641) se afirma que la erupción del Vesubio “que sepultó a Herculano, Estabias y Pompeya” ocurrió en el año 79 a. de J.C. Y no fue *antes* (a) sino *después* (d) de J. C. En el Diccionario Langescheidt,

edición de 1968 (página 494), he leído: “*Bogotá, Hauptstadt von Kostarika*”; es decir: “*Bogotá, capital de Costa Rica*”.

*Yo prefería entonces un árbol, —solamente
la penumbra de un árbol y el declive de un río.
O el sol en los balcones de la acera de enfrente.
O un perfume de lilas en un cofre vacío.*

*Yo prefería un árbol para que anoheciera
y un río en cada esquina de las calles lejanas,
y ver crecer el tiempo como una enredadera
o sentirme más solo cerrando las ventanas.*

*Y eran fechas y nombres en la cal de los muros,
pero nombres o fechas que se van o se han ido.
Y pórticos en ruinas y aposentos oscuros.
Y los años. Y el polvo. Y el viento. Y el olvido.*

*Nada más que hojas secas en los rosales viejos;
nada más que el otoño cuando es otoño y llueve.
Nada más que ceniza nublando los espejos,
y pozos de agua turbia, y al final, nieve y nieve.*

*Y lo demás no importa. Ya no habrá primavera
debajo de esa nieve, más allá de ese frío.
Y nada más que nada. Nada más, —ni siquiera
la penumbra de un árbol y el declive de un río.*

Marzo 24. Miércoles. Hoy me mostraron una vieja foto de la Habana de hace cuarenta años: Prado y Neptuno, con su tránsito de tranvías. Reconocí en uno de ellos un Jesús del Monte-Parque Central.

Y recordé mis “clases rodantes de francés” por el Método Ollendorff —dos horas diarias, en aquellos tranvías. Y luego recordé un incidente, pero en otra línea, pues sucedió en el trayecto de la Avenida Menocal. Yo iba de pie —veinte años

escasos — sujetándome de la manilla del respaldo de un asiento ocupado maravillosamente. Era en verano, y la linda pasajera llevaba un vestido de generosísimo escote, y el tranvía solía aumentar su velocidad en unos tramos algo despoblados de la Avenida, por lo que oscilaba náuticamente, y aquella oscilación se transmitía a sus ocupantes —incluyendo el escote de la pasajera. Finalmente, en una parada, se levantó una señora que ocupaba el asiento de la ventanilla, y la pasajera escotada ocupó el puesto vacante, dejándome libre el que había sido suyo hasta entonces. Y yo tomé asiento junto a ella, la miré descaradamente e inicié la conversación: “De manera que Ud. está operada de apendicitis...” Ella se quedó aturdida, como sin comprender inmediatamente el significado de mis palabras. Y de pronto se echó a reír, enrojando un poco mientras me mostraba —además— una espléndida dentadura. Y ese fue el principio de una agradable familiaridad que me permitió saber, ante todo, que se llamaba —o se llama— Lucy; y, posteriormente, comprobar que nunca había sido sometida a ninguna intervención quirúrgica.

Lateralmente, he recordado los tranvías de San Francisco, con sus cremalleras en las colinas de cemento. Y ciertos tranvías de Roma, los más estrechos del mundo, con un solo asiento junto a las ventanillas de un solo lado y la gente amontonada de pie. Y me recuerdo en un atardecer romano, reventando de “Chianti rosso” y empeñado en detener los tranvías en una esquina donde los conductores me decían que no, moviendo un dedo como un limpiaparabrisas; hasta que al fin se detuvo uno, para explicarme cortésmente que allí no podían recoger pasajeros... y yo me monté, claro.

También he recordado los tranvías de Cienfuegos, por la calle Argüelles, entre almacenes de azúcar. Y los de Veracruz, con tajadas de piña. Y los de Tampico, hasta una playa con un pinar. Y recuerdo de pronto un tranvía de juguete —yo con seis o siete años— cuyas ruedas encajaban perfectamente en las

ranuras del tabloncillo del piso. Y, por no sé qué extravagante asociación de ideas, he evocado una noche fría, en Nápoles, junto al Tirreno, en un coche de caballos... pero con taxímetro.

Marzo 25. Jueves. La cosa sucedió en el vestíbulo de un teatro, en Tampa, recientemente. Ernesto Montaner y yo —él con su Lourdes y su Loreta— habíamos ido desde Miami, para asistir a una presentación de "Luisa Fernanda". De pronto, entre el gentío, se me acercaron unas señoras, al reconocirme —muy efusivas, muy emocionadas ellas. Y fue cuando oí aquello: "De todos sus poemas, el que más me gusta es *La Lágrima Infinita*". — "Sí, —admití yo, gravemente— es un buen poema.. y créame que me costó mucho trabajo, pero al fin me salió". Ernesto se congestionaba de tanto contener la risa, como en otra ocasión en que también me atribuyeron la paternidad de "El Duelo" de Manuel Mur Oti. Pero, en realidad, no vale la pena aclarar ciertas cosas en ciertos momentos. Y si algún día me felicitan por haber escrito "La Ilíada", daré las gracias, modestamente.

Recordando ese incidente, recordé a Hilarión Cabrisas, el verdadero autor de "La Lágrima Infinita", a quien conocí poco, personalmente, y ya en sus últimos días. Por esa época le hicieron una entrevista para "El Mundo", y dijo una cosa enaltecedora, tanto para mí como para él mismo: "Ya no me importa morirme, porque sé que dejo un heredero". Y mencionó mi nombre.

Hilarión Cabrisas ha sido, tal vez, el poeta más popular de mi país. Su popularidad se mantenía plenamente cuando empezó a surgir el "Poema del Renunciamiento", como rival de su "Lágrima Infinita". Eso es lo que le da mayor mérito de generosidad a su actitud hacia mí, desmintiendo insólitamente la tradicional beligerancia entre los poetas. Sin embargo, yo he conocido también el aspecto desleal de la competencia por el favor del público. Porque parece admitido que cualquier poeta

pueda plagiar a otro, más o menos impunemente, a condición de que no logre notoriedad alguna, ya que en caso contrario será sometido a juicio público y degradación inmediata; pero si alguien acierta a escribir un poema que se difunda, aun siendo original —en lo que es posible serlo y dentro de todas las limitaciones del caso— nunca faltará quien escarbe alguna analogía que ponga en entredicho su paternidad, —cosa que me sucedió, naturalmente, con el “Poema del Renunciamento”. Y es que, con el tema petrarquista del amor imposible y silencioso, en un soneto, hacia 1830, obtuvo muy amplio renombre cierto poeta francés del romanticismo inferior, llamado Félix Arvers. Yo, por supuesto, conocía ese antecedente y, en admisión de afinidad, siempre puse como epígrafe de mi poema el principio del célebre soneto: “Mon âme a son secret. Arvers.” Pero la originalidad indudable de ese poeta consistió en decir que la mujer amada por él ignoraba de tal modo su amor, que, si algún día llegaba a leer aquellos versos, no podría sospechar que habían sido escritos para ella. Eso es lo que constituye la *anécdota propia* de Arvers dentro de un tema que, como cualquier otro tema poético, no pertenece a nadie en particular. Y, sin duda, el “Poema del Renunciamento” expresa un conflicto sentimental análogo, como centenares de poemas que se han publicado antes y después, pero con un desarrollo diferente, que es lo más que puede exigirse como aporte personal a cualquier tema común. No obstante, hubo quien, no encontrando una manera directa de señalarme como plagiario, apeló a un método indirecto, traduciendo torcidamente el Soneto de Arvers y añadiéndole elementos de mi poema, como su estribillo: “y jamás lo sabrás”. De ese modo, el último verso, en francés: “Quelle est donc cette femme? et ne comprendra pas” (“Quién será esa mujer? Y no comprenderá”), pasó a ser, en la traducción: “Quién será esa mujer? Y jamás lo sabrá”.

Nunca he logrado explicarme satisfactoriamente cómo Emilio Ballagas pudo ser capaz de un fraude semejante y, más aún, en las páginas de un periódico como “El Diario de la Marina”. Yo respondí casi humorísticamente, aunque cotejando

con toda exactitud los textos, y sin contraatacar en un terreno donde Ballagas era especialmente vulnerable. El intentó salir del paso con evasivas, y entonces —debo admitirlo— lo sometí a un desconsiderado tratamiento de represalia.

De cualquier modo, el “Poema del Renunciamento” poseía una incontenible capacidad de penetración, tal vez por su veracidad expresiva. Y, con posterioridad, otros poemas de “Oasis” y de libros sucesivos lograron parecida difusión en el ámbito popular, por lo que ciertos despechados contradictores decidieron mencionarme como “poeta de cocineras y choferes” y, finalmente, optaron por no mencionarme de ninguna manera, —cosa que tampoco me ha causado el mejor perjuicio.

En cuanto a Emilio Ballagas, he llegado a suponer que fue instigado por algunos enemigos míos —y acaso también suyos—. O no sé si le hicieron creer —sin que fuera verdad— que yo había asesorado anónimamente ciertas bien fundadas acusaciones contra él y su obra poética. No me parece suficiente explicación el hecho de que le mortificara mi creciente popularidad en los momentos en que decaía la suya, que fue muy amplia, pero que duró solamente lo que la modalidad de la poesía “negrista”, —aunque su nombre mantuvo y mantiene una vigencia muy apreciable en las áreas minoritarias.

Marzo 26. Viernes. Tengo a mano algunas derivaciones del tema del “Soneto de Arvers”, en la poesía hispanoamericana. Primeramente, el colombiano Miguel Rash Isla (1889–1951) con su soneto titulado “El Secreto”, que comienza así:

*Guardo en mi triste corazón inquieto
un recóndito amor. Nadie lo ha visto
ni lo verá jamás, pues lo revisto
—para hacerlo más mío— del secreto.*

Otro, del poeta argentino Luis Cané (1899–1957) y se titula “El callar este amor”. He aquí el primer cuarteto:

*El callar este amor ha enriquecido
tanto mi corazón en armonía,
que en claro manantial de poesía
su secreto dolor ha convertido.*

También era argentino José González Carvalho (1900-1958) que escribió el soneto “Amor”, comenzando:

*Nunca sabré decirte que te quiero;
un amor sin palabras es el mío,
simple como una gota de rocío,
grato como una flor en el sendero.*

El poeta chileno Pedro Prado (1886-1952) —e igualmente en un soneto— anduvo el camino de Arvers en “La Rosa Blanca”:

*La flor secreta de un amor escondo
en el oscuro pozo de mi vida...*

Y concluyo este muestrario con el principio de “Amor Mudo”, de Horacio Rega Molina (1899-1956), otro poeta rioplatense:

*Yo siempre la amaré como en un sueño,
sin confesarle nunca mi quimera,
porque al tomar una expresión cualquiera
tan grande amor parecerá pequeño.*

Puedo añadir que yo ignoraba esos cinco antecedentes cuando escribí el “Poema del Renunciamento”. Y, desde luego, son reiteraciones del tema del famoso soneto —y también en sonetos— pero cada cual desarrollándolo a su manera y respetando todos la “anécdota propia” de Félix Arvers.

Por lo demás, no se trata realmente de un tema literario, sino de una experiencia sentimental frecuentísima en la primera juventud, y de la que sí es infrecuente que alguien haya podido

librarse, sea poeta o simple ciudadano sin capacidad de versificación.

La suspicacia se define de la siguiente manera: Es ver a una pareja de enamorados románticos leyendo la Biblia... y suponer inmediatamente que se trata del pasaje de Onán.

No hay duda de que existen coincidencias singulares. Esta tarde, en la Universidad, al subir al segundo piso, donde está mi despacho, me crucé en la escalera con un grupo de lindas estudiantes que bajaban. Al poner el pie en los últimos escalones, oí a mis espaldas un coro risueño: "¡Y jamás lo sabrás!". Y eso parece ser un estimulante presagio de continuidad para mi poema.

Evidentemente, el "Poema del Renunciamento" ya ha sobrevivido a dos generaciones de lectores. Pero hay una supervivencia más singular: El poema fue estrenado públicamente por Mario Barral, un declamador cubano de alta cotización en su tiempo, y actualmente lo sigue diciendo Rolando Barral, su hijo, también declamador y actor de radio, TV, teatro y cine, de amplia popularidad.

Marzo 27. Sábado. Hubo un tiempo en que me fastidiaba la simple mención del "Poema del Renunciamento", o del "Poema de la Despedida". No sé si ello se debía a que entonces consideraba que otros poemas míos eran muy superiores a esos dos, en todos los aspectos. Y actualmente sigo pensando igual, aunque ya he comprendido que nadie puede imponerle sus preferencias al público, y que la verdadera importancia de una obra de cualquier clase no reside en su perfección técnica sino

en su intensidad comunicativa. Y, por ejemplo, el tantas veces mencionado “Soneto de Arvers” —el más famoso de cuantos sonetos se hayan escrito en cualquier idioma— es bastante deficiente en su gramática y positivamente mediocre en su estructura métrica. Y parece ser cierta la versión de que varios poetas “parnasistas” —que anteponían el impecable tecnicismo a todo otro mérito del poema— decidieron rehacer el “Soneto de Arvers” dentro de sus normas estéticas. Y, en efecto, cada cual lo rehizo a su modo, y alguien —creo que Herédia— leyó los nuevos sonetos, y dictó un fallo deprimente: “Sí, las jaulas son preciosas... pero el pájaro se fue”.

Lo que me hace detestar a Góngora —y a todos los gongoristas— es mi convicción de que el poema no debe proponer un enigma, sino compartir una veracidad.

Marzo 28. Domingo. Todos parecemos estar de acuerdo, contra la opinión de Leibniz, en que no vivimos en el mejor de los mundos posibles, con tantos odios, venganzas, envidias, crueldades, humillaciones, deslealtades, ingratitudes, hambre, frío, sed, obligaciones molestas, enfermedades, etc. Y, aun así, preferimos la mortificación de lo que sabemos a la inseguridad de lo que ignoramos.

Claro está que la vida nos ofrece pequeñas compensaciones transitorias: placeres, afectos, ternura, ilusión, poder, alegría, salud; aunque tengamos que ir renunciando a casi todas ellas por culpa de nuestro peor enemigo, que es el Tiempo. Pero aunque el Tiempo nos va desgastando, limitando y degradando con sus gerundios inapelables, tratamos de asociarnos a él, para toda la eternidad. Pero, ¿con qué propósito? Me temo que se trata, simplemente, del “hábito de ser”.

Bien. No importa. Todos nos morimos y supongamos que, de alguna manera, permanecemos en contacto con este mundo. Al cabo de un tiempo, nuestros seres queridos se mueren también y hasta se nos reúnen. Ellos, a su vez, tienen seres

queridos que no lo son tanto para nosotros, y que morirán e irán reuniéndonos; y así sucesivamente por mil años —digamos por ejemplo, aunque mil años sean una parte insignificante de la Eternidad. Y, ¿qué sucede, entonces? ¿Cuál es la justificación o la finalidad? En otra dimensión del tiempo, con otro concepto de las cosas, del modo que sea... ¿para qué?

Y aún falta lo peor, yendo al principio en sí. Un borracho atrapa a una mujer en una oscuridad, la viola, la insemina... y de ahí, de ese acto sucio y torpe, surge un ser presumiblemente inmortal. Pero a mí me parece inaceptable y hasta indecente ese concepto de la vida y de la supervivencia. Es mucho más reconfortante la simple admisión obligatoria del mundo, procurándonos algunas satisfacciones como compensación de los numerosos inconvenientes que nos rodean, y sin escatimarle a nadie un beneficio que no nos perjudique ni perjudicar a nadie persiguiendo nuestro beneficio. Con eso es suficiente para justificar algunas diabluras y morir como un patriarca.

Por lo demás, ninguno de nosotros pudo elegir libremente este mundo. Nuestros hijos, tampoco. Todos existimos por decisión ajena, sin contar con que el simple deseo sexual suele provocar resultados indeseables. Es decir, que a veces lo causal tiene un origen casual, —con perdón de Spinoza.

Y, claro, uno tiene el derecho —y hasta el deber— de adornar un poco la animalidad instintiva. Pero anoche hubo quien visitó la casa de enfrente, buscando más directamente lo mismo. Fue Pluto.

Pluto es mi perro.

Es posible que la Parasitología marque el fin del Espiritismo, haciéndonos comprender que muchas cosas que consideramos sobrenaturales son simplemente insólitas.

(Y, por supuesto, Pluto nunca ha leído a Longe, ni sospecha a Dühring. Es su ventaja sobre mí. O una de ellas.)

Marzo 29. Lunes. Hoy estuve charlando con un profesor que ha desistido de un viaje a Jamaica porque se marea en los aviones. A mí, con algunos centenares de horas de vuelo, no me ha sucedido nunca, ni aun en fuertes tormentas. En barco, sólo dos veces he experimentado un principio de mareo, aunque logré sobreponerme: una, a bordo del "Munargo", con mar gruesa, y la otra, almorzando en el "Auriga", que estaba fondeado apaciblemente en Fort-de-France, Martinica. Y, sin embargo, en docenas de travesías, he sido un pasajero con estómago de almirante para el vaivén marítimo.

La equivalencia correcta de "cínico", en castellano, debiera ser "perruno". Es lo que significaba para los griegos.

Ahora recuerdo que esta mañana, casi al amanecer, vi a Pluto en el portal, de regreso de una de sus correrías nocturnas por el vecindario. No le abrí la puerta. Y él, entonces, dio la vuelta por el fondo, entró por la cocina y vino a darme los buenos días con el rabo. Después se encaramó en un viejo sofá y se quedó sibaríticamente dormido. En cambio, a los ocho meses de edad —que es la suya— yo era un niño gordo que se entretenía con un biberón...

No sé por qué he recordado varias veces, en estos días, el Albergo San Giorgio, de Roma, a unos cien metros de la Términi. Y a un "facchino" sacando chispas con las ruedas de hierro de su carretilla en los adoquines de una calle lateral, transportando mi equipaje.

Una bella dama me preguntó hace poco, en una fiesta

familiar, por qué yo no bailaba. Le respondí que es porque tengo una pierna postiza, a causa de la dentellada de un cocodrilo, en el Orinoco. No sé si me lo creyó, aunque se lo dije hasta con cierto aire de tristeza. Por lo demás, nunca he estado en el Orinoco, y, si realmente no hay cocodrilos allí, ella tampoco lo sabía. Lo cierto es que, generalmente, cuando mi hermano mayor regresaba de algún baile, trasnochado y con los pies adoloridos, me encontraba descifrando a Píndaro o traduciendo a Baudelaire, o masticando los textos para un examen. Y, en el fondo, yo era más práctico que él, porque siempre he preferido divertirme con las damas en una forma menos vertical.

Marzo 30. Martes. Hay mujeres que lloran por cualquier cosa. Hasta por un novio.

He logrado reconstruir, en ratos libres, el “cuadrado mágico” de Alberto Durero. Sólo recordaba las dos cifras que constituyen la fecha en que se afirma que fue realizado: 15-14 (1,514) en la parte inferior, entre el 4, que equivale a la cuarta letra del alfabeto alemán (D) y el 1, a la primera (A) – iniciales invertidas del gran artista del Renacimiento:

16	3	2	13
5	10	11	8
9	6	7	12
4	15	14	1

Estos números, sumados vertical, horizontal o diagonalmente, totalizan 34. Dividiendo el cuadrado en cuatro

grupos de cuatro cifras (16-3-5-10), (2-13-11-18), etc, la suma sigue siendo 34, como la de los cuatro números de las esquinas (16-13-4-1) y los cuatro del centro (10-11-6-7); los dos centrales, arriba, con los dos de abajo (3-2-15-14), o los centrales de la primera columna con los de la cuarta (5-9-8-12), o los dos primeros de la cuarta columna con los dos últimos de la primera (13-8-9-4), y así, los dos primeros de la segunda con los dos últimos de la tercera, o los dos primeros de la tercera con los dos últimos de la segunda; igual que los dos primeros de encima (16-3) con los dos últimos de abajo (14-1), o, a la inversa, los dos primeros de abajo (4-15) con los dos últimos de arriba (2-13). Y aún pueden establecerse otras combinaciones al sesgo entre las segundas cifras horizontales y las terceras, como 5-6-11-12- y 9-10-7-8.

Desde luego, los números 4 y 1, primero y último de los que aparecen en la parte inferior del "cuadrado mágico", no creo que representen realmente, como he leído en alguna parte, una equivalencia alfabética con las iniciales del pintor (D-A), ya que la del apellido queda antepuesta a la del nombre. Y hubiera sido sencillísimo colocarlas en su orden correcto de la siguiente manera:

13	3	2	16
8	10	11	5
12	6	7	9
1	15	14	4

Así habrían quedado la A y la D (1 y 4) en la posición normal como iniciales, a uno y otro lado de la fecha (1,514) sin alteración alguna en las combinaciones aritméticas indicadas anteriormente, en el primer "cuadrado mágico", ya que pueden ser repetidas, una por una, en el segundo.

Me parece mucho más fácil inventar un nuevo idioma que expresar algo nuevo en un idioma bien conocido. Por lo demás, de nada vale expresarse originalmente en un idioma que nadie más conoce.

Marzo 31. Miércoles. En perfectamente lógico —y humano— que todos recordemos con más frecuencia los hechos agradables y satisfactorios de nuestra vida que aquellos en que alguna torpeza nos colocara en una posición ridícula o humillante en relación con otras personas. Y aunque las experiencias más provechosas sean el producto de nuestros errores y no de nuestros aciertos, se trata de una decantación tan íntimamente personal que resulta intransferible. Por otra parte, la prudencia induce a desconfiar de quien exhibe sus imperfecciones o debilidades, por si ese exhibicionismo disimula algo peor aún, sobre todo, cuando se trata de un hombre; pues hay un pudor varonil mucho más sensible que el femenino, si se considera que es menos difícil quitarse la ropa en privado que un antifaz en público.

Por ejemplo, en sus “Confesiones”, Rousseau nos refiere cinco o seis bellaquerías de grueso calibre, pero la peor queda implícita, y consiste en que él se pone a escribir en paños menores, pero deja en cueros a la difunta Madame de Warens. En cuanto al “Diario” de Amiel, ya sabemos que es la historia de un incapacitado sexual con hipocresía bibliotecaria. Por eso encuentro mayor autenticidad autobiográfica —y hasta mejor ética— en las “Memorias” de Casanova que en el “Diario” y en las “Confesiones”.

En las “Memorias” de Benvenuto Cellini —donde se admiten y pormenorizan hasta asesinatos y homosexualidades— encontré el origen de la nariz pugilística de Miguel Angel. Fue a causa de un puñetazo del pintor Giovanni Bazzi, más conocido —precisamente— por el sobrenombre de “il Sodoma”.

(Sin embargo, Giorgio Vasari, en “Vite de' piu celebri

Pittore, Scultori ed Architette", afirma que el autor del desperfecto nasal de Miguel Angel fue Pietro Torrigiano, y añade que, a causa de esa riña, el segundo fue expulsado de Florencia por Lorenzo de Médicis.)

LIBRETA 4

ABRIL

Abril 1o. Jueves.

*Pues la mujer que amamos sin que ella lo supiera,
sin saberlo nosotros, acaso nos amó.*

Alguien ha querido saber si esos dos versos del "Poema Final" son una alusión a la anécdota del "Poema del Renunciamento". Yo respondí que no —como es cierto— ya que se refieren a otra persona y a otras circunstancias que no consideré necesario aclarar, aunque aclararé aquí: Todo se originó en un encuentro inesperado con una agradable persona de anatomía opuesta, a quien yo había conocido años antes, en unas pintorescas reuniones de determinada academia de declamación. Yo la recordaba bien, aunque no tanto como a una encantadora acompañanta habitual suya, por aquel tiempo, y con la que sostuve más de un diálogo de superficial galantería. Pregunté por ella, y supe que había ido a residir definitivamente a España. Y la amiga común me hizo entonces una sorprendente confidencia: "Ya no importa si le digo que Ud. fue el gran amor de su vida".

Nunca me he considerado más estúpido, en acción retardada, que en aquella ocasión. Y hasta recordé que otra gentil persona —para reunirme con la cual yo solía asistir a las sesiones declamatorias en un tercer piso— se había mostrado particularmente contrariada por mis diálogos con aquella adorable contertulia; demostrando con ello, una vez más, la superioridad de la intuición femenina o de su capacidad de

observación, — o ambas cosas a la vez. Y fue poco después de aquella confidencia tardía cuando escribí el “Poema Final”.

En otro ángulo de enfoque, la primera de las dos líneas transcritas es prosódicamente áspera. La métrica obliga a una lectura anormal:

Pues la mujer que amamos sinquella lo supiera.

Por aquella época, alrededor de 1945, yo no me preocupaba tanto como ahora por la fluidez acentual del verso. Pero es indudable que una métrica sin tropiezos contribuye a popularizar un poema, ya que lo hace más accesible a mayor número de lectores y facilita el lucimiento personal de los declamadores *espontáneos*.

Y esto me recuerda un caso análogo —y hasta algo peor— en Neruda, (Poema I):

como una flecha en mi arco, como una piedra en mi honda,

que debe ser leído como a empujones fonéticos:

comúna fléchaen miárco, comúna piédra en miónda.

Hoy es el cumpleaños de mi hijo mayor, René Buesa y Más. La semana entrante —el día 6— sumarán trece los años que hace que no nos vemos.

Abril 2. Viernes. Recibo “De Tiempo y Agonía” (Versos del hombre solo), de Eugenio Florit, enviado por Oscar Fernández de la Vega desde New York. En 1963 —año final de Cuba para mí— se interrumpieron mis intercambios de libros con Florit; ya él en los Estados Unidos desde 1940. Antes nos veíamos con frecuencia, en sus viajes anuales de profesor universitario en vacaciones. Nuestro conocimiento data de hace

cuarenta años, en la emisora CMK, donde él era actor, y también tradujo y adaptó para radio alguna obra teatral, —creo que “La Familia Barret”. A veces, en los ratos libres tocaba el piano; un piano inmundamente desafinado por los rompeteclas de los sextetos típicos. Yo escribía y adaptaba novelas de aventuras y traducía semanalmente los éxitos teatrales de la época, en París: Achard, Anouilh, Bernstein y otros de menor permanencia. Fue Florit quien me presentó a Juan Ramón Jiménez, en 1936. En cierta ocasión *me echó cáscaras* en un artículo periodístico, defendiendo a Rafael Alberti —de visita en La Habana— porque yo había atacado a Alberti en defensa de Martínez Bello, a causa de una fea réplica del primero a una crítica algo ácida del segundo sobre “La Pájara Pinta”. Un lío de esos. Yo preferí no poner en riesgo nuestra amistad con una polémica sin sentido, y ahí quedó la cosa.

Cierta noche íbamos Eugenio y yo por una calle de la Habana Vieja, y él alzó los ojos y, al distinguir el resplandor amarillo de la enorme esfera de cristal en lo más alto del Edificio Bacardí, recién inaugurado entonces, me dijo excitadamente: “¡Mira, mira qué Luna!” Yo me eché a reír, le expliqué su error, y recibí una contestación ejemplar: “¿Por qué me lo dijiste? Me has echado a perder la Luna más hermosa de toda mi vida”.

La última vez que nos vimos me declaró con cierta solemnidad que había abjurado —parcialmente— de su vegetarianismo. Ya no podía prescindir del audífono. Creo que ahora anda mal de la visión, y he tenido noticias confusas de un accidente que lo mantuvo inmovilizado en su casa, —cosa triste para un misógamo.

Hace años que no puedo releer sus libros —“Doble Acento”, “Poema Mío”, “Reino”, —como antes, frecuentemente. Se me quedaron *allá*. Ahora me llega de pronto este “De Tiempo y Agonía”, que me desconcierta un poco. Ya no es “aquel agudo vuelo impar de golondrinas”, ni el “más tuyo que en las flechas de tu reloj de oro”. Ahora es una escritura inadjetival, con cierto sarcasmo de solterón, casi

neutralmente expresivo. Todo eso me confunde un poco. Me parece una aceptación de la vejez. O, algo peor, de la soledad, que es casi la aceptación del silencio. Pobre querido Eugenio, solo, en aquellos fríos.

He recordado un verso que escribí hace años, —publicado en “Alegría de Proteo”:

La soledad es mala compañía.

Abril 3. Sábado. Yo aprendí muchas cosas en los versos de Florit, —sobre todo, de “Doble Acento”. Siete años mayor que yo, ya él era un poeta en plenitud de recursos cuando yo andaba todavía averiguando lo mío. Y hoy he recordado una observación suya, sobre un verso de mi “Elegía IV”, de “Canto Final”:

*Después, la angustia sorda de un ancla sumergida,
oyendo encima de ella una risa de remos.*

Según Eugenio, el segundo verso hubiera sido más rítmico sustituyendo “una” por “la”:

oyendo encima de ella la risa de los remos.

Y claro que Eugenio tenía razón, prosódicamente. Pero “la risa de los remos”, para lo que yo deseaba expresar, no definía un suceso poco frecuente, sino más bien reiterativo, y, por otra parte, me pareció que transfería a los remos la importancia de la acción. En cambio —aunque no es fácil de explicar— “una risa de remos” constituía, a mi modo de ver, un hecho fortuito, eventual, y le atribuía al ancla un aislamiento más inaccesible. Incluso, el hiato que debilitaba musicalmente el alejandrino, en la cesura, contribuía a una vaguedad más sugerente en lo metafórico. Y dejé el verso como estaba. Y así quedó. Es una de

las pocas veces que he sacrificado lo musical del verso a su exactitud de expresión. Pero, desde su punto de vista, Florit estaba en lo cierto.

Repasando un comentario referente a una mixtificación deliberada al traducir el "Soneto de Arvers" (de modo que el "Poema del Renunciamento" pareciera un plagio para los desconocedores del soneto original, en francés), recuerdo otras zancadillas que, aunque menos memorables, he debido soportar en distintas épocas. Una tuvo como cómplice inocente a un popular declamador radiofónico que repentinamente se puso a difundir "un poema inédito" mío, "que yo le había enviado con una carta muy gentil". Era un estroferío desastrosamente cursi, y recuerdo que terminaba: "yo no tengo en el mundo quien me quiera". Una noche fui a ver al declamador —a quien no conocía personalmente— para aclarar las cosas. El me mostró la carta, firmada con mi nombre, aunque no de mi puño y letra, por supuesto. No permití que se hiciera reo de ingenuidad ante su público y me conformé con que retirara el "poema" de su repertorio, desatendiendo las llamadas telefónicas que lo solicitaban insistentemente, —y que sin duda procedían del propio falsificador, para propagar más y mejor su broma o su burla. Nunca pude descubrir la identidad del bromista o lo que fuera, ni me empeñé gran cosa en ello, tampoco. Por otra parte, ese fue el principio de mi amistad con Adalberto Fernández, que se mantuvo inalterablemente hasta nuestra despedida —tal vez final— en 1963.

Otro caso fue la publicación, en el periódico "El Comercio", de Cienfuegos, de un poema que aparecía firmado por mí y que yo nunca había escrito. No recuerdo bien cómo llegué a saber cuál era el origen del asunto, aunque es posible que en la aclaración interviniera José Ramón Muñiz, excelente como poeta y como persona, y uno de esos amigos cuyo recuerdo se nos asocia a una sonrisa, casi sin saber por qué. Y sucedió que los versos fueron escritos por un poeta local, para

una joven cuyo poeta preferido era yo. Y el colega en desventaja hizo publicar su poema como mío, mostrándoselo a la joven en cuestión; y una vez que ella lo hubo leído y celebrado, le dijo: “Te gustó el poema, por la firma; de haberlo firmado yo, no lo habrías leído siquiera”. Y entonces él demostró que el poema era suyo, a pesar de estar firmado por mí, —con letra de él. Y no sé más sobre el caso, si es que hubo algo más.

Poemas míos con firmas ajenas sí se han publicado en muchos periódicos y en muchos países; sobre todo, cuando yo era casi tan desconocido como los otros firmantes. Después supe de algunos casos de suplantación de personalidad, el más escandaloso de los cuales ocurrió en la histórica ciudad de Bayamo, y fue motivo de una amplia información en la revista “Bohemia”. El caso es que un día apareció en Bayamo un individuo que se puso a recitar versos míos en un café y a decir que él era yo. Hubo brindis y autógrafos; comparecieron las autoridades, se organizó un festín... y la noticia llegó a la casa del poeta Alberto Baeza Flores, —ausente en aquellos días. Pero su hija, Elsitita, quiso ir a saludarme... y desenmascaró al impostor, que fue expulsado ignominiosamente de la ciudad. Y esa sería la motivación para presentarme semanalmente en un programa de TV, poco después, ya que mi nombre era entonces mucho más conocido que mi persona.

(Y, por cierto, la Elsitita a que acabo de referirme, hija de mi amigo chileno poeta, es en la actualidad, no sólo una mujer, sino una bella mujer y una artista de merecida fama continental; nada menos que Elsa Baeza.)

Por aquellas fechas, otro gran amigo y gran actor, Carlos Badías, en una playa de verano, demostró la impostura de otro individuo —o no sé si sería el mismo de Bayamo— cuyas señas personales no coincidían en nada con las mías, pero que había estado recitando versos, firmando autógrafos... y enamorando bañistas, claro.

Sin embargo, el caso más penoso —aunque indirecto— fue la llamada telefónica de una señora, hablándome a nombre de una hija suya que, según entendí, había sido burlada “por un hermano mío, llamado Eduardo”. Cuando le aseguré que yo no

tenía ningún hermano de ese nombre, se echó a llorar. Era lo que ella temía. El impostor en segundo grado le había obsequiado a la muchacha unos libros míos, supuestamente firmados por mí y con una dedicatoria muy efusiva, demostrando complacencia por un próximo parentesco...

Abril 4. Domingo. Es cierto que mis presentaciones en la TV habanera eliminaron el problema de las suplantaciones, pero me crearon el de mi propia identidad. Recuerdo que en cierta ocasión viajé a Isla de Pinos —al sur de Cuba— en grata compañía y esquivando la indiscreción ajena. Nos hospedamos en el Hotel “Nueva Girona”, —antiguo cuartel español, creo. Hacía un calor sofocante y a media mañana salimos a refrescar; entramos en un café solitario y se me ocurrió pedir una sidra helada. Apenas habíamos terminado con ella, nos sirvieron otra: —“Esta es por la casa”, —explicó el camarero. Al salir, vimos los techos crucificados de antenas. Y nos largamos en el primer avión. (En uno igual — Isla de Pinos — La Habana, accidentado años después, pereció mi medio-tío materno, José Angel Soto, —a quien debo mi nombre bautismal.)

En Trinidad, donde nació mi padre, me hospedaba en tránsito, cierta vez, —acompañado rubiamente— cuando una camarera me llevó a la habitación un fino pañuelo para que lo autografiara. Así lo hice. Días después, al marcharme y pedir la cuenta, me informaron que no la había a mi nombre y me desearon buen viaje. El pañuelo era de una hija del propietario del hotel. (“La Ronca”, me parece recordar.) Esas cosas me han sucedido con frecuencia, y siguen sucediéndome. El año pasado, en San Juan, Puerto Rico, entré a comprar unos tabacos en una cafetería. Escogí cuatro, pregunté el precio, y el dueño —un joven compatriota, que me había reconocido— me respondió: “Simplemente, estrechar su mano”. Y tal vez serán puerilidades, pero que constituyen una reconfortante satisfacción espiritual.

En otra ocasión, también en Puerto Rico, me obsequiaron unas corbatas que yo había ido a comprar. Un amigo que me acompañaba, Jesús Guzmán, me dijo: “Decididamente, voy a ponerme a escribir versos”. Yo le respondí: “Es una excelente decisión. Publica un libro cuanto antes... y vuelve por aquí dentro de cuarenta años, para que te regalen unas corbatas...”

Abril 5. Lunes. Claro que los americanos —del Norte, Centro y Sur— tenemos un concepto distinto de ciertas cosas, en comparación con algunas costumbres europeas. Yo recuerdo una noche, en Roma y con bastante frío, cuando pasé junto a una linda joven en una esquina, y ella entreabrió provocativamente su abrigo: no llevaba encima ninguna otra cosa. Y, por supuesto, era una prostituta, pero en New York hubiera ido presa. También una madrugada, en París, yendo por la calle Hautefeuille, junto a unos automóviles estacionados, observé dentro de uno de ellos un movimiento de personas. Me detuve, intrigado, y, en efecto, eran dos personas en movimiento: un caballero y una señora. Pero lo realmente insólito sucedió al acercármeme entonces un gendarme: “Laissez faire l’amour, monsieur” —murmuró comprensivamente; y yo seguí calle abajo, sin pensar en ningún soborno previo de la demográfica pareja, sino en la masónica confraternidad de los fornicadores parisienses.

El cactus ha reaccionado favorablemente al estropeo de los vecinitos rapaces. Tiene varios retoños; y uno de ellos, excepcional y extrañamente, en el centro de una hoja y no en sus bordes, como es lo habitual.

Siempre he creído que la apreciación estética influye menos de lo que se supone en las preferencias del público. La verdadera motivación es algún grado de afinidad con la obra de

arte. Y aquí, “afinidad” tiene una equivalencia con “participación”.

Hoy ha sido un día de júbilo para Papucho —y para Juanita. Me aparecí con un flamante televisor a color, relevando inmediatamente el otro, en blanco y negro, a una categoría subalterna. Papucho me expresa su satisfacción, un poco a la manera mexicana: “Papito, eres bueno a todo lo que da...”

Abril 6. Martes. Es probable que algún lector que haya adquirido este “Año Bisiesto” en la suposición de que encontraría líricas floraciones verbales en cada página, se sienta algo defraudado o defraudado por completo, especialmente por ciertas anotaciones de hechos cotidianos, —como podrían ser las del “Diario” de un burócrata o un farmacéutico. Y tal vez ese lector —que puede ser Ud.— se pregunte: “Pero entonces, ¿qué cosa es un poeta?” Porque ya se sabe que un cirujano no se pasa en el quirófano las 24 horas de cada día, ni un capitán de bomberos duerme con su casco bajo la almohada, ni un pintor entra a un restaurante con el caballete a cuestas, ni un director de orquesta va de frac a la playa, y así sucesivamente; y, sin embargo, no sé por qué, se supone que un poeta debe estar escribiendo poemas a todas horas, y nada más, —suposición que no es cierta, por suerte. Un poeta que pretende ser poeta todo el día, sólo consigue ser tonto el año entero.

Por la noche voy con Guarionex al “Mario’s”. A la salida, sin que intervinieran para nada en ello el Chablis y el Chateaufort du Pape, doy un traspie al bajar una acera oscura y me voy de bruces: un rasguño en el codo derecho; otro, menor, en la rodilla de la misma banda y una luxación del dedo pulgar de la mano izquierda. Pierdo un encendedor a gas. Y, a pesar de esos contratiempos, fue una noche agradable y divertida.

*Medianoche, la fiebre y el insomnio.
Afuera un gallo y el reloj adentro.
Yo fui un muchacho de rincones tristes
con un libro de cuentos.*

*Alguien nace, alguien muere, —o alguien ama.
Mi corazón no sabe que ya es viejo.
Yo amaba los crepúsculos del vino,
los mapas y los besos.*

*Yo soy el que sembraba y no volvía,
el que aprendió a morir pero no ha muerto.
Medianoche. La lluvia en la ventana.
Y un hombre andando el tiempo.*

*Nadie sabe el después. Nadie lo sabe.
Nadie lo supo. ¿Y para qué saberlo?
Es más hermoso navegar los ríos
y ver pasar el viento.*

*La sombra es sombra con olor de lluvia
y otro gallo responde, allá, a lo lejos.
Yo tuve un gran amor hasta la muerte,
pero ya no recuerdo...*

Abril 7. Miércoles. Mi caída de anoche es un hecho excepcional. Casi siempre he logrado restablecer mi equilibrio en casos de apuro, como en San José de Purúa, un balneario mexicano del Estado de Guerrero, cuando entré a un salón de piso de mosaicos con huellas de lodo sulfúreo y resbalé espectacularmente —yo iba descalzo— aunque logré sujetarme del marco de una puerta, donde por poco dejo las uñas.

Sin embargo, hace cosa de seis años, me sucedió algo peor que lo de anoche. Fue en el jardín de mi casa, en Santiago de los Caballeros: Estaba lloviendo, y un cachorro de “pastor alemán” gimoteaba en la perrera, asustado por los truenos y los relámpagos. Yo cogí un paraguas y fui en busca del animalito. De

regreso, resbalé en una pequeña pendiente fangosa y caí de espaldas violentamente. Me quedé sin respiración ni movimiento, y, claro, solté el perro y el paraguas. Durante varios días estuve adolorido y las molestias me duraron dos o tres meses.

No obstante, nunca he sufrido ninguna fractura de mi esqueleto. Ni siquiera cuando, yendo a toda velocidad en una bicicleta, por la calle de Santa Cruz, en Cienfuegos, al llegar a la intersección del Paseo del Prado me embistió lateralmente un automóvil. Recibí el impacto del parachoques en el tobillo izquierdo y salí despedido por el aire a la altura de los balcones del segundo piso del Liceo. Una radiografía reveló una simple rajadura ósea, —pero sin fractura. Permanecí en cama quince días, y en ese tiempo dí *el estirón*, hasta mi estatura actual. Y esa fue la primera vez —allá por el 1925— que mi nombre apareció en un periódico —“La Correspondencia”— en una breve reseña del accidente, que, en honor a la verdad, fue provocado por mi imprudencia al aprovechar el declive de la calle para una aceleración suicida.

Abril 8. Jueves. Dos o tres años antes de lo de 1925, ya había puesto a prueba, involuntariamente, la solidez de mi osamenta. Mi familia vivía aún en Santa Isabel de las Lajas, donde murió mi padre; y, con frecuencia, mi hermano Fernando, algunos otros muchachos y yo, íbamos a entretenernos en un pequeño parque triangular, próximo a la estación del ferrocarril. Cierta noche yo tomé la delantera, corriendo por el muelle de los almacenes, en la oscuridad; y, de pronto, tropecé con un obstáculo imprevisto, que me hizo dar una voltereta en el aire: era una plancha de acero, de las usadas para la carga y descarga de los vagones, colocada diagonalmente contra la pared. Durante los días que tuve inflamada la rodilla derecha, hubo dos etcéteras andantes en el barrio: Cuco el Cojo y yo. Pero la rótula siguió —y sigue— en su sitio estratégicamente funcional, sin deterioro comprobable.

Por la noche me sometí a otra experiencia de retrospectión visual-emocional, en un cine donde exhibían las dos películas que iniciaron los “temas de horror”: “Drácula” y “Frankenstein”. Ví la segunda, por primera vez, en el teatro “Encanto” de La Habana, hará algo así como cuarenta años; y recordaba vívidamente dos impresiones, dos sacudidas: cuando el monstruo arrojaba a la niña en el estanque, con una espantosa y casi poética ingenuidad, y un efecto de cámara que sugería un puntapié en el rostro de los espectadores. Pero ninguna de esas dos cosas apareció en la pantalla, inexplicablemente. Y el nombre de Boris Karloff, tan popular después, no se mencionaba en esa película que le dio tanta celebridad. El reparto sólo consignaba: “The Monster:...?” Un truco publicitario, de aquella época. Y, por supuesto, se echó de menos una musicalización horripilante; aunque ya aquello era cine, con excelente fotografía angular, no como en “Drácula”, que me recordó demasiado el “cine mudo”, con sus uniformes secuencias de “teatro filmado” y sus exageraciones gesticulantes, —aunque Bela Lugosi se mantuvo decentemente en su papel.

Abril 9. Viernes.

*Que aunque el natural temor
en todos obra igualmente,
no mostrarlo es ser valiente,
y en eso estriba el valor.*

No sé por qué, hoy he recordado estos octoslabos de Calderón de la Barca, correspondientes a su obra “La Hija del Aire”, que ignoro si es “drama de honor”, comedia de capa y espada o auto sacramental, porque nunca la he leído. Y eso es lo singular del caso, precisamente.

A la muerte de mi padre, en 1922, tuve acceso a docenas de libros hasta entonces bajo llave para mí. Uno de ellos —no recuerdo su título— era de Schopenhauer, y fue allí donde

encontré esos cuatro versos, "citados en español" por el misógino de Dantzig. Yo apenas cumplía 12 años.

Sin embargo, todavía hay quienes afirman que escribir en verso carece de sentido y de utilidad. Yo, al menos, lo único que recuerdo de aquel libro es la cita de Calderón. Y si Calderón hubiera expresado en prosa la misma idea, seguramente se me habría olvidado, como el título de la obra de Schopenhauer donde aparecen los versos.

He comentado con Fernández Spencer una hipótesis en relación con el "Anónimo Sevillano": (*Fabio, las esperanzas cortesanas...*) A mi entender, hay algunos endecasílabos absolutamente quevedianos en esos tercetos. Por lo demás, es muy raro que ese capitán a quien se adjudica actualmente la "Epístola" no nos haya dejado ni siquiera algún mediocre soneto laudatorio, al gusto de la época, sino, de golpe y porrazo, una obra maestra de la Literatura Siglodorista.

Es conveniente considerar también que don Francisco de Quevedo nunca publicó sus versos —todos de imprenta póstuma— por lo que ha resultado tan fácil atribuirle luego numerosas composiciones que con seguridad no escribió, como negarle la paternidad de otras que parecen inequívocamente suyas, aun bajo la firma de quinientos Fernández y setecientos cincuenta Andradas, como la "Epístola Moral".

Finalmente, sólo destacaré un verso de la "Epístola" —aunque podría señalar muchos otros de idéntica y reveladora hechura; y es el que se refiere al cortesano que deberá observar día a día hasta los menores gestos de un personaje palaciego, e interpretarlos astutamente como signos de aprobación o contrariedad:

Augur de los semblantes del privado.

Este es un verso que sólo pudo haber escrito don Francisco de Quevedo y Villegas, en su entonación más suya, en su más

intensa condensación de elementos expresivos. Y si realmente la “Epístola” es de otro poeta, ya sea Argensola, Rioja o el propio capitán —pero, sobre todo, si resulta ser del capitán— será cosa de suponer, entonces, que don Francisco la retocó con su pluma preferida y su tinta más personal, ya fuera a pedido del autor o por iniciativa propia. O, de lo contrario, habría que convenir en que no existen huellas digitales en un estilo, —y existen.

Abril 10. Sábado. Subrayo un verso de la “Epístola Satírica y Censoria”, de Quevedo:

También como el señor comió el esclavo.

Así lo leo en la edición que poseo de “Las 100 Mejores Poesías”, de don Marcelino Menéndez y Pelayo, y en la Antología de Quevedo, de la Colección Austral. Pero yo diría que se trata de un error de homofonía —desde la época de los escribientes al dictado— y que la primera palabra son dos, realmente, y con mejor sentido:

Tan bien como el señor comió el esclavo.

Esto me hace recordar un error insistente en la Antología de Leopoldo Lugones, también de “Austral”. Lo descubrí hace años, y reaparece en la novena edición que poseo ahora, de 1965. En la página 63 (“Los Fuegos Artificiales”) se lee:

*Tras los cipreses,
correctos como alfileres,
en seráficos añiles
la girándula exalta gárrulos intereses.*

El segundo verso tiene que ser, forzosamente:

correctos como alfiles,

como lo indican el sentido común, el concepto metafórico y la

aborrecible consonancia. Y, al menos en este caso, se desmienten todas las argumentaciones sobre la inutilidad de la rima. Aquí sirve para restablecer la integridad de un texto deformado por el linotipo.

A veces ocurren cosas inexplicables. Hace dos o tres días vino a visitarme, procedente de México, mi viejo amigo Juan Bermudo. Me habló de una persona que se interesa por la dirección de mi tía política Lucrecia McBeath, viuda de mi tío Pepe —como llamé siempre, desde mi infancia, al medio hermano de mi padre. Le expliqué a Bermudo que recibí hace años una carta de tía Queta —que es también como la he llamado siempre— pero que no tengo su dirección, pues la tal carta debió de extraviármese en Santiago, que fue donde la recibí. Hoy, al mediodía, regresando de la Universidad, encontré una carta en el piso, junto a mi escritorio. Supuse que la había echado el cartero, y la recogí: Es una carta de tía Queta, abierta y leída ya por mí, hace más de tres años, cuando la recibí en Santiago de los Caballeros. El matasellos de El Monte, California, tiene la fecha del 16 de septiembre de 1972. Y, por supuesto, en el sobre se expresa la dirección que desea Juan Bermudo. Pero, ¿cómo podría explicarse satisfactoriamente lo que ha ocurrido? ¿Qué sucesión de casualidades insólitas ha hecho posible la aparición de esta carta, hoy, junto a mi mesa de trabajo?

Abril 11. Domingo. Hoy hablé con un compatriota salido recientemente de Cuba. Por él he sabido de la publicación de mi viejo poema “La Tribu Loca”, en una revista de allá, no hace mucho. Ese poema —no político sino patriótico— fue escrito por mí cuando la caída del General Machado, ante la amenaza de una nueva intervención militar nortea en mi país. Apareció en mi libro “Misas Paganas” (1933) y no lo reproduce nunca. Su exhumación, sin mi consentimiento, después de más de cuarenta años, y seguramente sin fecha, puede haber hecho suponer, en

muchas personas, una actitud pro-castrista de mi parte, en el momento actual. De la misma manera, estando yo todavía en Cuba, vi publicado en el periódico "Revolución" un *poema* (?) titulado "Soy miliciano", y firmado J. A. Buesa. No incurrí en la candidez de solicitar una aclaración sobre el caso, en el sentido de que yo no era el autor de aquello, sino un pariente con mi apellido e iniciales: Julio Antonio Buesa. Por lo demás, me pareció que cualquiera podía entender que aquel texto correspondía a una gramática diferente a la habitual en mí. Cosas de esas, así como la práctica frecuente de que otras personas firmen determinados documentos políticos con el nombre de uno, sin previa autorización ni posible desautorización pública, justifican suficientemente un exilio voluntario, que se convierte en obligatorio para un escritor.

No niego, en cambio —ni podría negarlo, porque es verdad y porque aparece en mi libro "Odas por la Victoria" (1943)— que en los trances más difíciles de la Segunda Guerra Mundial escribí una "Oda al Ejército Soviético". En aquellos momentos creí que era un deber democrático "ponerle un gatillo a la pluma", como dije en el prólogo. La tal Oda fue traducida al ruso y me ha valido imputaciones de comunista. Sin embargo, en ese mismo libro apareció igualmente mi "Oda al Generalísimo Chiang-Kai-Shek", traducida al chino, no sé por quién, aunque sospecho que no sería Mao-Tse-Tung. Por lo demás, el libro "Odas por la Victoria" fue una publicación oficial del Ministerio de Defensa de la República de Cuba.

Abril 12. Lunes. Están pintando la Universidad, y todas las actividades recesan hasta después de la Semana Santa. Recibo carta de mi hija Irma, desde Miami: tal vez en lo que falta de abril yo tenga otro nieto. Me llegan dos libros de versos de Carlos Fojo Hermida, con epígrafes míos y resonancias de "Oasis". Hay algunas cosas positivamente bellas.

He aquí, como una curiosidad, algunas estrofas de mi "Oda al generalísimo Chiang Kai-Shek":

歌詩

蔣 委 員 長 頌

作者 Jose Angel Buesa

蔣委員長：恕余呼爾姓名。
勇敢與信仰、創造出無限光榮。
自由之人、人之精英。
數百萬健兒、立正待命。
★ 死亡與顛沛非所怕。
★ 抗敵國爾忘家！
★ 你的心房顫動着整個中華。
★ 中國之心、永世不會消沉！
★ 五年流血、五年犧牲。
★ 縱戰百年、亦不屈服；
★ 一個民族能建築萬里長城；
★ 定能將孫先生的共和光復！

Juan Ramón Jiménez dictaminó que Paul Valéry era un poeta ripioso. Está claro que, eliminando el metro y la rima, disminuyen las alternativas del ripio poético. Pero el arte de la Poesía consiste en transmitir un estremecimiento de emoción y de belleza, dentro de las normas establecidas por los grandes poetas de todos los tiempos y todos los idiomas, los cuales demostraron que era posible hacerlo, sin apelar a facilismos de gente mediocre. Y esto no quiere decir que Juan Ramón Jiménez fuera un mediocre, pero tampoco Paul Valéry era un poeta ripioso.

Abril 13. Martes. Todo se había limitado a un simple juego de manos —de las mñas, y en su escote. Nunca hubo ocasión para otra cosa, tampoco. Pero aquellas exploraciones eran fascinantes para mí, y ella lo sabía. Desapareció de pronto.

Pocos años después reapareció, divorciada y sin descendencia, según me dijo. Entonces todo era más fácil y acudió a una cita formal. Cuando llegó el momento decisivo, se negó a despojarse del sostén. Luego, apenada, me explicó que su esposo la había mutilado precisamente en uno de sus dos más preciados atributos femeninos. Aquello fue, para mí, como una ducha helada en el Polo Norte; pero consideré que podía traumatizarla gravemente si le demostraba alguna repulsión, y le aseguré que nada de eso me importaría, y hasta me encogí de hombros, mientras me disponía a sobreponerme a la horrible impresión inicial. Pero era una broma cruel. No existía tal mutilación, como pude comprobar inmediatamente, del modo más atractivo. Y ella estuvo ensalzándome como el hombre más considerado y galante del mundo durante el resto de aquella noche, que pudo haber sido la más deprimente de cuantas he pasado en buena compañía; aunque, de cualquier modo, es inolvidable para mí. Por lo demás, yo he dado buenas bromas —algunas bastante desagradables para la víctima— pero en aquella ocasión supe a qué sabe ser víctima de una broma desagradabilísima, aun cuando tuviera un final feliz, como las películas de entonces.

—“Tú sabes que yo soy como una caja de caudales” —me dijo un conocido, hace poco, queriendo forzarme a una confidencia.

—“Ya lo sé” —le respondí—: “Lo único malo es que hay mucha gente que conoce la combinación”.

Fuimos al aeropuerto a recibir a dos compatriotas amigos nuestros, procedentes de Puerto Rico: Mario y Elizabeth. Almorzamos en casa de Nápoles. Esta noche cenarán con nosotros. Juanita se ocupará del menú a la mexicana. He pronosticado que, en un futuro próximo, al revés de lo que

ocurre ahora, los puertorriqueños vendrán a hacer sus compras a la República Dominicana.

Abril 14. Miércoles. Poco después de la medianoche terminaron las actividades gastronómicas de ayer. Todo muy agradable en la mesa y en los invitados. Se habló del Bosque de La Habana y yo recordé —hacia adentro— mi época de “fabricante de estatuas”. La cosa sucedía en una pequeña explanada natural, con un puente, y con aquel río que se arremolinaba sinfónicamente en unas grandes piedras pulidas que eran como rústicos pedestales. Era un lugar para visitantes diurnos, ya que no existía iluminación artificial; pero ciertas noches de luna pasaba a ser mi fantástico paraíso secreto. Y más, cuando alguna hermosa compañera de disparates dejaba sus ropas en la orilla y jugaba a ser de mármol sobre aquellas piedras, asumiendo inmóviles actitudes de museo, para mí solo, entre los endecasílabos de la corriente.

Allí —o por haber estado allí tantas veces— escribí el “Poema del Río”; y otra noche, y para otra sonrisa, el “Segundo Poema del Río”. El “Tercer Poema del Río”, fue en otro río, más lejano, y también en otra compañía, más duradera.

Abril 15. Jueves. Es curiosa la costumbre exclusivamente dominicana de publicar la fotografía y hasta el apodo de los difuntos, en los obituarios. Y eso de los apodos —otra costumbre muy extendida aquí— me hace recordar los dos nombres de los egipcios de antaño: uno para el uso diario y general, y otro —el verdadero—, que sólo conocían los familiares más próximos. De esa manera, los egipcios creían evitar cualquier maleficio obrando sobre su nombre, y es posible que los dominicanos aprendieran ese supersticioso subterfugio por idénticos motivos — durante la dominación haitiana.

Recibo carta de Oscar Fernández de la Vega. Una

referencia suya al famoso busto de Martí, por Sicre, me hace recordar un incidente, en el vestíbulo del Auditorium de Miami, en no lejanas fechas. Yo llegaba, flanqueado por dos bellas amigas; una de ellas con un escote muy generoso, muy revelador y muy atractivo. En ese instante se me acercó una persona inidentificable, solicitando mi cooperación literaria para la erección de un busto de no sé quién, en no sé qué lugar. Yo, *i n t e r r u m p i e n d o* la perorata, señalé hacia mi amiga del escote: —“No, no, por favor... Delante de esta señora, no me hable de *bustos*”.

La diferencia esencial entre la intuición del poeta y el razonamiento del filósofo, consiste en que el primero se limita a señalar los fenómenos, mientras el segundo pretende explicarlos. Pero, al final, puede haber una acumulación de explicaciones contradictorias para un solo señalamiento. Y el fenómeno seguirá siendo inexplicable, —o no será un fenómeno.

Abril 16. Viernes. Guarionex recibe algunos libros de Colombia. Entre ellos, me presta “Los Pasos Cantados”, de Eduardo Carranza, una antología total, con sus versos más recientes. Es un gran poeta, sin duda. Su poesía elusiva, más que alusiva, es un retoño del prerrafaelismo. (Juan Ramón Jiménez también era deudor de Rosetti). Hay un verso que me estremece:

Y sigo hablando solo como un río.

Abril 17. Sábado. Entre los numerosos libros a que he hecho referencia varias veces, y que leí a los doce años —Schopenhauer, Nietzsche, Max Nordau— encontré uno, especialmente inquietante. Era un libro de medicina venérea, de no sé qué médico francés —en traducción, claro— con unos dibujos de espantosa meticulosidad sobre las lesiones genitales. Esa obra —de la que tampoco recuerdo el título, aunque sé que

tenía una encuadernación en tela purpúrea— explicaba también los procesos degenerativos y hereditarios de la sífilis y las complicaciones gonocócicas, y me infiltró una saludable desconfianza hacia las relaciones sexuales con las prostitutas; desconfianza que me ha excluido del apotegma médico que establece que “quien no la tiene ni la tuvo, la tendrá”. También recuerdo una teoría expuesta en aquellas páginas —presumiblemente escritas a fines del siglo anterior— y que señalaba la posibilidad de que el estado de ánimo de los progenitores, en el momento de la procreación, influyera decisivamente en el carácter y las inclinaciones de los hijos. No sé por qué he recordado esto, ahora —aunque es un recuerdo que he tenido muy presente durante toda mi vida, a partir de 1922.

Abril 18. Domingo.

*Otoño. Amor. Y, sin embargo, un día
florecerá de nuevo ese rosál.*

*Y todo será igual, amiga mía;
y todo será igual sin ser igual.*

He visto por la TV un documental italiano: “Venecia está condenada”. Yo recuerdo la Plaza de San Marcos, con un fotógrafo ambulante deseando mi muerte instantánea. Todo empezó porque aquel hombrecillo me hizo una foto y me cobró 100 liras adicionales “por el maíz de las palomas”. En realidad, sólo les había echado algunos granos, pues cuanto más hambrientas estén, más prontamente acuden para ser retratadas con los turistas. Pero, aun cuando se trataba de una cantidad insignificante, me pareció indebido aquel sobreprecio, por lo que entré por un callejón donde vi un establecimiento de comestibles, y compré un kilogramo de maíz, que me puse a regar cerca del fotógrafo, el cual ya tenía otros clientes y no conseguía atraer una sola paloma. Por dos veces se trasladó a

otra parte de la Plaza, con sus turistas, y otras tantas lo seguí, fingiendo no darme cuenta de que estaba interrumpiendo su trabajo. Y, por supuesto, durante todo aquel trayecto estuve en medio de un remolino de palomas, —centenares, o millares, qué sé yo. Finalmente, decidí dejar en paz al desesperado fotógrafo, aventado los últimos puñados de oro vegetal, y regresé hacia el Hotel “Luna”. Y entonces me siguió un palomo patizambo, con el buche tan repleto que no le permitía volar. Era cosa de risa: Yo delante, a buen paso, y el palomo detrás, caminando grotescamente. Así, hasta la puerta del Hotel.

Abril 19. Lunes. Allá por el 1959 visité un “pueblo fantasma” de California; no una reproducción más o menos convencional para alguna película del Oeste, sino uno auténtico, abandonado por los buscadores de oro hacía más de ochenta años. Allí estaban, a uno y otro lado de la ancha calle de tierra, la herrería, el “saloon”, la farmacia con sus cristales sucios, el hotel de portal y balcón corrido y, por supuesto, la oficina del “sheriff”, —todo lleno de polvo y telarañas. Lo recordé vívidamente esta mañana, en la Universidad, al abrir la puerta del 214, después de una semana de operarios lijando paredes para pintar de nuevo: fue como entrar en la oficina del “sheriff” de aquel “ghost town”, —sólo que sin telarañas.

Repaso con Fernández Spencer la “Epístola Moral”. Hay un verso con un artificio retórico poco usual:

Sacra razón “y” pura.

Pero Quevedo lo empleó más de una vez, en los “Sonetos”:

*con dudoso pie “y” incierto.
mi pura fe “y” ardiente.*

Abril 20. Martes. Hoy he recordado el caso más singular

que me haya sucedido con una mujer, en toda mi vida. La cosa empezó con un aguacero que me obligó a refugiarme en un portal donde se habían guarecido ya dos muchachas. Yo acababa de sacar de la imprenta un primer ejemplar de "Nuevo Oasis", y aquel libro fue mi tarjeta de presentación con las dos bellas hermanas; ya que, aunque no muy parecidas entre sí, resultaron serlo. Poco después, ambas habían aceptado gustosamente una invitación para merendar juntos. La menor, que era también la más bonita —o la más a mi gusto— pareció muy satisfecha de ser el objeto de mis mejores atenciones, y, al despedirnos, quedamos citados para el día siguiente, —pero sin su hermana. Y, en efecto, acudió sola a la cita. Fue entonces cuando me dijo que era divorciada, lo cual simplificaba los trámites de tal modo que ya no hubo mayor demora para hacer más solitaria nuestra compañía, —y más agradable. Y ahí fue la sorpresa: me había mentido al revés; es decir, al revés de lo usual. Porque, en lo referente a experiencia amorosa, sobran los casos en que sí aunque digan que no, pero aquel fue el caso de una mujer en que no, aunque dijo que sí. No había tal matrimonio previo. Y cuando le pedí que me explicara la razón de su insólito engaño, su explicación fue igualmente insólita: —"Dije eso para no sentir vergüenza al desvestirme". Todo lo cual tal vez tendrá algún sentido para un siquíatra, aunque a mí me dejó tan desconcertado entonces, al suceder, como ahora que lo consigno como una rarísima rareza femenina.

Abril 21. Miércoles. Ha salido a relucir Picasso. He dicho que me encantaría poseer un arlequín o un saltimbanqui con su firma —y hasta sin su firma, siendo suyo. Pero he dicho también que si un imbécil paga doscientos mil dólares por un adefesio de Picasso, ningún adefesio se convierte en obra de arte por el hecho de que un imbécil demuestre su imbecilidad.

Cuando un ciudadano común le pierde el respeto a la sociedad, se convierte en anarquista; cuando un filósofo le

pierde el respeto a las palabras, se convierte en charlatán; pero cuando un poeta le pierde el respeto a la poesía, vuelve a ser un ciudadano común.

Abril 22. Jueves. Si uno pudiera decidir los domingos, hoy no sería jueves. Una linda mañana de sol, un cielo especialmente azul y la vegetación con un verde que no es de todos los días. O no sé bien si es mi manera de ver las cosas, hoy.

Papucho me ha llevado a ver, en el fondo del patio, una planta de maíz; una sola, pero con mazorca y todo. Y yo he recordado una alegre sorpresa de mi propia infancia. Habíamos ido de paseo a la Capital, pasando también por Santa Clara, donde residía entonces la familia de mi madre. Fueron dos o tres semanas, al cabo de las cuales regresamos a Cruces. Y todo el fondo del patio era un maizal, hasta la altura de la tapia, con docenas de mazorcas de buen tamaño. Mi hermano mayor y yo nos sentimos muy orgullosos de nuestra agricultura, pues aquello era el resultado de una siembra de granos de maíz en unos surcos abiertos por nosotros mismos, poco antes de salir de viaje. Y nunca me ha sabido mejor una mazorca de maíz.

Abril 23. Viernes. Hoy fui al aeropuerto, a recibir a un amigo y compatriota, Fortún, a quien conocí en Santiago de los Caballeros, precisamente durante los días que pasé en la casa embrujada de la Avenida Franco Bidó. Eso ocurrió en 1970. Lo contaré en otra oportunidad, con todos sus detalles.

Abril 24. Sábado. Anoche estuvimos “de ronda” con los Nápoles. Fuimos a ver a Olga Guillot, en “El Conquistador”. De allí, a la “boite” de Mario Fernández Porta, en el *Jaragua*. Una noche agradable y vagamente nostálgica. A las tres y media Juanita y yo nos separamos del grupo, que siguió adelante hasta el amanecer, según supimos hoy. Por la tarde fui con

Guarionex al "Mario's" para ahogar en Chablis unos camarones gigantes en receta exclusiva.

Abril 25. Domingo. Me levanté tarde, casi a las 7. Me reí —de mí mismo— recordando el caso del *chino* de Chichén-Itzá. Sucedió en 1952, cuando fui con mi hijo René a las ruinas de Yucatán. Estuvimos allí como turistas-exploradores, hospedándonos en el Hotel "Mayaland", durante una semana; y por las noches charlábamos largamente con nuestro guía, un hombre muy amable y muy enterado de la historia de los Xiú y de las investigaciones arqueológicas en aquella zona todavía tan llena de misterios. Y, entre sorbos de refresco de piña, me permití una infortunada incursión de "amateur" por los inseguros terrenos de la Antropología. Mi planteamiento era el siguiente: Yo conocí a un viejo esclavo, del Congo, con cerca de cien años, que balanceaba los brazos como un gorila, al andar; y en aquel hotel había un maya, bastante viejo, que tenía todas las características de un chino. Eso me hacía pensar que, al envejecer, cada raza humana define su procedencia, invirtiendo la famosa tesis de Müller, de que "la embriología de un animal reproduce su genealogía". Y, por supuesto, a mi modo de ver, los mayas eran descendientes de asiáticos, tanto por la oblicuidad de sus ojos, como por la estatura mediana, la complexión más bien débil, el color de la piel y el pelo negro y lacio. Y como en aquel instante cruzaba el comedor el viejo maya que me había sugerido aquellas deducciones, lo señalé triunfalmente: "Ahí lo tiene Ud. —le dije al guía—: en cualquier parte del mundo, ese hombre será un chino". —"Aquí también —me respondió el guía, cortésmente—: Es José Wong, el chino cocinero del hotel..."

Abril 26. Lunes. Las agrupaciones literarias no se organizan, por lo general, en favor de algo sino en contra de alguien.

Yo recordaba perfectamente aquella historia de la mujer

con una cinta de terciopelo en la garganta. La había leído en mi niñez, y, tanto como el texto en sí, me habían sobrecogido sus ilustraciones, inquietantemente realistas. Y, por supuesto, era un cuento de Hoffmann. Yo estaba bien seguro de eso. No obstante, en una selección de los mejores cuentos del precursor de Poe y de Baudelaire, no aparecía la historia de la guillotina. ¿Cómo podía ser eso? Muchísimo tiempo después, en una antología de cuentos fantásticos, encontré al fin la historia. Y era de Alejandro Dumas. Durante cincuenta años, mi memoria había retenido un dato erróneo. Sin embargo, el supuesto protagonista de la historia de Dumas... era Teodoro Hoffmann.

Abril 27. Martes. Eso de que la memoria es el talento de los imbéciles, seguramente se le ocurrió a un imbécil sin memoria. La gente inferiorizada siempre inventa cosas así, —como la de la supervirilidad de los calvos.

Papucho es ambidiestro. Me ha hecho recordar a Nicolás Guillén y sus extrañas habilidades caligráficas, juntando las dos manos con un bolígrafo en cada una, y escribiendo simultáneamente el mismo texto, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Abril 28. Miércoles. La Poesía es una evidencia indefinible, que apenas percibimos en determinados aspectos de su relación con el lenguaje. Si tiene alguna semejanza con alguna otra cosa, será con la electricidad. Y esa semejanza establece entonces una definición de lo indefinible: la Poesía es una electricidad del lenguaje.

Un nuevo nieto: Pedro Felipe Martell y Buesa. Nacido en Miami, el día 12. Una gran alegría, allá y aquí.

Abril 29. Jueves. Los seres que están naciendo actualmente, serán adultos en el año 2,000. Pero ¿de qué manera serán afectados por el tecnicismo de nuestra época? Nosotros, los niños de comienzos del siglo XX, nacíamos en un mundo misterioso. Los niños de ahora nacen en un mundo mágico. ¿Cómo será el mundo para los que nazcan en el próximo siglo?

Nosotros fuimos habituándonos gradualmente al cinematógrafo, el teléfono, el automóvil, la electricidad, la aviación, la radio, la TV, la energía atómica, los antibióticos y las exploraciones espaciales. ¿Cómo afectará todo eso, de una sola vez, la mentalidad infantil?

Está perfectamente claro que la Pedagogía requiere una modificación esencial, pero no mediante una aceleración de las etapas del aprendizaje, sino a través de un sistema de adaptación a las formas artificiales de la existencia, que invaden brutalmente la existencia normal. Porque es preciso admitir que todos los cambios externos de nuestra civilización no alcanzan a modificarnos orgánicamente; y aún no sabemos si es mejor o peor andar a tientas en un mundo desconocido, o conocer antes de tiempo un mundo que ha perdido su lógica elemental.

Abril 30. Viernes. Me desperté dos o tres veces anoche, recordando la costumbre, cada vez más extendida en este país, de practicarle la circuncisión a los recién nacidos. No le encuentro lógica alguna a esa reiteración casi obsesiva durante casi toda la noche. Tal vez sea por el nacimiento de mi nieto en los Estados Unidos, donde, a pesar de la influencia judaica, no es tan común como aquí esa rectificación anatómica. De cualquier modo, he recordado también que me opuse a que mi hijo menor fuera circuncidado, a pesar de las argumentaciones higiénicas de su pediatra. Yo entiendo que en una época tan demasiado adulta como la nuestra no debe estimularse la precocidad infantil.

La cosa sucedió en un viejo pero cómodo caserón de la Avenida Franco Bidó —actualmente Avenida Duarte— en Santiago de los Caballeros. Allí vivía Carlos Toraño, con su esposa Silvia y sus dos pequeños hijos. Carlos debía viajar a España y Silvia deseaba acompañarlo, pero no tenían con quién dejar a los niños, y si los llevaban con ellos interrumpirían su periodo escolar. Fue entonces cuando nos propusieron a mi mujer y a mí que nos quedáramos en su casa durante un mes, al cuidado de todo, y nosotros aceptamos, tan satisfechos por aquella demostración de confianza como por complacer a tan estimados amigos. Y así, Carlos y Silvia se fueron, y Juanita y yo —todavía sin Papucho— nos quedamos.

Nosotros ocupamos el aposento principal. Los niños dormían en una habitación próxima, al otro lado de un pasillo, en compañía de una sirvienta. La cocinera tenía su cuarto independiente, junto al garaje, sin comunicación con la casa.

Lo que sucedió allí, se escribe fácilmente. Lo difícil fue soportarlo: luces que se encendían de pronto, puertas abriéndose y cerrándose, pasos a medianoche, golpes en las paredes, estrépitos de vajilla rompiéndose —sin que se rompiera nada—, muebles cambiando de sitio, cerrojos descorriéndose, llaves accionando en las cerraduras, sombras cruzando las habitaciones, pelotas de goma rebotando en el piso, —qué sé yo. Veinte veces inspeccioné aquel caserón, en la alta noche, después de una sesión de ruidos extraños, y todo estaba en orden. Los niños gritaban espantados, oyendo golpes en la puerta de su aposento, pero eran golpes que cesaban apenas yo encendía la luz y salía al pasillo. En verdad, no sé cómo pudimos retener a las sirvientas, que querían huir a cualquier parte; pero allí estábamos todos cuando Carlos y Silvia regresaron. Ellos también oían ruidos —según nos dijeron— pero no hacían caso, atribuyéndolos a unas ratas enormes del sótano; las luces que se apagaban y encendían eran, simplemente, el producto casual de una instalación eléctrica defectuosa o deteriorada por el tiempo; y el resto sería pura imaginación. Los Toraño no creían en fantasmas ni en fenómenos parasicológicos. Nosotros nos limitábamos a no creer en fantasmas.

Aquel caserón, según supimos más tarde, había sido edificado por un opulento comerciante holandés que murió allí; durante muchos años estuvo sin habitar, y corrían rumores sobre ciertos misteriosos huéspedes que eran entrevistados a veces en las ventanas, y hasta en el portal y en el jardín.

Pocos meses después de los sucesos antes referidos, Carlos Toriño falleció de un infarto cardíaco, en aquella casa. Fue exactamente el 10 de octubre de 1970.

LIBRETA 5

MAYO

Mayo 10. Sábado. Papucho ha pasado la noche con fiebre alta. Desde ayer por la tarde empezó a sentirse mal, y una de las veces que le pusimos el termómetro tenía 39.2. Parece ser un virus más molesto que peligroso, con el que hay que tener paciencia algunos días, tomando precauciones contra alguna posible complicación.

En cuestiones de crítica es indispensable la cultura, pero sin que se pretenda suplir con ella la sensibilidad de interpretación. Lo contrario es darle una brújula a un ciego y abandonarlo en el desierto de Gobi con una cantimplora vacía.

La gente suele confundir una conmemoración con una celebración. Eso sucede hoy, Día del Trabajo, pero sucede igualmente el Viernes de la Semana Santa, lo cual es más contradictorio.

En todos los tiempos ha habido excelentes escritores con el oído adverso a la Poesía, que no han logrado encontrar diferencia alguna entre la música del verso y el ritmo de la prosa. Advuértase, por otra parte, que en ninguna época se ha intentado escribirlo todo en verso, porque tal cosa no está al

alcance de cualquiera, pero sí se ha pretendido escribirlo todo en prosa, —lo cual no presenta ninguna dificultad para el amanuense más torpe.

A veces pienso que el trato brutal de los españoles a los indígenas del Nuevo Mundo tiene una explicación fisonómica. Esta apreciación se explica, a su vez, si se considera que el Descubrimiento coincide con la persecución —y expulsión— de los judíos de España. Y el perfil judaico de los indios pudo hacer sospechar que aquellos pacíficos pobladores de las Nuevas Tierras eran descendientes de alguna de las tribus perdidas de Israel.

Mayo 2. Domingo. Existe una metafísica del lenguaje que incorpora a ciertas palabras una significación particular y de mayor trascendencia. Pero no se trata solamente de una metafísica en función filosófica, sino poética también. En este segundo aspecto se remonta al método simbolista, —específicamente a Mallarmé. Y, sin duda, constituye un elemento de poderosa eficacia verbal, pero que se sitúa en esa zona de penumbra que es la antesala de las tinieblas. Y ahí sobreviene la pirueta del simulador, el truco del verbalista, el fraude poético. Y lo que fue originalmente un hallazgo conceptual se convierte en una simple distorsión sintáctica, en un sistema consecutivo, en un artificio reiterable. Y la metafísica pasa a ser retórica.

Papucho amaneció sin fiebre. Está pasando el día bastante bien, libre ya de las molestias de la garganta. En cambio, hay muchos niños hospitalizados desde hace cuatro y cinco días, con fiebres altísimas, a causa del mismo virus, —según informes del Centro Médico.

Mayo 3. Lunes.

*Un golpe encima, resonando adentro
— ¿lo oiré, siquiera? — y otros, sordamente,
acumulando sombra, en el encuentro
con la sombra total y permanente.*

*Hasta ahí, desde ahora, es bien sabido.
Pero, ¿y después? Yo solo; el mundo afuera;
el tiempo caminando hacia el olvido,
y todo igual, o igual de otra manera.*

*O acaso una raíz por la ranura
de las tablas pudriéndose, en la oscura
plenitud de una noche larga o corta.*

*O una humedad de lluvia desde arriba;
o algo más que no importa si se iba,
o que se queda, y que tampoco importa.*

Mayo 4. Martes. He oído un comentario ocasional sobre un niño que se cayó de su cama. Yo recuerdo una cama de hierro, junto a una pared; una cama de bastidor alto, que era la mía en la casa que mi padre hizo fabricar en Cruces. Y recuerdo una pesadilla en la que me sentía caer por una catarata... y desperté en el suelo, con el golpe de la caída. Yo tendría de ocho a nueve años, a lo sumo. Y desde aquella noche, al acostarme, mi madre colocaba un tablón a lo largo del borde libre de la cama.

Planeamos un fin de semana —empezando al viernes 14 y hasta el domingo 16— en la playa de Cofresí, próxima a Puerto Plata. Ya Nápoles alquiló una cabaña allí. Cuando vivíamos en Santiago, íbamos frecuentemente a ese lugar, que es muy agradable. Tal vez Papucho se decida a aprender a nadar, al fin; porque a él le encanta el mar, pero de lejos.

Mayo 5. Miércoles. Comento con Fernández Spencer una frase de Baudelaire —del prólogo de los “Poemas en Prosa”— que se le atribuye a Vigil Díaz en una Antología Dominicana de reciente publicación. Más tarde, Mariano Lebrón Saviñón me dice de memoria algunos versos de Góngora y del Romancero; y yo le digo, a mi vez, todo el principio de la “Soledad Primera”, tal como me la aprendí en la Preceptiva de Arpa y López, que era texto de bachillerato en Cuba, hace cincuenta años.

Papucho me pide que le compre “unos pantalones crecidos” —largos—. Dice que quiere vestirse ya como los hombres.

Mayo 6. Jueves. Regreso temprano de la Universidad. Gertrudys de Mises se siente enferma, y yo no he querido que venga sola en su automóvil. Juanita va al correo a llevarme algunas cartas, y, de paso, a comprarle los pantalones largos a Papucho. Y se los trae. El se queda deslumbrado por la sorpresa. Creo que es la mayor satisfacción de su vida, hasta ahora, cuando al fin se los pone. Después me pide dinero, para traerlo en un bolsillo. Y yo se lo doy, naturalmente: cinco o seis monedas que ahora anda sonando por toda la casa.

Termino un poema que he ido escribiendo fragmentariamente desde el martes. Lo he pasado a máquina, para perfeccionarlo en conjunto.

Mayo 7. Viernes. Sigo modificando el poema. Tenía trece estrofas y lo he dejado en siete. Pero en lo excluido hay algunos versos aislados que trataré de utilizar de mejor manera. Una vez más, compruebo que lo más importante del trabajo poético es la estructuración consciente de lo espontáneo. Esto significa muchas cosas; entre ellas, coordinar el orden de las estrofas para

evitar las asonancias entre sus rimas; la sustitución de palabras que se repiten a veces; la valoración estética del conjunto, para eliminar las partes menos firmes y determinar las zonas intocables, hasta lograr la versión definitiva. Sin embargo, hay muchas personas —hasta poetas— que no comprenden que el arte, en poesía, no consiste en escribir sino en rectificar. Y que un poema sin defectos en su primera versión no es un poema, sino un milagro.

Hablo con unos jóvenes sobre las formas del Soneto. Les explico que los poetas ingleses —Shakespeare entre ellos— escriben en realidad tres cuartetos y un pareado; y esos tres cuartetos con rimas diferentes. Los sonetos de Petrarca, en cambio, tienen las mismas rimas en los dos cuartetos, —como es lo más usual. Sin embargo, la disposición de los tercetos —el primer verso rimando con el cuarto, el segundo con el quinto y el tercero con el final— fue rápidamente sustituida por una reiteración de dos rimas —el primer verso con el tercero y el quinto; el segundo con el cuarto y el sexto— y es evidente que así se logra una mayor coherencia musical, ya que, del otro modo, después de ocho versos insistiendo en dos rimas, se establece un “vacío de eco” en tres versos consecutivos. Y así lo entendieron los principales poetas españoles del Siglo de Oro. Sin embargo, mi preferencia es por la manera francesa, en la que los dos primeros versos de cada terceto riman entre sí, y el tercero con el final. A mí me parece que esa es la estructura verbal más armónica. Les hablo también de los “sonetos a la inglesa” de Baudelaire —con rimas independientes en los cuartetos y hasta con pareado final— que Banville calificó de “sonetos libertinos”. Repaso las variantes modernistas, los sonetos simplemente asonantados o sin consonancia alguna.. y llegamos a la conclusión de que el Soneto, considerado por muchos tratadistas como una arquitectura poética inmutable, es la más irregular de las formas preceptivas sobrevivientes.

Por la noche voy con Guarionex a una fiesta familiar. Canciones con guitarra y a solo de voz en un patio amable y con gente cordial. Una pedrada en el techo de zinc. Una dama transparente. Golosinas árabes para el ron criollo. Y resulta estimulante el halago de desconocidos para quienes yo no lo soy.

Mayo 8. Sábado. Otro repaso al poema, reincorporándole dos de las seis estrofas excluidas ayer, pero con modificaciones importantes. Creo que ya es la versión final.

Sucede que hay días en que se interrumpe un poco el nexo con el pasado, o en que no se establece ninguna relación de referencia entre el hoy el ayer. Y, sin embargo, el tema de mi poema coincide con el de otro que escribí hace más de cuarenta años y que apareció publicado en "Misas Paganas", mi segundo libro. La diferencia consiste en el tratamiento literario. El otro poema, cuyo título no recuerdo ahora, era de corte inequívocamente modernista, hasta en la métrica —dodecasílabos irregulares, de 7 y 5 sílabas—. El que he escrito ahora es mucho más retórico, porque no tiene la retórica por afuera.

Mayo 9. Domingo. En lo que va de año, se han sucedido los terremotos de un modo inquietante, en las más apartadas regiones del mundo. Ahora ha sido en el norte de Italia. Y yo vuelvo a pensar en una expansión de la Tierra, en un gradual crecimiento de su corteza exterior. Esa teoría, de ser cierta, explicaría muchas catástrofes de la antigüedad —incluyendo la de la Atlántida— y podría justificar con más lógica el desplazamiento de los continentes y ciertos fenómenos de coincidencia entre las culturas primitivas.

Un paseo vagamente arqueológico, con Guarionex, a media

mañana, por las ruinas coloniales reconstruidas y sin reconstruir. Es un paseo proustiano, por el tiempo perdido.

Hace algunos años —poco antes de su muerte— Edgar Cayce, el extraño clarividente de Kentucky, predijo una especie de desequilibrio telúrico en la América del Norte, con el hundimiento de la costa del Pacífico y el surgimiento de tierras ahora sumergidas en las aguas del Atlántico. En estos días parece existir cierta inquietud pública en San Francisco, por el vaticinio de un astrólogo, en relación con un gran terremoto en esa área, peor que el de 1906. En lo que a mí respecta, supe por primera vez lo que era un terremoto —aunque no de los peores— en San Salvador, en 1959. El Edificio Windeissen —construido por ingenieros japoneses y con garantía antisísmica— oscilaba pesadamente, entre crujidos de vigas, entrechocar de muebles y objetos cayéndose. En aquella ocasión se abrió una ancha y zigzagueante grieta en una calle de la ciudad, aunque no hubo daños de consideración. Luego, en el mismo país, y en México, y en la República Dominicana, he sentido temblores de tierra de relativa intensidad. En una ocasión, en Santiago, a la hora del desayuno, se produjo un fuerte estremecimiento y salimos todos al jardín. Y un arbusto, recién sembrado entonces, me hizo recordar un hai—ku (¿de Basho?):

*Oh, ese cerezo en flor
que se estremece todavía,
después del terremoto.*

La poesía oriental —especialmente la japonesa— emplea desde tiempos inmemoriales una “técnica de condensación” que es la tendencia más reciente de la poesía occidental. En cuestiones de cultura, parece ser cierto que las modernidades nuestras son verdaderos anacronismos en relación con el Asia. Y además —y muy especialmente— las diferencias lingüísticas resultan

inferiorizantes para nosotros, en lo que se refiere a la Poesía. Por otra parte, los idiomas ideográficos, como el chino, son esencialmente simbólicos y ambivalentes, lo que los capacita para “expresar lo inexpresable”. Los que escribimos en idioma español, en cambio, lejos de encontrar una facilidad comunicativa en las palabras, estamos obligados a luchar contra ellas, para impedir que nos arrastren al verbalismo circunloquial. No obstante, en compensación, el español es un idioma fundamentalmente melódico —tanto como el italiano y más que el portugués— lo que ofrece recursos para la versificación muy superiores a los del francés, el inglés y el alemán. Esto significa que todo poeta que escribe *versos libres* en español renuncia a la única ventaja que le puede proporcionar su idioma. Y esto parece explicar también el hecho de que un poema en *verso libre* siempre nos parece una traducción de no se sabe quién, nunca un poema original. Y es que, en realidad, se trata de un “procedimiento de traducción” que violenta torpemente los fundamentos prosódicos de la poesía española.

Definitivamente, el poema constará de siete estrofas. Ni muy corto ni muy largo. Así queda ya.

CANCION LLOVIENDO

*Noches de lluvia en el andén vacío,
lenta ceniza de mi corazón,
cuando la juventud es como un río
que se queda sin agua en mi canción.*

*Y soñar un amor siempre lejano,
siempre sin antes, siempre sin después,
como un ciego que busca con la mano
otra mano que ignora de quién es.*

*Una tarde de viento y hojas secas
tal vez llegaste cuando yo me fui;
tú, alegre con tus últimas muñecas,
y yo triste de ti, triste de ti.*

*Y nunca sabré dónde, pero acaso
—yo ignorante de todo, y tú también—
los dos bebimos en el mismo vaso,
los dos viajamos en el mismo tren.*

*Triste de amor y triste sin olvido,
sólo he sabido entristecerme más
abriendo puertas cuando ya te has ido
y andando calles donde nunca estás.*

*Pero un día el amor se siente viejo,
como cuando se agrieta una pared,
como se va la imagen de un espejo,
como un pozo muriéndose de sed.*

*Y aquí estoy, a la orilla del camino,
ya en el fin del camino y de mi afán,
pensando en la mujer que nunca vino
y mirando las nubes que se van...*

Mayo 10. Lunes. A veces pienso que la poesía —como el amor y como ciertos sucesos imprevisibles, para mal o para bien— obedece a flujos de continuidad, a rachas consecutivas. Tal vez, en lo que se refiere a la poesía, se trata de una disposición especial del ánimo. En lo demás, no creo que exista una explicación lógica, —al menos, de lógica normalmente aplicada. Pero es el caso que mi visita de ayer a las ruinas de la Ciudad Vieja, me pone a escribir versos, otra vez.

Mayo 11. Martes. Hoy me mostraron un viejo ejemplar de una de las ediciones populares de la Editorial Bruguera, en su colección “Laurel”, de la primera selección de versos míos,

—pues publicaron dos, por los años 50. Su portada, muy comercial, me recordó una anécdota con una atractiva dama norteña que me localizó no muy fácilmente en La Habana, y a quien invité a cenar en “Las Culebrinas”, un excelente restaurante próximo al “Puente de Pote”, sobre el río Almendares. Charlamos preliminarmente en uno de los reservados —de grata memoria— y fui sabiendo que la dama era frecuente visitante de París y que adoraba los quesos y los vinos franceses, igual que yo. Por suerte, “Las Culebrinas” era un sitio de “gourmets” y me fue fácil demostrar que en mi país conocíamos los más distinguidos secretos de la gastronomía. Ya al final de dos botellas de Chateau Lafite, mi hermosa invitada sacó de su cartera un ejemplar de mi antología y me pidió que se lo dedicara, “pero sin esa horrible encuadernación”; y, con una encantadora sonrisa, le arrancó la portada al libro y la dejó caer al suelo. Yo, por mi parte, no opuse el menor reparo, y le escribí no sé qué galantería propia de la ocasión, que le hizo besar mi firma, entusiasmada. Y entonces me levanté, di unos pasos, colocándome detrás de ella... y empecé a desabrocharle el vestido.

—Oh, querido, pero ¿qué hace Ud.?

—A mí tampoco me gusta su encuadernación, madame —le respondí, besándole la nuca— pero me encanta el texto.

Naturalmente, los camareros de “Las Culebrinas” eran incapaces de entrar en un reservado sin una llamada previa. Pero yo siempre pasaba el pestillo, de cualquier modo.

Mayo 12. Miércoles. Muy pocas veces he escrito en toda mi vida un poema con tanta facilidad como éste sobre las ruinas de un palacio de los tiempos coloniales. Es probable que más adelante lo retoque, simplificándolo o alterando el orden de sus estrofas, según mi costumbre.

*Estas nobles arcadas con sus ladrillos rojos,
más allá del silencio de lo que ya se ha ido,
tal parece que evocan el mirar de otros ojos
que se fueron cerrando para no ver su olvido.*

*Por aquí pasó el tiempo, rozando estos rincones,
y yo paso en la sombra del tiempo, respirando
el aire denso y turbio de otras respiraciones
que cesaron de pronto, ya no se sabe cuándo.*

*Crucifijos de plata para los penitentes,
candelabros de cobre para la luz de cera;
y allá abajo, en los sótanos, un rechinar de dientes,
pero siempre allá abajo, donde nadie lo oyera.*

*Alfombras como un césped para el pie de la dama,
húmedos pasadizos de acudir a una cita;
o el esclavo que tiembla cuando el virrey lo llama
o el capellán que acude con el agua bendita.*

*Aquí un rumor de espuelas de erguidos capitanes,
y los monjes ayunos con su crujir de huesos;
y más allá los hornos para cocer los panes
y discretas alcobas para ocultar los besos.*

*Patios para la luna dorada del estío,
patios donde las niñas fueron después abuelas;
balcones para el llanto de contemplar el río
cada vez que un navío desplegabá las velas.*

*Laúdes italianos para la serenata,
con el barniz sin brillo, con el cordaje roto,
pero que sobreviven al furor del pirata
y al estremecimiento brutal del terremoto.*

*La humedad fue oxidando los goznes de las puertas
y hubo un hollín de incendio que enlutó los tapices,
mientras crecía el polvo de las épocas muertas
sobre la remembranza de las noches felices.*

*Tal vez por la memoria fugaz de los espejos
pasan claras doncellas y almirantes huraños,
en la gran pesadumbre de los palacios viejos
al añorar su orgullo de hace quinientos años.*

*Y aquellos altos nombres que la imperial estima
prestigiara cien veces por su historial bravío,
hoy son letras en lápidas para pisar encima,
letras que van borrándose como su poderío.*

*Y todo fue pasando, las vidas y las cosas,
y todo fue silencio definitivamente;
silencio de raíces en el jardín sin rosas
y silencio del agua que no canta en la fuente.*

*Palacios para el viento, para las golondrinas,
para las lentas lluvias que han caído y caído.
Y después, poco a poco, la lepra de las ruinas,
el desdén de los hombres y el horror del olvido...*

Acompaño a Guarionex a la Biblioteca Nacional, en busca de unos datos científicos. Yo me entretengo hojeando una vieja antología poética francesa, y encuentro "Le Vase Brisé" de Sully Prudhomme, que hago fotocopiar. Hace algunos meses, Guarionex me habló de ese poema, que leyó no sé cuándo, y que no ha vuelto a encontrar por ninguna parte. Yo pienso traducirlo.

Mayo 13. Jueves. He recordado a Taine, que recomendaba las traducciones como el mejor ejercicio de versificación que existe. "Le Vase Brisé" me ha resultado muy fácil y muy difícil, por zonas. Quedo más o menos satisfecho del resultado.

Por la noche viene Guarionex, con una botella de Chateau Margueaux y un pathé trufado, al champagne. Yo le añado queso Rochefort, y hacemos una excelente y divertida degustación particular, cumpliendo escrupulosamente con todas las reglas del arte.

Mayo 14. Viernes. Siempre he creído que la geografía que se aprende en los mapas es tan superficial como la filosofía que se enseña con los libros. Para un buen conocimiento del mundo es preciso viajar, y para una verdadera asimilación de la cultura es indispensable vivir. Yo, al menos, en mis tiempos de mapas sin barcos ni aviones ni trenes, solía cometer groseros errores geográficos. Cierta vez, por los años 30, dije no sé qué disparate sobre Jamaica, en presencia de Nicolás Guillén. Nicolás se echó a reír, y me dijo: "Te estás afrancesando de tal manera, que hasta se te olvida la Geografía". Y en aquello había dos cosas ciertas: que los franceses viajan poco, y que yo siempre andaba con un poeta francés en algún bolsillo. Después, he abierto muchas maletas en las aduanas. Por cierto que, en una ocasión, regresando de Francia a España, un ceremonioso funcionario del puesto fronterizo de Canfranc se puso unos guantes para examinar mi equipaje. Aquello me sorprendió vivamente, pues nunca había visto tal cosa, antes —ni he vuelto a verla después. Y mientras el oficial revisaba mis prendas de vestir, le dije a media voz: "Excúseme la curiosidad, pero ¿usted usa esos guantes para no ensuciar el equipaje, o para no ensuciarse las manos?" El no me respondió. Se limitó a sonreír, dando por terminada su requisa. Poco después, golpeó con un gomígrafo mi pasaporte y me lo devolvió cortésmente, con un cuño en tinta azul y las siglas S.P.F.P.A.

—"Excúseme de nuevo —insistí— pero, ¿qué significan esas iniciales?"

—"Servicio Policíaco Fronterizo. Policía Aduanal", —me explicó de corrido.

—"Ah —repuse—: Yo pensé que quería decir: Somos Policías Feos Pero Atentos".

Y esa vez el hombre se echó a reír, mientras yo cerraba mi maleta, geográficamente.

He conversado largamente con un estudiante hondureño, en la Universidad; pero no me decidí a decirle que yo estuve una vez, con la mujer más bella del mundo, en un templo maya falsificado para el turismo que se encuentra en una colina desde donde se abarca visualmente la capital de su país. No se lo dije por varias razones. Ante todo, porque, aunque también existe un templo maya falsificado, cerca de Chichén Itzá, eso no justifica la falsificación tegucigalpense. Además, la mujer más bella del mundo no era hondureña, aparte de que tal vez no era, en realidad, la mujer más bella del mundo, sino que me lo parecía a mí. Finalmente, no le dije nada al estudiante hondureño porque recordé que también estuve en Bogotá con la mujer más bella del mundo, y ya no era la misma que en Tegucigalpa. Y él no podía entenderme aún, porque, a su edad, la mujer más bella del mundo siempre es la que va con otro.

Por la tarde salimos Juana, Papucho y yo, con Nápoles, Fina y Fefita, hacia la playa de Cofresí. Son 230 kilómetros hacia un saludable fin de semana.

Mayo 15. Sábado. Sol, arena, aire limpio, un barco encallado, carnes al carbón, vinos españoles y californianos, y brutalidades de "gourmand" después de exquisiteces de "gourmet". También la gula tiene sus alternativas, como el amor.

Desde una playa de cocoteros veo romper el mar violentamente contra un arrecife que parece un viejo

submarino, puesto a flote por las corrientes y embarrancado cerca del litoral, con sus flancos corroídos por el óxido y la torrecilla leprosa de valvas de almejas después de cincuenta años de naufragio.

Una Luna enorme y amarilla, temblando en el mar “*toujours recommencée*” —en femenino el mar, para Valéry. Eso compensa el hecho de que la Luna pertenezca al género masculino, en alemán: *der* (no *die*)Mond.

Mayo 16. Domingo. Piscina, más sol, más glotonerías, siestas, aire primitivo sin monóxido de carbono, más vino, cocos de agua, cañas de azúcar y un melancólico regreso con un brusco chubasco.

Carta del Club Rotario de San Juan de la Maguana, para una conferencia de tema libre. Es un antiguo compromiso sin fecha, concretándose ahora para el viernes 27. No conozco esa ciudad. Iré —iremos— con Nápoles, que es bien conocido allí.

Mayo 17. Lunes. Hablando de libros raros, con el Dr. Pérez y Pérez, recuerdo una vez que fuimos varios poetas, periodistas y escritores de mi país al entonces reacondicionado Sanatorio antituberculoso de Tope de Collantes, invitados por el Dr. Sosa de Quesada. Fue un viaje en avión. Yo iba junto a Andrés Núñez-Olano, que volaba por primera vez, por cierto. Andrés era un gran conocedor de la Literatura Francesa y un poeta de pulcritudes y exigencias parnasianas, que nunca se decidió a publicar su único libro: “La voz Rezagada”. Ya en los jardines del Sanatorio —sin inaugurarse aún— sentimos frío, a pesar del mediodía de verano; y Andrés, de pronto, señaló unas flores hermosísimas: —“Hortensias azules” —me dijo, añadiendo: “como el título del libro de Robert de Montesquiou-Fezensac”.

— “Yo lo tengo”, — le respondí. Andrés me miró con incredulidad: — “Imposible”. — “Bien —sonreí yo—: ¿A qué hora estarás mañana en *El Mundo*?” — “A las nueve de la noche” — fue su respuesta, un poco recelosa. Y ya no hablamos más del asunto. Por la tarde le di a leer mi “Poema de las Cosas”, que yo acababa de escribir y que nadie conocía aún. Y al día siguiente, al llegar a su periódico, Andrés tenía allí el libro del extravagante conde amigo de Proust y protector de Verlaine, con una dedicatoria mía, obsequiándoselo.

Mayo 18. Martes. Anoche, en un restaurante próximo al mar, se suscitó un comentario sobre las frecuentes “pérdidas” de servicios de mesa con que determinados clientes satisfacen su cleptomanía bajo la atenuación de “coleccionistas de *souvenirs*”. Yo recordé a un amigo mexicano que hizo de las suyas con un cenicero, en Madrid, y al llegar al hotel y examinar más detenidamente su “souvenir” encontró en la parte de abajo un irónico letrero: “*Robado en la Cueva de Luis Candelas*”, — lo cual era una previsión ingeniosamente publicitaria, sin duda. Pero recordé igualmente una embarazosa situación personal, en un hotel de Lourdes, hace ahora veinte años. Ya a punto de marcharme, rumbo a Jaca, subí a mi habitación en los momentos en que mi caprichosa compañera de viaje descolgaba de la pared un hermoso crucifijo de bronce y lo introducía en una maleta. Yo me opuse resueltamente a aquel propósito —antecedido en Poitiers por un búcaro de cristal verde, en el “Hotel de las Tres Columnas”. Tras mucho discutir, incluyendo palabras de la peor fonética, logré que el crucifijo regresara victoriosamente a su pared. Minutos más tarde, bajábamos a cenar. Ella me dijo, sonriendo: “Perdóname. Pensándolo bien, tú tenías razón”. La tempestad había pasado, y cenamos con buen apetito y en la mejor armonía. Al fin me puse en pie, pero ella permaneció sentada. —“Bueno, vámonos” —le dije, algo impaciente. —“Sí, pero antes devuelve esos cubiertos”, me replicó ella, en voz alta y con aire de severidad. —“¿Qué cubiertos?” —“Los que te echaste en el bolsillo” —fue su paralizante contestación, mientras señalaba acusadoramente un

bolsillo de mi sobretodo. Y, en efecto, allí encontré un cuchillo, un tenedor y dos cucharillas —todo de plata— que ella había ido colocando disimuladamente, como represalia por lo del crucifijo. Por suerte, mi cara de estupor fue un eficaz testimonio de inocencia, en aquel comedor atestado de turistas de la fe; y como la incontenible risa de mi acompañante era la evidencia de su broma, yo entonces me fingí culpable, colocando simétricamente los cubiertos sobre el mantel, con aire compungido y moviendo tristemente la cabeza; y todo quedó en comedia para mí y en diversión para los demás.

Yo nunca le he pegado a una mujer, y ella lo sabía. Por otra parte, el sentido del humor es la mejor defensa contra el mal humor ajeno. Y, de cualquier modo, el incidente de Lourdes me sirvió de enseñanza para desconfiar, hasta el fin de mis días, de la sonrisa de una mujer contrariada en un capricho.

Mayo 19. Miércoles. Cualquiera puede usar incorrectamente una palabra, equivocándose en su significado y hasta en su ortografía. Yo, al menos, cada día debo aprender algo, o rectificar algún error, o descubrir alguna deficiencia, referente al idioma, —en lo que escribo o en lo que leo. Y, de cualquier modo, el idioma, con su permanente evolución, impide toda exactitud inalterable, por el envejecimiento y hasta la muerte de ciertas palabras. Sin embargo, es interesante observar que los sustantivos y los verbos son mucho más persistentes que los adjetivos. Y eso puede explicar por qué la Biblia, que es uno de los libros más viejos del mundo, es el que envejece menos, literariamente, en cualquier idioma.

Mayo 20. Jueves. Una fecha conmemorativa muy especial para todos los cubanos. “Día de la Patria“, se decía antes, porque era en realidad una fecha patriótica. “Día de la Patria“, repetimos ahora, y descubrimos que la fecha patriótica ha pasado a ser una fecha política.

Mayo 21. Viernes. Carta de mi hijo José Angel, desde Las Vegas. Hay un aplazamiento forzoso en los planes de viaje para

el verano. Terminó su curso universitario con calificación A. Y me avisa una llamada telefónica para el domingo, en la mañana.

Ser zurdo puede constituir una ventaja física, porque generalmente, quien lo es, se preocupa por adiestrar su otra mano, —cosa que no es frecuente en las personas “normales”— y entonces se convierte en ambidiestro. Mi padre era zurdo, aunque escribía con la mano derecha. Lo recordé esta mañana, al darle una moneda a un mendigo, en la calle. Y recordé que un pedigüeño profesional le pidió dinero a mi padre, y él, insúntivamente, introdujo la mano izquierda en un bolsillo, sacó una moneda y se la ofreció; pero el hombre hizo un ademán de rechazo: —“No, con esa mano no. Trae mala suerte”. Mi padre volvió a echar la moneda en el bolsillo, introduciendo la mano derecha en el del lado opuesto... y la sacó vacía. —“Lo siento, pero en este bolsillo no tengo nada. Otro día será...” Y siguió de largo, tranquilamente.

Sucede así: Aparece un verso —no sabemos cómo. Puede ser en medio de una conversación que nada tiene que ver con la poesía, o bajando una escalera —o subiéndola— o de pie en una esquina. Uno no hace gran caso, pero el verso sigue sonando adentro —no sabemos dónde. Tal vez debemos hacer algo urgente, y tratamos de concentrarnos en lo que sea, pero el verso puede más. Decidimos escribirlo en un papel, para luego... y entonces surge otro, y otro; y ya uno sigue escribiendo obligatoriamente, en una lucha sorda con las palabras y su significado, hasta que de entre las tachaduras emerge el poema, y luego la primera copia en limpio, y las nuevas correcciones y las nuevas copias hasta la versión final, —que casi nunca lo es realmente. Eso es así, y así volverá a suceder, —no sabemos cuándo.

*Tiempo de ayer, de cruz sobre la frente,
torpe escritura y códigos risueños;
tiempo esfumado silenciosamente
como las nubes y como los sueños.*

*Tiempo que fue llevándose la vida
y se llevó el amor; y de ese modo
supe que hasta el amor pasa y se olvida
como el viento en la noche, y como todo.*

*Caminos de mi infancia, con los pinos
tristes de lluvia que no llueve ahora,
tan lejos de la infancia y sus caminos;*

*y ser parte de un hoy que finaliza,
que va echando hacia atrás su última hora
en el tiempo de ayer, en la ceniza.*

Mayo 22. *Sábado*. Bien temprano, traduzco para Perelló —Revista “Tabú”— un artículo de una revista portuguesa. Aún queda otro, para más tarde. Recibo carta de Oscar Fernández de la Vega, que me causa una gran satisfacción: Eugenio Florit sigue siendo el mismo Eugenio de hace cuarenta años, monje laico en sus ratos libres y poeta a todas horas. Pero me apena saber, por la misma carta, que Oscar anda en dificultades y que ha decidido jubilarse antes de tiempo, para evadirse de un medio hostil.

Ayer, por la tarde, se repitió lo del verso que aparece de pronto, con todo su proceso casi compulsivo. Pero esta vez parece explicarse su procedencia por la analogía de su “tono” poético con un poema reciente: se trata de una especie de reflujó tardío de una idea adicional que no llegó a concretarse entonces, y que reaparece ahora aisladamente, en un texto

aparte, sin llegar a ser del todo un texto distinto. Debo trabajarlo bastante, todavía.

Mayo 23. Domingo. Termino de enmendar mi casi soneto. Es poesía *fácil*, como la llaman fácilmente los que ignoran sus dificultades. Precisamente hoy leí, en portugués, un ensayo de Otto María Carpeaux, sobre Shakespeare y su "Romeo y Julieta", y encontré lo siguiente: "Vamos a hacer una concesión a los críticos: los tiempos de la poesía amorosa convencional ya pasaron; esa poesía sobrevive apenas en los suburbios de la literatura". "Esa poesía se basa en una supervaloración del amor, como si fuera la única fuerza determinante de nuestra vida. Y esto, simplemente, no es verdad. Era verdad, tal vez, para los ociosos caballeros feudales que la crearon, y era verdad para los bohemios del romanticismo, y todavía puede ser verdad para algunos adolescentes. Pero nosotros, adultos, tenemos otras preocupaciones; para nosotros existen otros factores determinantes de la vida". Lo que no explica Carpeaux es por qué debe rechazarse categóricamente la poesía amorosa, aunque existan otras motivaciones en la vida, como en todos los tiempos, incluyendo el Medioevo y la Epoca Romántica, cuando, además de poesía amorosa, se escribía también poesía satírica, histórica, didáctica y litúrgica, —como ahora *poesía social*, con más de lo segundo que de lo primero. Pero ya finalizando ese ensayo, por lo demás excelente, surge un airecillo de contradicción: "Acaso aquel "amor casual" (el de Romeo y Julieta) es una condición innata del individuo que quiere unirse con un determinado individuo de otro sexo y con nadie más. Esto no puede ser eliminado de la condición humana, de la cual —contra todos los convencionalismos sociales— el amor de Romeo y de Julieta es un símbolo". Y esto último es el mejor argumento en favor de la poesía amorosa, precisamente porque esa poesía está fundada en la "condición humana".

Hago contacto, por la tarde, con el Dr. Toledo, médico cubano residente en Miami, que me trae noticias de Agustín Acosta. Yo recuerdo la primera voz de aliento —una extensa, cordial y hermosa carta— que recibí por mi primer libro: “La Fuga de las Horas”, en 1932. Fue de Agustín Acosta, a quien no conocí personalmente hasta muchos años después. Y, desde entonces, cuarenta y cuatro años de una firme relación personal y literaria.

Mayo 24. Lunes. Todavía repaso el casi soneto, y al fin enmiendo satisfactoriamente los versos 1,6,7 y 12, con los que estaba inconforme. Son enmiendas ligerísimas en dos casos, pero que establecen la unidad del texto definitivo. No importa que sea, más o menos, un soneto más. Cada poema, cada estrofa de cada poema, cada verso de cada estrofa de cada poema, cada sílaba de cada verso de cada estrofa de cada poema, exige el mismo ajuste perfecto que las piezas de un “puzzle”.

*Hay una calle del amor lejano,
una calle sin ti, siempre desierta,
donde mi corazón camina en vano
y donde toca en vano en cada puerta.*

*Esa calle glacial que no termina,
que fue la alegre calle de tu casa,
hoy es la calle de una sola esquina
para esperar tu amor que nunca pasa.*

*Calle de no volver, siempre en invierno,
que pudo ser la del amor eterno
pero es la calle del amor perdido;*

*aunque quizá, quién sabe desde cuándo,
es que mi corazón te está buscando
por la calle más triste del olvido.*

Por la tarde voy con Mariano Lebrón Saviñón a casa de Juan Jacobo de Lara. Allí se leen versos, se recuerdan anécdotas, se descorchan botellas, moderadamente, y luego nos vamos los tres a un buen restaurante. Un excelente chillo a la plancha —aquí “chillo”; en mi país, “pargo”, según creo— con un estimable vino blanco. De allí sigo a casa de Nápoles, que celebra su 45 cumpleaños. Mucha gente conocida, del círculo habitual. Chistes y bromas, tragos y gulas. Yo pruebo solamente el postre. Onelio Hernández, ex—tanguista en La Habana y actual vendedor de seguros aquí, nos trae a casa, a Juanita, a Papucho insólitamente dormido, y a mí. Nos acostamos después de la una.

Mayo 25. Martes. Pienso que sería curioso —e instructivo hasta para mí, después— transcribir el proceso de creación de un poema, con todas sus vacilaciones, todas sus enmiendas —y la explicación del *porqué* de cada una— y con todas sus posibles variantes. Claro que ese propósito requiere la espontaneidad de un primer verso, para que no sea un simple artificio retórico. O un tema que arrastre ese primer verso, o al revés. Es posible que pueda conservar un original —generalmente parecido a un mapa de filibustero— y reconstruir el orden de sus tachaduras y el mecanismo mental de la elaboración poética, —pero sin imponérmelo para la próxima vez, cuando sea.

Mayo 26. Miércoles. Repasando un poco lo que últimamente he escrito en verso —no sólo en este “Diario”, sino también en “Tiempo en Sombra”, (1970), en “Horario del Viento”, (1972) y en “Los Naipes Marcados” (1975) reparo en una preferencia bien evidente por el endecasílabo. En “Oasis”, por ejemplo, y en los libros inmediatamente anteriores y posteriores, predominaba el alejandrino. Eso, de cierta manera, confirma mi antigua suposición de que lo que se escribe —y más cuando es poesía— revela el ritmo pulmonar del escritor, así como los rasgos de un manuscrito expresan su personalidad. Un poema de Víctor Hugo es una evidencia de salud, de amplia respiración, con la plenitud de su música verbal; uno de

Leopardi, en cambio, con su entrecortado mecanismo de sintaxis, con sus jadeantes pausas internas, descubre la disnea del asmático. Y es evidente, en lo que se refiere a mí, que cincuenta años de nicotina han mermado bastante —al menos en tres sílabas— la respiración de mi verso, que es indudablemente la mía personal.

Hoy he visto un grabado antiguo que me recordó vívidamente mi niñez en Cienfuegos: un velero varado en una costa. Yo iba casi todas las tardes a una “playita” próxima a mi casa, para contemplar aquel viejo navío pintado de blanco, casi con la quilla al aire, con las cuadernas asomando entre los huecos de las tablas desprendidas, y que parecía el esqueleto de un gran cetáceo de madera. Y yo lo contemplaba largamente, imaginando viajes maravillosos, entre el revuelo y los chillidos de las gaviotas.

Yo leía a Salgari por las noches y viajaba en aquel navío por las tardes; y siempre volvía a casa cabizbajo, pisando conchas con su crujido de cristal al romperse, entre el vaho acre de la marisma y el viento que a veces se ponía a jugar conmigo, arrebatándome mi gorra de seda negra o tirándome puñados de algas secas en la cara. Y recuerdo también que, ya al atardecer, surgía una multitud de pequeños cangrejos, de sus túneles de arena, moviendo unánimemente sus muelas como en un milenariorito solar, tan misterioso y tan inexplicable como el de las *llamas* en las mesetas andinas, al amanecer.

Mayo 27. Jueves. A veces creo descubrir el origen de mi escrupulosidad en la versificación, en una crítica adversa —injusta— de que fui víctima, por uno de mis primeros sonetos. En “La Semana”, publicación hebdomanaria de gran circulación y no menor prestigio, solían aparecer —sin firma— ciertos comentarios burlones sobre los poemas publicados recientemente en los periódicos, señalando sus defectos de métrica, sus ripios y sus disparates. En el diario “El Mundo”

habían puesto en letras de molde un soneto mío de buen corte siglodorista, y Juan B. Ubago —que, como supe después, era el destripador de principiantes— consideró excesivas cuatro comas en un endecasílabo y escribió, con gracia, que era “un verso con hipo”, y después me negó el derecho a incurrir en una sinéresis, lo cual me dejaba convicto de mala aritmética en el conteo silábico. Yo redacté una réplica algo ácida, señalando idénticas anomalías —si lo eran— en numerosos ejemplos clásicos, de Góngora, Quevedo, Lope y quién sabe quién más; pero finalmente opté por no enviarla, aunque tuve buen cuidado, en lo sucesivo, de no imitar lo imperfecto que siempre existe en lo más próximo a la perfección. Fue una mala lección que aprendí bien, y una extraña prudencia en un poeta de diecisiete años. De cualquier modo, el desagravio no tardó mucho. Juan B. Ubago fue a visitarme más de una vez, pocos años más tarde, y hasta me pedía opinión sobre sus poemas —un poco campoamorinos— y me llamaba “el joven maestro”. Y, en dos ocasiones, Sergio Carbó, el director de “La Semana”, me citó muy elogiosamente en sus editoriales —los más leídos entonces, y los más comentados también. Creo conveniente la aclaración de que consigno estos dos hechos sin la menor vanidad, aunque tampoco ocultaré que me causaron una legítima satisfacción en el momento de producirse, y aún ahora, al recordarlos. Sobre todo porque —lo repito— se trataba de una crítica injusta; aunque en definitiva despertara en mí un afán de superación cada día más exigente, en todo lo relacionado con la estructura del verso.

Termino de preparar mi conferencia de mañana, en San Juan de la Maguana: “Sobre el verso libre”. Son 206 kilómetros de viaje, por carreteras algo deterioradas. Saldremos temprano, según me asegura Nápoles por teléfono. No sé si Juanita podrá ir, porque no se siente bien de salud.

Mayo 28. Viernes. Perelló me ha dejado algunos ejemplares de su revista “Tabú”. Trae una entrevista conmigo, donde me

hace aparecer como nacido en Santiago de Cuba. No sé de dónde pudo sacar ese dato erróneo.

Nápoles quedó en recogerme a las 8. Llega a las 9 y media. Al fin, Juanita y Papucho me acompañan. Demoramos más de tres horas en el viaje, con una escala en Baní, para refrescar. A la una de la tarde almorzamos en el Hotel *Maguana*, donde nos alojamos. Después, una buena siesta, un paseo por la ciudad y sus alrededores, deteniéndonos en el "Corral de los Indios", —un ancho círculo de piedras, de la época precolombina, donde los indígenas celebraban sus ritos religiosos. Tal vez lo más raro de este "corral" es que se afirma que marca exactamente el centro geográfico de la isla, aunque nadie podría explicar de qué modo hubieran podido saberlo sus primitivos habitantes. Por la noche, pronuncio mi conferencia, que es bien acogida. Hay un ramo de flores para mí y otro para Juanita, además de un "corsage" que le ofrece la esposa del presidente del Rotary Club. Se recitan poemas míos, y al final firmo autógrafos en los programas del acto y en libros que me traen con ese propósito. Después me reúno en un agradable lugar de recreo, junto al Hotel, con algunos amigos, charlando divertidamente hasta las tres de la mañana.

Mayo 29. Sábado. Me levanto a las ocho. Después del desayuno salimos hacia la finca del Dr. Piña Puello, donde nos ofrecen un almuerzo-agasajo, con lechón "asado a la cerveza", carnes de res y de chivo, arroz con guandules y coco, ensalada y casabe tostado, tras otra animada tertulia informal, con whisky, ron y vino. A las tres y media salimos de regreso para la Capital, encantados con las gentilezas y las atenciones que se han multiplicado durante nuestra estancia en San Juan de la Maguana. Llegamos a casa a las seis y media. Guarionex me llama por teléfono para ponernos de acuerdo en lo referente a nuestro viaje a Barranca —cerca de La Vega—. Queda decidido que vendrá a buscarme sobre las nueve de la mañana.

La finca del Dr. Piña Puello, con su enorme arboleda, me recordó mi primera infancia, cuando mi hermano Fernando y yo fuimos a pasar una temporada con mi tía Otilia, que se reponía de un quebranto de salud en una propiedad campestre alquilada con ese fin, en el kilómetro 32 de la carretera Cienfuegos-Manicaragua. Allí también había una arboleda muy extensa, con mangos, nísperos, naranjas, toronjas, cocos, aguacates, guayabas, anones, piñas, cañas de azúcar y un pequeño cafetal. La casa era de madera y por el frente pasaba la vía férrea de un central azucarero, con una romana próxima. Por aquella época, mi madre esperaba el nacimiento de su tercer y último hijo, Guillermo; y como era costumbre entonces, los niños ya mayores —8 y 7 años, respectivamente, en nuestro caso— eran enviados a casa de algún familiar, en evitación de averiguaciones prematuras sobre tal acontecimiento. Yo he recordado siempre aquellas noches con lámparas de gas; las lluvias torrenciales; la primera picadura de abeja, en un colmenar un poco apartado, pero dentro de la finca también, y una casa deshabitada donde se almacenaban las tortas de cera. Y hasta recuerdo el nombre del propietario: Sixto Roque; y aquellos festines de mangos; y noches de luna pelando y chupando las cañas que sacábamos de los vagones detenidos ante la casa, llamada “chalet” al gusto de la época. A veces las parejas de la guardia rural se detenían allí, en sus recorridos por la zona, y se les brindaba café en el portal. Otras veces oía a los guajiros improvisando décimas al son de tiples y guitarras, en las fiestas de los bohíos cercanos. No he olvidado tampoco un fragmento de algo oído entonces:

*... y un blanco pañuelo
que ella en su mano traía,
díjome: “Yo soy María,
hija del cubano suelo”.*

Mi abuela Teresita — Teresa Beaujardín, segunda esposa de mi abuelo, Fernando Buesa y Roque— aunque en realidad era la madrastra de mi padre, nos quería y mimaba como si realmente

fuéramos sus nietos. Tenía una habilidad, extraña en una mujer, poniendo “medias suelas” a nuestros zapatos, para lo cual contaba con una horma, chaveta, martillo y clavos de zapatero. Era también muy hábil en preparar compotas de mango y mermelada de guayaba, que atesoraba en grandes frascos de cristal, para los postres. Yo molía el café en un molinillo crujiante, por las mañanas; y nunca olvido un calendario de cartones azules y fechas blancas, que eran alternables, mensual y anualmente, en una especie de tarjetero de metal. Y la bicicleta de mi tío Pepe —medio hermano de mi padre— suspendida de unos grandes clavos en una pared, para impedir que se le desinflaran los neumáticos.

Es decir, que, en mi viaje a San Juan, anduve 206 kilómetros hacia el oeste y casi 60 años hacia adentro.

Mayo 30. Domingo. Me he levantado tarde, a las 7. Es un día neblinoso, que amenaza lloviznas, aunque tal vez no las cumpla. Aquí, por ser el último domingo del mes de mayo, se celebra el Día de las Madres. (En México es el día 10, —no importa qué día de la semana. En Cuba y en los Estados Unidos, el primer domingo). Guarionex va a Barranca, donde vive su madre, viuda ahora desde hace apenas ocho meses. Será la primera vez que el padre no estará presente en la reunión anual de sus hijos, con motivo de esta fecha.

Antes de las seis de la tarde ya estábamos de regreso. El viaje de ida y vuelta, muy entretenido, charlando de música y versos con Guarionex. El día, que empezó neblinoso, se iluminó alegremente hacia el mediodía. Ahora son las siete y todavía hay claridad. Le recomendé a Guarionex que consiga “Las Estaciones”, de Alejandro Glazunov. Esa *suite* me recuerda una mañana en México, entre pinares con niebla, en las montañas, en inolvidable compañía. Fuimos oyéndola en la radio del automóvil, ella y yo —algo culpablemente— en dirección a un lugar llamado “Las Truchas”, por ser un vivero de esos peces,

que después son llevados a los ríos para sustituir las pérdidas originadas por la perfidia de los anzuelos.

Hoy he pensado que el "verso libre" constituye realmente un hecho excepcional, en Poesía; excepcional, porque es la primera vez que los defectos, en un arte cualquiera, se convierten en métodos de expresión. Por otra parte, escribir prosa en rengloncitos y asegurar que eso es verso, equivale a multiplicar 5 x 2 son 9, y pretender una calificación de sobresaliente en un examen de aritmética.

Mayo 31. Lunes. Me despiertan las salpicaduras de la llovizna en la ventana. Son las cinco y cuarto y está oscuro por completo. Yo pienso que los organizadores del recibimiento a los Reyes de España estarán despiertos también, y con las manos en la cabeza, aterrados con la posibilidad de que un simple aguacero a las 10:30 de la mañana lo eche a perder todo. Porque sucede que hoy, por primera vez desde el Descubrimiento de América, un rey de España pondrá el pie en estas tierras; y ese hecho convierte este día en una fecha histórica; —aun cuando sea histórica en un sentido de referencia con el pasado.

Por la tarde voy a la calle del Conde, acompañado por Juanita, para recoger un encendedor en reparaciones, —y lo recojo. En eso, oímos un escándalo de sirenas policíacas, la gente se agolpa en las aceras, y pasa una limosina vertiginosa, con una escolta interminable. El Rey de España va asomado en la ventanilla derecha, sonriente y saludando, junto al Presidente Balaguer. Contra todos los pronósticos pesimistas, este último día del mes de mayo de 1976, ha sido de cielo azul y sol deslumbrante.

LIBRETA 6

JUNIO

Junio 1o. Martes. Oscar Wilde —creo que en “El Retrato de Dorian Gray”— se refirió a “sacrificar un mundo por hacer una paradoja”. Y ese concepto definía perfectamente su estética personal. Más tarde, Guillermo Valencia, en “Leyendo a Silva” definió un poco wildeanamente la estética parnasista: “Sacrificar un mundo para pulir un verso”. Pero tal vez la definición estética de mayor alcance intemporal para la Poesía —sin excluir la más moderna— se encuentra en un verso de André Chenier:

Sur des penses nouveaux faisons des vers antiques.

Esa norma de creación — “hacer versos antiguos con las nuevas ideas”— adquiere en nuestra época un significado más intenso y actual que en los albores del Romanticismo, cuando fue propuesta por el poeta guillotinado. Por otra parte, aun cuando el verso tradicional sea “modernizable” en su estructura silábica, lo más importante de su modernidad consistirá siempre en la expresión poética en sí, que es ilimitadamente evolutiva, más que su expresión estructural, cuyo límite inmediato es la prosa.

*Calles con lluvia, corazón vacío;
profundidad creciente del ayer:
El tiempo pasa, y pasa como un río,
que siempre se está yendo sin volver.*

*Ternura melancólica de un cuento;
inútiles cosechas del afán:
El tiempo pasa, y pasa como el viento,
llevándose las cosas que se van.*

*Jardín con un rosal envejecido;
crepúsculo de otoño en el jardín:
La vida pasa, y pasa hacia el olvido,
que es donde el tiempo se detiene al fin.*

No sé bien, todavía, si mi indiferencia de tantos años por las ciencias económicas tenía su origen en mi instinto de derrochador o en mi hostilidad hacia lo tecnocrático. De cualquier modo, ya está claro, para mí, que el factor económico influye poderosamente en la política, por la que siempre experimenté repugnancia, —no sé bien si por sus mecanismos de insinceridad o por sus sistemas de imposición. Sin embargo, ahora, tal vez tardíamente, he descubierto que tanto lo económico como lo político actúan de un modo tiránico sobre mis decisiones aparentemente más voluntarias. Es decir, que aunque me cruce de brazos, aunque me resista moralmente a participar en ese juego, no podré impedir la participación de otros, en mi nombre; y, así, el acto que supuestamente salvaguarda mi independencia se convierte en la mansa aceptación de una servidumbre. Se trata, por lo tanto, de un juego obligatorio. Pero cuando me decido forzosamente a tomar parte activa, no entiendo las reglas. No entiendo, ante todo, el despilfarro de los presupuestos militares para una guerra que a mí me parece esencialmente económica, y cuya finalidad es el colapso político. Entiendo, sí, que el precio del oro suba y que el valor del dólar baje equivalentemente, y al revés. Pero me alarma el pensamiento de lo que puede ocurrir cuando baje el precio del oro y el valor del dólar no suba. Porque ese equilibrio de oscilación y compensación está basado en leyes bursátiles que lo garantizan normalmente; pero tales leyes podrían ser

afectadas por alguna manipulación anormal, con un resultado catastrófico *únicamente* para los países capitalistas. Y en caso de que tal cosa ocurriera — y no es imposible que ocurra — los Estados Unidos quedarían paralizados económicamente, y políticamente indefensos. Y sólo entonces los norteamericanos comprenderían, al fin, que esa era la guerra que se estaba librando en realidad, —y que la han perdido.

Junio 2. Miércoles. Se me ha reactualizado una desagradable impresión infantil, con la reseña gráfica de una boda, en un periódico. No puedo precisar con exactitud mi edad de entonces, aunque no sería mayor de 10 o 12 años; pero recuerdo bien aquella fotografía —cámara con trípode, fuelle y paño de luto, fogonazo de magnesio— en que aparecía una pareja de novios entrando a una iglesia; él de frac y ella de tul, entre un gentío expectante. Y recuerdo que pensé que yo debía casarme también algún día, y me desagradó depresivamente la idea de protagonizar una escena semejante, disfrazado de pingüino; idea que no sé si debo atribuir a una reacción de timidez o a las primeras manifestaciones de mi permanente horror al ridículo. Pero durante mucho tiempo aquella perspectiva matrimonial constituyó una de mis más mortificantes preocupaciones. Y, de cualquier modo, y en fin de cuentas, sólo he llevado a una novia ante un altar, y fue a mi hija Carmen Ilia, en Monterrey, México; aunque, por una demora accidental del novio, Ismael Falcón, un cura despistado y con prisa estuvo a punto de casarme con ella.

Todo fue la derivación imprevisible de un choque de automóviles, en una de las estrechas calles del centro de la ciudad. Don Porfirio Treviño, viejo amigo regiomontano, debía llevar al novio hasta la iglesia, llamándome previamente por teléfono. Y así lo hizo. Cinco minutos más tarde salía la novia con su séquito, cuando ya el novio debía estar esperándola junto al altar. Pero don Porfirio encontró embotellado su automóvil entre los dos que se habían agredido delante y los que se iban acumulando detrás, a doce cuadras de la iglesia. Y aun cuando el novio saltó a la acera y siguió a pie, y casi

corriendo al final, ya mi hija y yo habíamos llegado ante el cura, que empezó a latinizarnos inmediantamente —“ ¡Oiga, pero es que yo soy el padrino! ” —tuve que decirle, antes de que nos declarara marido y mujer. Y en eso llegó el novio verdadero, tropezando con los reclinatorios, para asumir su función de contrayente en la accidentada ceremonia, afortunadamente ya sin otras complicaciones insólitas.

Junio 3. Jueves. He amanecido con cierto malestar que atribuyo a mi tardía cena de anoche, en casa de Nápoles: un succulento pargo al horno, con salsa a la vinagreta, y una botella de vino blanco. Llegué a casa después de la una, y me acosté en seguida, pero no he dormido tan profundamente como otras veces.

Por la mañana, en la Universidad, he sentido náuseas y dolor de cabeza. Al mediodía, en vez de almorzar, me acuesto y duermo de doce y media a tres y media. Tengo un poco de fiebre: 37.6. Decido quedarme en casa, hasta determinar si se trata de un principio de indigestión o de una gripe. Y, ante todo, me someto a una dieta estricta.

Junio 4. Viernes. Me levanto a las cuatro y media, bien oscuro. Mi temperatura es de 35.8. Tengo alguna pesadez mental. Me desayuno con un vaso de agua azucarada, en lugar de café.

Al fin coincido en algo con Unamuno, en cuestiones de poesía. Coincido en su opinión sobre San Juan de la Cruz, cuando lo llama “madrecito”. Y también cuando se refiere a Santa Teresa, como “padraza”. Los versos de San Juan siempre me han parecido como de monja, y los de Santa Teresa como de fraile. Y no creo que la asexualidad religiosa consista en

caracterizar expresivamente el sexo contrario. Por lo demás, un verso de San Juan de la Cruz, muy llevado y traído por la alta crítica: “(la) amada en el amado transformada” (“Noche Oscura”, verso 25) no es sino una variante de Petrarca:

l'amante ne l'amato si transforme

(Trionfo d'Amore. Canto III. Verso 162)

Claro está que el concepto de la originalidad (con los consiguientes rastreos de plagios, influencias y afinidades), es una pérfida invención de la crítica moderna. En otros tiempos, la captura de un verso ajeno no constituía una ilicitud tan punible como en la actualidad. Pero no deja de ser curioso que un verso que simplemente metaforiza la pasión carnal, pase a ser exponente del éxtasis místico, por un simple cambio de firma.

Junio 5. Sábado. Rehago la traducción de “Le Vase Brisé” de una manera menos simétrica. Creo que ha ganado en exactitud y en soltura; y en el aspecto comunicativo y emocional —que es lo básico del viejo poema— también. Por cierto, que he recordado una anécdota de su autor, Sully Prudhomme —primer Premio Nóbel de Literatura, en 1901—; anécdota que conocí por mediación del poeta colombiano Ismael Enrique Arciniegas, embajador de su país en Francia y excelente traductor, con quien mantuve una abundante correspondencia hasta su fallecimiento, en 1938. Según Arciniegas, Sully-Prudhomme se encontraba gravemente quebrantado de salud, en un balneario —creo que Vichy— sometido a una cura de aguas, cuando se difundió por París la noticia de su muerte. En realidad, el poeta había logrado sobrepasar una crisis peligrosa, y al día siguiente, con buen ánimo, se dispuso a disfrutar del privilegio de leer su propia necrología en los periódicos de la Capital: Todos coincidían en lo mismo, concediéndole un titular de primera página, donde se leía: “Ha muerto el autor de “Le Vase Brisé”. A Sully Prudhomme, que detestaba la popularidad de aquel poema juvenil, y que había escrito posteriormente tantos libros de alta

literatura, le produjeron tal indignación aquellos titulares, que poco después fallecía realmente, con el desencanto de sentir menospreciada una obra de gran calidad para ser recordado simplemente por un poema menor, pero que se había popularizado en el mundo entero, a través de innumerables traducciones.

EL BUCARO ROTO

De Armand Sully-Prudhomme

*Con un ramo de mustias azucenas
el búcaro está roto en su rincón:
fue un golpe de abanico, un roce apenas,
que nadie pudo oír en el salón.*

*Pero la imperceptible rajadura
se alarga poco a poco en el cristal;
se alarga en derredor, lenta y segura,
lenta y fatal.*

*Ya el búcaro ha perdido su agua clara,
y está allí, en su rincón, igual que ayer.
Pero pensad que si alguien lo tocara
se podría romper.*

*Igual así, con un ligero roce,
una mujer nos hiere el corazón;
y esa herida, que nadie más conoce,
lo deja al fin vacío de ilusión.*

*Como el búcaro, intacto por afuera,
parece ser el mismo que no es ya;
pero, eso sí: no lo toquéis siquiera;
no lo toquéis, porque se romperá.*

A media mañana salgo con Guarionex en un recorrido de distracción. Un intermedio gastronómico de alto nivel, y luego una sesión musical en su estudio, con el "Manfred", de Tchaikowsky, que me hace recordar una tarde de hace 34 años, cuando fui a buscar la primera grabación del "Manfred" que llegaba a Cuba, al aeropuerto de Rancho Boyeros, en compañía de Ramón Antonio Crusellas. Y recuerdo también su pobre impresión inicial, en el "Musicomio" de 21 y N, en el Vedado, por lo que consideramos un exceso de técnica secundaria que empobrecía la plenitud sinfónica de sus grandes temas.

Junio 6. Domingo. Estoy resultando ser el heredero de los encendedores de Guarionex. El dejó de fumar hace tiempo, y ayer mismo encontró tres encendedores sin uso, que han pasado a mis manos. Yo prefiero no dejar de fumar, porque probablemente esa abstención, después de cincuenta años de hábito, conllevaría otras abstenciones y peligros: por ejemplo, todo aquel que deja de fumar, aumenta de peso, no sé bien si porque se estimula su apetito o por algún otro motivo fisiológico; y ese aumento de peso se refleja perjudicialmente en la función cardíaca, lo que no es recomendable a ninguna edad, pero menos a la mía. Es decir, que para evitar el sobrepeso, tendría que someterme a una dieta; y ya eso no sería solamente dejar de fumar, sino dejar de fumar y comer a mi gusto. Y es indudable que cincuenta años de nicotización no han impedido mi supervivencia hasta ahora; pero sería un riesgo algo idiota ponerme a averiguar qué efecto causaría en mi organismo, a estas alturas, la falta de nicotina.

Desde hace varios años, pero últimamente con una especie de frenesí proselitista, se lleva a cabo en los Estados Unidos cierta campaña que llega a asumir un carácter incivilmente coactivo. En mi última presencia en Miami, al ir a encender un *puro*, poco faltó para que me lo arrancara de la boca un ex-fumador: “—Pero, Buesa, ¿cómo es posible? No, no; deje Ud. de fumar. Me lo agradecerá toda la vida, amigo mío. Ya verá lo bien que se siente, como yo, que ya no fumo desde hace seis meses y ayer mismo subí quince pisos por la escalera... y llegué arriba de lo más campante!” Yo aspiré una bocanada de humo, y le respondí, con mi más cortés fonética: “Sí, gracias, ya sé; pero yo nunca he tenido vocación de alpinista. Y prefiero subir en el ascensor y seguir fumando...”

Junio 7. Lunes. Me desperté, de madrugada: era la respuesta de mi memoria a una pregunta que le formulé, según acabo de comprobar, el jueves 27 de mayo; es decir, hace unos diez días. Al despertar, recordé al fin los dos primeros endecasílabos del soneto que me reprobó Juan B. Ubago: el del “hipo” y el de la sinéresis:

*Sin savia, el árbol, triste, desfallece,
y sin mareas ni viento el mar se aquieta.*

Las cuatro comas del primer verso, eran indispensables; y si el segundo era irrevocablemente un verso de doce sílabas, entonces Garcilaso era sordo. Porque, en la actualidad, yo no apelaría a una sinéresis, en ningún caso; pero, hace 50 años, no sólo era una práctica aceptable, sino también muy generalizada. Y un crítico menos poeticida pudo haberme indicado una solución satisfactoria, sustituyendo la coma final del primer verso por un punto y coma, y eliminando la conjunción copulativa que inicia el segundo:

*Sin savia, el árbol, triste, desfallece;
sin mareas ni viento el mar se aquieta...*

De cualquier modo, el tal soneto era un simple ensayo de principiante, retóricamente enumerativo, para demostrar, más o menos, que una vida sin amor carece de finalidad, —y de poesía, claro.

Lo único extraordinario de este asunto, es cómo mi memoria siguió activada subconscientemente, penetrando hasta una profundidad de medio siglo, pateando en un pozo lleno de palabras viejas, hasta encontrar esas veintidós sílabas de las que sólo recordaba cuatro comas y una sinéresis. Yo no había vuelto a pensar conscientemente en ello. Pero la búsqueda continuaba, con una insistencia digna de mejor motivación. Y a media noche me despertó la respuesta, diez días después de haber olvidado la pregunta. Y aunque tampoco es la primera vez que me sucede algo semejante, vale la pena consignar el hecho en un Diario que sí es la primera vez que escribo en toda mi vida.

El mundo antiguo —el de los clásicos— estaba sometido a una ilusión de simetría. El dogma aristotélico del arte como imitación de la naturaleza establecía la obligatoriedad de lo simétrico. Hoy sabemos que existe en el mundo una interdependencia general que, de cierto modo, es una manifestación simétrica, aunque no es la simetría en sí. Y ese simple cambio de perspectiva nos conduce a la experimentación de un arte asimétrico, en la búsqueda de expresiones contemporáneas entre el hombre y su realidad, pero que desemboca, paradójicamente, en el primitivismo caótico de lo pre-aristotélico, constituyendo así un fenómeno de regresión.

Ayer murió J. Paul Getty, conocido como el hombre más rico del mundo, con una fortuna de miles de millones de

dólares. Pero miles de millones de personas siguen viviendo en este mundo que tampoco ha dejado de girar por la muerte de J. Paul Getty.

Junio 8. Martes. En mi conferencia sobre el “verso libre”, propuse el ejemplo de un pintor que pinta simplemente con agua, como una nueva técnica que elimina la línea y el color; y el de un pianista que toca en un piano sin cuerdas, para demostrar que existe la música sin sonido. Y, realmente, creo que establecí una buena equivalencia entre esos dos absurdos y el del verso sin métrica ni rima.

Por la tarde sopló el viento y vi revolotear en el jardín un gran bando de mariposas blancas. Pero no eran mariposas, sino semillas de un árbol de la acera de enfrente; semillas con dos alas laterales, de un blancor transparente, como de celofán. Y ya es un prodigio que el árbol pueda producir —¿cómo? ¿dónde? — millares y millares de esas semillas, tan ingeniosamente dispuestas para una lejana germinación; pero no es menos prodigioso que el árbol las tenga listas para volar, precisamente cuando sopla el mejor viento para ese fin.

En definitiva, el empirismo de Hume es una justificación —no sólo una explicación— del curanderismo. Y, en su mayor parte, los fracasos de un médico tal vez se originan en la aplicación dogmática de sus conocimientos de fisiología, cuya provisionalidad se demuestra demasiado frecuentemente. Sin embargo, ya casi se acepta que un “complejo de culpa” puede ser la causa de síntomas patológicos en un organismo sano, o de una obesidad incontrolable; así como que la inquietud de ciertas preocupaciones influye en la aparición de la úlcera gástrica. Y acaso muy pronto nos enteraremos de que el cáncer, a veces, es la derivación autodestructiva de una gran angustia secreta.

Junio 9. Miércoles. El cuerpo más hermoso y limpio exteriormente, tiene en su interior unos intestinos atascados de excremento. Igual sucede con las almas más puras, pero no debe decirse.

Nunca es de confiar una mujer que desconfía exageradamente de su marido, porque, en la generalidad de los casos, esa desconfianza obedece al deseo subconsciente de descubrir faltas o errores en él para justificar, ante sí misma, iguales errores o peores faltas.

Unos árboles de la acera de enfrente, que parecen acacias sin serlo, me han hecho evocar una acacia maravillosamente en flor, en el patio de una casa donde iban de visita mis padres. Yo debía ser muy pequeño entonces —cinco o seis años, a lo sumo— pues no recuerdo quiénes eran los dueños de la casa, ni de la casa otra cosa que el patio con la acacia florecida, junto a un molino de viento que extraía el agua de un pozo artesiano. Y recuerdo también lo que —según sus propios versos— le sucedió a Urbina frente a un árbol semejante, después de celebrar su hermosura, pues...

*el árbol me dio las gracias
tirando sobre mi asiento
un gran puñado de acacias...*

Junio 10. Jueves. Los problemas de la vida se resuelven, en bien o en mal, viviendo. Si en la muerte hay algún problema, nadie lo resuelve muriéndose, —o ya no sería un problema.

Sopló el viento, de repente, arremolinando papeles

sucios, hojas secas y miles de mariposas vegetales, entre una gran polvareda. Oí voces de alarma, golpetazos de puertas y una tos de asfixia. Yo me reí. Me reí, al recordar las tormentas de polvo, en Monterrey. Por lo menos, una vez al año aquella franja amarilla del confín penetraba sigilosamente en la ciudad, invadiéndolo todo. Los faroles de las esquinas opacaban su luz, como en un gradual descenso del voltaje. Y era el polvo. Era como una niebla ocre, una niebla sin humedad, que irritaba instantáneamente la garganta y los ojos. Y era inútil cerrar puertas y ventanas: aun así, imperceptiblemente, se extendía aquel polvo fatal sobre los muebles y el piso, donde era posible escribir con un dedo. Y el calor. Una madrugada de aquellas, a las 4, vi 38 grados centígrados en el termómetro. Y sin embargo, no sentí alegría alguna al marcharme de Monterrey, sino pesar. Y uno de mis más agradables recuerdos será siempre el de la gran nevada del 9 de enero de 1967.

Una genialidad, en ocasiones, no es otra cosa que una estupidez bien dicha. Y al revés.

Junio 11. Viernes. No hay una moral, sino dos: La Moral Externa, que es el conjunto de las reglas del Juego Social, y la Moral Interna, que es una reglamentación particular de cada individuo, en la que se establecen las excepciones a la reglamentación común; especialmente cuando un estricto cumplimiento reglamentario puede constituir una consecutiva desventaja. Únicamente quienes hayan estructurado una moral interna pueden ganar y perder con esos naipes: los que no, pierden siempre, porque el Juego Social no es un juego entre caballeros.

Y tal vez venga al caso recordar la indignación que me producían, cuando la Primera Guerra Mundial, los relatos de las atrocidades que cometieron en Bélgica las tropas del Káiser. Yo era muy niño entonces, y los niños, precisamente por su indefensión, detestan la violencia. Durante la Segunda Guerra

Mundial, en cambio, comprendí que un soldado de infantería —sin que importe su nacionalidad— puede cometer cualquier salvajada impulsiva —robo, asesinato, violación— porque la permanente inminencia de morir en plena salud socava profundamente sus principios morales, si los posee, o libera esos instintos primarios que subyacen en un soldado de infantería igual que en un mariscal o en un arzobispo.

Y es que la Muerte, para todo ser humano, es la última carta del Juego Social. Y, por lo mismo, ya finalizando el juego, al perdedor no le preocupan las normas, —sobre todo, si sospecha que alguien le jugó sucio.

Claro que la proximidad de la muerte, en circunstancias normales, es más opcional. Para unos puede constituir una iluminación mística, como para otros un arrepentimiento de ciertas indecencias o perfidias, o un espanto por lo desconocido, o una tranquilidad más o menos filosófica ante lo inevitable. Ya eso es una cuestión de temperamento o de estado de ánimo. Pero, de cualquier modo, la proximidad del fin del Juego Social anula todas las reglas e influye necesariamente en la actitud futura del jugador que logra recomenzar la partida: unos, con más prudencia, otros, con mayor malicia, o con renovado interés, o con disminuido entusiasmo; pero sabiendo todos que es una simple prórroga, ya con un claro concepto de lo provisional sobre toda ilusión de permanencia.

De mí puedo decir que, tras un tropezón con la muerte, que me hizo comprender que un sucio pedazo de tripa podía desequilibrar fatalmente todo mi organismo, tuve una reacción nada apostólica. Algo me había hecho trampas por dentro, y yo las hice también, hacia afuera, —aunque en realidad eran trampas contra mis propios estatutos. Después de todo, yo me consideraba un cadáver con permiso de respiración, un transeúnte en el Más Acá; y me pareció estúpido seguir con unos viejos ases en la manga, y los eché sobre la mesa. (Y aquí no me refiero exactamente a una mesa, sino a otro mueble.) El caso es que, durante algunas semanas, me sentí como marginado de ciertos escrúpulos de conducta —y debo admitir, con rubor, que fueron unas semanas sumamente placenteras. Después, todo fue

volviendo a sus niveles de convivencia normal, a las autorrestricciones del juego limpio; y, como las culpas compartidas son también transferibles, de todo aquello sólo me quedó la mortificante evidencia de que, en determinadas circunstancias, un poeta puede proceder como un soldado de infantería.

Junio 12. Sábado. Son bien curiosos los procesos de relación con el pasado. Cualquier insignificancia es suficiente para establecerlos. Así, hoy he estado buscando un cinturón que no aparece por ninguna parte; y me he recordado de pronto a mí mismo, de seis o siete años, frente a mi tío Siso —Narciso Soto, medio hermano de mi madre, dentista y entonces la persona más alta de mi familia. Y vuelvo a ver la hebilla de su cinturón a la altura de mis ojos, y recuerdo lo que pensé, alzando la mirada hacia su rostro: “Cuándo seré tan alto como él”. Aquel deseo infantil se cumplió con exceso, pues he sobrepasado su estatura. Y la última vez que lo vi —creo que en 1971— en Tampa, seguía nerviosamente activo, con una ligereza increíble a sus años y aparentando veinte menos de los que cuenta en realidad.

Hace días copié para el Dr. Pérez y Pérez los versos de “La Rosa Blanca”, de Martí. Hay, en ellos, uno bastante conflictivo:

*Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo la rosa blanca.*

Ese “cardo ni ortiga” suele ser reproducido como “cardo ni oruga”. Así aparece —dicen— en un manuscrito de Martí. Pero Martí—escritor siempre con prisa— nunca ponía la tilde en la “t” ni el punto sobre la “i”. De ese modo, “ortiga” podía pasar por “oruga”, con sólo que la “t” no levantara un rasgo mucho

mayor que la “i” sin punto, —cosa también frecuente en la escritura martiana; una escritura “de enlace”, como dicen los grafólogos, y que revela capacidad oratoria. Por lo demás, nunca he examinado ese manuscrito, ni creo que exista. Lo que sí existe —o existía— es un ejemplar de la primera edición de los “Versos Sencillos” en la Biblioteca Nacional, en La Habana, y, efectivamente, allí se lee “cardo ni oruga”. Pero si se considerara textual todo lo que aparece en una primera edición —o en cualquiera de cualquier obra— muchas reputaciones literarias estarían de luto. Por otra parte, no hay constancia de que Martí corrigiera personalmente las pruebas de imprenta de los “Versos Sencillos”; pero, aun así, el autor de una obra, y más en verso, es el menos indicado para esa labor, ya que es quien menos percibe las erratas, como lo confirma la experiencia de los impresores. Es decir, que, sobre la evidencia del texto de la primera edición, se sobrepone la lógica del “cardo ni ortiga”. “Oruga” no es una planta venenosa ni irritante, sino que se usa como condimento, según el “Pequeño Larousse”. No es palabra usual, tampoco; “cardo” y “ortiga”, incluso relacionadas, sí lo son. Y cuantas veces copie esos versos, pondré “cardo ni ortiga”, ya que la acepción más habitual de “oruga” se refiere a una larva, sin relación ni oposición alguna con la de “cardo”.

Sin embargo, recuerdo una ocasión en que Jorge Mañach, cuya biografía de Martí es bien conocida y justamente estimada, se mostró partidario de la “oruga” sobre la “ortiga”, en el viejo dilema. Fue una charla ocasional, en la que creo recordar que estaban presentes José María Chacón y Calvo y Miguel Angel Carbonell, entre otros. Mañach aducía que para el fino oído poético de Martí, no podía sonar bien la reiteración casi cacofónica de la “r” fuerte en “cardo” y “ortiga”, pero que, en cambio, la “r” de “oruga” era débil, y, de ese modo, “cardo ni oruga” era más eufónico. Yo lo refuté, citando otra línea de los “Versos Sencillos”:

en el canario amarillo.

El verso me vino a la memoria casi instantáneamente, y la

repetición de la “r”, débil en ese caso, pero igualmente cacofónica, destruía la tesis algo sofística de Mañach. Y él mismo lo reconoció así, con su característica pulcritud intelectual.

Junio 13. Domingo. A veces releo algunas de estas anotaciones, esqueléticas o adiposas, y creo descubrir que su único mérito reside en la irregularidad. No siempre la unidad del estilo es lo más importante de una obra; pero solamente un Diario admite ciertas alternativas de escritura, que, por ejemplo, siendo deformidades en una novela, pasan a ser destellos de autenticidad en unas páginas que recogen la variable penetración de las impresiones cotidianas, o el flujo de ciertas evocaciones, en su proximidad o en su lejanía, —no sólo en el tiempo sino en la memoria.

Junio 14. Lunes. En cualquier análisis de su estructura, el “verso libre” no pasa de ser una prosa condicional, —con lo condicional referido a su disposición tipográfica. Pero, en fin de cuentas —según Robert Desnos— “lo que importa no es que el verso sea libre, sino el poeta”. Y, probablemente, los poetas sometidos a cualquier servidumbre —sobre todo de índole política— son partidarios del “verso libre” por la misma razón que hay ciegos que se ponen espejuelos oscuros y calvos que usan bisoné.

Todo empezó por un comentario sobre ciertas desigualdades que a veces conducen a la afinidad amorosa entre hombres de edad madura y jovencitas, o entre damas cuarentonas y adolescentes lampiños; entre caballeros corpulentos y señoras de pequeña estatura, o al revés; o entre personas de alta mentalidad y otras de escasa instrucción, etc. De ahí se pasó al aspecto legal del primer caso, que contempla la

llamada “corrupción de menores”, pero sólo aplicable generalmente al género masculino, lo que constituye cierta impunidad para el sexo “complementario” (¿por qué “contrario”?))

Y yo recordé una —otra— de las cosas singulares que me han sucedido “complementariamente”. Porque hay mujeres que llegan a los treinta años con un desarrollo insuficiente, como hay muchachas que a los quince se han desarrollado por completo; y en cierta ocasión me confundí con la edad de una de estas últimas. Yo iba a ser su primera experiencia amorosa, pero decidí no darle un carácter irreversible al asunto, cuando supe —por ella misma— que apenas acababa de cumplir catorce años, aunque aparentaba veinte. Sin embargo, no es que yo intentara eludir prudentemente cualquier responsabilidad jurídica, sino que obedecía a mis reglamentaciones de *moral interna*. Incluso le expliqué, del modo más persuasivo posible, que ella era casi una niña aún, y que, con toda seguridad, tendría que arrepentirse de una decisión semejante, pasados algunos meses; o que tal vez llegaría a detestarme al pensar, no sin razón, que yo había abusado de su inexperiencia; máxime cuando, para mí, todo aquello no podía significar otra cosa que una aventura ocasional, un grato incidente sin posible formalización futura. Ella rebatió mis razonamientos, considerándose con la madurez necesaria para decidir conscientemente cualquier acto de su vida, por importante que fuera. Pero todo quedó así. Poco después, la muchacha fue a completar sus estudios al exterior. Y pasó el tiempo. Hacia fines de año, yo recibía tarjetas de felicitación, firmadas con sus iniciales, y nada más.

Pero una tarde, bajando la escalinata de la emisora CMQ, en compañía de Arturo Liendo —un autor humorístico muy popular entonces— vi en la acera a una muchacha bellísima, que me miraba sonriente. No la reconocí en seguida, pero era *ella*. Fue una gran sorpresa para mí; pero más sorpresiva aún fue su explicación, un poco subrayada prosódicamente: “Como ayer cumplí *dieciocho años*, pedí que me dejaran venir a la Capital, por unos días. Y por eso estoy aquí”.

Claro está que aquello cambiaba por completo las cosas. El moralista siempre derrotado que llevo dentro de mí, no opuso objeción alguna, y el resto de la anécdota es tan obvio, que insistir en ello sería pura pornografía.

Junio 15. Martes. Anoche fui a la apertura de la exposición de Teok Carrasco, en la Biblioteca Nacional. Guarionex adquirió dos cuadros: una copa con vino, para él, y una manzana para su hijo que está empezando a ser pintor. La pintura de Teok es sencilla, honesta y exacta. Y, sin embargo, moderna.

Por la mañana, yendo hacia la Universidad, Gertrudys de Mises, que iba guiando un poco distraídamente, no atendió una señal policíaca, y siguió de largo. Yo recordé una noche en que, yendo a gran velocidad por la autopista del aeropuerto, en La Habana, en un Mercury convertible, un motociclista policíaco interrumpió mi kilometraje. Me pidió la licencia de conducción, que allá se llama —o se llamaba— “cartera dactilar”; la examinó, mirándome y volviendo a examinarla, y finalmente sonrió, devolviéndomela: —“Está bien —me dijo—: Pasarás por mi multa sin saber que pasaste...”

Junio 16. Miércoles. Me despierta un bombardeo de truenos, a las cinco y media. Viento, lluvia y relámpagos se asocian en la peor tormenta que recuerdo en esta isla. Da la impresión de que arrastran vagones cargados de mineral sobre el techo. Me levanto, hago café y escribo esto, oyendo el alarido de una sirena, —no sé si de ambulancia, bomberos o carro policial. Sin embargo, anoche, al regresar a casa, nada hacía predecir este desbarajuste meteorológico. Llovía, sí, pero muy modestamente. Incluso, ni Guarionex ni yo lo supimos hasta salir de su casa para venir a la mía, a eso de las doce, después de una sesión de música, —otra vez “Manfred”, y Scriabin con Brailowsky al piano; y, naturalmente, intermedios de un buen

espumoso alemán y un no inferior Rotschild “blanc de blanc” sobre un pathé de Estrasburgo y un queso azul lorenés.

En “Le Roman des Chefs d’Oeuvres”, de Jacques Robichon, se afirma que, hacia 1830, en la población rusa de 49 millones de habitantes, 36 millones eran de siervos que podían ser vendidos por sus amos (300 rublos los varones, 100 y 150 las mujeres; aunque un perro de caza valía 2,000) o propuestos en intercambio, como queda constancia en los anuncios de los periódicos: “Una muchacha de 16 años y conducta ejemplar, por un coche (aunque sea de uso)”. Con semejantes estatutos sociales, se explica perfectamente el Comunismo, como se explicaría la antropofagia. Pero en Rusia.

En mi país, el “tasajo” era un alimento popular, consistente en carne salada, de res o de caballo; algo parecido a la “carne seca” —de res o de burro— deshidratada al sol, en el norte de México. Aquí se prefirió siempre el bacalao más o menos noruego, o el arenque ahumado. Y hoy, en el curso de una conversación relacionada con esas carnes terrestres o marítimas, recordé una experiencia bastante repugnante, en las Catacumbas de San Calixto, en Roma, donde se exhibe un “tasajo personal”; que no otra cosa era aquel cadáver primitivamente momificado en salmuera y convertido en una masa de materia fofa, con algo de molusco o de batracio, —lo cual no ha impedido que yo siga siendo un entusiasta del “tasajo brujo” y del “tasajo a la criolla”. En cambio, sí mantuve una persistente repulsión por la sopa de fideos, a causa de otra experiencia, más desagradable aún, en una práctica anatómica, hace más de cuarenta años. Teníamos en la plancha el cadáver de un chino, casi esquelético, pero de vientre hinchado a causa de la muerte por inmersión, o por peritonitis. El compañero del bisturí hizo una profunda incisión en aquel abdomen, y un

chorro de un líquido amarillento, espumoso y pestilente le saltó a la cara, dejándole adherido un fideo en el labio inferior. (¿Qué tal una sopita, para esta noche?)

Junio 17. Jueves. He recordado una biblioteca que tal vez ya no existe, por una asociación de ideas relacionada con el subtítulo que se me había ocurrido para esta obra: "Memorias de un desmemoriado". Porque sucede que hace poco encontré, en una nota bibliográfica, un título idéntico, atribuido a Pérez Galdós, y, en consecuencia, he decidido no subtítular mi libro, dejándolo, simplemente, en "Año Bisiesto", —si es que de aquí a que lo publique no aparece alguna otra analogía invalidadora. Pero, al propio tiempo, evoqué los "Episodios Nacionales" de don Benito, que leí íntegramente, allá por el 1926, tomándolos a préstamo en la biblioteca del Casino Español de Cienfuegos, —unos gruesos volúmenes en cuero de luto, que sospecho que nadie había leído antes que yo, y que probablemente nadie ha vuelto a leer después de mí.

Epitafio para un Almirante

*Está lloviendo, pero tú lo ignoras,
duplicado en sepulcros y osamentas,
indiferente a todas las afrentas
y renacido en todas las auroras.*

*Ya olvidaste las faunas y las floras,
las duras noches y las naves lentas;
y en tu olvido sin mapas ni tormentas
te dan igual los siglos que las horas.*

*Pero quédate así, que ya es bastante
esa oxidada insignia de almirante
que no ostentaron ni Simbad ni Ulises;*

*y ante la eternidad son cosa leve
quinientos años sin saber que llueve
y un viejo cofre con virutas grises.*

El médico que sólo examina corporalmente a un enfermo, actúa como un veterinario.

La televisión es un fenómeno científico, —es decir, repetible a voluntad— en el cual ciertos impulsos eléctricos, que no se ven ni se oyen, se hacen visibles en una pantalla y audibles en una bocina, convirtiéndose en figuras, colores y sonidos, mediante un complejo sistema de recepción que simplifica otro, equivalente, de transmisión. Pero, para un salvaje, un programa de televisión será un acto de magia, porque desconoce por completo su origen. Y del mismo modo, se producen fenómenos que nos apresuramos a calificar de sobrenaturales —o metafísicos— cuando tal vez sean solamente metalógicos o metasóficos; es decir, más allá de nuestra noción intelectual de los hechos y de nuestro conocimiento material de las cosas.

Junio 18. Viernes. Era un viejo libro, apolillado y bastante voluminoso, de textos griegos para traducir, en una didáctica gradación de dificultad. En sus primeras páginas, que ya casi eran encajes de papel por sus caprichosas perforaciones de gulas microscópicas, aparecía una breve carta de Demóstenes a no sé quién, recomendándole visitar los cementerios para combatir la melancolía. Y, ciertamente, andar entre los muertos es más estimulante que depresivo, porque robustece el espíritu de conservación, —aun en nuestros camposantos generalmente ruinosos, con sus muros hostiles y sus inscripciones retóricas, y su ambiente de suciedad y abandono. (Sin duda son preferibles los cementerios protestantes, en las laderas de alguna colina, con

su verde longitud de campos de golf y con sus lápidas verticales entre el césped, y el laconismo de nombres y fechas en su sencilla dignidad.)

James T. Hortung

*Escojo, en una lápida cualquiera,
tu nombre con cien años de repente;
nombre severo de terrateniente,
nombre de juez de paz en la pradera.*

*Pero aquí estás y, de cualquier manera,
te sobrevive el nombre únicamente,
aunque a algún caminante indiferente
le dé igual que si no sobreviviera.*

*Y yo te otorgo, al escoger tu nombre,
la anónima humildad de ser un hombre
como tantos que son, serán y han sido;*

*pues para tu ambición, pequeña o alta,
son idénticas formas del olvido
el tiempo que se ha ido y el que falta.*

Junio 19. Sábado. Pongo al día mi correspondencia. Termino de leer "Renacimiento de la Medicina Hipocrática", del Dr. Rino. Le hago algunas enmiendas al soneto y lo doy por terminado. Por la tarde vamos Guarionex y yo al Hotel "Jaragua", a recoger los dos cuadros de Teok Carrasco. Luego seguimos los tres hacia la casa de Guarionex, donde Teok se desconcierta con una grabación de Chopin, que no puede identificar: es del pianista chino Fhu-Tson'g. Bebemos cuatro botellas de Burdeos, con entreactos de queso francés y auténtico caviar ruso. El final de la música es el "Poema", de Chausson. A las once levantamos el campamento.

Esta noche, oyendo el "Poema" recordé un programa radiofónico de Juan Herbello, en La Habana, cuyo tema musical era ése. Y, en relación con Herbello, recordé dos cosas: la primera, un partida de ajedrez *verbal* entre él y yo, en una muy aburrida sesión de la Sociedad de Autores; y la segunda, cierta noche en que fuimos juntos a una cita con dos hermanas, y entraron precipitadamente una mujer y un hombre en nuestro automóvil, pero el hombre resultó ser la dama que me correspondía a mí, —una antigua novia, casada entonces, y vigilada, que se valió del disfraz para su escapada nocturna. Y ahora que anoto esto, recuerdo unos versos humorísticos que publicó Herbello —creo que en la revista "Así es"— por los años 40, cuando estaba de moda mi "Balada en la Alameda". Fue una "semblanza" a costa mía, que terminaba así:

*y que tiene una alameda
para uso particular.*

Juan fue, según creo, el autor de algunas de las doscientas parodias que se le han hecho al "Poema del Renunciamento". Y, aparte de su vena jocosa, escribió algunos poemas que es lástima que no hayan sido publicados en libro, —al menos, que yo sepa.

Junio 20. Domingo. Nápoles viene a buscarme, a las once, y damos una vuelta automotriz, hasta que un espantoso aguacero nos obliga a buscar refugio en su casa. Allí nos entretenemos con un queso holandés y vino californiano y español, y la cosa concluye en un almuerzo improvisado, en forma de filetes de res al carbón, con salsa azteca. A la una, bajo una simple llovizna, regreso a casa y me entrego a la sacrosanta siesta dominical.

Claro está que las cosas personales, referidas impersonalmente, adquieren una apariencia de frivolidad. Y, sin

embargo, no todo fue aventura intrascendente, gimnasia de alcoba, picardías más o menos juveniles, en mis experiencias de amor. Hubo también dudas y celos, largas noches de incertidumbre, citas frustradas, irremediables separaciones y angustiosas despedidas. Pero casi siempre logré sonreír por fuera, o encogerme de hombros, defensivamente, para disimular mi indefensión de enamorado. Y, en alguna ocasión, tal vez hubiera sido preferible una actitud contraria, como he comprendido después. Pero *después*, en amor, significa *demasiado tarde*. Y todo se olvida, finalmente. De cualquier modo, ya habrá tiempo para referirme a esos conflictos mayores, a esas viejas cicatrices.

Junio 21. Lunes. Ya a estas alturas de mi "Diario" —muy próximo a la mitad de su longitud bisiesta— me preocupa la posible duplicación de ciertas anotaciones. Pero eso, en caso de suceder —si es que ya no ha sucedido— no indicará una distracción de mi parte, sino que, en mi tesis de que en el término de un año cada cual recuerda fragmentariamente toda su vida, olvidé la posibilidad de que recordemos más de una vez una misma vivencia.

Teok Carrasco me ha obsequiado una colección de reproducciones de dibujos suyos, muy hermosos. Y también copias fotográficas hechas en el Archivo de Simancas, de cartas y memoriales de gran interés histórico. Hoy he estado descifrando las quejas de Hernando Pizarro, desde su prisión del castillo de la Mota, el 20 de octubre de 1545; una carta autógrafa, en italiano, de Pedro Pablo Rubens, fechada el 14 de agosto de 1629; un recibo pormenorizado de Diego de Silva Velázquez, por catorce mil reales de plata doble, a don Iñigo López de Zárate, el 12 de mayo de 1647, y, finalmente, otra carta autógrafa, del Tiziano, de agosto 1o. de 1571.

Junio 22. Martes. Hay quien se siente especialmente

estimulado por el alcohol, para escribir versos. Incluso, he conocido poetas que sólo escribían en estado de embriaguez. Yo no. El acto de creación poética, para mí, constituye una plenitud de la lucidez mental, o sea, el dominio absoluto de todas mis facultades, —lo cual es imprescindible para la autocrítica inmediata.

En Poesía existen dos vertientes antagónicas de valoración: la intelectual, que es la más parcializada, y la emocional, que es la menos exigente. De una parte está el crítico que se considera infalible, cuya aprobación depende de la afinidad que pueda existir entre la poesía y sus ideas estéticas, casi nunca suyas; y de la otra, el público de mediana o insuficiente instrucción, que prefiere la poesía que coincide con sus sentimientos personales, casi siempre comunes. La valoración del crítico suele ser más variable que la del público, porque las ideas cambian más rápidamente que los sentimientos; pero, de cualquier modo, en la más selecta antología nunca faltan poetas de segunda clase, y hay poetas de tercera clase que penetran profundamente en el público. Y, así, los poetas de mayor pulcritud literaria son poco apreciados por el público en general, como los poetas populares por la generalidad de los críticos. Pero, según parece, un gran poeta será aquel que logre la doble valoración afirmativa de los que leen sin criticar y de los que a veces critican sin leer. Y si esos casos no abundan, en ningún tiempo han abundado tampoco los grandes poetas. Los públicos, sí. Y los críticos también.

Junio 23. Miércoles. Desde ayer por la tarde ando de coplero. ¿Cómo podría identificarse la procedencia de ciertos impulsos de creación? Existen mecanismos sutiles cuyo funcionamiento es independiente de nuestra voluntad, en nuestro sistema de estímulos. Y algo de eso ha funcionado dentro de mí —tal vez en la búsqueda intuitiva de zonas de poco tránsito de creación particular— y me ha inducido a este

experimento con el verso menor. De cualquier modo, ando en él, siempre dentro de normas de mayor dificultad técnica, que tal vez perjudiquen su soltura de improvisación más o menos aparente.

Junio 24. Jueves. Sigo con las "Coplas del Viejo Coplero". Hoy completé cuarenta, las pasé a máquina... y taché algunas, pero las sustituí por otras. Como siempre, lo más trabajado es lo que aparenta mayor espontaneidad, —indispensable en una copla. La diversidad de los temas contribuye también a mantener esos pequeños fuegos artificiales de ingenio, intención y melancolía. Y, como es natural, no todas me satisfacen, pero algunas creo que vale la pena de haberlas escrito y de que se repitan por ahí, después, sin que nadie sepa quién las escribió, —que para eso son coplas.

Junio 25. Viernes. Redactando las coplas; recordé muchísimos incidentes, con nombres, lugares y hasta fechas. Pero son tantos, que no podría transcribirlos de una sola vez. Por ahora me limito a las coplas. Escribí 53, las pasé a máquina y taché no sé cuántas, pero muchas. A las restantes, les hice algunas correcciones. Y aquí van las supervivientes:

COPLAS DEL VIEJO COPLERO

*Al amar, como al nadar,
nunca hay fácil desafío,
pues suele ahogarse en un río
un buen nadador de mar*

*En cuestiones del querer
nadie sabe cosa alguna,
pero los cambios de Luna
son de Luna y de mujer.*

*El rojo para el rubí,
el rubí para el joyero,
y la mujer que yo quiero,
solamente para mí.*

*No importa si te he querido
poco, mucho o demasiado,
pues eso está en el pasado
y el pasado en el olvido.*

*Tú me hiciste un juramento;
yo descubrí, al otro día,
una extraña analogía
entre la mujer y el viento.*

*Viejo andén del novio ausente,
que justificaba el goce
de aquel beso ante la gente,
cuando en la curva del puente
pitaba el tren de las doce.*

*Hoy, viendo pasar un tren,
le dije adiós con la mano,
diciéndole adiós también
a tu pobre amor lejano
y a tu beso en el andén.*

*Yéndote como te vas
piensas que todo termina,
y hay quien se saca una espina
y entonces le duele más.*

*El amor es y no es
la mentira verdadera
de subir una escalera
y de bajarla después.*

*Vas a aprender tristemente,
pobre corazón vacío,
qué poco le queda a un río
si se le va la corriente.*

*La insaciable enredadera
todo lo envuelve al crecer:
Dios nos libre de mujer
que quiera de esa manera.*

*Por querer a la ligera,
con novio, amante y amigo,
tendrás al fin el castigo
de que ninguno te quiera.*

*Me recuerda a no sé quién
esta lluvia lenta y leve;
y no sé quién, cuando llueve,
lo dirá de mí también:
—“Esta lluvia, lenta y leve,
me recuerda a no sé quién...”*

*Del capricho y del amor
hay cosas que no se han dicho;
sobre todo, que el capricho
nos enloquece peor.*

*No quiero volverte a ver,
ahora que vuelves al fin,
pues siempre es triste un jardín
cuando empieza a anochecer.*

*Yo creo en Dios porque sí,
pero sin rezar siquiera,
porque Dios nunca se entera
de lo que me pasa a mí.*

*Mañana es tu funeral,
cosa de la cual me alegro:
Yo iré con un traje negro
y un clavel en el ojal.*

*Después de lo sucedido
nos volveremos a ver:
Yo iré con otra mujer
y tú con otro vestido.*

*Los dos por la misma acera,
fue inevitable el encuentro;
yo, envejecido por fuera,¹
tú, envejecida por dentro,
para que no se supiera.*

*Es verdad que ya estoy viejo,
pero tú, cualquier mañana,
verás tu primera cana
recordándome en tu espejo.*

*No, no hay amor lejano,
ni amor que se fue ya,
ni es triste amar en vano,
si sientes en tu mano
la mano que no está.*

*Monté a caballo y me fui
solo por la serranía:
ya sé qué largo es el día
cuando es un día sin ti.*

*Sé que te están vigilando:
deben ser los aduaneros,
por ese par de luceros
que pasas de contrabando.*

*Ya sabes que me sonrío
de lo que dice la gente;
por eso construyo un puente
para cuando pase el río.*

*Más que lápidas y archivos,
nombres, fechas, quién y cuál,
representan por igual
a los muertos y a los vivos
unos puntos suspensivos
y luego un punto final.*

*Tu juventud es un espejo,
y aun lo más tuyo, hasta el amor,
no es otra cosa que el reflejo
de lo que gira en derredor.*

*Noches para andar contigo;
besos de que ya me quieres;
lejanos atardeceres
con su horizonte de trigo,
y otras cosas que no digo
porque diría quién eres.*

*Del amor y de la rosa,
desde un tiempo sin edad,
se ha dicho la misma cosa,
tanto en verso como en prosa,
pero en prosa no es verdad.*

*Alguien que me quiere mal
dice que me quiere bien:
Yo se lo diré también
cuando le clave un puñal.*

*Coplas de un viejo coplero
serán pompas de jabón
o espinas de limonero,
pero en verdad sólo son
coplas de un viejo coplero.*

Junio 26. Sábado. Es curioso lo que me ha sucedido, escribiendo las coplas. En una de ellas utilicé un concepto popular sobre "las cosas que son como son y no como quisiéramos que fueran". Pero después de terminarla, tuve la impresión de que no había estado *escribiéndola*, sino *recordándola*. Y la taché. Había quedado así:

*En caprichos de mujer
y penas del corazón,
las cosas son como son,
no como debieran ser.*

Y esa es una característica de las coplas: que se quedan dentro de cada cual, como algo sentido, pensado o vivido personalmente; lo cual no entraña riesgo para quien las lee, aunque sí para quien las escribe y las firma. Y aquí recuerdo

una copla satírica, que siempre he creído que es del poeta mexicano Antonio Plaza:

*En este mundo fullero,
donde todo se remata,
más vale un Judas de plata
que un crucifijo de acero.*

Y, por supuesto, en esta variante epigramática de las coplas, he recordado a mi compatriota Ernesto Montaner, que es un maestro indiscutible del género. Y he recordado también una antología de epigramas españoles —en edición de Aguilar— que hojé en la biblioteca de Ramón Lorenzo Perelló, hace algunos años. En realidad, no leí ninguno comparable a los de Ernesto, y supuse que sería satisfactorio para él comprobarlo por sí mismo; pero no encontré ningún ejemplar en ninguna librería. Y entonces, con un poco de rubor, sustraje el volumen —que Perelló me habría obsequiado, de habérselo pedido— y lo hice llegar a manos de Montaner, explicándole, en la dedicatoria, que se trataba del producto de un robo. (Lo más singular de este caso es que yo siempre devuelvo los libros que me prestan, cosa que no siempre ocurre con los que presto yo. Y muchas veces me he desprendido de verdaderas joyas bibliográficas, por la simple satisfacción de complacer la silenciosa codicia de un amigo.) De cualquier modo, la antología de epigramas españoles que seguramente conserva Ernesto Montaner, fue robada, y él lo sabe. Por lo tanto, es mi cómplice. Y si él no participó directamente en el delito, tampoco yo obtuve ninguna ventaja al cometerlo. Recalco bien el asunto, porque ese peligroso amigo posee, de mi puño y letra, una comprometedora confesión de culpabilidad; y si algún día el propio Montaner me acusa de “robar versos”, ya dejo aclarado que sí, que es verdad, que en cierta ocasión me robé unos versos, pero no para firmarlos yo, sino para que los leyera él.

El cactus —ahora en el patio interior, a salvo de nuevas

agresiones, crece a su gusto, multiplicando retoños en su gran maceta de cemento. Algún día contaré su historia, pues la tiene, y bastante extraña.

Junio 27. Domingo. He tenido presente cierto propósito que me pareció interesante y que dejé anotado, fechas atrás (Mayo 25). Y hoy me sigue pareciendo interesante, e instructivo, reproducir con exactitud el proceso de creación de un poema, con todas sus alternativas y correcciones, desde el primer verso hasta el último; no en su orden de colocación final, sino en el orden en que van siendo escritos, que es cosa muy distinta. Pero es un propósito irrealizable dentro de normas de autenticidad, ya que el hecho de transcribir esa especie de mecanismo contradictorio entorpecería su funcionamiento, con la adición de una actividad parásita en sus procesos normales. Como si eso fuera poco, es imposible que la mano más ligera logre alcanzar la rapidez del razonamiento más torpe. Y, finalmente, si de algún modo se posibilitaran todas esas imposibilidades, su resultado sería un manuscrito de quinientas páginas para explicar cómo se escribió una copla de cuatro versos.

Almorcé en el Country Club con Guarionex y sus mellizos. Nos encontramos con un señor que conoció al Comandante Arsenio Ortiz, militar de dura ejecutoria en tiempos del Presidente Machado, en Cuba. Y yo recordé una tarde en que, con un Oakland modificado y en compañía de algunos amigos, se me antojó sobrepasar una limosina Lincoln, en el antiguo camino del aeropuerto; y, ya a punto de darle alcance, vi que se detenía bruscamente, con un gran chirrido de neumáticos y una enorme polvareda, mientras tres hombres armados de ametralladoras saltaban del vehículo, listos para disparar. Tuve la suerte de no perder la calma, saludando con una mano y riéndome, pero apretando aún más el acelerador. Uno de mis acompañantes se quedó pálido y tartamudo: “¿No viste quién

era? Nada menos que el comandante Ortiz. Parece que pensó que íbamos a hacerle un atentado". Y, en efecto, por aquellas fechas fue cuando se introdujo el terrorismo político en mi país. Y no creo haber estado nunca más estúpidamente cerca de la muerte que en aquella ocasión.

Junio 28. Lunes. Me levanto a las cinco, con oscuridad de medianoche. Me pongo a repasar las "Coplas" y elimino dos y luego hago modificaciones importantes en otras cuatro. A las 7, salgo para la Universidad, en mi primer "tiempo corrido" de 8 a 3, durante las vacaciones de verano.

Una noche, en New York, eché a andar por las calles. Confiaba locamente en la casualidad para encontrar a alguien, cuya dirección desconocía. Así anduve junto a los respiraderos humeantes de los sótanos, entre aquellos gigantescos edificios con tantas ventanas sin *ella*. Luego, por calles con perros ladrando y una horrible Luna amarilla en el cielo sucio. Pero la casualidad dijo que no. Y no sé qué cosa añadir aquí, que no sea tan tonto como esperar algo de la casualidad.

Junio 29. Martes. Anoche fui al cine, con Nápoles y Guarionex. A la salida, sólo un par de tragos en el Hotel Santo Domingo; Nápoles tenía que estar en el aeropuerto a las seis de la mañana, con Fina y Fefita, que embarcan hacia Miami; y Guarionex, a las cinco y media, en el quirófano. Y las cinco y media son ahora, cuando yo escribo estas líneas, sin exigencias de itinerario ni responsabilidades de bistrufí.

No sé bien cómo contar esa historia. Ya me he referido a ella, lateralmente, en "Canción de Andén", "Lluvia Final" y "Alcoba", de mis "Poemas Prohibidos". Acaso haya algo más, que no identifico ahora. La última vez que nos vimos —ella estaba de paso en La Habana, para ir a residir en New York— me

contó cómo iba todas las tardes a la oficina de correos, aunque estuviera lloviendo, a buscar una carta que yo le prometí y que no llegó nunca. Quién sabe cuántas noches mirando el reloj, en su pueblo lejano, y yo quién sabe dónde. No traté de retenerla. No debía hacerlo. Hubiera sido egoísta. Pero recuerdo bien que entonces me sentí viejo; mucho más viejo que ahora, veinte años después.

Junio 30. Miércoles. Hoy se cumplen seis meses del inicio de este “Diario”, con lo que llega justamente a su mitad. No sé si sentirme descontento o medianamente complacido con su resultado. Satisfecho del todo, no lo estoy, por muchas razones. Y no precisamente porque, a mi edad, pueda parecer un poco ridículo —o más ridículo aún— estar escribiendo un Diario, ya que se ha definido suficientemente su condición retrospectiva, que sí es propia de personas de larga aritmética en años y malas costumbres. Tampoco creo haberme desviado de mi intención originaria — y prefiero escribir “originaria” y no “original”, que es palabra de empleo excesivo, ambivalente y detestable. Mi insatisfacción se debe, no a lo que he escrito ya, ni a lo que me falta por escribir, sino a la manera de escribirlo, unas veces extendiéndome, quizá demasiado, y otras veces limitándome, no sé si por pudor personal, siempre algo hipócrita, o por respeto al pudor ajeno, más o menos hipócrita igualmente. Porque, como es lógico suponer, en determinados disturbios de índole pasional, donde he omitido ciertos detalles presumibles, tal vez dejé de lado —o más específicamente, debajo de la cama— los aspectos anecdóticos de más instructiva significación. Pero, por otra parte, yo no estoy escribiendo este libro para complacer a los erotómanos, ni para proponerme como ejemplo de conducta personal intachable, sino, sencillamente, demostrando una tesis autobiográfica en relación con cada calendario en cada vida. Y si se considera que, de acuerdo con las exigencias del descanso físico, mis noches horizontales ya suman veintidós años —más de ocho mil días completos— sería absurdo que en ninguna parte de estas memorias apareciera una cama, —con alguna referencia ocasional a las veces que no la usé para dormir...

LIBRETA 7

JULIO

Julio 1o. Jueves. Hace años, mi madre me refirió que, estando en el consultorio de un dentista, había visto entrar a una joven alta, muy airosa, de grandes ojos, con una niña de corta edad. Poco después, al corresponderle su turno a mi madre, y ya dentro del gabinete, oyó un sorprendente comentario: "Así son las cosas. Esa señora no sabe que mi hija es nieta suya". Obviamente, se refería a mi madre, y, de un modo indirecto, a mí, ya que mis hermanos ni siquiera conocían a aquella joven y yo había sido su primer novio y otras cosas. Ella y su hija ya no estaban en la sala de espera, al salir mi madre, pues cedieron su turno, marchándose después de aquella revelación imprudente o deliberada. Y nunca más mi madre las volvió a ver, ni a la joven ni a su hija, en aquel consultorio; pero le fue fácil averiguar quién era, y me lo dijo. Yo, con muy buenas razones para sentirme incrédulo, consideré tan improbable aquella paternidad que no hice averiguación alguna sobre el asunto; pero de cualquier modo, a partir de entonces, en unas hojas en blanco de uno de mis libros, fui anotando, pero con fechas bien claras, determinados incidentes compartidos, de posibles consecuencias, como base para cualquier futura comprobación de aritmética demográfica. Por cierto, que esas anotaciones me serían ahora muy útiles, aunque infortunadamente no están ya a mi alcance.

Y aquí es conveniente una explicación de mi incredulidad: Recuerdo bien que nos despedimos en una escalera. Ella me comunicó que alguien le había propuesto matrimonio, etc. Yo le advertí: "Nunca te engañé en nada. Tú lo sabes. Pero otros hombres no proceden igual". Y, para su mal, fui buen augur:

aquel "alguien" pudo haberse casado con ella, porque era soltero, pero se casó con otra; y ella, tal vez despechada, no tardó en exhibirse con un nuevo amante, —casado también. Por último, oí decir que había tenido un hijo de aquel hombre. Y ya no tuve más noticias tuyas, hasta su raro encuentro con mi madre. Tampoco he vuelto a saber de ella, después. Pero la recuerdo frecuentemente, por mi "Balada en la Alameda".

Dos cosas extrañas. Juanita me ha llevado al patio, para que vea una gran rama de no sé qué árbol, caída allí hace tiempo: está retoñando, sin haber echado raíces, que es lo que explica a veces ese fenómeno. Después me trae una maceta donde ella introdujo un gajito seco, para que sirviera de soporte a una pequeña planta: el gajito está cuajado de retoños. Indudablemente, en el reino vegetal existe la resurrección.

Papucho se siente fascinado. Esta noche, por primera vez en su vida, ha visto fuegos artificiales, —en la conmemoración de los diez años de gobierno del Dr. Balaguer— y contempla gigantescas orquídeas momentáneas en la oscuridad, o catástrofes de claveles, o estallidos de estrellas de fosforescencia multicolor. Y yo recuerdo otros fabulosos fuegos de artificio, en Long Beach, en 1959. Desde entonces yo tampoco había vuelto a disfrutar de un espectáculo semejante, con sus metáforas de pólvora, allá arriba.

Julio 2. Viernes. Día de lluvia lánguida, lenta, triste. Día para recordar; porque parece que esta lluvia fatigada tiene algo en común con algo borrosamente gris del recuerdo. O el recuerdo es, en sí, un territorio de melancolía.

También la lluvia se relaciona secretamente con la sensualidad. Y nada perdería el refranero con un poco de lluvia picaresca; algo así como: "Tardes de buen llover, tardes para el

placer". Sin embargo, es posible que la molicie burguesa modificara ese refrán inédito: "Si llueve y llueve, qué bien se duerme". Pero en poesía china, cuando se ha escrito "amor" y se escribe "lluvia", el ideograma de la lluvia adquiere un significado de nostalgia sexual. Y los chinos son doctos en esas afinidades, a juzgar por su multiplicación, aun en épocas de sequía.

Mi madre poseía —o creía poseer— una extraña facultad óptica que le permitía "ver" en el interior de cualquier persona a quien mirara con cierta fijeza. En más de una ocasión, después de una charla circunstancial con algún vecino, ella establecía una dimensión determinada con ambas manos, y hacía un gesto significativo, diciéndome: —"Tiene un hígado de este tamaño". Lo curioso es que su "visión orgánica" se limitaba exclusivamente al hígado. Yo, en cambio, poseo —o creo poseer— una "visión ósea". A veces, por ejemplo, presenciando una pelea de boxeo, los pugilistas pierden de pronto la piel, los músculos, los cabellos y todos sus órganos, y hasta las zapatillas y los pantaloncillos, y veo entonces dos esqueletos con guantes, propinándose golpes y yendo de un lado a otro del "ring". También me ha sucedido en funciones de "ballet" o de teatro. Y —ay— con mujeres hermosas y amadas.

Por la noche, con Guarionex, una rápida ronda tabernaria, con un queso manchego de poca credibilidad, un jamón serrano de dudosa genealogía y un vinillo del Ebro más o menos aceptable. Visitamos a los Mieses, y allí se nos purifica el paladar con un auténtico "Chateau", —buen epílogo de una noche lluviosa.

Julio 3. Sábado. Debo escribir algunas cartas, temprano. El día comienza húmedo y gris, como ayer. Recuerdo que anoche

se rieron mucho Gertrudys y Vinicio, con una estrofa de “Algo”, de Bartrina:

*Huele una rosa una mujer hermosa,
y aspira la fragancia de la rosa;
la huele una infeliz
y se clava una espina en la nariz.*

Lo que no venía al caso entonces, es que Joaquín María Bartrina (1850-1880), es una de las influencias más visibles en la obra del colombiano José Asunción Silva; sobre todo en sus “Gotas Amargas”, —aunque la crítica no ha profundizado nunca en esa cuestión.

Estoy considerando una poda radical de mis “Coplas”, para reducirlas a una cuarta parte —ya después de dos reducciones— y dejar a salvo únicamente las de expresión menos directa, —en definitiva, las menos coplas. El principal inconveniente del género consiste en su obligatoria simplificación, que arrastra hacia lo demostrativo; y ya se sabe que la Poesía siempre sale perdiendo en su amistad con la Lógica, —esa mala compañía de los poetas.

*Tu lluvia, tarde plomiza,
no es una lluvia cualquiera,
porque más bien se dijera
que está lloviendo ceniza.*

Fatalmente, el esquema clásico de la copla deriva de lo musical a la musiquita, y de la musiquita al sonsonete. Tal vez sea aconsejable, entonces, en una sucesión de coplas, la ruptura de

lo cuaternario, o una alternativa métrica de conteo mayor o menor, —o ambas cosas.

*Yo he de ver a tu amante
con semblante sombrío,
pues tu amor es cambiante
como el curso de un río
y el fulgor de un diamante.*

*No habrá duda, para un pastor,
entre un violín y un caramillo,
pues lo más suyo es lo mejor;
y, para el grillo, siempre un grillo
canta mejor que un ruiseñor.*

Julio 4. Domingo. Parece claro que cada organismo es una especie de universo celular, con sus leyes, sus límites, su evolución, su decadencia y su término, todo ello sometido a una norma impositiva. No hay duda, tampoco, de la interdependencia de sus funciones, en sí, y en relación con la totalidad externa. Pero lo realmente inquietante no es el origen o la finalidad de ese conjunto de afinidades y oposiciones, sino la espantosa exactitud de su funcionamiento.

Lo único desagradable de las cosas agradables es el arrepentimiento, pero eso se compensa con la repetición de lo agradable, hasta que uno se canse de arrepentirse.

La Psicología es una fábrica de disfraces en un Zoológico.

*Flor final de los días,
pero flor a su modo,
el sueño lo da todo
con sus manos vacías.*

Hoy se conmemora el bicentenario de la Declaración de Independencia, en los Estados Unidos. Y, a doscientos años de distancia del acontecimiento, todavía hay millones de personas que no han comprendido que no se trata de una fecha histórica de ese país, sino de la Humanidad.

Julio 5. Lunes. Hay personas tontas y días tontos. Y casi son preferibles las personas tontas, porque uno puede decir : “hasta luego”, y buscar mejor compañía.

Me he puesto a escribir un pequeño poema, cuyo título podría ser “La Mansión Encantada”. Esa es mi manera de defenderme del aburrimiento de los días tontos. Son heptasílabos con acento obligatorio en tercera y duplicación de rimas, y el tema es de muy delicado tratamiento.

Julio 6. Martes. He seguido modificando —rehaciendo, más bien— “La Mansión Encantada”. La obligatoriedad del acento en la tercera sílaba me ha creado dificultades mayores que las de la doble consonancia. El problema del final lo resolví con un pie

quebrado. Y paso en limpio el poema, creo que por quinta vez, y lo doy por hecho.

Por la tarde viene a buscarme Guarionex. Y, de pronto, yendo hacia su casa, descubro la motivación del poema, al cruzar frente al viejo caserón de los Peña Batlle. Sin darme cuenta, por un proceso subconsciente, "La Mansión Encantada" expresa ciertas sensaciones que he experimentado repetidamente, viendo al paso esa casa, en su misterioso y huraño aislamiento, medio oculta entre árboles tristes. Ha sido un caso de "cerebración inconsciente". Y me quedo un poco desconcertado con mi descubrimiento.

Hoy recordé un incidente estúpido y a la vez divertido, relacionado con la discreción galante. Desdichadamente, debo callarlo, porque el incidente fue divertido para mí, pero la estupidez le correspondió a un buen señor que, a pesar de ser estúpido de nacimiento, podría reconocerse en lo insólito de la anécdota, —con perjuicio para una tercera persona, de la que guardo un gentil recuerdo. Y es lástima, porque no existe nada más divertido que una estupidez ajena.

Julio 7. Miércoles. Decididamente, el octosílabo es el más impersonal de los procedimientos de versificación; o será que, por ser tan fácil, se convierte en el más difícil de personalizar. Deriva inmediatamente de lo cómodo a lo desmañado, de lo pulcro a lo torpe. Algo puede lograrse, como en Martí, o, inferiormente, como en García Lorca. Pero, en su mecanismo verbal, cualquier cambio de sistema establece un nuevo sistema con el mismo vicio de origen que el anterior.

Según Gerardo de Nerval, nadie puede ver el Sol en un sueño. En lo que a mí respecta, no podría desmentir esa extraña observación, más extraña aún si se considera que Freud nació al año siguiente de la muerte de Nerval, ocurrida en 1855. Pero sí me he preguntado, en muchas ocasiones, qué será lo que sueñan los ciegos de nacimiento.

Julio 8. Jueves. He releído "La Mansión Encantada", sin cambiarle ni una coma esta vez. En el aspecto estructural, me parece haber logrado lo que me propuse, —y no fue nada fácil. La impresión que puede producir, que en otro aspecto es lo más importante, es cosa que ya no puedo determinar con exactitud, después de tantas y tan consecutivas relecturas. Ahí es, justamente, donde falla la autocrítica, en la propia medida de su exigencia.

LA MANSION ENCANTADA

*Sólo tiene una puerta
la mansión encantada,
y esa puerta está abierta.*

*Más allá de esa puerta
no hallará tu mirada
nada más que la nada,
pues parece desierta
la mansión encantada.*

*Decidida y confiada
cruzarás esa puerta,
sin saber que, con cada
sigilosa pisada,
poco a poco despierta
la mansión encantada.*

*No habrá nadie ni nada;
pensarás que está muerta
la mansión encantada,
y, al volver la mirada,
ya habrá sido cerrada
la puerta.*

Fernández Spencer me visita, en casa, trayéndome un ejemplar de "La Poesía Dominicana en el Siglo XX", de nuestro común amigo chileno, Alberto Baeza Flores. Es un volumen de unas 700 páginas, publicado muy recientemente, y por cuya lectura experimento un vivo interés.

Julio 9. Viernes.

*A veces estoy triste, sin saber
por qué estoy triste; pero siempre son
ecos profundos del atardecer
o cicatrices de mi corazón.*

Desde el amanecer leo el libro de Baeza Flores. Esa lectura suscita en mí ciertas reflexiones sobre la intolerancia poética, que es tan excluyente como la intolerancia religiosa, y que define la misma debilidad que cualquier otra intolerancia.

José María Vargas Vila fue un escritor adiposamente cursi. Su prosa equivale al verso de Juan de Dios Peza, en algún sentido no exclusivamente verbal. Pero, tanto el escritor de Colombia como el poeta de México, crearon una idolatría autóctona en el público latinoamericano, y ejercieron una indudable influencia, tanto por su renombre como por la

accesibilidad de su lectura, sobre muchísimos escritores y poetas de por acá. He pensado en eso, leyendo el libro de Baeza Flores, y ya lo había pensado, anteriormente, al leer la "Antología Panorámica de la Poesía Dominicana Contemporánea", de Manuel Rueda y Lupo Hernández Rueda, en lo referente al "vedrinismo". Porque la influencia de Vargas Vila sobre Vigil Díaz es tan evidente, que resulta sospechoso que no haya sido señalada en ninguna de esas dos obras. Y creo que semejante omisión es más perjudicial para los propios críticos que beneficiosa para el poeta enjuiciado, no porque presuponga una miopía sino porque revela un encubrimiento.

*Nos vamos de viaje.
No volvemos más.
Pero el equipaje
se nos queda atrás.*

Julio 10. Sábado. He terminado de leer "La Poesía Dominicana en el Siglo XX". Es una edición espantosamente descuidada por los correctores de pruebas, —si es que los tuvo. Baeza me menciona en la página 77, al paso, con su afecto de siempre. Le escribiré en cuanto repase algunos capítulos de su libro y sintetice las notas que he ido tomando durante la lectura.

Una vez más, me parece que todo acto revolucionario es una reacción contra lo excesivo, en cualquier ámbito de exceso. Pero ese origen reaccionario de toda revolución establece un nuevo desequilibrio en lo que intenta equilibrar. Así, en Poesía, un exceso de sentimentalismo conduce a una deshumanizada especulación metafórica, como un exceso de musicalidad arrastra al *verso libre*. Pero esas dos reacciones no pueden ser permanentes, porque son excesivas también.

Julio 11. Domingo. Durante mi residencia en México, hace años, compré uno de esos fulgurantes tapices españoles donde hay majos y manolas, una pérgola con racimos de uvas, una mesa con *chatos* de manzanilla, una gitana con castañuelas y un imbécil tocando la guitarra. Lo adquirí a muy bajo precio, y no valía más. De cualquier modo, servía para disimular una fea pared, y allí quedó. Pero no lo recuerdo ahora por su parte delantera, sino por su reverso, donde estaba reproducida, en toscas puntadas, la escena de canto, baile y vino. Y lo recuerdo, porque ese tapiz es un exacto término de comparación para una idea que me preocupa desde hace mucho tiempo, y que se relaciona con dos cosas aparentemente tan incompatibles como la Iglesia y el Comunismo. Y es que se diría que la estructura comunista es el reverso de la estructura clerical, como una copia deliberada de sus procedimientos y sus símbolos, en una réplica política de la organización religiosa. La insistencia de tales analogías contrapuestas excluye razonablemente cualquier participación de lo casual y más bien determina un propósito imitativo —y sustitutivo. He aquí algunas de las más evidentes “coincidencias antagónicas” entre el Comunismo y la Iglesia:

La Iglesia:El Partido. La Religión:La Economía. Roma:Moscú. El Vaticano:El Kremlin. Plaza de San Pedro:Plaza Roja. Jesucristo:Lenin. La Cruz:La Hoz y el Martillo. La Biblia:“El Capital”, de Marx. Nuevo Testamento:Textos de Lenin. Judas:Trostzky. Satanás:El Capitalismo. La Santísima Trinidad:Marx, Engels y Lenin. El Papa:El Secretario General del Partido. El Colegio de Cardenales:El Politburó. Obispos:Jefes Internacionales del Partido. Curas:Comisarios Políticos. Templos:Locales del Partido. La Santa Misa:La Asamblea. Virtudes Teologales:Méritos revolucionarios. Imágenes del culto:Fotografías de líderes. Procesiones:Concentraciones. Rogativas:Pancartas. Fe de bautismo:Credencial del Partido. Catequistas:Adoctrinadores. Brujos y herejes:Anticomunistas y fascistas. Réprobos y protestantes:Revisionistas. Ateos y masones:Terratenientes y empresarios. La Inquisición:K.V.D. Torquemada:Beria. Cantos

gregorianos:La Internacional. La Excomuni3n:Expulsi3n del Partido. Te3logos:Ide3logos. Confesi3n y Contrici3n:Autocr3tica p3blica. Hermanos:Camaradas. Oraciones:Consignas. M3rtires religiosos:H3roes revolucionarios. Catec3menos:Pioneros. Dogmas de la fe:Dogmas econ3micos. Censura eclesi3tica:Censura pol3tica. Ciencias teol3gicas:Ciencias econ3micas. Tributos parroquiales:Cuotas sindicales. Concilios en Roma:Delegaciones en Mosc3. Seminarios:Centros de adoctrinamiento. Artes al servicio de la Iglesia:Artes al servicio del Partido. Calles con nombres de santos:Calles con nombres de h3roes revolucionarios. Control espiritual:Control personal.

Por supuesto, la precedente relaci3n de afinidades en oposici3n s3lo corresponde a la m3s inmediata evidencia. Sin duda existen muchas m3s, en el orden jer3rquico, simb3lico y ceremonial, as3 como de estructuraci3n interna y externa, y en el funcionamiento de ciertos mecanismos de persuasi3n y coacci3n. Y tambi3n existen otras equivalencias no programables y sin duda indeseadas, que pueden ser establecidas con un enfoque de "humor negro", entre la Iglesia Cat3lica y el Comunismo. Por ejemplo: Los Antipapas:Mao y Tito. Los Milagros de Cristo:Los Planes Quinquenales. El Infierno:La Siberia. El Purgatorio:El campo de concentraci3n. Las hogueras:Los paredones. Los Santos Inocentes:Los Tontos Utiles. Los Evangelios Ap3crifos:La Estad3sticas Sovi3ticas. Los ayunos del viernes:Los ayunos diarios del racionamiento. Los Diez Mandamientos:Obedece, obedece, obedece, obedece, obedece, obedece, obedece, obedece, obedece, obedece.

Vargas Vila cre3 un estilo extravagante, pero personal, con lo peor de D'Annunzio y lo peor de Whitman; a lo que aadir3a una nomenclatura hist3rico-geogr3fica de exotismo rampl3n; neologismos disparatados en sus vers3culos de punto y coma; may3sculas germ3nicas en determinados sustantivos, y una gran hojarasca rimbombante. En sus 3ltimos a3os se le vio en La

Habana, con el inevitable Palacio Viso; y allí escribió y publicó un ditirambo descomunal a los Demóstenes de la política isleña, bajo el título de "El Canto de las Sirenas en los mares de la Historia".

Cuando Vigil Díaz titula "Galeras de Pafos" un libro suyo, es vargasvillesco. Cuando se refiere a "la aristocracia etolia de mi alma" (*etolia*, neologismo derivado probablemente de "etoilée" — "estrellada"), es vargasvillesco. Cuando alude a sus "clavicordios interiores", es vargasvillesco también, y, además, cursi. Y, cuando, entre otras cosas, saca a relucir enumerativamente a Matatías, Kociusco, Moloch y Nemrod, Nínive y Babilonia, "los estercoleros de Job y los círculos candentes de Dante", todo ello con el insuficiente motivo de la Villa Blanca de San Carlos, es vargasvillesco de remate.

Claro está que si se pretende que Vigil Díaz sea nada menos que el iniciador de los movimientos poéticos de vanguardia en nuestra América, y casi, o sin casi, el introductor del verso libre en idioma castellano, no es posible admitir que fuera un simple alumno de Vargas Vila, o se llegaría a la ridícula conclusión de que esas prioridades le corresponden más legítimamente al autor de "Ibis" y tantos otros horribles mamotretos. Y eso explica la omisión de toda referencia a Vargas Vila y la insistencia en atribuirle al "vedrinismo" una influencia d'annunziana, mucho más noble y excusable, sin duda, pero que no pasa de ser una superchería que la propia obra de Vigil Díaz desmiente a pleno pulmón.

Julio 12. Lunes. He sentido cierto malestar difuso desde anoche, con inapetencia y hasta sin deseos de quemar tabaco. Me acosté sin cenar, desayuné ligero y hoy estuve a dieta hasta las cuatro de la tarde. Durante la mañana repasé las "Coplas", tachando cuatro o cinco y modificando dos. A las 5 fui con Guarionex a ver al Dr. Ivanhoe Báez, que me examina una vieja lesión cutánea en la mejilla derecha. Queda decidido que me operará el próximo viernes, con anestesia local, a una hora indeterminada aún.

He recordado haberme sometido a tres operaciones, anteriormente, de quistes sebáceos. Uno, en la oreja derecha, en 1944. El Dr. Cabal me había colocado un lienzo con una pequeña abertura, estableciendo la zona del bisturí. Me imaginé mi oreja destacándose categóricamente de ese modo. Eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, y pensé en un cartel con una oreja y una inscripción: “Cuidado. El enemigo escucha”.

La segunda operación fue en 1956. Se trataba de un lobanillo junto a la ceja derecha. El Dr. Elmo Ponsdomenech me lo extrajo subcutáneamente, haciendo una incisión en forma de media luna en la zona capilar próxima a la oreja, para no dejar cicatriz visible. Ese lobanillo me hizo víctima de un chiste cruel de Dalia Iñiguez. “Todo lo que tienes que hacer es frotarte el lobanillo, tres veces al día, con grasa de carnero”, —me dijo. —“¿Y se quita?” le pregunté tontamente. —“Oh, no... ¡pero coge un brillo!”

La tercera operación fue un caso de cirugía doméstica, en Santiago de los Caballeros, creo que en 1970. Otro lobanillo, en la sien del mismo lado. Me lo extraje yo mismo, con una tijera. Y recordé a mi madre, cierta mañana, allá por el 1926, cuando encontró unas pinzas y una muela sobre la mesa del comedor. Esa vez yo había hecho de dentista conmigo mismo.

La crítica literaria está regida actualmente por un concepto de lo cronológico, que se sobrepone a lo estético en sí, aunque lo estético debiera ser su concepto fundamental. Y, sin embargo, lo estético siempre se impone sobre lo cronológico, pese a los críticos. Para demostrarlo, es suficiente con mencionar a Gustavo Adolfo Bécquer (1836-70). Fue un poeta romántico y, como tal, retrasado en relación con su propia escuela, y retrasado en relación con Leconte de Lisle (1818-1894) y el parnasismo; fue retrasado en relación con Baudelaire (1821-1867), en cuyas “Flores del Mal” se insinuaba ya el simbolismo; en relación con Rimbaud (1854-91), que escribía su “Temporada en el Infierno” al mismo tiempo que

Bécquer sus últimas "Rimas"; retrasado también en relación con Lautréamont (1846-70) y el inicio "surrealista" de los "Cantos de Maldoror", y, aparte de todo eso, seguidor indudable de Heine (1797-1856) y de Musset (1810-1857).

Claro está que Bécquer fue un innovador estético, a pesar de ser un retrasado cronológico —o histórico: Su poesía es la sencillez en oposición a lo grandilocuente; lo íntimo sobreponiéndose a la exterioridad; lo suficiente reajustando lo excesivo y, sobre todo, la sinceridad antepuesta a lo artificioso. Y todo eso lo sitúa ventajosamente entre sus contemporáneos y lo mantiene vivo aún, entre tantísimos difuntos, no sólo en el aprecio de los que conocen los más contradictorios itinerarios de la Literatura, sino en la admiración de los que ignoran quiénes fueron Leconte, Baudelaire, Rimbaud, Lautréamont, Heine y Musset, pero se saben de memoria a Bécquer. Y si bien no todo lo que memoriza el público mayor es excelente, tampoco es excelente lo que elogia la crítica mayor o menor, cuyo juicio resulta ser siempre más provisional y fluctuante que la preferencia mayoritaria.

Julio 14. Miércoles. La Naturaleza no se preocupa por la duración, sino por la continuidad. Su noción del tiempo se limita a lo reproductivo, que es también el único propósito que define claramente.

Sin duda, el concepto de continuidad implica el de duración, pero no una duración independiente y consecutiva, sino la que corresponde a un simple automatismo de relevo.

Julio 15. Jueves. Mañana, a las 8, debo comparecer en el quirófano, como quedó acordado en mi conversación telefónica de hoy, con el Dr. Báez.

Las teorías evolucionistas constituyen la explicación más

lógica —y, por lo tanto, más racional— de la supervivencia de ciertas especies animales y de la extinción de otras muchas. Sin embargo, la lógica de la Naturaleza no parece ser racional, es decir, opcional, sino compulsiva; y esto la aparta de cualquier esquema de explicación comprensible. Desde ese punto de vista, el Evolucionismo debiera haber considerado la posibilidad de una “aceleración de emergencia” en los procesos de readaptación biológica a cada nuevo ambiente; pues si la desaparición del dinosaurio se justifica por la lentitud de tales procesos, entonces resulta inexplicable la supervivencia de la jirafa, que debió triplicar la altura de sus patas delanteras y el espesor de las vértebras de su cuello para alcanzar las hojas de los árboles, al desaparecer el pasto; siendo evidente que esa readaptación orgánica no pudo haber demorado cientos ni miles de siglos.

Claro que —siempre dentro de una hipótesis racional— las jirafas pudieron haber sobrevivido, durante largos años, con las hojas más bajas de los árboles, pero la reproducción de esas hojas inferiores no hubiera sido suficiente para permitir la supervivencia de las jirafas durante un milenarío período de mutación; y las jirafas, por su parte, no habrían experimentado la necesidad de extender sus patas delanteras y sus cuellos, cien mil años antes de que les fueran indispensables las hojas superiores, porque eso ya habría sido una previsión racional ilógica en un ser irracional.

Sin embargo, las jirafas sobrevivieron y sobreviven aún; y, puesto que sobreviven, hay que suponer que los procesos de readaptación para la supervivencia pudieran ser mucho más rápidos de lo que calculan los evolucionistas, o que los seres irracionales son capaces de razonar para sobrevivir. Y, sobre todo —rectificando a Lamarck— que la *voluntad de una acción* podría ser el origen de todas las modificaciones orgánicas.

Julio 16. Viernes. En términos de dialéctica evolucionista, hace medio millón de años que no repaso a Haeckel. De cualquier modo, entre el evolucionismo y el transformismo sólo existe una diferencia esencial en la noción del tiempo, y es

perfectamente comprensible que el tiempo del filósofo no coincida con el del naturalista.

Gertrudys de Mises me llevó al Hospital Gautier. Juanita fue conmigo. A las ocho y cuarto entré en la sala de operaciones y salí a las nueve y media. Todo fue muy fácil y sin mayor molestia. A las diez estaba de regreso en casa. El Dr. Báez me recomendó reposo, y que hable lo menos posible, para no distender los músculos faciales. Papucho se quedó impresionado al verme llegar con el apósito y los esparadrapos en la cara, pero ya yo lo había prevenido y él trató de comportarse con la mayor naturalidad posible, —aunque sin lograrlo del todo.

En medio de la operación, uno de los ayudantes indicó que estaba entrando mucha agua en el quirófano, por descuido de los empleados de la limpieza al baldear un pasillo. —“No importa —dije yo—: No se preocupen por mí, que yo sé nadar”.

He pasado el día sin experimentar la menor molestia por la operación. Estuvo a verme Guarionex, por la tarde. Los Nápoles regresaron hoy de sus vacaciones y vendrán por la noche.

Julio 17. Sábado. Los Nápoles estuvieron aquí, anoche, hasta las 11 1/2. Me acosté en seguida, con la preocupación de que durante el sueño pudiera apoyar en la almohada mi mejilla en dificultades, perjudicándose la cicatrización de la herida; pero, lejos de suceder tal cosa, dormí perfectamente sobre el lado izquierdo, sin dolor, ni latidos, ni molestia alguna, —así hasta las 6 de la mañana, cuando decidí levantarme.

Un largo sábado penitencial, sin la escapatoria de la lectura, pues debo limitar lo más posible el uso de los lentes, para no hacer presión sobre el comienzo del vendaje, que está justamente a esa altura de la nariz. Guarionex vino a invitarme a una degustación vinícola, pero preferí quedarme en casa, en el mayor reposo y con la menor exhibición personal. Sigo sin molestias en la zona quirúrgica.

Nápoles viene encantado de su visita a Guatemala. Estuvo en Antigua y en el lago Atitlán. Le agradó el condimento típico, así como el clima, y, sobre todo, la gentileza personal tan característicamente guatemalteca. Yo recordé mi estancia allí, a principios de 1959. Fueron unos días muy agradables, gracias a los ejecutivos de la emisora "La Voz de las Américas". Recuerdo a Carlos Bock Mila, Flamenco y Arnulfo. Y recordé también a José Miguel Collado, a quien conocí en New York y fue mi compañero habitual en San Francisco y Los Angeles. Y a Rogelia Cruz, "Miss Guatemala 1959", que tuvo un trágico fin, años después.

Julio 18. Domingo. Estuve viendo anoche, por la TV, la elección de "Miss Universo 1976", en pura coincidencia con mi última anotación de ayer, pues ignoraba por completo que el espectáculo se televisaría. No quedé muy conforme con la eliminación final de "Miss Argentina", que tenía una auténtica prestancia de reina.

Pasé otra noche sin molestias de ninguna clase. A lo sumo, una leve picazón que no sé si se debe simplemente al esparadrapo, o a que la herida empieza a cicatrizar.

Me levanté bien temprano, oscuro aún, —a las 5. Hojeé algunos libros y revistas. También releí algunas anotaciones de mi Diario, y pensé con alivio en el 31 de diciembre, cuando le daré fin a la preocupación de tenerlo al día. Pienso también en la tarea nada fácil de pasarlo a máquina, descifrando muchos jeroglíficos que han ido acumulando aquí y allá mis correcciones, y he imaginado nuevos jeroglíficos, después, sobre la copia en limpio, y sobre las pruebas de imprenta, más adelante.

He vuelto a pensar en la “voluntad de acción” que tal vez sea el origen de ciertas mutaciones genéticas aceleradas, en virtud de quién sabe qué procesos apenas sospechados aún. Y he pensado en la posibilidad de que tales procesos se produzcan específicamente en las hembras durante la gestación, obedeciendo a instintivas necesidades que influyen sobre los organismos nacientes. Y ello coincidiría con la posibilidad de que la “homosexualidad congénita” proceda de la elección consciente o inconsciente de la madre en relación con el sexo del hijo por nacer, —tanto cuando desea que sea hembra, siendo varón, como inversamente.

Evidentemente, la voluntad de la madre no puede alterar el sexo ya determinado del hijo por nacer; pero la inducción de ese deseo podría convertirse en una coacción sobre las futuras reacciones normales del sexo del nuevo ser, anormalizándolas desde su organización embrionaria y estableciendo con ello una ambivalencia sensorial —una duplicación de estímulos— o tal vez la permanente supremacía de la reacción anormal impuesta, sobre la normal en cada caso. Y es posible también que esas inducciones volitivas pudieran ser responsables de algún fenómeno de hermafroditismo.

Tampoco es desestimable la posibilidad de un proceso contrario, en el que la voluntad materna sí podría influir biológicamente sobre las características sexuales del embrión, pero no sobre la organización específica de su mentalidad, que se desarrollaría en aparente contradicción con su sexo, aunque respondiendo realmente a su formulación originaria.

Julio 19. Lunes. La influencia de lo mental sobre lo orgánico no parece ofrecer la menor duda. (Y donde he escrito “lo mental” puede leerse “lo síquico”, si se prefiere.) Tampoco hay dudas sobre las “curaciones de la fe”, o “los milagros de la fe”. La fe, en definitiva, es una “voluntad de acción” que puede ser establecida con motivaciones religiosas o de simple autosugestión, aunque el ámbito religioso sea especialmente propicio en algún aspecto, por su mayor integración de factores imponderables, más de acuerdo con todo lo que violenta las leyes físicas o patológicas conocidas. Ese misterioso poder actúa a veces espontáneamente, tanto en bien como en mal, ya que lo mismo elimina una dolencia que la crea, según los casos. Y si hoy parece indudable que una insistente preocupación puede originar una úlcera gástrica, no es demasiado dudoso que una “liberación de angustia” logre poner en pie a un paralítico. Por otra parte, es bien conocido y fue bien comprobado el suceso que Alexis Carrel presenciara en Lourdes. Yo mismo conocí allí algunos otros casos, tal vez menos espectaculares, pero no menos incomprensibles. Y, generalmente, se ha tratado de “mutaciones instantáneas”. Si esto se acepta así, no hay por qué rechazar la hipótesis de las “aceleraciones evolutivas” en los seres irracionales, ya que parece claro que la razón no participa fundamentalmente en esos fenómenos; sin que tampoco pueda determinarse con exactitud la diferencia entre el instinto —que es otra “voluntad de acción”— y la inteligencia, que es una capacidad de elección y que, por lo tanto, restringe opcionalmente su mayor amplitud, —lo cual más bien inferioriza lo racional ante lo instintivo.

Es muy significativo el pasaje bíblico (Génesis, 30, vrs. 32-43) donde se refiere el ardid de Jacob para lograr que en el rebaño de Labán proliferaran las cabras con manchas o rayas, que pertenecerían a aquél. Jacob colocó en los abrevaderos, a la vista de los animales que allí se apareaban, unas ramas cuya corteza había ido desprendiendo en secciones, de manera que formaran rayas verticales. Kurt Sellmann, en "The History of Magic" atribuye el éxito del ardid —pues los cabritos nacían con manchas en la piel— a la *magia simpática*. Pero ¿aquello era realmente un acto *mágico* o *inductivo*? Por otra parte —también muy significativamente— es sabido que cuando una dama romana de alta alcurnia quedaba encinta, hacía llevar a su aposento las más hermosas estatuas, y las contemplaba largamente, "a fin de que sus hijos se parecieran a aquellas figuras". Y si, en el primer caso, la inducción de lo circundante pudo influir en la gestación de los seres irracionales, en el segundo, la autoinducción logró realizar milagros tales como que los hijos y nietos de gente rústica, como los antiguos romanos, poseyeran un clásico perfil helénico. Y eso explicaría igualmente por qué las crías de las jirafas hambrientas fueran naciendo con el cuello cada vez más largo... y, de cierto modo, podría explicar por qué una mariposa puede parecer una hoja seca, —aun cuando esa oblicua justificación del plagio, que establece la Naturaleza entre el reino animal y el arte, y que en el reino animal es tan sorprendente, llegue a ser inquietante en el reino vegetal, donde también existe el mimetismo.

Julio 20. Martes. Vargas Vila es un tema literario de gran interés, en muchos aspectos. Disfrutó de un renombre inmenso, en su época, tal vez porque era una época algo petulante y superficial, como él mismo, y pudo representarla a plenitud, entre nosotros. En España, Valle-Inclán le había tomado la delantera en la imitación de D'Annunzio —que no otra cosa hizo Vargas Vila, en la grandilocuencia tribunicia de su estilo, en sus desplantes de egolatría y en su dramaturgia personal. Y, por supuesto, tanto Valle-Inclán como Vargas Vila —Vargas Vila

más aún— sólo pudieron simular las genialidades de D'Annunzio, que sí era un gran poeta.

De cualquier modo, Vargas Vila fue una prominente figura literaria de su tiempo —fines del siglo XIX y principios del XX— siendo reconocido como tal por Rubén Darío y José Martí, lo que es suficiente. Pero después, el desdén hacia su obra ha sido tan exagerado como el mérito que se le atribuyera antes. Y acaso tenga algo que ver, en ello, el resquemor de los críticos elitistas hacia todo lo que haya sido preferido alguna vez por el público mayoritario. El caso es que, en la actualidad, la simple mención de Vargas Vila equivale a un tropiezo de ineptitud y de mal gusto, aunque sólo sea por romper esa especie de consigna de silencio que se le ha establecido en contra, de una manera bastante irracional; porque, con todos sus vicios de escritura, que evidentemente son más que sus virtudes de escritor, el nombre de José María Vargas Vila no puede ser borrado de la historia de la Literatura Hispanoamericana.

En lo que a mí respecta, lo leí muy poco. Más que nada, “El Canto de las Sirenas en los mares de la Historia”, editado en La Habana. Tal vez, si yo hubiera nacido un poco antes, lo habría leído un poco más. Leí también — y la releí recientemente— su espantosa biografía de Rubén Darío, que demuestra a qué grados de incompreensión hacia los demás puede arrastrar la sobrestimación propia. No conozco nada más repugnantemente torpe que ese libraco, donde se dan por liquidadas la obra y la influencia de Rubén Darío, a pocos meses de su fallecimiento; situándolo en una categoría poética inferior a la de “Almafuerte” —juicio irrisorio que repiten los *postumistas* dominicanos y que hace sospechar, también en ellos, como en los *vedrinistas*, la tara vargasvilescas; y, finalmente, mostrando con morbosa malignidad todos los aspectos deplorables del carácter y de la conducta del gran nicaragüense, siempre en situación de inferioridad ante el “insigne biógrafo”. En el primer capítulo, Vargas Vila explica arrogantemente: “Sentí mucha indignación, ante aquella promiscuidad de conceptos”, cuando recibió una tarjeta de José Martí, con la siguiente invitación: “Comemos hoy con *nuestro*

Darío, y contamos con *nuestro* Vargas Vila". Y Vargas Vila desairó nada menos que a José Martí, porque nada menos que José Martí lo había igualado nada menos que con Rubén Darío. No he leído nunca, en ninguna parte, una estupidez megalomaniaca de semejante calibre.

"Rubén Darío", por Vargas Vila, da la impresión de haber sido escrita por un retrasado mental con delirio de grandezas, después de haberse fumado una tonelada de marihuana. Y —lo peor— demuestra que Vargas Vila no fue amigo de Rubén Darío, ni de nadie, y que no sabía una sola palabra de Poesía.

Hoy he visto la primera fotografía del planeta Marte, tomada por el "Viking I". Hasta ahora, no parece que tengamos compañía en nuestro sistema; aunque yo siempre he sospechado mayores posibilidades en Venus.

Julio 21. Miércoles. Una invasión de hormigas voladoras ha estado molestándome, en mi despacho, desde el amanecer. Y es casi disparatado atribuirle alguna finalidad trascendente a esos pequeños seres aturdidos, cuyo comportamiento, por otra parte, tiene tantas analogías con el de las demás variantes vivientes, —sin excluir el hombre.

En Artes, como en Ciencias, los vanguardismos son fórmulas de retaguardia. El *verso libre* es una regresión al versículo pre-pindárico, y la medicina sicosomática es una proyección de Freud hacia Hipócrates.

Del Arte Comprometido se derivan graves inconvenientes estéticos, pero también positivas compensaciones. El poeta que se somete a una función publicitaria de índole política recibe, a

cambio, una publicidad que puede influir favorablemente en la apreciación contemporánea de su obra. Pero eso no constituye novedad alguna, pues el Arte Comprometido con la Política es una simple variante del Arte Comprometido con la Religión. Y, así, algún marxista de gramática alicorta pasa hoy por un poeta de altos vuelos, como antaño cualquier fraile de turbio latín podía ser comparado con Virgilio. Pero también existe la labor secreta —consignas, cánticos— que adoptan la Iglesia o el Partido sin identificación de procedencia personal, como parte de una política o de un dogma. Y tal vez el mejor ejemplo de esto último, en términos de religión, se encuentra en un soneto anónimo que se ha atribuido a quién sabe cuántas monjas y presbíteros, y que comienza:

No me mueve, mi Dios, para quererte.

Porque, desde un punto de vista eclesiástico, esos catorce versos son maravillosamente eficaces en lo doctrinal, en la retórica mística, hasta el grado de constituir una plegaria en endecasílabos; pero el tal soneto no es de ninguna manera el monumento de alta poesía que durante cuatrocientos años se ha hecho creer que es, independientemente de que sirva aún para rezar en verso. Ese soneto, en un plano de estricta valoración literaria, es una composición ramplona, con sus rimas en tiempos de verbos, sus reiteraciones silogísticas y sus retruécanos demostrativos. Es decir, son versos; o será religión versificada, pero no poesía.

Por la tarde voy al consultorio del Dr. Báez. Allí dejo el apósito, los esparadrapos y los puntos de sutura, y salgo con unas estrechas tiras de material plástico que yo mismo deberé retirar el viernes. La cicatrización va bien. Las molestias han sido mínimas. Y todo hace pensar que esto es un asunto terminado.

Julio 22. Jueves. Amanece lloviendo. Una temperatura agradable, para reanudar mis horarios en la Universidad.

Día lluviosamente gris. En Francia sigue la sequía. En México se producen inundaciones por el exceso de lluvia. En Europa ruegan para que llueva y en América ruegan para que deje de llover.

*Corazón, ya sé por qué
te entristece un pozo seco,
que es únicamente el hueco
de un agua que ya se fue.*

No deja de ser rara esta humedad de otoño en época de canícula. Se diría que hay un desajuste, un desequilibrio en el ritmo normal de los procesos naturales. El caso es que, de no ser por las indicaciones del calendario, podría pensarse que estamos en invierno, —en el invierno del Trópico, hasta con un poco de frialdad, un 22 de julio.

Julio 23. Viernes. Ya me he referido antes a Fritz Müller, y a su afirmación de que “la embriología de un animal reproduce su genealogía”, —lo cual parece ser cierto. Pero ese axioma genético-biológico también es aplicable a lo literario-poético, especialmente en quienes han desarrollado un estilo particular mediante la asimilación de distintos métodos expresivos, *sin quemar etapas preliminares*, sino en un proceso más lento y más firme, de experimentaciones superadas por otros, pero que cada poeta debe superar por sí mismo. Yo entiendo que quien escribe cuatro o cinco sonetos defectuosos y salta inmediatamente a la especulación del *verso libre*, es un falsario de la Poesía; tal vez más falsario aún que quien

comienza por el *verso libre* sin escribir siquiera cuatro o cinco sonetos defectuosos. Y es que cada poeta necesita un antecedente genealógico-estético, cuanto más lejano más fructífero. Pero sucede que la pretensión de originalidad, que rechaza toda actitud imitativa de aprendizaje para la obtención de un estilo propio, conduce inexorablemente a la copia del resultado ajeno, lo que excluye toda expresión original. Y esto es más evidente aún en el ámbito del *verso libre* que en el del verso tradicional, porque el *verso libre*, aunque parezca lo contrario, ofrece menos opciones de expresión personalizada.

Por lo demás, la crítica literaria, con la misma insuficiencia de origen, actúa sobre esquemas de interpretación en que se parcializa lo superficial, en cada caso. Y es imposible establecer demostrativamente cualidad alguna, sin un término comparativo en que se definan los defectos, y sin normas de valoración para lo excelente o lo rechazable.

Julio 24. Sábado. Mi primer libro, "La Fuga de las Horas", (1932), revelaba un proceso de lo clásico a lo romántico, becquerianismo, modernismo y posmodernismo sentimental. "Misas Paganas", (1933) es simplemente posmodernista. "Babel", (1935), descubría una búsqueda de nuevas orientaciones, con residuos parnasistas, simbolistas y prerrafaelistas y experimentos de métrica irregular. En libros sucesivos he ampliado esas zonas de exploración, como en los tres "Proteos": "Cantos" (1943), "Lamentaciones" (1947) y "Alegría" (1948).

Las influencias exteriores que se me han señalado son indudables, incluyendo el sensualismo oriental y sus técnicas de condensación. Por otra parte, nunca he pretendido ser original, sino *lo menos otro posible*, que ya es suficiente pretensión. Y, sin embargo, nadie ha señalado mi mayor acercamiento constante, no con un poeta determinado, sino con un "tono de expresión", que no es francés, como muchos suponen, sino portugués; y que tampoco obedece a una infiltración estética, sino a una coincidencia temperamental.

Genaro Paulino me envía un obsequio de lectura, desde Santiago: "Anadel. La Novela de la Gastrosofía", de Julio Vega Batlle, —que acaba de ser publicada por la U.C.M.M. He dedicado el día a leer esas 300 páginas, que divulgan, en forma novelada, lo que parece ser un ensayo — o varias conferencias — sobre la historia de la gastronomía. Y lo demás —argumento, diálogos, personajes— pasa a ser accesorio.

Julio 25. Domingo. Ciertos pasajes de "Anadel" me han recordado mi época de remero y mis ardidés de enamorado nocturno. Se trataba de una antigua mansión junto a la costa, con altos muros y vigilancia de perros de presa. Era imposible saltar a aquellos vastos jardines con estatuas, boscajes y nérgolas. Pero había un quiosco de madera, al final de una pequeña península, con el mar de lado y lado y al frente. Y allí era la cosa, —a excepción de las noches de luna. Yo iba remando en la oscuridad, en un largo rodeo desde el muelle donde el viejo Jacobo me alquilaba el bote. Y a veces volvía con ampollas en las manos y salitre en las pestañas. Nadie supo nunca a dónde yo iba ni quién me esperaba allí, —casi siempre temblando de frío. Recuerdo que, cierta noche, unos pescadores fondearon a poca distancia, con sus fanales y sus risas de ron. Y otra noche con el oleaje en contra, al regreso. Y cierta vez que sentimos que se acercaba el ladrido de los mastines. Y, sobre todo, recuerdo cosas bellas y apasionadas, allí. Después, ella se fue con sus parientes, hacia Europa. Y nunca volvió, que yo sepa.

Y, en definitiva, ¿qué es lo que puede sobrevivir, de lo que cada cual piensa, siente y escribe? A veces, unas líneas, o un poema, o un solo verso, —o nada. O una idea, o un símil, que se repiten después y ya son de todos y de nadie. Y esto mismo que estoy escribiendo ahora, que es tan fácil de comprender por cualquiera, dentro de algunos siglos será casi ininteligible, por ciertas palabras que hayan caído en desuso o cuyo significado no sea el mismo ya, —ni la manera de relacionarlas entre sí. Y

eso, si dentro de doscientos años se siguen publicando libros, o si algún ejemplar de éste sobrevive aún.

*Y de repente, en la mansión vacía,
sentí la oscura ráfaga de viento,
que era como la sombra en movimiento,
como una sombra que me perseguía.*

*Y aquel viento fatal, que más bien era
algo así como un hálito sombrío,
fue esparciendo ceniza en torno mío
y subió con pies negros la escalera.*

*Yo me detuve en medio de la sala,
con el pavor de aquella sombra mala
que por dentro de mí me anochecía.*

*Y entonces supe que un remordimiento
puede ser una ráfaga de viento
y el corazón una mansión vacía...*

—Las leyes han sido hechas por los hombres, y, por lo tanto, siempre los favorecen a ustedes —me dijo una hermosa dama, en cierta ocasión—: Por ejemplo, en lo de la infidelidad. Durante siglos, las mujeres han sido víctimas del egoísmo de los hombres; en ciertos países pueden ser asesinadas con toda impunidad, o son mutiladas atrocemente, o condenadas a una bochornosa exclusión social. ¿Cree Ud. que eso es justo? ¿Y qué sucedería si las mujeres pudieran castigar también la infidelidad de los hombres?

—Perdón, señora; pero me parece que lo que el hombre castiga en la mujer, no es la infidelidad en sí.

—¿Y qué es, entonces?

—Pues... las consecuencias de la infidelidad. Porque cuando un hombre casado tiene hijos con otras mujeres, siempre es fuera de su casa, sin pretender que los críe su esposa ni poderle hacer creer que son de ella. Invierta Ud. los términos y descubrirá cuáles son las desventajas de los maridos.

La hermosa señora se encogió de hombros, sin responder. A corta distancia, en el jardín, jugaban sus dos niños —de seis y ocho años— mientras el papá leía un periódico, arrellanado sibaríticamente en una poltrona de cuero.

Yo recordé el diálogo y la escena mucho tiempo después. Ya los niños habían crecido y estudiaban en la Universidad. Todo sucedió muy decentemente. El se divorció, para casarse con la madre de una niña extraordinariamente parecida a él. Y ella se casó con un viejo amigo de la casa, a quien nunca le dijeron “papá” sus dos hijastros, aunque tanto el mayor como el menor se le parecían extraordinariamente.

Hoy, por pura casualidad, me enteré del fallecimiento de la señora en cuestión. Y pienso que todo el mundo habrá olvidado más fácilmente sus faltas, porque ya no era joven ni hermosa.

Julio 26. Lunes. Tal vez lo más admirable en Rubén Darío no sea lo que hizo, habiendo hecho tanto, sino lo que prefirió no hacer. Rubén Darío logró renovar estéticamente la Poesía Castellana, pero sin alterar las reglas del juego; es decir, que sus novedades poéticas se mantuvieron dentro de la simetría de los cánones, a los que añadió elementos de dinámica verbal y aun exploraciones polimétricas, paralelamente con los factores metafóricos y temáticos que conjuntan el concepto general del Modernismo. La Poesía Castellana era un gran palacio en ruinas, y Rubén Darío lo reconstruyó con sus primitivos materiales y otros de afuera, pero respetando la arquitectura tradicional. Después, unos albañiles amotinados han pretendido destruir la construcción original y la reconstrucción, con explosivos extranjeros. O bien la Poesía Castellana era un viejo teatro donde enronquecidos actores representaban obras centenariamente repetidas, con sucios telones y harapiendo vestuario; y el Modernismo fue algo así como un fulgurante

cambio de actores, de repertorio y de tramoya en el mismo escenario anterior. Pero entonces llegaron unos principiantes jactanciosos y, al encontrar ocupados los camerinos, le prendieron fuego al teatro.

Julio 27. Martes. No recuerdo bien cuál fue el origen de la conversación, hace noches, pero hablamos de las drogas. Nápoles me dijo que nunca había experimentado con ellas. Yo las he rehuido también —opio, morfina, heroína, cocaína, etc— pero, en cambio, he tenido tres contactos eventuales con la marihuana. El primero fue en una excursión más o menos alpinista al “Pan de Matanzas” — el punto geográfico más alto de esa provincia de Cuba. Yo tenía entonces veinticinco años de edad y acompañaba a un grupo de poetas, escritores y periodistas de la ciudad del Yumurí, en la dura ascensión. Nos habíamos subdividido en cuatro grupos que debían escalar la montaña por distintas rutas, para determinar cuál era la de más fácil acceso. Mis tres acompañantes y yo fuimos los primeros en llegar, y con no menos de quince minutos de ventaja. Nos sentamos a descansar a la sombra de unos matorrales, y alguien dijo: “Hay que reparar fuerzas”, y encendió un cigarrillo, que me pasó con toda naturalidad. Yo aspiré el humo, bastante acre, que me hizo toser. Los demás hicieron su relevo de humo, sin explicación alguna, aunque con exageradas demostraciones de placer. Y entonces comprendí que estábamos fumando marihuana, aunque yo no experimenté ninguna sensación especial, —tal vez por lo reducido de la dosis compartida. Semanas después, en un parque de la misma ciudad, y con uno de mis compañeros en la excursión campestre, volví a aspirar el humo prohibido. En aquella ocasión me pareció ir caminando sobre colchones de aire y no sobre el piso, y sentí un leve mareo, nada desagradable, pero que tampoco me duró mucho. Mi tercera y última experiencia fue veinte años después, con una encantadora y disparatada estudiante de Psicología. Un día, casi bruscamente, me dijo que sentía una gran curiosidad por las “evasiones mentales”, y me preguntó que si yo las había experimentado, a lo que le respondí relatándole mis dos

fracasos —uno total y otro parcial. Ella me suplicó que tratara de conseguirle aunque fuera un cigarrillo de aquellos, para “experimentar juntos”. Yo le objeté que el olor de la marihuana era peligrosamente delator, y que era preciso fumarla en un lugar reservado, —cosa que ella encontró aceptable. La previne, también, de que una de las reacciones de la droga podía inclinar al erotismo. —“No importa”, —respondió; y yo sobrentendí que ella tendría tanta curiosidad por la droga en sí como por sus posibles resultados... y, en consecuencia, conseguí un cigarrillo yucateco con un amigo a quien sabía aficionado a tales exotismos de fumador. La cosa fue planeada meticulosamente. Nos encerramos en una casita aislada de las afueras, propicia a otros usos. Yo me puse a fumar frenéticamente cigarrillos americanos, de tres en tres, hasta llenar de humo la sala. Por último, encendí lo otro: una bocanada para cada uno. Y aquella vez sí me sentí flotar, en pleno estado de ingravidez. Ella parecía compartir mis sensaciones, sentada en un sofá, frente a mí. Fumábamos, simplemente, sin hablar. De pronto, me quité la chaqueta y la tiré lejos. “Hace calor —le expliqué— y, además, el olor de este humo puede impregnar la ropa”. Ella se me quedó mirando, con los ojos inexpresivos. Yo me encogí de hombros y me levanté. “Voy a refrescarme en la ducha”, —le dije. Y, en efecto, entré en la habitación contigua, me desvestí rápidamente y empecé a disfrutar de la delicia del agua fresca. Creo que hasta había olvidado a mi hermosa acompañante, soñándome bajo la lluvia en las calles de quién sabe qué ciudad desconocida, cuando de pronto la sentí junto a mí, desnuda también.

Y los sucesivos encuentros en la casita de las afueras, nada tuvieron que ver ya con el cáñamo hindú.

Julio 28. Miércoles. Si es cierto que la evolución de las Artes corresponde a la evolución cultural de cada época, resulta incomprensible la destecnificación de la Música, la Pintura, la Escultura y la Poesía en nuestra Epoca Técnica.

Los movimientos poéticos de vanguardia son reaccionarios en relación con el Romanticismo, o, más concretamente, con el aspecto personal de lo romántico, en lo que se incluye la expresión amorosa y el culto a la mujer. Y esto explica la pobre definición masculina de los principales teóricos del Vanguardismo.

Hay pianistas o violinistas excelentes, pero incapaces de componer la más elemental melodía, como hay estupendos compositores que tocan pésimamente el piano o cualquier otro instrumento. Y es que se trata de dos aspectos artísticos diferentes, dentro de su proximidad de expresión. Sin embargo, son muchos los que suponen que un poeta está obligado a decir sus versos, bien o mal, considerando inseparables la creación poética y la declamación, sin comprender que entre ambas cosas existe la misma diferencia que entre un compositor y un ejecutante, en el aspecto musical.

Recibo carta de Mercy Remos, desde Tiberiades. Yo, escribiéndole a Miami, y ella recordándome en Tierra Santa, en el Galei Kinnereth Hotel, frente al lago de los pescadores apostólicos. Mercy es una mujer muy bella, con la que, sin embargo, se puede hablar de Poesía.

Julio 29. Jueves. Creo que hoy ha sido el día más caluroso, en lo que va de año. Al menos, es el día en que he sentido el calor con mayor intensidad: más que en Managua, más que en Panamá, tanto como en Las Vegas, y casi tanto como en Monterrey.

Al anochecer refresca ligeramente, pero aún me siento sofocado y febril. Y recuerdo de pronto unos feos días de hace veinte años, cuando se me acumularon ciertos síntomas que configuraban un diagnóstico casero de tuberculosis pulmonar: pérdida de peso y de apetito, ronquera, frecuentes toses, febrículas por las tardes y, finalmente, un esputo sanguinolento. Mi médico, el Dr. Sausa, fue a verme en seguida. Yo me limité a explicarle el proceso de mi enfermedad, pero él comprendió lo que yo estaba temiendo, —ya que en aquella época no estaba de moda, todavía, el cáncer pulmonar. —“Abre la boca, a ver” — me dijo, y me iluminó la garganta con una linterna eléctrica. Luego se echó hacia atrás, sonriendo: —“Y, claro, ya tú te ves en el sanatorio antituberculoso, no?”. —“Es lo que parece” —le respondí. —“Pues hay cosas que parecen y que no son, y eso que tú tienes te lo voy a quitar en 48 horas con unos antibióticos. Porque los síntomas pueden confundirse con los de la tuberculosis, pero lo tuyo es una *angina de Vincent*”. Y, en efecto, 48 horas más tarde, todos aquellos síntomas nefastos habían desaparecido, casi milagrosamente.

Julio 30. Viernes. Desde los tiempos de Plauto es bien conocida la duplicación fisonómica, y a veces integral —estatura, gestos, hábitos, gustos, etc. Yo he llegado a la convicción de que entre los “sosias” no sólo existen afinidades exteriores, y de que esas equivalencias establecen otras más profundas en el aspecto intelectual y emocional. Por eso me inclino a creer que dos personas extraordinariamente parecidas entre sí, no sólo serán afines en su conducta personal, o sea, en su manera de vivir, sino también en su manera de morir —descartando naturalmente lo accidental— suponiéndoles una idéntica propensión a determinadas enfermedades. Y, en último análisis, todo ello me hace suponer que también puede existir una exacta duplicación de las huellas digitales, como se comprobará algún día, —si es que no se mantiene en secreto cuando al fin se compruebe, y si es que no se ha comprobado ya.

Julio 31. Sábado. Último día del séptimo mes. Últimas anotaciones en la séptima libreta de “Año Bisiesto”.

Hipólito Lázaro cantaba “Baltasar”, aquella noche, en el Teatro “Auditorium” de La Habana. Era la última actuación, la despedida escénica del gran cantante hispano. Cierta familia, a excepción de la señorita de la casa, había ido a la ópera, y es habitual que esas funciones terminen tarde. Pero yo me confié demasiado. El chasquido del llavín en la puerta de la calle me encontró en plena actividad clandestina. Mi ropa estaba en un closet, por suerte. Y yo oculté la cabeza bajo la sábana, apretando mi cuerpo contra el de mi copartípe, en la habitación a oscuras y con la protección adicional de un mosquitero, —por suerte también. Se oyeron pasos; se encendió la luz en la sala y en los otros aposentos; después más pasos, más leves y más próximos. —“Está dormida”, —dijo la mamá. Y el resto, comentarios borrosos, gárgaras de acueducto en succión, cerrar de puertas y abrir de ventanas, bostezos, carrasperas y apagar de luces, oscuridad y silencio. Media hora. Una hora. Finalmente, se inició la etapa de los ronquidos. La habitación donde yo me encontraba de contrabando era intermedia entre la de la hermana mayor con su esposo y la de la madre. Era preciso pasar por una de ellas: por la conyugal, para salir por el frente, o por la maternal, para salir por el comedor, en el fondo de la casa. La segunda vía era la más recomendable, pero un primer intento se frustró cuando tropecé con un mueble. —“¿Qué? ¿Quién es?”. Mi pareja salió al quite, mientras yo reingresaba en la oscuridad: —“Soy yo, mamá, que voy a tomar agua”. Otra media hora. La frialdad del piso me ascendía por la planta de los pies; y yo con los zapatos en la mano, reprimiendo heroicamente una tos cosquilleante. Por último, cruzamos junto a la cama de la progenitora, conteniendo la respiración. Llegamos ante la puerta del fondo, donde aún había que descorrer un pestillo... y, al descorrerlo, chilló como una gata en mala compañía. Pero la puerta se abrió

al fin y yo no dije ni abur. A partir de aquella noche, Hipólito Lázaro no volvió a cantar en público. Ni este servidor a entrar subrepticamente en las casas ajenas.

Un día algo nublado, con intenciones de llover y truenos de lejanía. Calor sofocante y súbitos vientos, y al fin no llueve. He escrito algunas cartas, he repasado algunos libros, y así se han ido las horas hasta el atardecer, cuando sigue amenazando lluvia.

También sucede con los manteles, aunque yo lo descubrí en las cortinas y en las telas estampadas. Desde muy niño sospeché que no se trataba de casualidades, ni de colaboraciones de mi imaginación en algún espacio confuso entre un tulipán y un racimo de uvas. Aquello era demasiado consecutivo para ser impremeditado. Y después he llegado a suponer que existe algo así como un acuerdo mundial entre los dibujantes, para intercalar caricaturas de barítonos, monjas, comendadores, hidalgos de perilla, sacristanes y verdugos, en sus inocentes reproducciones de peras y crisantemos, de ramilletes de mayo y paisajes alpinos para las ventanas y las mesas, y para las camas y los roperos. Y aún no he mencionado otros aspectos más agresivamente repulsivos de esa conspiración, especialmente en lo que atañe a la decoración infantil, donde suelen aparecer símbolos feroces entre los cándidos personajes de la mitología de las abuelas. Todo es cuestión de mirar las cosas de medio lado, o al revés, para que aparezcan las aberraciones. Y si me decís que todo puede ser casual, como la zoología de las nubes, yo os aseguro que en eso tampoco hay casualidad, sino que el viento se entretiene en hacerse visible así, de esa única manera en que logra ser un oso ártico o un águila de dos cabezas, provisionalmente.

Por lo general, en cuestiones de Poesía, el que no quiere parecerse a nadie termina pareciéndose a todos.

Me encantaría ser santo, para leer de noche al resplandor de mi aureola.

Es mortificante pensar que vivamos sin finalidad alguna. Pero es más mortificante aún, no descubrir qué finalidad podría justificar la vida.

LIBRETA 8

AGOSTO

Agosto 1. Domingo. Nápoles ha invitado a Papucho a una mañana playera, y allá nos vamos todos. Hemos llevado sillas plegables y escogemos una sombra de buena anchura cerca de un pequeño embarcadero. Yo he recordado inevitablemente los viejos agostos "de allá", con unas playas más o menos así. Papucho emprende su primera travesía, en un bote a motor, y pasa una media hora excitadamente divertida. Estamos en "Boca Chica" hasta la una de la tarde, hora en que emprendemos el regreso. No sé si mi estado de ánimo ha tenido una propensión sarcástica, pero he anotado algún esqueleto triposo, varias focas locuaces y determinados efebos ambivalentes. De cuando en cuando, más bien tardíamente, un ángel. El resto es pura militancia municipal. Y, además, venden demasiadas cosas. Y lo peor: esos horribles trovadores de ron maligno, guitarras palúdicas y acordeones con asma.

Un gran terremoto en China, dicen que con un millón de muertos. Este es un año de catástrofes sísmicas y volcánicas. Yo pienso siempre en el destino final de la ciudad de México.

Agosto 2. Lunes. Otra mañana gris, de viento y lloviznas, después de una noche de truenos, relámpagos y cataratas. La neblina va palpando las puertas con sus manos húmedas.

En las estampas religiosas del Japón, Jesucristo tiene los ojos oblicuos.

A todos nos agrada pensar que nuestra vida puede tener más o menos una sola dirección, pero con el trazo perfectamente definido de una frontera en un mapa. Sin embargo, no es así. En realidad, nuestra vida tiene cursos irregulares, afluencias y confluencias, meandros caprichosos y bifurcaciones imprevistas, como los ríos. Y, sobre todo, como los ríos, no regresa.

Probablemente, don Francisco de Quevedo fue el más original y el más intenso de los poetas del Siglo de Oro. Sin embargo, es sorprendente que la alta crítica señale siempre, como uno de sus logros más perfectos, el soneto "A Roma", que no es suyo. Y no es suyo, porque es de Joachim du Bellay, poeta francés de La Pléyade (1522-1560) fallecido veinte años antes del nacimiento de Quevedo, y autor de "Antiquités de Rome", uno de cuyos sonetos, en su desarrollo total y aun en calco de línea a línea, es el antecedente indudable del soneto español. Y eso es así desde el primer endecasílabo: "Buscas a Roma en Roma, oh peregrino" ("Nouveau venu, qui cherches Rome en Rome") hasta el símil del Tíber: "lo fugitivo permanece y dura", que corresponde al verso final del soneto francés: "et ce qui fuit, au temps fait resistance."

Se trata, pues, de una traducción que se atribuye, como original, a Quevedo. Pero esto no significa que don Francisco fuera un plagiario, sino que el compilador de su obra poética no conocía el soneto de Du Bellay. Quevedo nunca publicó sus versos; y es de suponer que entre sus papeles se encontró el soneto "A Roma" y fue publicado como suyo, sin más averiguación. Son casos que suelen ocurrir en cualquier tiempo; y me consta que es así, porque con frecuencia se me atribuye el

poema "Celos", de Guilherme de Almeida, siendo yo, simplemente, el traductor de ese hermoso poema brasileño, —como lo he hecho constar en todas las ediciones de mi libro "Nuevo Oasis".

Ahora bien: por su parte, el soneto de Du Bellay es una clara imitación de un epigrama latino anónimo, publicado por Gabriel Giolito en 1554, —aunque posteriormente su paternidad le ha sido atribuida a Janus Vitalis, poeta italiano renacentista. El epigrama, que consta de catorce versos, empieza y termina igual que el soneto francés:

*Qui Roman in media quaeris, novus advena, Roma,
Et Roma in Roma nil reperis media...*

.....

*Inmota labascunt,
Et quae perpetuo sunt agitata manent.*

Y lo que prueba que Quevedo se inspiró en el soneto de Du Bellay y no en el epigrama latino, es que el poeta español sigue textualmente las variantes introducidas en el modelo original por su colega francés. O —en otras palabras— que no hay duda de que don Francisco de Quevedo, para expiar cristianamente sus muchos pecados terrenales, tiene, al menos, cien años de perdón.

Agosto 3. Martes. Día de viento y chubascos. Una larga y agradable conversación con Fernández Spencer, en la Universidad.

Encuentro en mi despacho varias cartas: de Baeza Flores, de mi prima Edita Buesa, y un sobre con la fotocopia de un retrato de 1944, en Cojimar. Es un grupo de poetas y escritores, con motivo de un homenaje al poeta hebreo Nathan Bistritzki. Ahí aparezco yo con Agustín Acosta, Nicolás Guillén, Guillermo Villarronda, Regino Pedroso, Arturo Doreste, Andrés de

Piedra-Bueno y Antonio Martínez Bello. El anfitrión fue Arístides Sosa de Quesada, entonces Ministro de Defensa. De los poetas que aparecen en esa foto de hace 32 años, han muerto —que yo sepa— Piedra-Bueno y Villarronda. Corría un buen viento aquella tarde, junto al mar. Se nota en algunas cabezas despeinadas. Cosa rara: la mía, no. Yo luzco bien peinado, con un traje oscuro y zapatos de dos tonos. Sí, ese soy yo, a los 34 años —hace 32. Y, sin embargo, no podría decir qué pensaba, ni qué sentía, ni a dónde fui al separarme de ese grupo. De manera que, en realidad, ya ese no soy yo, sino uno de mis fantasmas.

Agosto 4. Miércoles. Con un Chateau en las copas y el 3er Concierto de Rachmaninoff en las bocinas, capturé a préstamo las “Poesías Completas” de Rubén Darío en la biblioteca de Guarionex. Es la edición de Aguilar, 1968 —de Alfonso Méndez Plancarte, con adiciones de Antonio Oliver Belmás. Me interesan las posibles cosas de Darío que yo desconozco y que seguramente se publican ahí.

Claro está que un volumen de 1,300 páginas no es para ser leído de una sola vez, ni esa es su finalidad tampoco. Es una obra de consulta, una verdadera antología de datos y fechas, minuciosamente compulsada con obras anteriores y criterios ajenos, en relación con erratas importantes y otras adulteraciones de textos, —todo realizado con una sobria exactitud y una fina intuición.

Sin embargo, en una lectura volandera, he reparado en una contradicción entre la página 1035 y la 1141. En la primera aparece “A mi joven amigo Carrasquilla-Mallarino”, que comienza:

Ora, amigo! Al dolor acerbo...

En la segunda se reproduce el mismo poema —con algunas

estrofas añadidas— pero comenzando con una irregularidad ortográfica:

Ora, amigo! Al dolor acervo...

En las Notas no se explica cuál de las dos es la versión original de Darío; aunque se señala una corrección del antólogo en

y ya comprendiendo su vuelo

que ha pasado a ser “emprendiendo” por ser “el gerundio más apropiado”. No obstante, la corrección resulta inapropiada métricamente, porque convierte en octosílabo el eneasílabo de origen. Por otra parte, ¿por qué las gaviotas no pueden “comprender” su vuelo, es decir, *la razón de volar*? Incluso, el texto lo indica así:

... las gaviotas se mecen
en las espumas.
Y ya comprendiendo su vuelo
van a soñar
sabiendo que hay arriba el cielo
y abajo el mar.

Agosto 5. Jueves. En la página 1058 de las “Poesías Completas” de Darío, aparece “A Güicho”.

*A mi hijo muy querido,
Rubén Darío Sánchez,
que guarde mi recuerdo
y agregue algo a mi nombre
(París, 30 de abril de 1911).*

Se trata, evidentemente, de una dedicatoria —tal vez de un retrato— para su hijo de poco más de 3 años entonces. El hecho de que salieran cuatro líneas en heptasílabos no creo que justifique su publicación en las “Poesías Completas”, ni siquiera

como simple curiosidad, ya que “nada agrega a su nombre”.

En la página XIII – “Nota Preliminar” de Antonio Oliver Belmás – encuentro lo siguiente: “En cambio, sí será excelente reconocer inclusive los yerros del poeta o de sus comentadores cuando sean esenciales. Por ejemplo, en un autógrafo del homenaje poético ofrecido por Rubén en memoria del gran noventaiochista Angel Ganivet, hemos encontrado *extremecimiento* por estremecimiento, que es lo correcto, y *ascentimiento*, que no existe en castellano, y que en la edición de Méndez Plancharte aparece como *ascendimiento*”. (La adopción final de “asentimiento”, por Oliver Belmás, es inobjetable).

No sé por qué he recordado una publicación en homenaje a José Martí donde aparecen unos “versos inéditos”, “de su puño y letra”, en México, al dorso de una tarjeta de visita; aunque el fotograbado era lo suficientemente nítido para revelar que aquello no era de ningún modo la escritura de Martí, aparte de no ser tampoco su estilo de versificación. Pero al pie decía “José Martí”, hasta con una rúbrica absurda, y eso fue suficiente garantía de autenticidad para no recuerdo quién...

Agosto 6. Viernes. Carta de Luis Mario, desde Miami. Se casa, de nuevo. Yo pienso que en la vida, como en el arte, hay diferencias en lo que hacemos como los demás.

En la página 1238 de las “Poesías Completas” de Rubén Darío –también en nota de Oliver Belmás– leo: “El original de la “Canción de Otoño en primavera” se guarda celosamente por la Real Academia de la Lengua, de Madrid, a quien fue cedido por el eminente doctor y polígrafo Gregorio Marañón”. “Registramos en dicho original “mundo de pena y aflixión” que, naturalmente, no ha prevalecido”. En este caso se atenúa la irregularidad como una posible “modificación consciente”, pero los dos errores previos (*extremecimiento* y *ascentimiento*) se atribuyen a una “confusión babélica o de obnubilación” (Pág.

XIV) de clara sugerencia dipsomaníaca. Y se señala perfectamente que todos esos errores proceden de “manuscritos autógrafos”. Yo, sin ponerme a analizar tales señalamientos de policía ortográfica, he recordado la famosa “hermita” de Valle-Inclán y la ideográfica explicación de que la “h” parásita era “la torre de la ermita”; y también un álbum habanero donde Villaespesa escribió “tibiesa”, muy andaluzamente; y algunos endecasílabos de aritmética kindergartiana, en Unamuno; y el “intervalo” de Bécquer; y un “lapso de tiempo”... ¡de Menéndez Pidal! (Obras Completas, 7a edición, Tomo VIII, “Orígenes del Español”, página 532). Y, de paso, una “hilación” de Moreno Jimenes que se sigue reproduciendo con esa “h” absolutamente “horrenda” en todas las antologías dominicanas.

Agosto 7. Sábado. Naturalmente, una lectura crítica de las “Poesías Completas” de Rubén Darío, en lo referente a sus notas y comentarios, requeriría algunas semanas, por lo menos. En realidad, se trata de una obra de alta investigación y de muy sólida estructura bibliográfica. Pero hay un punto de particular interés, que copio de una nota de la página 1243, referente al “Elogio de don Vicente Navas”: “Hay en este “Elogio” una evidente resonancia de los “Versos Sencillos” de José Martí, cosa que no se repite en el resto de su obra, al menos, en esa forma. En todo caso, la influencia de Martí es primeriza y pasajera en R.D.”. Claro que aquí se refiere a la influencia poética, ya que la de la prosa fue mucho más intensa y perdurable. De cualquier modo, el “Elogio” de 1893, demuestra la influencia de los “Versos Sencillos” desde sus primeros versos hasta los últimos:

*Tejo mi corona, llévola,
para honrar al ciudadano*

.....

*El leñador movió el hacha:
cayó el varón como un roble.*

Sin embargo, en el “Canto a la Argentina” (1914) reaparece la influencia martiana en las “Danzas Gymnesianas” (Pág. 848):

*Danzar veo a un pareja:
él danza como los majos;
ella está toda bermeja
y tiene los ojos bajos.*

En la página 1085 encuentro un “Rondó Vago”, tomado de una “Antología de Poetas Americanos” (Sopena, Barcelona, ¿1914?) y de dudosa paternidad dariana. Pero ahí, sean de quien sean los versos, hay algo martiano:

*Calló de nuevo el lebrél;
quedó en silencio el jardín.*

En la página 140 comienza un soneto titulado “Miel”, publicado en “La Linterna” de San Salvador, el 24 de diciembre de 1882. Su terceto final es:

*Pues para el alma ardiente, enamorada,
hay una miel más dulce todavía,
y es el “sí” de los labios de una amada.*

Y es interesante definir desde tan lejana fecha la influencia de Verlaine sobre Rubén Darío, entonces de quince años de edad; ya que se trata indudablemente del final de un soneto de “Poemes Saturniennes”:

*le premier oui qui sort de lévres bien-aimées.
(Nevermore)*

Agosto 8. Domingo. En la cuidadísima edición de Darío, se escapó una errata cruel, que maltrata la métrica. Página 851. Dice el Buey:

*El azul es en veces negro. El astro
se oculta, desaparece, muere. El hombre...*

Donde dice “desaparece” debe ser “desparece”, –licencia común e inmemorial.

Hojeando un poco al azar las “Poesías Completas”, gesticula una errata maligna en lo alto de la página 539 (“Azul”, a J.J. Palma):

Ya, como Venvenuto, del oro de una copa...

En la página 625 (Prefacio, “Cantos de Vida y Esperanza”) leo, en las primeras líneas: “Mi antiguo aborrecimiento a la mediocridad, a la madurez intelectual...” No tengo a mano ningún texto de comprobación, pero creo recordar que donde dice “madurez” decía “mulatez”.

En la página 931 (A la Srta. Teresa Menéndez) sobra tipográficamente el segundo verso de la primera estrofa, que es el cuarto de la segunda:

de dicha un cielo y de esperanza un mar.

En página 910 (El Salmo de la pluma) hay unos versos muy interesantes:

*Y el hombre, como el cóndor de poderosos vuelos,
navegará en los aires, camino de los cielos,
en su navío audaz.*

Ese poema fue publicado el 14 de marzo de 1889. El primer vuelo de los Hermanos Wright fue en 1903. ¿O tal vez es una referencia a "De la Tierra a la Luna", de Julio Verne?

En la página 713 (Tutectzimi), el décimo verso:

y el misterio jeroglífico,

es, realmente:

y el misterioso jeroglífico.

Agosto 9. Lunes. He decidido devolverle a Guarionex el libro de las "Poesías Completas" de Rubén Darío. Me gustaría tener tiempo suficiente para leerlo con toda tranquilidad, cotejar textos, tomar notas y consultar variantes. En realidad, es un tema interesantísimo para mí; y no he podido desprenderme de esas páginas, aun salteándolas aritméticamente, en estos últimos días. Pero ya es bastante con haber atrasado mi correspondencia y con haber convertido mi "Diario" en una sucesión de apuntes de lectura de una misma obra, —aunque, por supuesto, con la justificación de que se trata de la obra de poesía más importante que se haya escrito en idioma español.

Agosto 10. Martes. Leo en un periódico que ha muerto, en La Habana, José Lezama Lima. Nunca lo traté personalmente, pero fuimos enemigos literarios feroces. Y él era más vulnerable que yo, en muchos aspectos. Yo sigo creyendo que Lezama fue de los poetas que recurren al verso libre porque carecen de *oído prosódico*. Aparte de eso, como escritor, nunca le negué talento, y hubiera sido estúpido negárselo. Era, además, una mente ágil y

fina. Supongo que sus últimos tiempos serían poco favorables, especialmente por las dietas forzosas del racionamiento, ya que era un “gourmand” de largo colmillo.

Un día gris sin alternativas. Gris y sofocante. Por la tarde se suceden chubascos violentos, ráfagas y relámpagos. Hay mal tiempo en Puerto Rico y trae este rumbo.

Agosto 11. Miércoles. Amanecer gris, pero sin lluvia. Durante la noche se compuso un poco el tiempo. Anoche, entre dos botellas de Chablis, Onelio Hernández cantó algunos tangos en “El Monarca” y hablamos con Guarionex de las viejas noches habaneras. Recordamos el “Montmartre” y sus fulgurantes coristas, —sobre todo, a “Sandra”, una de las Musas de “Oasis”. (“De pie bajo la lluvia”).

Hoy he leído unos versos de Olavo Bilac, que me han causado una extraña impresión, parecida a la de los versos de Darío sobre los vuelos espaciales, —aunque acaso sean más inquietantes aún. Son los versos finales del soneto “A las campanas”:

*Dizej, sinos de terra, em clamores supremos,
 toda a nossa tortura aos astros de onde vimos,
 toda a nossa esperança aos astros aonde iremos!*

¿Qué significado puede darse a esos *astros de donde vinimos* y a esos *astros a donde iremos*? Son versos de fines del siglo pasado, cuando ya Julio Verne había establecido la posibilidad de un viaje a la Luna, pero mucho antes de que alguien imaginara antiquísimos contactos con seres extraterrestres, ni aclimataciones de su cultura como origen de la nuestra, ni

“panspermias deliberadas”, como explicación de la vida terrenal.

Agosto 12. Jueves. El sueño es como esos espejos cóncavos y convexos que deforman las imágenes al reflejarlas. Pero el sueño las deforma en relación con su espacio y con nuestro tiempo. Y lo más singular es que nosotros, durante el sueño, aceptamos esas deformaciones como “formas reales de una experiencia”, por una eliminación total del sentido lógico en la capacidad crítica.

Lo más triste del amor no es su asfixia, sino la respiración artificial.

Hace unos cuarenta años que traduje una comedia de Somerset-Maugham, “The Circle”, de la que sólo recuerdo una frase cuyo sentido es que “para un hombre de honor, una *liaison* —una relación ilegítima— es más difícil de deshacer que una relación legal”. Y, no sé por qué, eso siempre me ha parecido una derivación caballeresca de una paradoja galante de Oscar Wilde, según la cual “la diferencia entre un capricho y una gran pasión, es que el capricho generalmente dura más”.

Hoy se habló de camas de dimensiones excepcionales, y recordé una, simplemente descomunal, en un viejo hotel de la Vía Parténope, en Nápoles —creo que el “Monopole”. O “Metropole”.

Agosto 13. Viernes. Las mujeres perdonan más fácilmente las traiciones que las descortesías.

Yo he escrito preferentemente poesía de amor, pero sin que lo preferente sea exclusivo. Los que escriben otra clase de poesía son excluyentes en relación con la poesía amorosa. Algunos dicen que es porque la poesía de amor es fácil y cualquiera la escribe; yo pienso que es, en realidad, porque la poesía de amor es incompatible con el verso anárquico, que sí lo escribe cualquier mecanógrafo.

Agosto 14. Sábado. He hecho una limpieza general de gavetas en mi escritorio, eliminando un gran montón de cartas, notas, recortes de periódicos, borradores y tarjetas. Ya tengo espacio disponible para nuevos amontonamientos.

Es curioso: en lo que va de mes, he establecido pocas relaciones con el pasado. Creo que es porque han sido días en que, por diversos motivos —tal vez principalmente por un interés especial en determinadas lecturas— he mantenido mayor contacto con lo presente, con lo actual, con lo inmediato. Y lo curioso es que no he escrito nada, en verso. Esa incomunicación con el ayer me ha incomunicado con la Poesía. Y no sé si eso significa una nueva evidencia de que lo poético es esencialmente una decantación vivencial, —sobre todo, para la clase de poesía que he preferido siempre. Pero de lo que no tengo la menor duda es de que toda poesía “de anticipación” carecerá de esa auténtica emoción comunicante que establece las relaciones de afinidad entre el que escribe y el que lee, porque, o habría que recurrir a esquemas de expresión —lo cual se convierte en pura técnica— o todo se reducirá a una simple especulación intelectual que corresponde más a lo filosófico que a lo poético. Pero me parece claro que una poesía sin emoción personal no es participable, o no es realmente poesía. Porque poesía es participación.

Agosto 15. Domingo. Calor y moscas. Me rodea una especie de parálisis vegetal. Preferiría un buen viento húmedo o

una lluvia de perfil. Pero estoy inmerso en la plenitud de la canícula en las islas antillanas, cuando el tiempo parece caminar con botas de buzo.

Hoy estuve repasando los “Versos Sencillos”, de Martí. Publicados en 1891, constituyen una ruptura con la poesía española tradicional, aunque se ciñan a la versificación octosilábica, que es precisamente la del “Romancero”. Debo reconocer aquí que, en cierta época un poco exuberante de mi iniciación poética, Martí no fue, de ninguna manera, uno de mis poetas preferidos. La simplicidad aparente de su técnica expresiva —que en realidad es condensación de elementos— estaba muy lejos de mis metaforismos de entonces, y no establecía relación alguna con mi sensibilidad ni con mi interés. Por otra parte, mis resabios de “parnasista” rechazaban lo que había —o parecía haber— de improvisación, de indiferencia formal en aquellos versos, y, más aún, ciertas precipitadas soluciones a las dificultades de la métrica y de la rima, —de esas que configuran el sacrilegio verbal del “ripio”. Sin embargo, hoy, repasando los “Versos Sencillos”, me detuve en “La Bailarina Española”, y, una vez más, he reparado en un verso que sobrepasa las anticipaciones del Modernismo, y va mucho más lejos, hacia la “poesía hablada”, hacia lo conversacional, no al detestable estilo campoamorino de “escribidme una carta, señor cura”, sino hacia la intimidad extravertida, hacia la sinceridad más profunda del poeta:

*Han hecho bien en quitar
el banderón de la acera,
porque si está la bandera,
no sé, yo no puedo entrar.*

Ese “no sé” del cuarto verso —que pudo parecer o ser “ripio” en 1891— es el mayor acierto, la mayor novedad de ese poema, 85

años después. No conozco antecedente alguno de semejante intimismo de expresión, aunque con posterioridad haya sido reiterado como simple recurso más o menos legítimo, pero nunca con idéntica justificación. Y creo que, desde ese punto de vista, esas dos sílabas, que más bien corresponden a la conversación común y corriente, constituyen la novedad más específica de un poema justamente celebrado por su objetividad y su valor onomatopéyico (como en “lentamente taconeá”); un poema casi visual en lo descriptivo, pero donde, sin embargo, resulta inexplicable la ausencia de las castañuelas.

Hoy ha sido un día de varias tazas de café negro. Generalmente, el deseo de comer o beber algo determinado, no es un simple capricho del paladar. Y, claro, después del café, el tabaco. De cualquier modo, he recordado una extraña reprobación del café —más bien extravagante que extraña— y que se debe a Samuel Hanneman, el homeópata: “Detrás de la taza de café se esconde el onanismo, ese monstruo de ojos hundidos”. Onanismo y caféna. Bueno, quién sabe; aunque las últimas investigaciones médicas parecen indicar que el onanismo no es cosa tan perjudicial como se creía antes. Y, a lo mejor, dentro de algunos años sabremos que la nicotina, lejos de lesionar los pulmones, los fortalece, o impide la formación de cálculos renales, — o algo así.

Agosto 16. Lunes. Día de fiesta nacional. Me he levantado tarde, a las siete y media. Pongo al día mi correspondencia, por la mañana y después de almuerzo: cartas a Esténger, Sosa de Quesada, Baeza Flores, Carlos Hernández y Luis Mario. Luego, hasta el atardecer, un paseo con los Rivera, por el Mirador del Norte. Una linda tarde casi campestre.

Mi perro —o mejor, de Papucho— se siente mal. Esta

mañana lo ví husmear las yerbas del jardín, seleccionando con el olfato las que ha ido arrancando luego, para que le sirvan de purgante o vomitivo. Pero, ¿cómo puede identificarlas?

El cactus sigue creciendo en su nueva maceta del patio interior. Ya ha dejado de florecer, pero ahora se bifurca y asciende. No he contado aún su historia, que está directamente relacionada con doña Lolita Román y una de sus inquietantes clarividencias.

Agosto 17. Martes. Dos nuevos terremotos de gran intensidad, en Asia. Esto sigue siendo considerado como un “desplazamiento interior”, aunque acaso sea, realmente, una “expansión externa”, en relación de causa a efecto.

Por ahí andan discutiendo los gramáticos sobre si es o no monosílaba la palabra “guión”, que aparece acentuada en las publicaciones de la Academia, como señal de que es bisílaba. En apoyo de la docta corporación se arguye que en nuestro idioma no existe el triptongo *uio*, que aparece en “guión”; y, en efecto, no existe como triptongo, porque, en los casos en que se presenta, su primera vocal -u- es muda, y, por lo tanto, de acuerdo con las leyes de la prosodia, que son las que deben prevalecer en el particular, las vocales consecutivas u-i-o constituyen un simple diptongo. Ese mismo fenómeno es aceptado después de la Q, como en *circunloquio*, *hemistiquio*, *obsequio* y algunas palabras más, en que la terminación *quio* constituye una sola sílaba. Y después de la G —como en *guión*—, el triptongo ortográfico (u-i-o) pasa a ser, prosódicamente, un diptongo (i-o), en las conjugaciones pretéritas del singular de la tercera persona de los verbos “seguir”, “perseguir”, “proseguir”, etc. Y, a mi entender, si la terminación *guió* tiene un valor monosilábico en “siguió”, “persiguió” y “prosiguió”, no

se ven claras las razones para atribuirle un valor bisílabo a “guion”.

Muchas veces se ha comparado el organismo humano con una máquina de sorprendente perfección en su funcionamiento; tal vez porque el hombre ha ideado máquinas —el automóvil, por ejemplo— basadas en principios equivalentes a los de los órganos corporales. Sin embargo, la diferencia fundamental, favorable al organismo humano, consiste en su capacidad de auto-reparación de los desgastes y desajustes producidos por el uso y a veces el abuso de sus funciones, cosa que excede las posibilidades de la mecánica. Y ahora me refiero específicamente a mis ojos y a la desconsiderada actividad a que los he sometido desde que aprendí a leer, que es una función evidentemente no prevista por la Naturaleza.

Hoy leí un artículo periodístico referente a determinados artistas y escritores dipsómanos —donde, por cierto, una errata da por muerto a Dylan Thomas a los 19 años en vez de a los 39. Yo he conocido a varios poetas con esa deplorable inclinación; deplorable a pesar de tan ilustres antecedentes como Anacreonte y Li Tai Po, entre los antiguos, y Poe, Verlaine y Darío, entre los más modernos. Y, de mis viejos latines, tengo bien definidos en la memoria dos versos de una Epístola de Horacio:

*Nec laudare carmina possunt
quae scribantur aquae potoribus;*

y recuerdo que en cierta ocasión comenté esos versos con un amigo poeta alcohólico, quien me dijo: “Ya ves que Horacio me da la razón”. Yo le objeté que “ahí se dice que *la posteridad no alabará los versos escritos por bebedores de agua*; pero eso no

significa que deban escribirse en estado de embriaguez, que es cosa muy diferente". Yo, al menos, necesito la plenitud equilibrada de todas mis facultades para escribir, sea poesía o una simple carta; y de ello hay también antecedentes ilustres, el mayor de los cuales tal vez sea Víctor Hugo. No obstante, siempre he sido aficionado a los vinos, pero en dosis más bien moderadas. En toda mi vida, sólo me he sentido realmente ebrio media docena de veces: una, en mi pueblo natal, Cruces, cuando fui nombrado "Hijo Predilecto"; otra, en Roma, con un pérfido Chianti; en España, en un pueblo de Galicia llamado Villalba y en complicidad con don Antonio Noche; otra vez, cuando desperté en mi cama, sin recordar cómo había llegado hasta allí, desde un restaurante de la playa de Mariana; igual que en Monterrey, México, después de hacerme servir una dosis de cada una de las bebidas que había en un "bar", incluyendo una "España en llamas" —cognac con sidra— y un "submarino" —tequila con cerveza—. También recuerdo una cena, en un reservado de "Las Culebrinas", en La Habana, con varios litros de champán italiano "Riccadonna" y otros tantos de Mosela Espumante, —la más explosiva combinación que conozco. Todo iba bien hasta que advertí que mi copartícipe dionisiaca perdía el equilibrio en su asiento; y, sin tiempo para otra cosa, me eché al suelo rápidamente, delante de ella, a fin de que no se golpeará al caer. Y, en efecto, cayó sobre mí, sin consecuencias para ninguno de los dos; pero yo no pude levantarla, ni levantarme yo, y allí nos quedamos profundamente dormidos, casi hasta el otro día.

De los dos sismos asiáticos, uno es el más devastador que haya ocurrido en Filipinas, en los últimos tiempos. Terremoto y ras de mar.

Agosto 18. Miércoles. Amenaza erupción el volcán San Cristóbal, en Nicaragua. Yo he recordado a "el hombre de la ceja partida". Lo vi por primera vez en el aeropuerto "Las

Mercedes”, a donde llegué de noche, procedente de Honduras. Reparé en que el hombre me observaba, fingiendo leer un periódico, y en que tenía una cicatriz en la ceja derecha. Una vez cumplidos los trámites aduanales, me dirigí hacia Managua en un aerocar, donde no tardé en descubrir al individuo de la ceja pugilística. Yo me quedé en un hotel próximo al Palacio Nacional, y subí a mi habitación para refrescarme en la ducha, tras de lo cual se me ocurrió ir a un cine. Al cruzar el “lobby” para salir a la calle, el hombre de la ceja partida estaba allí, como leyendo una revista. Llegué al cine, donde exhibían “La última noche del Titanic” y, ya a la salida, en el vestíbulo estrecho y con columnas, lleno de gente, reparé de nuevo en el mismo individuo, con los ojos fijos en mí. Hacía un calor sofocante y decidí cruzar la calle, hacia un bar, donde pedí una cerveza helada. Yo estaba de pie ante el mostrador, con un largo espejo enfrente, lo que me permitió ver de nuevo al hombre de la ceja partida, que se acercaba en el instante en que me servían la cerveza. Y entonces se lo señalé al cantinero, y le dije: “Sírvale otra cerveza a este señor”. El hombre se quedó desconcertado y me dio las gracias, algo tartamudeante, pero yo me encogí de hombros, explicándole: “Compadre, es que lo veo tan seguido, que ya me parece de la familia”. El no esperó la cerveza, desapareciendo entre un grupo de parroquianos, y el cantinero se echó a reír, y luego confirmó mis sospechas sobre la actitud policial de mi perseverante seguidor, a quien no volví a ver durante los días que permanecí en Nicaragua, y que fueron muy gratos, por cierto, y de muchas satisfacciones personales.

Agosto 19. Jueves. Un día como hoy, jueves también, hace cinco años, en la Clínica “Corominas”, de Santiago de los Caballeros, nació Papucho: feo, velludo y de ojos desconfiados, pero con una tremenda vitalidad. Estuvo a punto de desangrarse, por la imprudencia de una persona que tiró del filamento plástico que le anudaba el ombligo. Por suerte, una enfermera reparó a tiempo en el pañal ensangrentado y el niño pudo salvarse por la inmediata intervención del Dr. Robinson

Abreu. Fue un parto cesáreo, para Juanita. Y creo que, hasta ahora, Papucho ha tenido una infancia feliz.

Al mismo tiempo que me comunicaba cuál era el sexo de mi hijo, el pediatra me propuso someterlo a la circuncisión —práctica muy generalizada últimamente en este país— pero yo me opuse, manteniéndome firme en mi negativa, ante sus argumentaciones de índole higiénica. Porque es cierto que, en los casos en que es necesario recurrir tardíamente a esa operación, resulta mucho más molesta; pero son casos poco frecuentes en general y mínimos en relación con los de los niños sexualmente precoces a causa de haber sido circuncidados al nacer. Y si es cierto que la Naturaleza, en los tiempos prehistóricos, pudo haber creado el prepucio como una protección contra un ambiente hostil que no existe ya, constituido entonces por malezas espinosas y abundancia de insectos dañinos, yo entiendo que esa membrana también atenúa muy considerablemente la sensibilidad del órgano viril, contribuyendo a aplazar cualquier interés prematuro hacia sus funciones adultas, en el niño. Y tal vez pienso así, porque considero que la Naturaleza realiza sus fines —el más importante de los cuales es, precisamente, la reproducción — a través de incitaciones graduales que corresponden al desarrollo orgánico y sensorial de los seres humanos, por lo que puede ser riesgoso un desequilibrio cualquiera en las etapas normales de ese proceso, desde la infancia hasta la juventud. Por lo demás, creo igualmente que entre las astucias de la Naturaleza, relacionadas con el instinto sexual, hay rudimentarios pero muy eficaces mecanismos psicológicos, que son los de más conflictiva vulneración. Y debo añadir que experimenté cierta satisfacción, hace algunos meses —cinco años después de mi decisión negativa en este particular— al leer un comentario del Dr. Zaglul, el reputado siquiatra, sobre irregularidades de conducta sexual en adolescentes circuncisos.

Agosto 20. Viernes. Es realmente extraordinaria la modificación fisonómica de ciertas mujeres, en su más plena intimidad compartida. Yo siempre recuerdo un caso en que *ella* dejaba prácticamente de ser ella, para ser *otra*; y la otra era la esposa de un amigo, por la que nunca experimenté ninguna inclinación específica, y con la que *ella* no tenía normalmente parecido alguno. Es decir, que no se trataba de una sustitución erótica actuando en mí, consciente ni subconscientemente, sino de un positivo cambio que se efectuaba en ella, con absoluta independencia de mi voluntad o de mi deseo. Y, claro está, nunca cometí la torpeza —y la indelicadeza— de comentar con ella su transitoria personificación de la otra; y mucho menos, con la otra, las veces que nunca supo que le fue infiel a su esposo, sin serlo, —al menos, conmigo.

Frente a mi casa hay un chalet estilo nórdico, pero que, no sé por qué, me recuerda el chalet sureño de 1908-13 St, en Ybor City, Tampa, donde pasé temporadas anuales, desde mediados de la década del 30 hasta fines de la del 40. Era una construcción de madera, pintada de blanco, de dos pisos, con jardín y estanque. Hace cuatro años, en el verano de 1972, volví a Tampa, procedente de Las Vegas. Mi hija Irma fue a esperarme al aeropuerto, con mi yerno Pedro Martell, que terminaba entonces sus estudios de Leyes en la Universidad de Gainesville; y se nos ocurrió pasar de nuevo por la vieja casa del Dr. Más, pero sólo encontramos el solar vacío. Años antes de 1930, aquella casa había sido construida a varios kilómetros de distancia y llevada sobre ruedas a la calle 13, y probablemente fue vendida después y transportada a otra parte, pues me pareció reconocerla en las afueras de la ciudad, pasando por una autopista de cierta elevación. Ahora pienso que la añoranza tampeña fue lo que me indujo a pintar de blanco mi *bungalow* de recreo, en las Alturas de San Miguel del Padrón, Guanabacoa, cuando lo hice construir en 1950. (Allí, en 1968, murió mi madre, encontrándome yo de paso en Venezuela.) Supongo que

en la actualidad, si es que sigue en pie, será algo así como una choza con el techo medio hundido y las paredes podridas. Y, del mismo modo que una mujer, en algún momento, puede recordarnos a otra que en nada se le parece, una casa intermedia —la de Tampa— me ha hecho establecer una relación entre dos casas sin parecido alguno entre sí: la de enfrente de mi casa actual y el *bungalow* donde mi madre ya no me espera...

Agosto 21. Sábado. No importa la edad: a los veinte, a los treinta, a los cuarenta años, un hombre puede levantarse con buen ánimo, cantar entre dientes bajo la ducha, planear un viaje para el próximo mes, desayunar con buen apetito... y estar muerto al mediodía, a causa de un accidente, una agresión o una huelga cardíaca. Y al día siguiente, será otro que nunca más veremos cruzar una calle.

Juanita sigue afanándose en los últimos preparativos para la fiestecita de cumpleaños de Papucho. Ya ha terminado la piñata, que es una gran nave espacial de cartón plateado, así como su cargamento de treinta y cinco reproducciones idénticas, con regalos y golosinas. Por la tarde, Papucho se cae en la pequeña escalinata que da al jardín, felizmente sin mayores consecuencias al rebotar en los cinco peldaños.

Agosto 22. Domingo. Ha sido un día de cielo claro y azul, como la contribución de la Naturaleza a la diferida celebración de cumpleaños de Papucho, que transcurre sin el menor incidente desagradable. Varios matrimonios con sus duplicaciones —entre ellos, los compadres Méndez— y algunos amiguitos de Papucho, del vecindario. Obsequios, buen humor y abundancia de comestibles ligeros. Y sin una sola gota de licor, aunque lo había para todas las preferencias. El primer invitado llegó, con su tribu, a las tres y media de la tarde, y el último se marchó a las 9 de la noche. Un día feliz para Papucho, y creo que para todos.

Agosto 23. Lunes. Lo positivo de la publicidad negativa consiste en que no por ser negativa deja de ser publicidad.

Hoy pasé junto a la verja del jardín de una casa, en mi propia calle, y me ladró un perro. En la calle Galeana, de Monterrey, por donde yo solía pasar con frecuencia, un perrazo negro, tras una ventana con barrotes, me ladraba igualmente, como con una particular inquina. Una mañana, al ver que yo iba acercándome, se lanzó contra los barrotes de hierro, ladrándome furiosamente. Y yo me detuve, de pronto... *y le ladré a él*. El perro salió disparado hacia el interior de la casa. Y nunca más volvió a ladrarme.

Entre el verso clásico y el romántico existían muy importantes diferencias estructurales, así como entre el verso romántico y el simbolista. En cambio, en las innumerables derivaciones teóricas del Vanguardismo se mantiene el concepto común del “verso libre”, que no admite ninguna diferencia formal precisamente porque se origina en una informalidad técnica. Esto parece demostrar que entre dos versos de igual conteo silábico siempre puede haber alguna diferencia de formulación, sin que la haya entre la prosa real y el verso aparente. Y el resto no es simplemente “literatura” —como decía Verlaine—, sino “simulatura”.

Uno toca a una puerta, para interceder por un amigo ante una bella dama. La dama en cuestión pregunta que quién es. Uno se identifica. Ella abre y uno entra. Uno repara en que ella no lleva encima otra cosa que la bata de casa. Ella se encoge de

hombros y dice: "Ya sé a lo que vienes"; pero al encogerse de hombros se entreabre la bata por la parte superior y uno ve algo tan hermoso que se queda mirando y ella se da cuenta de que uno está mirando y deja las cosas como están y se sonríe, simplemente. Y entonces uno cierra la puerta y se convierte en un mal amigo. Y pasan los años, y un día uno ve la misma sonrisa al cruzar un vestíbulo —en otra mujer y en otro país— y entonces uno lo anota en su Diario.

Agosto 24. Martes. Lo que fingen olvidar ciertos críticos actuales, es que los movimientos literarios nunca han sido unánimes y absolutos. Durante la época Romántica hubo poetas que permanecieron aferrados a sus normas preceptivas, escribiendo y publicando libros a la antigua usanza. Y, por ejemplo, dos factores contribuyeron al triunfo final de los románticos franceses: el favor mayoritario y, posteriormente, como acción derivada, el ingreso a la Academia, de los principales innovadores.

En nuestro idioma, el Modernismo se sobrepuso a la influencia de los post-románticos, pero durante toda la etapa rubendariana (1888-1916) se siguieron escribiendo y publicando poemas al viejo estilo. Sin embargo, también aquí la aceptación mayoritaria del público fue favorable al Modernismo y al post-modernismo, aunque esta vez contra los designios de la Academia Española.

Pero a partir de la irrupción del Vanguardismo, el proceso cambia entre nosotros. Numerosos poetas se mantienen en el post-modernismo, o giran hacia lo clásico, o establecen aclimataciones o asimilaciones válidas, siempre dentro del concepto métrico de la versificación, y siempre mayoritariamente respaldados en relación con los "versolibristas". Pero los críticos parciales se obstinan en ignorar la realidad literaria de su época y continúan llevando la cuenta pormenorizada de todas y cada una de las sucesivas sub-tendencias de mínimo ámbito grupal, cada cual con un generalísimo indiscutido, pero sin tropas a su mando, y todas enfrascadas entre sí en una trifulca de fechas anónimas y

diplomas municipales; y esto ante la total indiferencia del público, al que tampoco llega la distorsionada algarabía —habitualmente copartícipe o politizada— de los desorientados orientadores o de los orientados desorientadores de la Poesía Apoética.

Y lo más divertido es que esos críticos-voceros de la Permanente Vanguardia, no se han dado cuenta, todavía, de que ya pertenecen realmente a la impedimenta estética de la Retaguardia.

Junto con la vocación poética, muy tempranamente definida en mí, fui descubriéndome también ciertas disposiciones naturales para la música y el dibujo. Siendo un adolescente aún, en Cienfuegos, compré una vieja guitarra en una casa de empeños y no tuve dificultad alguna en utilizarla muy eficazmente bajo determinados balcones. Se la presté una noche a un trovador de trago profundo. Al otro día lo encontraron con un puñal clavado en el pecho, junto al instrumento ensangrentado y roto, que me libré mucho de reclamar. Años después, ya en La Habana, valiéndome entonces de mi otra habilidad innata, se me ocurrió un excelente subterfugio para justificar las visitas femeninas en un apartamento que alquilé en el Edificio Carreño: simplemente, me aparecí con un caballete, una paleta, varios lienzos a medio pintar y en blanco, pinceles y tubos de pintura. Los vecinos más próximos aceptaron consideradamente que mis consecutivas visitantes eran modelos, más o menos tan profesionales como yo, y no hubo protestas en la administración, por conducta licenciosa, contra el nuevo inquilino. Y todo marchó sin dificultad durante dos o tres meses, hasta que una “modelo” que salía se encontró con otra “modelo” que estaba acechando en el pasillo, junto a la escalera. Ni siquiera recogí los útiles de pintor, *inútiles* ya. Por suerte, cuando llegó la policía, el supuesto Rembrand aparecía en el registro de arrendamientos, precavidamente, con un nombre que no era el suyo.

Agosto 25. Miércoles. La nota anterior, por su nexo policial, me trae el recuerdo de un incidente nocturno en el Edificio Windeissen, en San Salvador. Alguien tocó excitadamente a mi puerta; fui a abrir, y era una bella vecina sudamericana, jadeante, descalza y a medio vestir. —“Escóndame, que mi marido quiere matarme”, me suplicó, con tal aire de angustia, que la hice entrar, cerrando la puerta. —“Mire, mire cómo me ha puesto” —continuaba ella, sollozando y mostrándome puñados de cabellos que se le desprendían, sin duda a causa de un maltrato brutal. En eso volvieron a tocar a mi puerta. —“¡Es él!”, tartamudeó la joven, clavándome las uñas en un brazo. Yo le señalé el aposento contiguo, hacia donde ella corrió, escondiéndose en un *closet*, y me dispuse a afrontar el conflicto, entreabriendo la puerta y apuntalándola con un pie, por si acaso. Y, en efecto, era el marido, con el rostro congestionado por la ira. —“Sé que mi mujer está aquí —me dijo entrecortadamente—: Déjeme entrar”. —“No, amigo —le respondí—: la que está aquí es otra persona, que no puedo permitir que nadie vea”. —“Yo la vi entrar” —insistió él. —“Se equivocó Ud. de puerta”, —me mantuve firme yo. Entonces, aquel uxoricida potencial me dijo una de las frases más extraordinarias que recuerdo en toda mi vida: —“No, si no voy a hacerle nada. ¡Sólo quiero tirarla por el balcón!” Y si se tiene en cuenta que estábamos en un tercer piso, se comprenderá que yo considerara oportuna la aparición del sereno con dos policías, para llevarse esposado a mi impulsivo visitante.

En los últimos meses se han publicado, en Venezuela y en el Perú, dos Antologías que, en realidad, son los repertorios poéticos de dos populares declamadores de esos países. En ambos libros hay una total exclusión de “poemas” en “verso libre” —como ocurre en los programas radiales de esa clase, en el resto de nuestra América. Ello se debe a que los declamadores se ajustan a las solicitudes específicas de los radioyentes, lo que representa un plebiscito espontáneo, aplastantemente

favorable al verso tradicional; aunque esto podría ser interpretado por los "versolibristas" como una simple demostración de mal gusto y retraso estético, tanto de parte del intérprete como del público, —sin ser así. La verdadera explicación es que el "verso libre", desposeído de su aspecto *visual*, por el que asume tipográficamente la apariencia del verso métrico, y sometido a la articulación *auditiva*, revela su verdadero mecanismo prosódico, que corresponde totalmente a la prosa. De ese modo, aun la mejor lectura de un texto cualquiera en "verso libre", no alcanza a establecer esa diferencia esencial que existe entre una estrofa y un párrafo, —lo cual se hace tan evidente para el público como para el declamador. Y, de ese modo, sometido a una prueba exclusivamente oral, el "verso libre" deja al descubierto su simulación óptica, que no constituye modificación alguna del verso métrico, y que a lo sumo es algo así como una variante superflua del poema en prosa.

Agosto 26. Jueves. Al mediodía, un cielo plomizo con nubes amenazantes y un violentísimo aguacero, acompañado de rayos y relámpagos. Es una auténtica tormenta tropical en miniatura. Y, al menos, refresca un poco la atmósfera.

Caras nuevas en la Universidad. Y, con las caras nuevas, nuevos parecidos con caras antiguas que seguramente han ido modificándose hasta dejar de ser como antes, y que ya sólo subsisten en el recuerdo... y en las caras nuevas. Y si a la identidad física corresponde una identidad de temperamento, es más explicable la repetición de ciertas circunstancias, a lo largo de nuestra vida.

Agosto 27. Viernes. Otro error matinal. He creído levantarme a las cinco y media, levantándome, realmente, una hora antes. Supongo que la reiteración de estos errores justifica

el cambio de números romanos a números arábigos, desde hace muchísimo tiempo, por parte de los fabricantes de relojes, —especialmente en los Estados Unidos, donde el tiempo tiene un valor más numismático que cronológico. Y el reloj de mi mesa de noche es de fabricación alemana.

Los “infiltrados” se identifican indirectamente, cuando acusan de lo que son ellos a los que no lo son.

La cosa sucedía en un yate de gran aspecto, permanentemente fondeado en la desembocadura de un río, en las proximidades de la playa de Cojímar. Siempre sospeché que sus máquinas estaban inservibles por la falta de uso. Pero, en realidad, aquel yate cumplía su misión, simplemente, flotando. Bastaba con abrir la puerta del suntuoso camarote —habían sido cuatro, más estrechos— para comprender inmediatamente su finalidad: el tal yate era una *garçonnière* acuática, —dicho con la mayor circunspección.

Pero cierta mañana dominical, después de una noche más o menos excesiva, mi compañera náutica y yo nos encontrábamos tendidos en las sillas de lona de la cubierta, cuando la vi incorporarse bruscamente, frunciendo el ceño y mirando hacia la playa, donde acababa de detenerse un automóvil azul, —a unos cien metros del yate. —“El catalejo...” —me urgió, extendiendo una mano. Y yo le entregué aquel instrumento óptico de largo alcance, que constituía una de las diversiones más neutrales de a bordo; y durante unos momentos ella lo enfocó hacia el automóvil azul, del que descendían una calva reluciente y unas caderas ondulantes. —“Sinvergüenza” —masculló—: “Me dijo que iba a Santiago de Cuba... y mira dónde está... y con quién!” Se trataba, indudablemente, de una reacción absurda contra quien tenía, por lo menos, tan buenas razones como ella para sentirse ofendido conyugalmente. Y lo

peor del caso es que no tuve manera de impedir que se vistiera y se marchara en el bote, hacia el pequeño embarcadero de la orilla del río. Unos minutos después, el catalejo me permitió presenciar la escena que se desarrolló entonces en la playa —una escena realmente de vodevil— que concluyó con la violenta arrancada del automóvil azul, esta vez conducido por mi compañera nocturnal, llevando junto a ella una calva afligida y dejando abandonada a su suerte a una sirena rubia, en la playa matutina. Y, como es de suponer, poco más tarde yo iba remando hacia la playa, en el bote, para ofrecerle una aparente ayuda providencial a la sirena en dificultades.

Agosto 28. Sábado. Nunca sospeché siquiera los verdaderos antecedentes. Le hice creer que yo alquilaba aquel yate, ciertos fines de semana, para terminar de escribir un libro, sin interferencias personales ni telefónicas. Ella compartía un apartamento del Vedado con una compañera de oficina, y era secretaria del caballero de la calva. Y volvimos a vernos, pero nunca en el yate. A él lo conocí incidentalmente, dos o tres años después, en el restaurante "Miami". Era una persona muy amable, ejecutivamente aficionado al whisky y a las confidencias sobre su buena suerte con las damas...

Varios amigos salen de viaje. Hoy, Vinicio, hacia México. El martes, hacia México también, Héctor y Rebeca, con su niña. Yo, por ahora, debo dejar empolvarse las maletas. Mi última salida, a San Juan y a Miami, fue en octubre del año pasado.

El problema de la vida, en sí, es una ignorancia de su principio y una inconformidad con su término. Pero es lógico que la Filosofía carezca de soluciones para ambas incógnitas, cuando en realidad pretendemos resolver metafísicamente un problema de cronología. Porque es posible que el Tiempo —lo

antes y lo después— sólo sea una especulación de conjeturas para el hombre, cuyo tiempo personal es el único que existe realmente. Y, replanteado así, el problema del principio y el fin de la vida —y de todas las cosas— queda transferido a la irrealidad del *antes* y el *después*, que constituye un tiempo imaginario, es decir, una especie de cronología mitológica. Pero —hay que aclararlo— no se trata de que nos aislemos artificialmente de una realidad desagradable, sino de excluir de lo real un problema que sólo existe en nuestra imaginación, y que constituye el peor lastre del primitivismo en la inteligencia y en la cultura. Y el resto —si lo hay— será pura egolatría.

Agosto 29. Domingo. Feo recibimiento a Vinicio, en México: una espantosa granizada y vientos de huracán, que han causado una docena de muertos y centenares de heridos. El avión en que iba tuvo que aterrizar en Acapulco.

Un domingo perfectamente dominical: Cielo azul, buen sol y atmósfera suavizada por los torrenciales aguaceros de anoche.

A veces escribimos algo —una novela, un cuento, un poema— sin sospechar el influjo que podemos ejercer sobre otras personas. Y es que ignoramos las infinitas coincidencias de relación que existen entre nosotros y los demás, y la importancia que adquiere a veces una frase que escribimos y olvidamos, en alguien que la lee y no la olvida.

He estado relejendo, como hago periódicamente, "The Pocket Book of Verse" (1969). En la página 326 me detengo una vez más en "When you are old", de Yeats. Es,

indudablemente, uno de los más populares poemas del Premio Nóbel de 1923. Y, como siempre que releo la primera línea:

When you are old and gray and full of sleep,

he recordado inmediatamente el comienzo del soneto más famoso de Ronsard:

Quand vous serez bien vieille, un soir, a la chandelle...

Y supongo que Yeats lo tenía bien presente también, y que realizó una variante deliberada sobre el mismo tema, *traduciendo* las primeras palabras como indudable referencia de su propósito. Tal vez no creyó necesario un epígrafe, tomando en cuenta la universalidad del soneto renacentista. Y de ese mismo parecer han sido Eliot y Pound, en distintos poemas en que han intercalado citas textuales, especialmente de poetas franceses e italianos, para que los propios lectores las identifiquen. Esto ha llegado a constituir un procedimiento al que mucha gente le atribuye una originalísima modernidad... aunque se remonta a los poetas latinos, que hacían exactamente igual con sus modelos griegos, de los que traducían numerosos pasajes sin señal alguna de procedencia, —como en “La Eneida”, por ejemplo. Eso era una especie de elegancia cultural, entonces, y parece que ha vuelto a considerarse así, dos mil años después.

Agosto 30. Lunes. Anoche tuve un extraño sueño, del que desperté bastante confuso: Yo me encontraba en La Habana, entre un gentío delirante que convergía hacia enormes urnas para depositar unos papeles rosados; se oían bandas militares y clamores de júbilo; pétalos de rosas y hojas de laurel caían de todos los balcones de la ciudad, como en una fiesta de triunfo o de resurrección. Le pregunté a un hombre sin rostro que estaba junto a mí, y él me explicó lo que sucedía:

—“Es el plebiscito. Hoy se decide la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, como Estado Libre Asociado. Unos representantes puertorriqueños han venido a ponderar las

ventajas de esa asociación, y la gente va a decir que sí, entendiendo que con ese "sí" ya nunca volverán a suceder ciertas cosas. Además, para muchos, esa es la manera más favorable de empezar otra vez desde el principio; aunque no faltan los que murmuran que todo esto es el acto final de una vieja maquinación".

—Y usted, ¿qué es lo que opina? —le pregunté.

Pero el hombre sin rostro ya no estaba junto a mí. Y yo desperté en ese momento.

Me ha preguntado un estudiante que por qué combato el adjetivo, en Poesía. Le explico que no combato *el* adjetivo, sino *lo* adjetivo; que el significado original de ese término es "agregado" (adjectivus), lo que revela su condición gramatical secundaria, y que sólo es justificable su empleo cuando singulariza el sustantivo, atribuyéndole propiedades no comunes, en vez de degradar su significación con aditamentos rutinarios, como cuando a "labios" se añade el calificativo de "rojos". Le amplí mi explicación en el sentido de que una calificación contraria —"anémicos"— ya dejaría de ser una vulgaridad; así como que precisamente el adjetivo suele establecer uno de los más feos vicios de lenguaje, en prosa o en verso, que es el pleonismo; y me refiero entonces a Vicente Huidobro, que en su "Arte Poética" definió muy certeramente: "El adjetivo, cuando no da vida, mata". Finalmente, reconozco que, en ciertos poetas, como en López Velarde, el adjetivo constituye una parte importantísima de su originalidad expresiva; aunque en su caso es siempre el adjetivo de singularización, como al referirse a unos "dedos *maniáticos* de sastre". Concluyo invitándolo a repasar "La Biblia", en busca de adjetivos innecesarios, a ver si los encuentra.

Agosto 31. Martes. Noche de chubascos y truenos. Amanece gris.

Hoy concluyo las dos terceras partes de mi Diario. Juanita fue a inscribir a Papucho en la escuela, a tres cuadras de distancia: Las clases empiezan el 13 de septiembre. Recibo algunas cartas del exterior. He tenido una mañana muy activa en la Universidad, revisando originales.

Una de las lindas caras nuevas de la apertura de cursos, me ha recordado, por un mecanismo de enlace, a Alberto Baeza Flores. He recordado vívidamente una tarde, en las proximidades del monumento al General Gómez —José Miguel, no Máximo— en que íbamos, en el asiento delantero de mi automóvil, la linda muchacha, Alberto y yo. Y, de pronto, ella le dijo: —“Alberto, yo quiero que tú seas el padrino”. Baeza me miró de soslayo, un poco indeciso, y luego hizo una pregunta aparentemente lógica: “¿Del matrimonio?”. —“No —respondió ella—: del *baby*”. Nunca he visto una expresión de sorpresa, casi de espanto, semejante a la de mi amigo chileno, aquella tarde. Por suerte, no había ningún *baby* en las probabilidades inmediatas, ni lo hubo nunca. Y, todavía hoy, no logro explicarme aquella extraña broma —o lo que fuera— a no ser que se tratara de un modo indirecto de ponerlo al tanto de ciertas intimidades mayores entre nosotros, y que él no conocía por mí.

Tal vez el problema del “verso libre”, —es decir, de lo que sigue llamándose verso, pero despojado de unidades métricas y de equivalencia de rimas— se ha complicado innecesariamente, o maliciosamente, según los casos. La cosa en sí podría ser más simple —y muchísimo más clara— replanteándola directamente, sin subterfugios ni verbalismos. Por ejemplo, si consideramos que el verso es anterior a la escritura, es indudable que se trata de un fenómeno acústico y no óptico; es decir, una estructura fonética que se origina en un esquema de reiteración, en una

simetría de significados. La deducción natural es que el verso, en su fijación alfabética, se escribe para ser *oído* (por todos) y no *leído* (para sí por cada cual); y que, aun en el segundo caso, deberá ser *oído* mentalmente por el lector, o ya no será verso, sino una secuencia de palabras cuyo ritmo secundario o casual estará sometido a las reglas de la prosa común.

Se ha llegado a afirmar que no hay diferencia apreciable entre la música del verso y el ritmo de la prosa, —lo cual me parece un estupendo tema de discusión para una asamblea de sordos. Por lo demás, es perfectamente comprensible que un ciego admita la inexistencia de la Luna, si se le asegura que la Luna no existe. Lo absurdo es que una persona que esté viendo la Luna acepte que no existe, porque un ciego le diga que no la vé.

LIBRETA 9

SEPTIEMBRE

Septiembre 1o. Miércoles. Hoy he leído una defensa del “lapso de tiempo”, como expresión perfectamente legítima y sin asomo de redundancia, señalándose su empleo por autoridades literarias, —especialmente del siglo pasado. Y eso está bien, o, al menos, no está mal. Todo lenguaje posee un dinamismo de adaptación, más que de evolución; aunque con frecuencia el uso torpe logra sobreponerse a la definición normativa. Yo recuerdo siempre un gomígrafo que solía acuñarse en ciertos telegramas, en mi país: CONTESTA PAGA, —en vez de “contestación pagada”; pero esos dos errores consecutivos han dejado de ser errores en la actualidad: “contesta” se admite ya como “respuesta”, y “paga” como “pagada”. Claro está que, por ese camino, llegaría a no ser necesario el estudio de la Gramática; pero es explicable que un idioma como el nuestro, que se emplea preferentemente para discutir, sea un buen motivo de discusión.

La sinceridad es un riesgo entre el cinismo y la mala educación.

Septiembre 2. Jueves. Un día como hoy, 2 de septiembre, en 1910, desembarcaba Rubén Darío en el puerto de La Habana, en tránsito hacia Veracruz. Ese mismo día del mismo año, a trescientos kilómetros de distancia de La Habana, nacía un niño gordo y feo en la calle José María Heredia, en Cruces, provincia de Las Villas (entonces provincia de Santa Clara).

Hoy, 66 años después, aquel niño gordo y feo es un buen señor, más o menos expatriado, que escribe sus Memorias en Santo Domingo, capital de la República Dominicana.

Al fin veo los primeros ejemplares de la revista "Aula" editada bajo mi dirección. Y, en realidad, quedo satisfecho con las innovaciones que he introducido en la impresión y en el formato.

Por la mañana recibí un cablegrama de felicitación, de Irma, Pedro, Irmita... y Peter, el nuevo nieto. Casi a las doce de la noche, Pichi me llama por teléfono, con Nancy, desde Las Vegas. Guarionex, los Nápoles y Onelio estaban aún en el portal, golpeando el vino, después de la carne en barbacoa, los tamales y los tacos que preparó Juanita; y allí permanecemos hasta la una de la madrugada del viernes 3, después de algunas horas de chistes, anécdotas y buen humor, que finalizan en serio, con mi promesa de disminuir la diaria incineración de tabaco, en lo adelante.

Septiembre 3. Viernes. Un día de intensa actividad, revisando los originales de una obra de lexicología del Dr. Piantini. La inmersión en ese texto mal mecanografiado me desconecta exterior e interiormente con el hoy y con el ayer. Un calor sofocante que se atenúa un poco, ya atardeciendo.

Recibo carta de Pichi, desde Las Vegas. También allí hay una temperatura endiablada, ahora. Yo recuerdo un mediodía de 1972, en que vimos incendiarse espontáneamente un automóvil estacionado, tal vez a causa de alguna filtración de gasolina; y recuerdo aquellas aceras pintadas de verde, para

metaforizar la vegetación que no logra aclimatarse en aquel suntuoso vestíbulo del desierto. Pero, aun así, recuerdo con alegría aquella temporada de hace cuatro años, con mi hijo más alto que yo.

Septiembre 4. Sábado. Hoy será un día de atender mi correspondencia, siempre en trance de aplazamiento y acumulación. Esto, desde luego, si lo imprevisto no interviene contra mi propósito. En realidad, comprobando cotidianamente cómo se modifican nuestros planes más inmediatos, se comprende la inmensa tontería de los proyectos para el año entrante.

Nápoles viene a desayunar a casa, después de su caminata tempranera, que le serviría para disminuir de peso... si no estimulara prodigiosamente su apetito. Luego lo acompaño al taller de reparaciones, en el que deja su automóvil rojo, para un arreglo superficial; y seguimos paseando en otro, azul, hasta detenernos en una heladería, donde sometemos a prueba seis sabores de frutas. Hay, realmente, un espantoso calor. Sólo al regreso, a las once de la mañana, puedo leer los periódicos. Juanita se interesa por una película sobre el desastre del dirigible "Hindenburg"; yo recuerdo que Gertrudys de Mieses me habló de lo mismo, hace dos o tres días, y la llamo por teléfono, invitándola a que nos acompañe. Y, en efecto, vamos a la primera proyección de las dos de la tarde, Juanita, Gertrudys, su hija Patricia y yo, y escogemos bien en lo referente a la hora de menor aglomeración de público, pero mal en cuanto a la distribución del fluido eléctrico; y aunque el proyector del cine funciona bien con una planta de emergencia, ésta es insuficiente para activar el aire acondicionado. Al regreso, escribo finalmente una sola carta de las seis o siete que había calculado para este sábado canicular.

Septiembre 5. Domingo. He puesto al día mi

correspondencia, al fin, por la mañana. El calor es, simplemente, deshidratante. Papucho amaneció ronco, de tanto toser anoche. Está esperando que venga Guarionex, "para que lo cure en seguida".

En el borde de uno de los barrotes de hierro de una ventana de mi despacho, hay un boquete semicircular, inequívocamente producido por una bala de grueso calibre. Es un "recuerdo" de "abril del 65".

Ha empezado a soplar un mal viento, al atardecer. También la naturaleza tiene cambios de carácter. Después de una mañana luminosa y un mediodía de calcinación, la tarde refresca, y es probable que la noche sea de lluvia y truenos. Así, parecidamente, puede ser la opinión que distintas personas se formen de nosotros. Todo dependerá del momento en que se nos haya acercado cada una de ellas. Y, de ese modo, serán opiniones contradictorias entre sí, aunque todas verdaderas, sin que ninguna nos defina en realidad.

Septiembre 6. Lunes. Anoche llovió largamente, pero sin violencia. Fue más bien una lluvia pacífica, protectora de los jardines y los noviazgos. Y casi hizo frío, a la hora de las sábanas, para resumir la incoherencia dominical.

En el argumento de la película sobre el dirigible "Hindenburg" tiene una gran importancia la predicción de una vidente que luego se equivoca en otros sucesos, aunque acierta en lo de la catástrofe. Anoche vi por TV un programa de la serie "El Sexto Sentido", sobre casos de parasicología. Y, de manera casi obligatoria, pensé en el cactus, en ese cactus al que me he

referido tantas veces. La cosa empezó hace tres años, todavía viviendo yo en Santiago de los Caballeros. Una amiga fue a Puerto Plata y, al volver, me trajo un mensaje bastante extraño, de doña Lolita Román; un mensaje que no entendí bien, en un principio: "Que volviera a hacer lo que yo hacía, tiempos atrás, de una manera algo simbólica, y cuyo significado ella no lograba descubrir, aunque me veía claramente, como inclinándome y depositando "en alguna parte" un objeto redondo, que lo mismo podía ser una moneda que un anillo". Repito que, en el primer momento, me quedé completamente desconcertado, sin atinar a qué podía referirse doña Lolita. Pero más desconcertante aún fue recordar de pronto un cactus, y mi costumbre de introducir monedas de plata en la tierra, en torno suyo. Y recordé también el origen de aquella costumbre, que fue una broma algo excéntrica: una tarde, descubrí que se me habían acumulado en un bolsillo demasiadas monedas, y me puse a repartirlas entre un grupo de muchachos de un edificio de apartamentos que yo frecuentaba; y cuando la tropa feliz salía ruidosamente a comprar dulces y refrescos, reparé en el cactus, que era una sola hoja sobresaliendo en una maceta. —"Este pobre cactus necesita alegrarse un poco también—", dije; e introduje una moneda, profundamente, en su tierra oscura. Nada más. Pero con el paso de los días y los meses, fui advirtiendo una extraña coincidencia entre los retoños del cactus y mis ingresos económicos imprevistos, —que solían ser generalmente del exterior y con frecuencia considerables. Y yo seguía ofreciéndole monedas a la planta, y la planta parecía agradecerme las, retoñando. Nunca he podido comprender la sorprendente y consecutiva casualidad de que cada retoño del cactus constituyera un aviso de esa índole, sin fallo alguno. Nunca he podido explicármelo, ni creo que tenga explicación lógica, pero así sucedía; y siguió sucediendo hasta que me marché de mi país.

El mismo día que recibí el singular mensaje de doña Lolita Román fui al patio de la casa contigua, donde crecía un viejo cactus, y le corté una hoja, que sembré en una maceta. Esa hoja se ha multiplicado, y ahora es un nuevo cactus, en el patio

interior de mi casa. Y sus retoños siempre coinciden con algún suceso favorable para mí. Esto es increíble y yo mismo lo acepto como tal. Es un fenómeno absolutamente absurdo, como todos los fenómenos. Sin embargo, lo más inexplicable es que yo había olvidado el cactus primitivo, así como su historia y mi costumbre algo ritual de hace tantos años. Nunca lo había comentado con nadie. Repito que lo había olvidado por completo. Y, sin embargo, doña Lolita me lo recordó con toda exactitud.

Esta es, al fin, la historia del cactus. Y creo que ya es bien comprensible la razón por la cual he vacilado tanto en referirla, aplazándola para después, tantas veces.

Septiembre 7. Martes. La superstición suele ser un producto directo de la ignorancia. Esto es, al menos, lo que repiten los racionalistas desde hace muchísimo tiempo. Y tienen razón, sin duda, aunque los racionalistas no tengan *toda la razón*, como no la tiene nadie. Puede haber alguien que no sea supersticioso, y que hasta combata la superstición y, sin embargo, es posible que actúe supersticiosamente en algún momento, de un modo involuntario. Ello se deberá a que hay actos y palabras procedentes de antiquísimas supersticiones que heredamos en las costumbres y en el lenguaje, y que sería imposible rechazar para siempre, aunque descubriéramos su origen. Viene a ser algo así como —en el aspecto religioso— excluir a Dios del vocabulario y, en vez de “Dios lo quiera”, decir “ojalá”, que en fin de cuentas viene a ser lo mismo, pero en árabe (Oj Alah).

Yo, por mi parte, no soy ni he sido nunca supersticioso; pero creo que existen en este mundo potencias desconocidas que a veces empleamos por casualidad, sin comprenderlas ni identificarlas, y que pueden producir hechos contrarios a las leyes físicas y a la lógica de lo posible.

El brujo de la tribu, sin la menor duda, logra realizar

curaciones; pero su poder curativo probablemente no reside en él, ni en sus brebajes, ni en sus fetiches, sino en la fe del enfermo, y en lo que esa fe tiene de voluntad inconsciente de curación.

Cierta energía mental, tal vez precisamente por su origen eléctrico, necesita de algún factor intermediario para proyectarse externamente, —como la antena para la radio y la TV, que son formas de “telepatía artificial”. Esa antena para la proyección mental puede ser un fetiche, un tótem, un icono, una reliquia, un crucifijo, un amuleto —o un cactus.

Septiembre 8. Miércoles. Hay días parecidos a ciertas personas impersonales, que se parecen a cualquiera, pero a nadie en particular.

Un mediodía excelente: Guarionex (Margeaux-Calvet, Mario's, London broile), y de repente, Manuel Mora Serrano, entusiasta y cordial, como un domingo en Pimentel.

A media tarde empieza la lluvia. Y probablemente seguirá así toda la noche, entre escampadas a medias y aguaceros de inundación.

Septiembre 9. Jueves. Nadie sabe quién anda por dentro de uno, durante el sueño. Pero anda alguien. No es que uno se va, sino que alguien llega. Tal vez sea “uno-de-los-otros-en-uno”. No sé. Pero sí sé que he tenido un extraño despertar a medianoche, recordando obsesivamente dos líneas de los “Sonetos a Orfeo”:

*Geht ihr zu Bette, so lasst auf dem Tische
Brot nicht und Milch nicht; die Toten ziehts—.*

Recordé igualmente el ejemplar de “Die Sonette an Orpheus”

que adquirí en una librería de Florencia, —fino papel, pulcra impresión, tapas de tela gris. Pero cuantas veces intenté dormirme nuevamente, reaparecían en mi memoria los dos inquietantes versos. Miré el reloj. Eran las 2.20. Y decidí leer un rato, para combatir a Rilke. Me levanté y, al pasar por el comedor, reparé en un vaso con residuos de leche y un pedazo de pan, sobre la mesa. Y entonces he creído comprender: Probablemente, al acostarme, ví el pan y la leche, allí; y el resto ha sido una involuntaria evocación de la misteriosa advertencia de Rainer María:

*De noche, al acostaros, no debéis dejar nunca
pan ni leche en la mesa, —porque atrae a los muertos...*

Hoy ha muerto Mao Tse Tung: Desde que el hombre habita este planeta, nadie logró imponer su voluntad sobre mayor número de personas. Pero, aun así, sólo tuvo poder de vida o muerte sobre los demás...

Unos versos de Fabio Fiallo, reproducidos en un periódico, me han hecho evocar la noble figura del poeta, en las tertulias del vestíbulo del Círculo de Bellas Artes de La Habana. Tuvimos una estrecha amistad, él con 70 años y yo con 25. Pero él era más joven que yo, en su manera de sonreír. Fue de los primeros en leer el “Poema del Renunciamiento” y quien lo introdujo en la República Dominicana. Se divertía refiriendo que Rubén Darío le dijo en cierta ocasión que “el peor enemigo del poeta Fabio Fiallo es un declamador llamado Fabio Fiallo”. Y recuerdo que una tarde me pidió que lo acompañara a buscar un certificado a la Administración de Correos: Era un libro primorosamente impreso, de hermosas capitulares y amplios

márgenes, con su obra poética traducida al italiano. Aquí nadie tiene noticias de esa traducción, que me consta que existe.

Hoy le he estado explicando a Papucho los misterios del número 9, en la tabla de multiplicar. Ante todo, la suma del producto de cada una de sus multiplicaciones progresivas siempre produce a su vez un total de 9. Por ejemplo: $9 \times 2 = 18$. ($1 + 8 = 9$). $9 \times 3 = 27$. ($2 + 7 = 9$.) Y así sucesivamente hasta el $9 \times 9 = 81$. ($8 + 1 = 9$.) Esto únicamente ocurre en las multiplicaciones por nueve. Pero hay algo más sorprendente, y es que, sumando consecutivamente los dígitos del producto de cualquier cifra que proceda de una multiplicación por nueve, siempre da el mismo resultado que del 1 al 9 en la tabla de multiplicar. Por ejemplo, con números a capricho: $114,908 \times 9 = 1,034,172$. Sumando los dígitos de esta cifra se llega a un total de 18. Y, sin duda, $1 + 8 = 9$.

Otra comprobación, más sencilla: $1,234 \times 9 = 11,106$. Sumando 1,1,1 y 6, el producto es 9.

Este es un fenómeno que se origina exclusivamente en las multiplicaciones por nueve; es decir, que no constituye una ley aritmética general, sino una excepción matemática. Y, aunque yo lo descubrí por mí mismo, hace muchísimos años, es más que probable que haya sido descubierto antes por otros, —que es lo que ocurre habitualmente con las cosas que creo descubrir yo...

Septiembre 10. Viernes. Hoy le di una repasada lateral al Pragmatismo, corrigiendo las pruebas de imprenta del primer tomo de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña —que está editando la UNPHU— donde aparece un ensayo muy penetrante sobre William James. Y lo que yo creo más original en James —y en Peirce— es su categórica ruptura con los procedimientos tradicionales de la Filosofía; porque no es solamente una “filosofía en acción” —más que “de la acción”— sino un concepto radicalmente subversivo del término en sí,

llegando a establecer tal contradicción entre lo filosófico y lo pragmático, que sería disparatado referirse a una "filosofía pragmatista". Por otra parte, al crear antinómicamente el "principio de la finalidad", paraliza el impulso especulativo de las Matemáticas. Y, yendo de una acción a otra, esa "antifilosofía" asume un sentido de *reacción* que, dirigido aparentemente contra la Filosofía, apunta en realidad contra los filósofos.

Septiembre 11. Sábado. A mí me preocupan los imanes. Me preocupa el misterio de su energía, más allá de las explicaciones y de las hipótesis. Y me preocupa también el mercurio, con su propensión a subdividirse y a reunificarse. Pero, sobre todo, me desconcierta el fenómeno de la capilaridad, que es realmente un "mecanismo antigravitatorio", mediante el cual los árboles han resuelto, con la mayor sencillez, un problema de matemática superior.

Hace más o menos 25 años, experimenté un dolor vivísimo en el hombro derecho: Yo iba en mi automóvil, y me vi obligado a regresar a mi casa, guiando con la mano izquierda. Al día siguiente fui a ver al médico, quien me diagnosticó una bursitis, indicándome un tratamiento de terapia profunda. Pero yo preferí soportar las molestias de la enfermedad, antes que correr los riesgos de la curación por radiaciones. En cambio, me sometí a un tratamiento empírico, que consistió en verter el mercurio de un termómetro en un tubito de cristal que fue cerrado herméticamente y envuelto en un pedazo de tela, para adherirlo entonces a mi camiseta, con un prendedor, a la altura del hombro en dificultades. No recuerdo con exactitud cuánto tiempo estuve sometido a aquella terapia mercurial, aunque no fue mucho; creo que dos o tres semanas. Pero de eso hace más de un cuarto de siglo, y no he vuelto a padecer de bursitis.

Dos veces me ha sucedido: una, en compañía de José de San Antón —que moriría poco después—, en una calle del viejo San Juan de Puerto Rico; otra, solo, yendo a ver a mi madre, en La Habana. En ambas ocasiones experimenté la repentina impresión de ser otra persona en mí mismo; otra persona con sus recuerdos propios, que me eran ajenos completamente, con sensaciones como sobreponiéndose a las mías, —algo así como otra identidad intentando desplazarme por dentro. Sólo puedo definirlo como una especie de vértigo, de superposición de imágenes perfectamente claras, pero que no correspondían a mi vida personal, con súbitas evocaciones de rostros desconocidos, de lugares donde nunca estuve, de retazos de conversaciones, en una gran confusión momentánea. Y luego, lentamente, yo volvía a ser yo en mí, pero agotado, deprimido, como después de una tremenda actividad física. Tal vez pueda explicarlo mejor, como eso que se siente al llegar por primera vez a un lugar que nos parece conocido desde antes, pero multiplicando esa sensación indefinible hasta definirla como una realidad absoluta, durante un tiempo fuera del tiempo normal, o en una total desconexión con el tiempo.

Dos veces me ha sucedido, sin coincidencia alguna con ningún particular suceso posterior, sin carácter premonitorio, sin alteraciones en mi salud y sin explicación posible. Han sido dos hechos aislados e igualmente insólitos. Y no me agrada la posibilidad de que pueda sucederme por tercera vez; pero tampoco quisiera inducir a error a nadie, con esas dos experiencias aparentemente relacionadas con el espiritismo y las “entidades perturbadoras”: Yo creo, más bien, que se trata de un doble caso de “interferencia mental”, de índole telepática y procedencia indeterminada, pero perteneciente al ámbito de lo que aún desconocemos en lo conocible.

Septiembre 12. Domingo. Larga noche de truenos explosivamente próximos e interminables párrafos de lluvia. Y amanece lloviendo.

Sobre una nota de ayer: Hace años leí que los mineros del mercurio y los operarios que intervienen en los procesos de su purificación, padecen de reblandecimientos óseos. Eso indica la posible existencia de radiaciones —o emanaciones— en el más extraño de todos los metales. Tiene cierta lógica, por lo tanto, su acción sobre las articulaciones del esqueleto, especialmente en los casos de bursitis o de reuma común.

Anoche vi un programa de TV sobre el vulgarizado tema del *crimen perfecto*... que siempre concluye con la captura del criminal, a causa de alguna imperfección al planearlo o al ejecutarlo. Pero un crimen perfecto, en realidad, deja de ser perfecto cuando puede ser identificado como crimen. Y yo pienso que ese programa tal vez habrá hecho sonreír a muchísimos criminales que disfrutaban de excelente reputación social. Y pienso que en cada camposanto —por pequeño que sea— bien pudiera reposar la víctima de un crimen verdaderamente perfecto. O más de una.

Más sobre el mercurio: He leído también que sus mineros y operarios presentaban una positiva inmunización al contagio sífilítico, —lo cual fue el origen del tratamiento mercurial tan en boga antes de la aparición de la “bala mágica” de Ehrlich. En asociación de ideas con mis dos misteriosas experiencias de San Juan y de La Habana, hay que descartar toda posible explicación en un sentido semejante, ya que no soy heredosisifilítico, ni me he infectado personalmente de espiroquetas, ni tengo antecedentes familiares de demencia degenerativa, ni he debido someterme nunca a ninguna terapia mental.

Septiembre 13. Lunes. Noche de lluvia agrícola, de agua sobre agua. Hoy será un día importante en la vida de Papucho,

pues irá a una escuela por primera vez. Ya con cinco años cumplidos, y con el deseo personal de aprender, todo será mucho más fácil para su adaptación al nuevo ambiente. Y el Colegio San Luis Gonzaga está bien cerca: a dos cuadras y media de nuestra casa.

En la página 367 de la "Poesía Dominicana en el Siglo XX", de Alberto Baeza Flores, descubro un ejemplo casual de métrica ambivalente. Es un verso del poeta dominicano Andrejulio Aybar, que corresponde a su poema "Preludio":

Ya la hoja se iba a la ilusoria ruta.

Según se lea, este verso es endecasílabo, con dos duras sinalefas en segunda y cuarta o es un suave alejandrino con hiato en la cesura central. Como el resto de la composición tiene una base endecasílaba, se trata, por lo tanto, de un verso de áspera prosodia:

Ya láoja séiba a la ilusoria ruta.

Claro está que con la adopción del "verso libre", los "poetas modernos" se ponen a salvo de estos mortificantes conflictos.

Septiembre 14. Martes. Un día gris y húmedo. Le devuelvo a Fernández Spéncer el libro de Baeza... y discutimos sobre Unamuno. Yo me mantengo firme en que Unamuno es un poeta ramplón. El lo considera un poeta genial. Y, en el fondo, tal vez los dos exageramos algo: él, en lo de genial, y yo... en lo de poeta.

Un día así andaba yo por Venecia, entre callejones de paredes desconchadas y zaguanes oscuros; y vi de pronto, sobre una repisa, en un cuchitril, con un resplandor de sangre, una

gran copa de cristal rojo. Una tarde así, pero de ventolera, iba yo por el Barrio Gótico de Barcelona, pegándome a las paredes como un perseguido por la Inquisición y sujetándome el sombrero. Y alguien me gritó desde una ventana: “¡Adiós, Juan! ”. Y yo le respondí: “¡Adiós, Pedro! ”. Y él tampoco se llamaba Pedro, naturalmente.

Septiembre 15. Miércoles. Yo siempre he detestado la aritmética, aun cuando mi disposición natural para esa asignatura me ha permitido la mayor rapidez y exactitud en los cálculos mentales. No sé si en el desarrollo de esa capacidad ha influido mi afición al ajedrez, —aunque es más que posible que haya sido así. De cualquier modo, hasta la fecha de hoy he vivido 24,120 días —incluyendo los 17 correspondientes a los años bisiestos. Descontando de esa inquietante suma los 5,844 días de mi etapa más o menos irracional, hay 18,276 días que debo simplificar en los 366 de las anotaciones de este Diario, lo que da un promedio de 50 a l. Y es cierto que a veces transcurren cincuenta días sin que suceda nada importante o de interés, pero también hay etapas en que se acumulan las vivencias “husserlianas”. Y lo demás queda sometido al mecanismo de las aproximaciones, que establece la lógica del recuerdo, o al recuerdo que se establece por otros mecanismos que no logramos identificar con la ayuda de la lógica, o que corresponden a una lógica que desconocemos, y que frecuentemente llamamos “azar”.

EL REGRESO

*Ya aprendí la ceniza de la brasa
y la temperatura de la nieve,
y el rencor de la lluvia que no llueve
y el hastío del viento que no pasa.*

*Ya sé lo que no es mío en lo que es mío
y el peso de las horas en mi mano,
y cómo al fin se acerca lo lejano
y cómo un hombre se parece a un río.*

*Y no sé bien si me enseñó la vida
alguna cosa más que se me olvida
entre las cosas que he dejado atrás;*

*ni me importa saber de qué manera
se me olvida el amor, como si fuera
ni más ni menos que una cosa más.*

Septiembre 16. Jueves. He estado hojeando las libretas mensuales de este "Año Bisiesto". No hay duda de que hay ciertas reiteraciones, pero he decidido no eliminarlas. También puede haber alguna idea en su origen, esquemáticamente, que después se desarrolla con toda amplitud, o alguna excesivamente verbalizada, que después se esquematiza. Pero, sobre todo, es posible encontrar distintas alusiones a un mismo dato, o a una misma anécdota. Y para mí está bien claro, ya, que hay sucesos de nuestra vida que recordamos más de una vez, en el curso de doce meses.

Hoy, en una conversación con el Dr. Pérez y Pérez, recordé la única vez que he sangrado por la nariz a consecuencia de la altura: fue en el Zócalo, frente a la catedral mexicana, en 1954. Antes y después de eso, he estado en lugares de mayor altitud, y en la propia ciudad de México, sin que me sucediera tal cosa. Y recordé vagamente a un antiguo condiscípulo, en los Hermanos Maristas: Fernando, rubio, pacífico y corpulento, que sangraba profusamente por la nariz, con frecuencia, pero al nivel del mar.

Septiembre 17. Viernes. Una de las pocas cosas que siguen desconcertándome, a mi edad, es el entusiasmo con que ciertos

hombres pormenorizan sus intimidades con una prostituta. Se me dirá que ello es preferible, de cualquier modo, a una indiscreción semejante, pero referente a mujeres de otra condición; y yo no vacilaría en estar de acuerdo, si quien divulgara lo uno fuera realmente capaz de callar lo otro. O no sé si será que siempre he tratado de marginarme de la promiscuidad sexual —tal vez a causa de la traumatizante lectura de cierto libro encuadernado en tela roja a que me he referido anteriormente, más que por algún escrúpulo moral de sacristía que nunca han compartido ni siquiera los sacristanes. De cualquier modo, la prostitución no me parece, en sí, un hecho inmoral, sino amoral; es decir, que no se trata de un hecho *contra* la moral, sino *al margen* de la moral. Y acaso pudiera parecer un bizantinismo el establecimiento de una distinción semejante para calificar el comercio del acto supuestamente más espontáneo de nuestra vida, si en realidad esa *simulación práctica* estuviera limitada a tal comercio y no existieran las conocidas derivaciones en que la prostitución se legaliza ante jueces y sacerdotes con los “matrimonios de conveniencia”, o si fueran poco frecuentes las relaciones extralegales, pero igualmente condicionadas al interés económico.

En cuanto a mis experiencias en lo relacionado con la “prostitución normal”, debo admitir que, aunque han sido bien pocas, las tuve en la época más o menos normal también, o sea, en la zona intermedia de la pubertad a la juventud: sólo recuerdo cuatro camas alquiladas, —incluida su ocupante.

Muchas veces, para establecer las diferencias prosódicas entre el idioma español y el inglés, en sus relaciones con la poesía, he destacado la abundancia de monosílabos del segundo,

poniendo de ejemplo los endecasílabos de Kipling, en "If", muchos de ellos constituidos por diez vocablos:

If you can thing —and not make thouns your aim

.....

if all men count with you, but none too much...

Sin embargo, en nuestro idioma, en casos excepcionales y generalmente por pura casualidad, puede suceder algo parecido o que hasta supere la abundancia de monosílabos de los dos ejemplos anteriores. En los versos que escribí antier, por ejemplo, hay un endecasílabo con *doce* vocablos:

Ya sé lo que no es mío en lo que es mío.

Acabábamos de sentarnos a la mesa, para cenar, cuando Papucho me avisó que cierta persona habitualmente inoportuna quería verme. Juanita aleccionó al niño: "Díle que tu papá no está". Yo la rectifiqué: —"No. Díle que me haga el favor de venir en otro momento". Y es que, una vez más, recordé la deprimente impresión que me produjo una circunstancia semejante, siendo yo un niño de siete a ocho años, y mi padre me ordenó que mintiera en la misma forma. Y yo lo obedecí, pero avergonzado, sin atreverme a mirar al visitante. Durante mucho tiempo me sentí perplejo ante aquella contradicción entre dos reglas de buena conducta —decir la verdad y ser obediente— cuando para ser obediente debía mentir. Mi padre cometió un error aquella vez. Y yo lo rectifiqué esta noche.

Septiembre 18. Sábado. Me despierto antes de las cinco, preparo mi desayuno y releo algunas notas. Aun tan tempranamente, hace calor. Y, sin embargo, dentro de unos momentos empezaré a vestirme con ropa gruesa: Guarionex

vendrá a buscarme de seis a siete para ir a Constanza, a más de cien kilómetros de carretera y a más de mil metros de altura. Yo estuve una vez y sentí frío en pleno mediodía de verano.

Constanza es lo más parecido a un valle suizo, en pleno trópico. Encontramos una temperatura más bien alta para sus habituales moradores, aunque más bien baja para los que venimos de la Capital: 23 grados centígrados. Nos dicen que hacía años que no se sentía tanto calor allí, —tal vez debido a la persistente sequía. Pero nosotros llevamos la lluvia, pues a poco de que llegáramos empezó un aguacero de proporciones descomunales. En resumen, un buen sábado de romper la rutina, aunque a mí estuvo molestándome una irritación de los ojos. Regresamos siendo ya domingo.

Septiembre 19. Domingo. Le escribo temprano a Esténger, respondiendo a una carta suya recibida ayer, durante mi ausencia. Luego se reúnen aquí Guarionex y Nápoles, y salimos juntos a dar una vuelta en automóvil, terminándola en el restaurante “Bilbao”, donde las cervezas iniciales derivan hacia cuatro botellas de vino español.

Al volver a casa, me deprime la penosa noticia del fallecimiento del Dr. Piantini, quien deja a medio corregir el texto final de su libro de cuestiones lexicológicas, que nos acercó tanto y tan agradablemente en sus últimos días.

Septiembre 20. Lunes. Empieza el lunes lloviendo débilmente. Sin embargo, hay calor, por la densa inmovilidad del aire. El cielo de tinta china se va transparentando en azul prusia, hasta que, finalmente, el azul se aclara en gris. Y yo me quedo pensando de qué modo podría explicarse o describirse un

color cualquiera —el verde, por ejemplo— sin recurrir a una comparación.

Un día como hoy, hace 8 años — el 20 de septiembre de 1968— llegué a la República Dominicana, procedente de Miami, llamado por Ramón Lorenzo Perelló, entonces director general de R.T.V. Dominicana.

*Estoy pensando en un recién nacido,
flor del hombre, retoño a su manera,
aprendiéndose el ámbito de afuera
con la mirada, el tacto y el oído.*

*Lo estoy pensando así, tal vez dormido
en su oscilante mundo de madera,
pero dormido sin soñar siquiera,
sin nada para el sueño ni el olvido.*

*Así lo pienso, así, remotamente,
en ese ayer, no en el ayer reciente
ni con el brío de su juventud;*

*y así lo evoco, sin razón alguna,
en su primera noche en una cuna,
mirando al noble viejo en su ataúd.*

Sin la menor duda, todo lector de versos —y todo poeta— puede llegar a experimentar cierta “fatiga del oído”, después de un excesivo contacto con la poesía, —fatiga equivalente a la repugnancia del paladar por un exceso de golosinas, o a las molestias musculares que origina un esfuerzo físico continuado.

Así, en el caso del lector de versos, sobreviene la noción del “sonsonete”, que llega a pervertir el ritmo de la versificación más perfecta, especialmente cuando ésta ha sido estructurada sobre esquemas de equivalencia reiterativa, tanto en la disposición de los acentos como de las consonancias, en un molde estrófico invariable, —por ejemplo, a la manera de ciertos vastos poemas de Núñez de Arce.

Pero aquí es donde se produce un imprevisto acercamiento analógico entre los gastrónomos y los amantes de la poesía —o los propios poetas— y también se define la única ventaja de la prosa sobre el verso, —si es que existe esa ventaja en el “gourmand”, que es un simple tragón, sobre el “gourmet”, que escoge y degusta sibaríticamente cada manjar, más atento a su placer que a su alimentación. Así, la prosa consiente largas horas de lectura, —en dosis de “gourmand”. La poesía, en cambio, es para los “gourmets”, en pequeñas dosis de lenta degustación.

Septiembre 21. Martes. A las tres y media de la mañana me despierta un trueno verdaderamente atómico, con acompañamiento de relámpagos fotográficos. Durante más de una hora continúan los estampidos de la artillería atmosférica, y empieza a llover frenéticamente.

El reloj de mi mesa de noche es de fabricación alemana, con números romanos. Pero el 4 no es el usual, de resta (IV) sino consecutivo, de suma (IIII). Sin embargo, el 9 es de resta (IX). De cualquier modo, el mecanismo del reloj funciona con toda exactitud: el reloj de la cocina, en cambio, tiene irreprochables números arábigos, pero se atrasa.

Septiembre 22. Miércoles. “Sólo tú y yo sabemos lo que ignora la gente...” Así empieza un soneto mío que oí esta tarde por la radio. Y recordé a una dama de alto bordo, joven, muy bella, mimada por los cronistas sociales y casada —sin hijos— con un acaudalado señor, pero al cual los negocios le tomaban

demasiado tiempo de sus días y sus noches. A causa de ello, la atractiva esposa tenía determinados motivos para sentirse descontenta, y, en cierta ocasión, el ocupado esposo tuvo noticias de que cierto galán parecía muy interesado en sustituirlo en sus más conyugales funciones. Su reacción fue típica: una nueva luna de miel, un viaje a Europa, trapitos de Balenciaga y fruslerías de Tiffani's. Pero después de un par de meses todo volvía a su antiguo nivel, por lo que la pícara consorte convirtió en procedimiento habitual de estímulo el incidente anterior, si bien los resultados fueron cada vez menos espectaculares; hasta que, por último, el inteligente esposo cometió la estupidez de considerar que su atractiva esposa tal vez podría ser algo frívola, pero rigurosamente incapaz de un desliz que lo enemistara para siempre con el Litri y el Cordobés. Fue en esa época cuando conocí a la fascinadora dama, en un teatro, y poco después, según ella, me correspondió el privilegio de su primera infidelidad sin atenuaciones. Y entonces escribí el soneto en cuestión. Pero, al paso de los días, fue revelándose un aspecto desconocido de la bella dama, en forma de las más graves imprudencias, aun en público. Y la cosa llegó a un punto explosivo cuando una amiga común y conocidamente locuaz me dijo: "Fulana me enseñó el soneto que le escribiste. Es precioso". Y, como yo siempre me he responsabilizado de mis animaladas, pero no de las ajenas, utilicé inmediatamente el método de ruptura más eficaz que existe desde los tiempos de Ovidio: No acudir a una cita y dejarme ver con otra dama no menos apetecible. Y el divorcio de la dama del soneto, dos años más tarde, ya no fue por mi culpa, sino por culpa de mi sucesor.

Hace unos cincuenta años estuvieron muy en boga los "poemas en prosa", como una derivación facilista de los de Bertrand, Baudelaire y Louÿs. Después, sobrevino una derivación igualmente facilista de las estructuras poéticas tradicionales, con el "verso libre". Según parece, la finalidad de esa "técnica destecnicadora" era la eliminación de toda

diferencia entre la prosa y el verso, con el predominio de lo simplemente verbal sobre lo musical, en cada idioma. Pero, en lo que nadie ha reparado hasta ahora, que yo sepa, es en la desaparición total del “poema en prosa”. Y la razón es evidente: Todos los que antes, en el pudor de su insuficiencia, aceptaban ser escritores “de prosa poética”, ahora se proclaman —un poco impudicamente— “poetas de verso libre”. Es decir, que el único mérito que se le puede atribuir el “verso libre”, es la eliminación de un género literario híbrido, —pero eliminándolo por absorción.

No parece discutible la extraordinaria influencia de los hábitos fonéticos regionales sobre el idioma común y, por lo tanto, sobre la poesía. Esto es especialmente importante en ciertas voces paronímicas que pasan a ser homofónicas, como en el curiosísimo caso de la conjunción adversativa “sino”, cuando se traslada indebidamente su acento prosódico normal de la primera sílaba (“sino”) a la segunda (“sinó”), confundiéndose así con “si no”.

Un ejemplo de máximo interés sobre esta anomalía es el que ofrece Rubén Darío, en el primer verso del primer terceto de su soneto “Yo persigo una forma”, que cierra su famoso libro “Prosas Profanas”:

Y no hallo sino la palabra que huye

Los otros trece versos del soneto son alejandrinos; para que éste lo sea también, deberá leerse con su incorrección prosódica de origen —es decir, tonificando la “o” átona de “sino”:

Y/no/ha/llo/si/nó - la/pa/la/bra/que/hu/ye

Adviértase que Darío empleó dos hiatos —muy acertadamente— entre “no” y “hallo” en el primer heministiquio y “que” y

“huye” en el segundo, evitando así dos duras sinalefas; pero sólo atribuyéndole a “sino” una terminación aguda (“sinó”), el primer hemistiquio cuenta las 7 sílabas indispensables. Y, eliminando los dos hiatos, y devolviéndole a “sino” su verdadero valor gramatical, nos encontramos con un verso endecasílabo:

Y/noha/llo/sí/no/la/pa/la/bra/quehu/ye

De esa manera, a causa de un vicio centroamericano de dicción, —“sinó” por “sino”— Rubén Darío, en un soneto de versos de 14 sílabas, intercaló uno de 11 —o de 13, si se mantienen los hiatos, pero igualmente cojo de ambas maneras. Y, por supuesto, aunque el gran poeta de Nicaragua y del idioma creyó escribir un indudable alejandrino, aquí no se trata realmente de un error de métrica, sino de un traspie de la prosodia en su relación con el conteo silábico.

Septiembre 23. Jueves. Hoy participé en un comentario sobre un infortunio conyugal que se relaciona metafóricamente con la tauromaquia. Como es costumbre, el marido resultó ser la víctima social; porque, en tales casos, generalmente se atribuye a una deficiencia del marido la ligereza de la esposa, aun cuando no siempre exista esa causa. Y aunque es indudable que hay hombres que “nacieron para eso”, siempre son más las mujeres que “nacieron para lo otro”. A mí me parece absurdo —y lo dije— hacer responsable a ningún hombre de las irresponsabilidades de cualquier mujer, ya que eso establece una injusta transferencia de expiación. Por otra parte, cuando un marido engaña a su esposa, nadie supone que es porque la esposa padece de frigidez sexual. Y me pregunté cuántos, entre los que compadecían socarronamente al infeliz cornudo, tal vez se encontrarían en idéntica situación, y aun con la desventaja de no sospecharlo siquiera...

Septiembre 24. Viernes. He leído en un periódico una hipótesis médica relacionada con la posibilidad de que los influjos mentales depresivos sean el origen de ciertos casos de

cáncer. En una anotación anterior —no sé en qué libreta de mi Diario— yo había previsto algo semejante.

Hoy se inicia un “largo fin de semana” por la festividad de este viernes — “Día de las Mercedes”— no laborable en la República Dominicana.

Esta mañana salí a dar una vuelta con Guarionex y nos detuvimos ante un limpiabotas. Mientras empezaban a lustrarle los zapatos, Guarionex me dijo: “Fíjate en los tuyos”. Y, en efecto, estaban clamando por betún, cepillo y gamuza. En ese instante, recordé un incidente de hace cincuenta años —yo tenía 16— cuando crucé por el patio de la casa de mi abuela materna, en La Habana, y pisé inadvertidamente una “gracia fecal” del perrito pequinés. Mi tía Consuelo, que había presenciado el incidente, me reprendió: “Pero, ¿qué te pasa? ¿No ves donde pisas?”. Y yo, entonces, con cierta altivez y no poca solemnidad, le respondí, encogiéndome de hombros: “Es que yo prefiero mirar hacia arriba”. Y eso mismo le respondí esta mañana a Guarionex, pero riéndome, antes de llamar a otro limpiabotas.

Septiembre 25. Sábado. He estado repasando anotaciones de este Diario. Hay una que puede simplificarse así: “En Poesía, todo es falsificable, menos la sinceridad”.

En la página 24 del pasaporte con que salí de mi patria, hay un cuño que expresa: “México, D.F. Llegó de Cuba. Marzo 6, 1963”. Sin embargo, ese dato no es cierto. Nunca he podido explicarme cómo el fechador del gomígrafo aduanal pudo hacerme aparecer llegando a Ciudad México *un mes antes*, ya

que en realidad llegué el 6 de abril, sábado, en un vuelo diferido por 24 horas, —primeramente estuvo fijado para el viernes 5. Esto me hace recordar que, al tener noticias de mi viaje, muchos amigos, y hasta parientes, supusieron que México era un pretexto y una escala, para seguir a los Estados Unidos y solicitar asilo político allí, —cosa que estaba lejísimos de mi ánimo, como lo prueba el hecho de que nunca he formulado tal solicitud en ninguna parte: ni en México, donde permanecí durante más de cinco años, ni en la República Dominicana, donde ya llevo ocho residiendo, ni en los Estados Unidos, que suelo visitar con una visa de turismo renovada periódicamente desde 1936.

Es curioso: en mis primeras salidas a Puerto Rico y a los Estados Unidos, después de residir en esta isla, muchos compatriotas se extrañaban de ello, sin comprender que, para un cubano, vivir en la República Dominicana no significa un cambio de costumbres, ni de clima, ni de idioma, ni de alimentación. Fueron muchos los que me preguntaron entonces, con la más peyorativa prosodia: —“Y tú, ¿qué haces *por ahí?* ”. Unos pocos años han sido suficientes para que se modifique sustancialmente la pregunta: “¿Y qué hay que hacer para ir a vivir allá?”. Y es que no sólo se trata de la creciente prosperidad de la nación, sino de su tranquilidad política y del control policíaco sobre la delincuencia, que ya son cosas inexistentes en otros países más promisorios antes. Por lo demás, yo no abandoné mi patria con ánimo de enriquecerme en otra parte, ni por ningún motivo secundario, sino, simplemente, para mantener mi independencia como individuo y como escritor.

Yendo esta mañana por una calle del viejo casco de la ciudad, recordé a “María Langosta”, gráfico y picaresco

remoquete con que era más conocida que por su verdadero nombre cierta muchacha habanera —del barrio de Cayo Hueso— provocativamente calipigia (calificativo helénicamente más discreto que “nalgona” o “nalguda”, en castellano). El hecho de que recordara a “María Langosta” creo que no requiere explicación...

CORAZON EN LA NOCHE

*Una ventana abierta. La lluvia. Y un lejano
recuerdo.*

*Una calle vacía. Nada más que una calle
y el viento.*

*Corazón en la noche, sin que nadie comparta
su sueño.*

*La lluvia. Un hombre solo. Y el dolor de las rosas
que han muerto.*

*La vida está pasando. La vida es lo que pasa,
no el tiempo.*

*Eso es así. Y no importa. Lo demás es un largo
silencio.*

Septiembre 26. Domingo. Ciertos laberintos verbales de los poetas siglodoristas tal vez se originaron en el concepto de que la poesía era una cuestión de sintaxis subordinada a la aritmética, y de que, por lo tanto, cualquier problema métrico admitía cualquier solución de gramática, transfiriendo así a la interioridad del idioma las dificultades externas de la versificación. De ese modo, las groseras transposiciones que Lope repudiaba en Góngora, eran simples trucos de poetastro, para obtener, mediante una sinalefa, la medida justa de un conteo silábico excedido, o para conducir una rima a su lugar de consonancia,

sacrificando el sentido al sonido, es decir, el fondo —la poesía— a la forma —el verso—.

Septiembre 27. Lunes. Mi anotación precedente se circunscribe al arte de versificar, en lo que Góngora era un principiante en relación con Lope, por ejemplo. En el aspecto metafórico —que es lo más destacable para ciertos aficionados a la arqueología literaria— yo diría que hay un desequilibrio de formulación estética en esa zona de oscuridad gongorina. La metáfora es, sin duda, un elemento poético de singular importancia, pero no es la Poesía en sí. Góngora, a veces, da la impresión de una de esas viejas señoras recargadas de sortijas, collares y brazaletes, que tratan de disimular su decrepitud con la exhibición de sus diamantes, —casi siempre falsos, por lo demás.

En vista de que es imposible reprimir persuasivamente la sexualidad, nuestra meta más próxima parece ser una sexualidad sin procreación. El mayor inconveniente de ese método antidemográfico consiste en que nuestra civilización, que pasaría a ser una civilización de ancianos viciosos, estaría a merced de cualquier tribu de alegres fornicadores.

Septiembre 28. Martes. Aunque, en apariencia, ciertos recuerdos surgen espontánea o caprichosamente en nuestra memoria, yo creo más bien que se trata de sutiles asociaciones que se establecen entre el presente y el pasado, pero que escapan a nuestra percepción consciente. Esa impresión de haber estado antes en un lugar que realmente visitamos por primera vez, pudiera deberse a un parecido parcial —una casa, un árbol, una montaña, unas rocas —que no identificamos en el conjunto, aunque despierta en nosotros una confusa sensación de reconocimiento que se transfiere a la totalidad de la perspectiva. Y, de igual manera, podemos cruzarnos en la calle con una persona que no nos recuerda a nadie en particular, si

bien nos parece vagamente conocida; y horas después, ya olvidado el incidente, nos llega, al parecer sin motivación alguna, el recuerdo de una persona determinada, que es con la que establecimos anteriormente una relación incompleta, tal vez por su manera de andar, por un simple gesto, o hasta por el corte o el color de su ropa. Y es que, en ciertos casos, la mente actúa con independencia de nuestra voluntad, —como sucede durante el sueño.

Después de muchísimos años, releo “El Príncipe”, con los comentarios napoleónicos, —a veces de peor maquiavelismo que el propio texto. Por otra parte, esas notas dan la impresión de haber sido escritas en épocas muy diferentes: unas, siendo general; otras, emperador; y no pocas, en el destierro. Sería de gran interés la fijación de esas fechas, aunque algunas son obvias por la ambición, la egolatría o el desencanto que se transparentan en su laconismo. Y, no menos obviamente, ese libro —acaso el mismo ejemplar— acompañó a Napoleón durante toda su vida. Yo he recordado, casi forzosamente, a Julio Lobo, magnate azucarero cubano, y sus dos colecciones igualmente extraordinarias: de libros en todos los idiomas, sobre Bonaparte, y de objetos de uso personal del Emperador, —además de una suntuosa colección privada de pinturas de los grandes maestros. Y recordé una tarde, en el Central *Tinguaro* y una llamada telefónica desde París, con el ofrecimiento de una tabaquera usada por el Gran Corso en Santa Elena, y la inmediata aceptación de Julio Lobo, sin preguntar siquiera el precio.

Septiembre 29. Miércoles. En cada uno de sus centrales azucareros en toda la isla —cerca de veinte, si no me quedo corto— Julio Lobo poseía una casa de vivienda, con mayordomo, cocinero, servidumbre, una bodega con vinos selectos y algunos cuadros. En el Central *Tinguaro* recuerdo “La India de las Trenzas”, de Diego Rivera, un Wateau y un Van

Eyck. Pero en la década del 50, la fortuna de Lobo era superior a la de Onassis.

Una coincidencia con Eugenio Montale:

*Se é vero che la pulce vive in sue dimensione
(cosí ogni altro animale) che non sono le nostre...*

También hay coincidencia en su origen: “Diario del ‘71 e del ‘72”. Lo que dice Montale de la pulga, lo digo yo de la hormiga, en otro Diario —aunque el mío en prosa. Dice él: “Si es cierto que la pulga vive en sus dimensiones (como los demás animales), que no son las nuestras...” Infortunadamente, como en todo poema reflexivo, aquí hay más reflexión que poesía...

*Yo en la luz, tú en la sombra, allá tan lejos;
y tú en día y yo en noche, el mismo día;
y, mía y tuya, la melancolía
sentimental de los amores viejos.*

*Meridianos del mapa y la memoria,
flor del ojal o beso en la escalera;
y, después, dos ciudades en la esfera
interminablemente giratoria.*

*Alguna vez los signos de tu mano;
alguna vez lo que se olvida en vano,
porque siempre renace de otro modo.*

*Y lo demás —quién sabe en qué momento—
es esperar tranquilamente el viento
que sopla un día y se lo lleva todo...*

Septiembre 30. Jueves. Yo diría que existe en nosotros una tendencia algo morbosa a interesarnos más por los vicios que por las virtudes de los demás; más por sus flaquezas o sus errores que por sus méritos, y más por sus adversidades que por sus bienandanzas.

Hoy he recordado a Luis Cané, amigo rioplatense ya desaparecido y poeta de muchos aciertos. Lo he recordado buscándole el sexo a “interrogante”, que no lo tiene definido por la Academia: es un vocablo asexual, —o bisexual. Pero, hojeando —y ojeando— el osario verbal de los hispanohablantes y los hispanoescritores, me vinieron a la memoria unos versos del primer libro de Cané, “Mal Estudiante”:

*Yo seré el grave notario
de una ciudad polvorienta:
mi vida será una lenta
lectura de diccionario.*

He leído esta tarde, en la “Segunda Antología Personal” (1968) de Jorge Luis Borges, una curiosa especulación —basada en Valéry— sobre la posibilidad de que “todos los autores sean uno solo”; tesis que excluye, en principio, el plagio y sus feísimas variantes, —como, por ejemplo, las coincidencias por contradicción. En tal sentido, Borges transcribe “una nota de Coleridge”, explicando que ignora “si éste la escribió a fines del siglo XVIII o a principios del XIX”:

“Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en sus manos... ¿entonces, qué?”

Partiendo de ese origen metafórico, Borges señala equivalencias entre dos personajes de ficción: uno, de H. G. Wells, que *vuelve del futuro* con una flor mustia, y otro, de Henry James, que *viaja al pasado* para darle autenticidad a un retrato que lo representa misteriosamente.

Ahora bien: Sucede que, en la primera edición de mi libro "Poeta Enamorado" (Barcelona, 1956) y en la sección titulada "Cuartetos del Transeúnte", aparece una sorprendente analogía con el texto de Coleridge citado por Borges:

*Te dirán, porque sueñas, que tu afán es pequeño,
que tu mundo es un mundo sin seres y sin cosas;
pero yo sé de un hombre que, al despertar de un sueño,
vio una rosa en sus manos, sin ser tiempo de rosas.*

(Cuarteto XXXV)

Borges, como digo antes, se refiere a "una nota de Coleridge", sin otra definición de procedencia, —lo que hace sospechar una de esas divertidas mixtificaciones que los tontos y los eruditos, en significativa alianza, suelen reprocharle al gran escritor de la Argentina. Es decir, que esa cita de Coleridge, por todas las imprecisiones que la rodean, bien podría ser apócrifa; en cuyo caso deberá ser atribuida provisionalmente al propio Borges.

De cualquier modo, una semejanza entre dos textos es equivalente a la que puede existir entre dos personas; lo que establece la posibilidad de lo fortuito en ambos casos. Y yo, personalmente, tengo una prueba de lo segundo que es aplicable a lo primero, ya que el "texto de la flor" —de Coleridge o de quien sea— me era tan desconocido esta tarde, cuando lo leí por primera vez, como hace once años, cuando escribí el cuarteto que reproduce más arriba.

Y la cosa sucedió precisamente en Barcelona, en el otoño de 1956. Una noche de lloviznas y estornudos, *me vi pasar de pronto por una acera, frente a mí*. Aquel desconocido era yo, sin la menor duda. Era yo, con mis facciones, mi estatura y mi manera de andar. Hasta su sobretodo era el mío. Creo que pensé

en un gran espejo, que me reflejara progresivamente, por una caprichosa estratagema de duplicación. Pero frente a mí no había ningún espejo, sino una vieja pared con ronchas de ladrillos. Y, por un impulso casi experimental, *me seguí los pasos* por las aceras húmedas. No había posibilidad de error. Yo iba caminando detrás de mí. Y él era yo, sobrepasando la insegura identificación de cada uno, visto de espaldas. Ya no sé si entonces pude imaginarme el desconcierto momentáneo de quien creyera encontrar dos veces a la misma persona, viniendo de frente a *nosotros*. (Momentáneo, porque cualquiera se habría explicado el fenómeno, con una lógica perfectamente racional, aunque falsa, por la reiteración genética de los hermanos gemelos.) Pero —repito— era una noche de lloviznas, y aquella calle —Valldoncellas, creo— estaba solitaria. Y así íbamos, él y yo —o yo y yo— andando por las aceras con sobrantes de agua triste. Curiosamente, el rumor de sus pasos coincidía con el de los míos, —anormalidad que empezaba a parecerme normal, en una especie de aceptación subconsciente de lo insólito. Y así torcimos hacia la izquierda y seguimos andando por aceras más anchas, yo delante y yo detrás, o yo no sé dónde y él en mí —no sé bien— o ninguno de los dos en ninguna parte, pero sin dejar de andar. Una bocacalle y un viento sucio. Una acera con dos peldaños. Ni siquiera pensé en darle alcance. ¿Para qué? Yo podría tocarle un hombro; y aquel yo—en—él se detendría, mirándome —o mirándose— y haciendo innecesaria cualquier pregunta como: —“¿Se da usted cuenta de que *nos* parecemos muchísimo?” (Era preferible aquella fórmula conciliatoria, ya que, singularizando a mi favor un parecido plural: —“Oiga, señor, *usted* es idéntico a *mí*”, me exponía a una variante inversa y a un ácido esclarecimiento genealógico, después de tres o cuatro fechas y un poco de geografía: “Pues no, mi padre nunca estuvo en España”; —“Pero el mío vivió muchos años en Cuba”, —aunque no fuera cierto; sólo por deteriorarme el segundo apellido.) Y yo seguía andando tras de mí, sin decidirme a la ruptura de aquella irrealidad refleja, o de aquella realidad coincidente, —o de lo que pudiera ser. Y yo, que no me había excedido con el vino del Priorato, ni con ningún

estimulante ilícito, y que me encontraba honorablemente a la puerta del "Mesón Castilla" unos minutos antes, tampoco me decidía a regresar al punto de colisión. De alguna manera que constituía una obligatoriedad, yo debía seguir andando tras de mí mismo, hasta el fin de todas las calles, o hasta el fin de la noche y de la lluvia, o hasta el fin del tiempo o de lo que fuera. Tal vez no me tentaba la curiosidad de saber dónde vivía mi yo-sin-mí, ni quién vivía con él, —conmigo, sin saberlo yo (o sabiéndolo); quizá supuse que pronto volvería sobre sus pasos, hasta la calle Valldoncellas —creo— y que nos refundiríamos al pie de la escalera para subir yo solo hasta "mi" habitación. Pero no sucedió así. De repente, un gentío lateral se interpuso entre mi yo delante y mi yo detrás, a la salida de un teatro. Empujé para pasar y me empujaron para que no pasara. Y no pasé. Cuando volví a ver la calle frente a mí, no había nadie más. Y me sentí extrañamente solo —no sé bien— o un poco vacío.

Pero ya es tiempo de volver a Borges: No sé cuándo publicaría por primera vez "La Flor de Coleridge". Seguramente la fecha ha de ser muy anterior a la de su "Segunda Antología Personal", que es de 1968. Pero, ya sea ciertamente una "nota" del autor del "Kubla Kan", o un ingenioso pastiche de Borges, yo, que nunca he creído en la originalidad químicamente pura, me enorgullezco de esa coincidencia, que, aun siéndome desfavorable, no dejaría de ser prestigiosa, en un simple sentido de continuidad.

LIBRETA 10

OCTUBRE

Octubre 10. Viernes. Ha muerto recientemente, en Colombia, León de Greiff. Estaba próximo a cumplir 81 años. Fue una personalidad poética algo extravagante que, no sé bien por qué, me recordó siempre a Ezra Pound. Y yo recuerdo a Ezra Pound en Venecia, arrebujado en su capa, algo espectral y algo mefistofélico, entre la bruma del atardecer, en una góndola, por el Gran Canal...

Mientras los otros duermen, yo estoy asomado a la ventana. La calle negra y vacía, con un resplandor en un charco de lluvia. Los demás duermen o están muertos, y uno siempre ignora por qué sobrevive: si es una casualidad o un designio. Y, sin embargo, hace tiempo, la punta de un alfiler pudo parecérsenos a la Plaza Roja. Fuimos así, insignificadamente, pero con la exactitud de los gametos. Y uno empieza a crecer y mamá siente náuseas. Y, después, la indefensión, y tener que aprenderlo todo, y los dientes desechables y esas cosas. No como los crustáceos, con el esqueleto por fuera, ni como el pulpo, que es capaz de rectificarse ocho veces. Y de pronto uno descubre que está amaneciendo, como todos los días.

Mañana se cumplen veintitrés años desde el día en que yo debí haber muerto, en esta misma ciudad. Veintitrés años de prórroga; bien aprovechados, eso sí.

Octubre 2. Sábado. Yo había llegado procedente de Puerto Rico, y no solo. Alguien me dijo, en San Juan, que Ramoncito Souto era el propietario del Hotel "Europa" y le pasé un cablegrama pidiéndole que me reservara una habitación. Al llegar al aeropuerto —el "General Andrews"— allí estaba Ramoncito, esperándome. Nos habíamos visto una sola vez, en La Habana, en 1933. Yo le recordé las circunstancias, —muy poco antes de la caída del General Machado. Me había prestado un gran servicio, entonces. Y fue tan gentil conmigo, en la República Dominicana, como en nuestro país.

El 1ro. de octubre fui a San Pedro de Macorís, acompañado también. Montamos en un coche para recorrer las calles. Un vivo dolor abdominal, al lado derecho, me hizo suponer una contracción muscular, simplemente. Por la noche, de regreso, estuve —estuvimos— hasta bien tarde con Franklin Mieses Burgos y Fernández Spencer, y tal vez con alguien más que no recuerdo. Nos acompañaron al hotel, nos despedimos de buen humor... y el amanecer del día 2 fue con fiebre alta y una hinchazón extraña en el vientre. Ramoncito hizo venir un médico. Fue muy lacónico: "Esto es cuestión de cirugía". Entonces llegó el Dr. Luis Betances Ricart. Después de un ligero examen, me explicó rápidamente la situación: Peritonitis provocada por una supuración apendicular. Yo le dije que tenía pasaje de avión para ese día, hacia Haití, pero que podía seguir hasta Camagüey y... —"No. Usted no llega a Camagüey", —me interrumpió. Era preciso operarme inmediatamente. Y a los pocos minutos yo iba en su Pontiac, por las calles de Ciudad Trujillo, rumbo a la Clínica "San Luis". Era cosa de vida o muerte, y antes del mediodía ya el cirujano había hecho lo suyo y yo estaba en una habitación con alegres dibujos de niños en las paredes; —uno, con un bebé tratando de atrapar una mariposa, me lo obsequió el Dr. Betances, como recuerdo, once días después.

(Yo debía embarcar hacia Tampa. Mi hijo René, de meses,

estaba enfermo. Fui a la Pan American, a sacar pasaje hasta Miami, en uno de aquellos hidroaviones que demoraban dos horas en el vuelo; pero no había asientos disponibles. Deprimido y desalentado, me acodé en una mesa de un cafetín próximo. Y, de pronto, alguien tomó asiento junto a mí, mirándome con curiosidad. Era un hombre rubio, de ojos azules y mediana estatura, bien vestido, que me preguntó si me sucedía algo. Y yo le expliqué lo que me sucedía. —“Venga conmigo” —le oí decir— “que a lo mejor le puedo resolver eso”. Volví con él a las oficinas de la Pan American, donde esperé unos minutos. Mi acompañante entró a un despacho, y salió sonriente, llamándome. —“Desmontamos a un *gringo* para que viaje Ud”, —me dijo. Y me vendieron el pasaje, y viajé a Miami, desde donde seguí a Tampa, en autobús. Aquello sucedía en 1933. Aquel hombre, perteneciente entonces al servicio secreto cubano, era Ramoncito Souto.)

El embajador Xiqués pasó un cablegrama al Ministerio de Estado, en La Habana, pidiendo instrucciones “en caso de fatal desenlace”; es decir, si me enterraban aquí o si me enviaban refrigerado, de regreso. Del Ministerio llamaron a mi casa. Mi hijo René fue a la Pan American, pero era preciso volar vía Miami y él no tenía visa para el tránsito. Regresó a casa, sin el pasaje. En eso llamó el general Sosa de Quesada y René le explicó el inconveniente. —“Vuelve a la Pan American, que yo me ocuparé de eso”, —le dijo Arístides. Y mi hijo voló aquel mismo día a reunirse conmigo, sin tramitaciones consulares.

Octubre 3. Domingo. El de ayer fue un buen sábado bucólico. Guarionex hizo alpinismo tropical, en las lomas que circundan el valle de Constanza. Luego estuvimos en el chalet suizo del arquitecto Bergés, con la amplitud panorámica enfrente. Por allá andaba el Dr. Mejía Feliú, Rector de la UNPHU, con los planos de su cabaña y la agrimensura de su montículo verde. Luego, una paella formidable, vinos, postres,

frutas... y ajedrez. Y, sobre todo, la gentileza de las señoras —la del arquitecto, la del Rector— y la voracidad antidietética de los señores. Una tarde muy agradable, con su buen chubasco y todo.

Hoy sería domingo aunque se opusiera el calendario. Lindo sol, cielo azul, y el verdor a perpetuidad de las islas. En París, el viento de otoño seguramente enturbia los boulevares; y en la calva de Verlaine, en el Luxemburgo, alguna hoja seca tal vez sugiere un grotesco bisoñé vegetal. Pero aquí es domingo de primavera, en octubre.

El 13 de octubre de 1953, regresé a Cuba. Ramoncito, que era muy supersticioso, quería disuadirme de viajar aquel día, que era precisamente martes, además de ser 13. Pero no hubo dificultades en el vuelo del "Convair". Al año siguiente volví a Ciudad Trujillo (ciudad que ya no existe en los mapas, con ese nombre) y conmemoré el primer aniversario de mi operación, el 2 de octubre, en el Hotel "Europa": Fue un lechón asado al que invité a médicos, cirujanos y enfermeras que me atendieron el año anterior, y amigos poetas y periodistas. Meses más tarde, en La Habana, oí por radio la noticia del suicidio de Ramoncito Souto. Fue tan depresiva la impresión que me produjo, que decidí no continuar las conmemoraciones anuales, —como había sido mi propósito hasta entonces. Y no regresé a esta ciudad —ya Santo Domingo, de nuevo— hasta el 20 de septiembre de 1968.

Octubre 4. Lunes. A las señoras de sociedad aficionadas al póquer, las llaman aquí "las poqueras". Eso me lo explicaron hace unos días. —"Me parece una buena definición —acepté— aunque tengo entendido que las *poqueras* son *mucheras*." Y

después de ese horrendo malabarismo verbal, pedí una cerveza bien fría.

Antiguamente, la religión intervenía en la política y empezaba el degüello. En nuestra época, la política interviene en la religión y se confirma la ley aritmética de que el orden de los factores no altera el producto.

Octubre 5. Martes. Hoy pasé por el nuevo puente sobre el río Ozama, y recordé que el llamado "Puente Nuevo" es, en la actualidad, el más antiguo de los puentes de París. Y recordé también el Puente Viejo, sobre el Arno, en Florencia, donde un busto de Benvenuto Cellini perpetúa su aprendizaje como orífice en un pequeño taller que existió allí. Y, naturalmente, tuve que recordar el Puente de Rialto, próximo al muelle de la estación del ferrocarril, en Venecia; ese puente que, según se afirma, fue diseñado por Miguel Angel. Y el Puente de los Suspiros, por donde pasó Casanova del Palacio Ducal a la prisión de Los Plomos... para ser el primero —y único— en escapar de sus calabozos. Y no recordé ninguno más, entre los centenares de puentes que he cruzado en mi vida, tal vez porque, por ejemplo, el "Golden Gate" es un puente de máxima extensión, pero de mínima historia.

Octubre 6. Miércoles. Han estado llegando cartas, cartas, cartas. En otro tiempo yo fui el más perezoso —y hasta descortés— destinatario epistolar. Creo que, durante años, no le escribí a nadie. Y recuerdo haber recibido, al menos, dos largas cartas —de amor y con distinta escritura— que nunca leí hasta el final. Después, me agradaba recibirlas y me seguía fastidiando tener que contestarlas. Pero en la actualidad experimento tanto placer en recibir una carta como en responderla, —especialmente dentro de un reducido grupo de contactos afines. Y no sé bien

por qué razón, a mis amigos les escribo a máquina, pero a mis amigas prefiero escribirles de puño y letra.

Todo el día, desde media mañana, ha estado amenazando lluvia, pero sin llover. La temperatura ha sido —y sigue siendo— realmente sofocante. El mejor sistema para refrescarse en estos depresivos calores lo aprendí en Monterrey: alguna bebida bien caliente. Una taza de café, por ejemplo.

Aquella tarde llevé dos rosas: una blanca y otra purpúrea. Estábamos solos bajo un emparrado, ante una mesa. En la mesa, dos copas, una con vino rojo y otra con vino blanco. Ella era de una picaresca gracia parisiense. Y yo eché algunos pétalos rojos en el vino blanco y otros pétalos blancos en el vino rojo. Todo, tal vez, algo cursi para un espectador —o un lector— que no participara emocionalmente en aquella pequeña ceremonia vinícola-floral-sexual, en aquel preámbulo galante, en aquel romántico aperitivo de alcoba. Y yo escribí “Brindis” aquella noche, en otra parte:

*He aquí dos rosas frescas, mojadas de rocío:
una blanca, otra roja, como tu amor y el mío.
Y he aquí que, lentamente, las dos rosas deshojo:
la roja, en vino blanco; la blanca, en vino rojo...*

Esto lo recordé ante una mesa donde había una copa de vino rojo, otra de vino blanco, y un florero con rosas, —veinticinco años después.

Octubre 7. Jueves. No es que uno sea voluble, ni frívolo. Es que la pasión nos invade y nos abandona, sin pedir permiso, en un proceso que no podemos aplazar ni urgir. Después, se recuerdan confusamente ciertas noches de insomnio, con sus

laberintos interminables. Uno está seguro de que aquello fue un gran dolor, pero las cicatrices carecen de memoria. Tratar de revivir ese ayer casi equivaldría a inventarlo. Y eso sería falsificar la propia firma. Por eso es mejor decir: "Lo olvidé". Y puede añadirse: "Todo se olvida". Y será cierto. Porque se puede seguir recordando una circunstancia, o una fecha, o un modo de sonreír, pero un viejo dolor que ya no nos duele es parte del pasado, simple supervivencia fragmentaria del olvido. Y todo se resume en la "ajada violeta" de Borges:

*...monumento de una tarde
sin duda inolvidable y ya olvidada.*

La cuestión no consiste en ser hermético o expansivo, sino en no callar lo que se puede decir y en no decir lo que se debe callar.

He imaginado un caballero absolutamente gramatical. Nunca ha dado un traspie en los verbos irregulares. Siempre perdonará más fácilmente una felonía que un pleonismo, el arsénico en el café antes que un "haiga" en su audífono. Y, naturalmente, no lee nunca los periódicos. El caballero anda con un diccionario de bolsillo para sus dudas en el diálogo ocasional. Y el drama de su vida consiste en que ha nacido para académico y en la Academia se ignora esa predestinación. Por supuesto, el caballero gramatical vive solo. Y muere solo, cualquier día. Y es sepultado. Nadie sabe con exactitud cómo se llama, porque él siempre ha ocultado que su apellido es Izquierdo, —Izquierdo él, derechista y nebrijal. Pero todo el mundo le decía "don Jacinto". Y, por lo tanto, el caballero gramatical reposa irrevocablemente bajo una lápida cruel: DON JASINTO.

Octubre 8. Viernes. Bécquer fue el modelo de la síntesis

efusiva, en la horrenda verbosidad de los poetas españoles. El lo aprendió de Heine. Yo lo aprendí de Bécquer, desde el principio. Cierta clase de poesía confidencial adquiere toda su eficacia en la simplificación, facilitando especialmente su permanencia en la memoria. Cualquiera puede retener ocho, diez, quince líneas. Y tal vez esa sea, en parte, la razón de la supervivencia del Soneto. Ya no estamos en los tiempos de los rapsodas y de los trovadores. La invención de la imprenta fue el crepúsculo de la juglaría, pues todo el mundo podía andar con la memoria ajena en un bolsillo. Pero los poetas románticos mantuvieron la emulación de los poetas del clasicismo en su concepto de la longitud expansiva, hasta las abreviaturas de Musset, Heine y Bécquer, tres poetas significativamente multitudinarios. Así se supo que el problema no residía en la reiteración, sino en la intensidad. Yo, al menos, lo entendí de esa manera, y lo he practicado siempre. Sin embargo, para muchas personas, mi mejor poema es "La Vejez de Don Juan", el de mayor extensión que he escrito, aunque no llega a 150 versos. Y, en realidad, lo escribí por incitación ajena, hacia el 1939. Un día me encontré con Eduardo Casado —un magnífico declamador y actor— que planeaba un recital a base de monólogos en verso, escenificados convenientemente. (Ya antes habíamos experimentado con poesía y danza: el ritmo verbal en sustitución de la música de instrumentos.) Y a los pocos días le llevé la primera versión de mi poema; pero el recital quedó en simple propósito, finalmente. Y, en una de las primeras ediciones de "Oasis", se me ocurrió publicar "La Vejez de Don Juan" como una especie de intermedio entre los poemas principales del libro y un apéndice con poemas menores, o más o menos considerados de menor importancia por mí. Entonces rehice el poema añadiéndole los detalles que habrían sido visuales escénicamente y algunas estrofas más, de mayor efecto para la lectura que para la recitación. Eduardo Casado lo dijo, de memoria, más de una vez, en actos informales. Por la radio, en el teatro, y luego en un disco, lo hizo oír Otto Sirgo, otro gran actor cubano, también prematuramente desaparecido. En la actualidad, Carlos Badías, que estrenó tantos poemas míos

—entre ellos el “Poema de la Culpa” y la “Carta a Usted”— puede decir de memoria y con una comunicativa emoción, “La Vejez de Don Juan”, —un poema escrito algo prematuramente por mí, en plena juventud.

Ya andamos por las fechas del Premio Nóbel. Y es preciso admitir que en cualquier ciudad latinoamericana hay un aspirante más o menos reconocible que espera nerviosamente el cablegrama de Estocolmo. O más de uno, en cada ciudad, —y aun en poblaciones de segunda o tercera categoría, pero siempre superior a la de los aspirantes.

De cierta manera, el Premio Nóbel no es un pedestal, sino una lápida.

—“El licor que causa menos daño, es el que se produce en el propio país donde vivas”. Yo siempre recuerdo esa observación de Osvaldo Bazil, y la practico metódicamente, en mis infrecuentes incursiones alcohólicas. Y recuerdo al autor del “Pequeño Nocturno” compartiendo conmigo una cazuela de langostas a la catalana en el restaurante “París”. Y recuerdo su habitación —en unos altos frente al Capitolio— con el piso peligrosamente resbaladizo de botellas olvidadas al parecer, y aquella explicación tan lacónica y elocuente: “Por cada doce vacías me dan una llena”.

He leído un comentario crítico sobre “La Peste” de Camus, y sus ratas alegóricas. Yo recuerdo, de “La Peste”, aquel

personaje superflaubertianamente indeciso en la redacción del primer párrafo de una novela, y rehaciéndolo sin cesar, en todas las alternativas de la sintaxis.

Octubre 9. Sábado. Lord Sandwich estaba enfrascado en las matemáticas inseguras del whist, en su club londinense. Sentía hambre, un hambre de naufrago en una balsa a mil millas de la costa, pero la pasión del azar se sobreponía a su urgencia gástrica. Y, de repente, al volteo de un naípe, encontró el modo de resolver su dilema: llamó a un camarero y le pidió que partiera un pan a la mitad, colocando en medio unas lascas de jamón, queso y pepinos agrios. A los pocos minutos, Lord Sandwich, sin levantarse de su asiento, sin abandonar la mesa con tréboles y corazones, satisfacía aristocráticamente su plebeyez. Nadie recuerda la fecha. Nadie sabe si aquella noche Lord Sandwich ganó o perdió. Pero lo que sobrevive de aquella partida de whist, —y del propio Lord Sandwich— es el pan con cosas que lleva su título. Y anoche, Guarionex y yo lo recordamos cuatro veces, charlando al aire libre, con algunas botellas de München.

En el marco inferior de las ventanillas, en los trenes de Europa, hay una placa donde se advierte a los viajeros que “es peligroso asomarse”. Es un texto tetralingüe, en francés, inglés, italiano y alemán. En cierta ocasión rodante, charlando con un empleado del ferrocarril, le pregunté el motivo por el cual se omitía la advertencia en español. Su respuesta fue casi instantánea: “Es que los españoles no viajan, monsieur...”

Revisando unas viejas fotografías, me encontré de perfil en un balcón envejecido por la nieve. Nieve en la baranda, nieve en el piso, nieve en un búcaro con un bastón navideño. Y yo, con una gruesa protección lanar de manufactura canadiense. Y entre

los arabescos del balcón, allá abajo, la Plaza del Colegio Civil, con su insólita blancura, y grupos juveniles agredándose invernalmente. Es un recuerdo de la gran nevada del 9 de enero de 1967, en Monterrey.

*Pero no empañes tu vida
diciendo mal de mujer.*

Es una recta norma de conducta viril. Martí la propuso y la cumplió. Yo también la he cumplido, hasta cuando pudo empañarse mi vida, ante los demás, precisamente por "no decir mal de mujer".

La Academia Sueca ha señalado el próximo día 21 para proclamar el ganador del Premio Nóbel de Literatura de 1976. Entre los diez o doce nombres "posibles", hay tres realmente importantes: Graham Greene, André Malraux y Vladimir Nabokov. No se menciona a Borges, ni a ningún otro escritor de habla hispana, aunque en meses anteriores se especuló con las candidaturas de García Márquez, Cela y Pemán.

*Puedo decir: "mañana".
Pero "mañana" es nunca, todo el tiempo, el olvido,
el silencio final de la campana,
la ceniza de un hombre que se ha ido.*

*Puedo decir "mañana"; y es un lento
crepúsculo de otoño todo el día,
y es el confín donde envejece el viento,
donde la lluvia ignora que llueve todavía.*

Por eso no lo digo.

Decir "mañana" es triste,

y yo me iré cantando, porque se irán conmigo

la vida, que no vuelve, y el tiempo, que no existe.

Carta de Agustín Acosta. —“Ya no coincido con Píndaro”, concluye melancólicamente. Y es una queja de su salud, las estrecheces económicas y la indiferencia ambiental, que sólo podemos entender él y yo, desde los años 40, cuando yo lo trataba todavía de “usted”, a pesar de su “tú” campechano y afectuoso. Fue un encuentro casual en La Habana, —calle Galiano, a media tarde. Entramos a un café, viendo pasar las musas de Darío —de carne y hueso— por la acera. Yo andaba con mi Píndaro en la edición de Charpentier, y le busqué unos versos que había señalado con lápiz, al margen: —“Esto le viene bien a Ud. —le dije—; y lo marqué por eso, precisamente, aunque lo menos que podía imaginarme era que íbamos a encontrarnos hoy. .” Se trataba de un fragmento de las Odas Olímpicas:

Υγί-

εντα δ' εἴ τις ὄλβον

ἄρθῃ, ἐξαρκέων κτεάτεσσι, καὶ

εὐλογίαν προστιθεῖς, μὴ ματεύ-

σῃ θεὸς γενέσθαι.

Agustín no sabía griego antiguo, —ni yo, ni nadie desde los tiempos de las Termópilas; pero con el auxilio del Padre Restrepo y de un viejo diccionario jesuita era posible, al menos, desentrañar el sentido sobreviviente del idioma difunto, y ya después era fácil castellanizarlo métricamente:

*pues los mortales de salud robusta,
que disfruten de bienes suficientes
y honores merecidos,
no han de envidiar la suerte de los dioses.*

Y, en efecto, aquellos versos, con veinticinco siglos de anticipación, parecían definir al Agustín Acosta de entonces, saludable, próspero y célebre. Y él los recordaba, al escribirme su carta. Y yo, al leerla.

Octubre 10. Domingo. En todas las épocas, los sabios han dicho de qué modo debían entenderse las cosas desconocidas. Y ahora nos reímos de las disparatadas creencias de nuestros antecesores. Pero aún existen cosas desconocidas, y hay más sabios que nunca.

Está claro que nadie puede matar una idea. Es una impotencia física. Pero matar para imponer una idea es una demostración de impotencia ideológica.

*Hablaré del amor como quien ama,
sin saber cuándo empieza ni por qué finaliza,
pero aquel que ha sabido lo alegre que es su llama
ya sabrá, fatalmente, qué triste es su ceniza.*

*Diré también que con el sufrimiento
un corazón florece y otro queda vacío,
pues si en una llanura todo lo arrasa el viento
en un cauce con piedras canta mejor el río.*

*Y, aunque hay días fatales y felices,
la vida sigue siendo secretamente bella,
pues la altura del árbol sube por las raíces
y sólo cuando hay sombra podemos ver la estrella.*

Octubre 11. Lunes. Amanece lloviendo. Y no ha dejado de llover, intermitentemente. Así llovió, sin duda, para el hombre primitivo; así llovería en los viejos bosques, en las ciudades caldeas, en los campamentos de los hunos, en las terrazas agrícolas de los Andes, en las arquitecturas sacerdotales de Yucatán. Y es natural que así sea, porque la lluvia en nada ha cambiado. Ni el hombre.

La cosa será muy sencilla: 24 horas de ayuno total, y luego una píldora verde —una píldora del tamaño de un huevo de lagartija— y otras 24 horas de reposo absoluto, con un litro de agua científicamente pura a las doce del día y otro a las doce de la noche. Con eso será suficiente. A partir de ese momento, Ud. será inmune al cáncer, al paro cardíaco, a la hepatitis infecciosa, a la tuberculosis, a la cirrosis hepática, a la diabetes y a cualquier otra agresión patológica: su organismo se mantendrá perpetuamente en el funcionamiento que le corresponde, de acuerdo con la edad en que se someta a la acción de la píldora, que no lo hará rejuvenecer, pero que tampoco permitirá el menor envejecimiento futuro. Y Ud. será inmortal, teóricamente. Si gusta, podrá entretenerse quinientos años en escribir un libro titulado: “Cuando los hombres eran mortales”. Pero, como es natural, ninguna píldora, verde o del color que sea, puede impedir un accidente automovilístico, ferroviario, marítimo o aéreo, o una perforación de calibre 45, o seis pulgadas de acero inoxidable en el quinto espacio intercostal, o media onza de cianuro potásico en el desayuno, y cosas así; ni impedirá las decisiones autoeliminadoras, en sus variantes de cuerda al cuello y balcón de octavo piso. Y al cabo de algún tiempo, todo volverá poco a poco a la nivelación estadística que se observa normalmente desde los tiempos de Matusalén, ese bíblico precursor de la supervivencia inútil.

Octubre 12. Martes. Ayer fue un lunes para la lluvia y el viento. Hoy parece ser un martes para el viento y la lluvia. Hay

toses y llantos de niños. Como en 1876. Como en 1776. Como en 1676. Tal vez alguien se atrevería a escribir: como en 2076. Pero sólo el pasado es indudable.

Aun el hombre más libre se someterá voluntariamente a alguna esclavitud. Esto es lo más desagradable que puede escribirse en cualquier idioma. Y lo más triste. Y lo más cierto.

Kein Mensch kennt den andern,
Jeder ist allein.

Hermann Hesse

*Nadie conoce a nadie, amigo mío.
Cada cual es lo suyo que no olvida,
y nadie sabe lo que arrastra un río
ni una vida.*

*Yo soy yo, tú eres tú, pero hacia afuera,
porque siempre, detrás de la mirada,
hay un lento mirar de otra manera
y una puerta cerrada.*

*Y detrás de esa puerta habrá un delito,
o un temor, o un rencor, o un desencanto,
o algún secreto que ha quedado escrito
con sangre o llanto.*

*O es algo que no es nuestro en nuestra vida,
o es algo nuestro en una vida ajena;
y todo es como un agua removida
o un puñado de arena.*

*Porque el pasado es una fuente clara
que se enturbia después como un espejo,
como un espejo en que se acumulara
su reflejo.*

*Y un día —cualquier día—, un viento frío;
no verme más o no volver a verte:
Y nadie sabe lo que arrastra un río
ni una muerte.*

Octubre 13. Miércoles. Hasta ayer, días oscuros, viento y humedad. Hoy, un cielo plácidamente azul y un sol reverberante. Ha habido crecientes en los ríos, dicen. Pero ya las calles están secas. Y la gente se adapta con facilidad a esas alternativas que equivalen a la pesadumbre y el entusiasmo de la naturaleza exterior.

Un recorte de periódico. Del Diario Las Américas , de Miami. Un lindo poema de Luis Mario, —poema de enamorado feliz. No es, aún, el poema *para siempre* que él debe escribir algún día. Pero ya es bastante con que cada nuevo poema suyo supere en algo los poemas anteriores; y esa es justamente la diferencia que existe entre un poeta verdadero y un simulador o un adocenado.

No parece haber duda en cuanto a que nuestro organismo emplea métodos muy eficaces para exigirnos lo que necesita. Pero es lástima que no sepa advertirnos igualmente cuando abusamos de sus recursos, o que, al menos, esas señales no sean tan perceptibles y coactivas como las otras. Es decir, que en el primer caso nos impone perentoriamente sus necesidades y en el segundo se somete a nuestras imprudencias.

Octubre 14. Jueves. El necio se considera importante cuando comete alguna necesidad. Es algo así como el esfínter de evacuación.

Otro día gris, de pronto. Evidentemente, la Naturaleza nos da los peores ejemplos temperamentales.

Octubre 15. Viernes. Se menciona a Vigil Díaz, en una charla ocasional. Yo digo que se trata de un tipo simpático y pintoresco de los que no faltan en ninguna parte —con su equivalente cubano en Carnicer Torres— pero a los que en ninguna parte se les concede la menor importancia antológica; y que me parece poco serio inflar un renombre postizo para una época dominicana con ejecutorias tan auténticas como las de Virgilio Díaz Ordóñez, Emilio A. Morel, Valentín Giró, Víctor Garrido, Ramón Emilio Jiménez, Apolinar Perdomo, Federico Bermúdez y Enrique Aguiar, entre otros que serían igualmente estimables en cualquier ámbito poético latinoamericano.

*Deja esa puerta cerrada,
pues, si la abrieras un día,
vas a saber que no hay nada
tras esa puerta sombría.*

*Deja cerrada esa puerta,
porque es triste el parecido
entre una casa desierta
y un viejo dolor dormido.*

*Deja esa puerta cerrada,
pues por algo no está abierta,
aunque detrás no haya nada;*

*o nada más que el olvido
de un gran amor que se ha ido
y al salir cerró la puerta...*

Esta ha sido una semana de alta velocidad. Pero la noción del tiempo origina extraños contrasentidos en su percepción mensurable, —aunque tal vez eso dependa realmente de nosotros mismos, cuando nuestro tiempo particular no coincide con el tiempo del reloj. Y esa apreciación concluye estableciendo una paradoja que expresé con bastante exactitud en un verso:

Qué largos son los días y qué cortos los años...

Octubre 16. Sábado. El repertorio de las objeciones es inagotable, contra los poetas: que si éste es demasiado intimista, o aquél es poco metafísico, o aquél y éste se desprecupan de lo sociológico, o cualquier otra cosa que sólo puede constituir una objeción particular, y que, en definitiva, equivale a criticar el color verde porque alguien prefiera el azul, o anteponer una naranja a una pera, o un elefante a una salamandra, o el número 5 a la letra T.

Siempre he creído que el uso menos racional de la razón consiste en oponernos a nuestra naturaleza, o en violentarla. Hay dietas que no son otra cosa, —especialmente las “dietas estéticas”. Mortificar nuestro organismo nos expone a una represalia no menos mortificante, y muchas veces fatal. En lo que a mí respecta, considero preferible estar algo más gordo y no completamente difunto.

Actualmente ignoramos tanto la topografía de Neptuno

como las interacciones de nuestro sistema glandular. Sin embargo, ya vamos comprendiendo que los "antojos" de la mujer encinta son la expresión indirecta de urgentes necesidades orgánicas. Y nuestro apetito especialmente preferencial puede tener el mismo origen, por lo que convendría considerarlo así.

Octubre 17. Domingo.

*Yo volveré algún día, vivo o muerto.
Pero ese día, de cualquier manera,
será mi corazón como un desierto
que repentinamente floreciera.*

*Ese día, que un día será cierto,
alguien verá, como por vez primera,
el viejo libro nuevamente abierto
y la sombra del álamo en la acera.*

*Y no me importaría que lloviera
ni que se oscureciera el mediodía,
sabiendo que habrá sol en la bandera;*

*y, como sé que un día será cierto,
por mucho que demore todavía,
yo volveré ese día, vivo o muerto!*

Yo le había escrito el "Poema de la Espera". Le escribí, también, la "Elegía para ti y para mí", y la "Segunda Balada en la Alameda". Algunos besos y otras cosas insuficientes. Nada más. Después se casó. Cierta noche especial, en que habría eclipse de Luna, me prometió acudir a una cita. No fue. Meses más tarde acordamos otro encuentro, también nocturno, pero tampoco fue. No recuerdo frustraciones más deprimentes, en toda mi vida. Y una tarde de lluvia, yendo yo en mi automóvil,

la vi en un portal, esperando que escampara. Frené, abrí la portezuela, la invité a subir, y subió. Y era mi día...

Octubre 18. Lunes. Un soneto puede ser leído en algo menos de un minuto, si es de versificación endecasílabo. Pero muy pocos lectores sospecharán cuánto tiempo se requiere para escribirlo y terminarlo a satisfacción, ni el número de variantes que puede exigir cada verso, ni la elección particular de las palabras, ni sus repeticiones indeseables, ni las alternativas de los sinónimos, ni las asonancias involuntarias, ni la equivalencia profunda de las rimas. A veces son horas y horas, para lograr la exactitud y la fluidez de un solo verso. A veces uno ha logrado la expresión correcta, pero con alguna incorrección prosódica. Otras veces es necesario prescindir de un elemento metafórico que altera el equilibrio general de la composición. Y a veces la simple sustitución de un adjetivo exige mayores cavilaciones que una intrincada partida de ajedrez. Pero, en cambio, tampoco existe satisfacción comparable a la que puede proporcionarnos ese mismo soneto, cuando queda de pie. Y entonces se comprende mejor a monsieur Boileau:

Un sonnet sans défauts vaut seul un long poème...

Repaso a Petrarca. Es un repaso algo superficial, pero que me permite advertir de nuevo ciertas "informalidades", especialmente en su técnica como sonetista. Y, por ejemplo, aunque es evidente su preferencia por el método arcaico en las rimas de los tercetos (A-B-C-A-B-C), en ciertos casos emplea uno más satisfactorio (A-B-A-B-A-B). (El Soneto CLXVI ofrece un esquema detestable: A-B-B-B-A-A.) Pero, en algunos casos, los cuartetos (A-B-B-A) pasan a ser serventesios (A-B-A-B) lo que generalmente se considera una "innovación" *modernista*. Ejemplos de estas rarezas se encuentran en los sonetos CXXXIV, CCLXXXI, CCXCV, CCCX, CCCXI y CCCXVIII;

aunque me temo que la numeración de los sonetos varía con las ediciones.

Hoy hice una sintonía de “corridos” mexicanos. En mis cinco años aztecas, oí algo así como veinte millones de “corridos”. Pero, de entre todos ellos, se me quedó imborrablemente memorizada una estrofa, —no sé si por una extravagante figura literaria de indefinible identificación preceptiva, en el “corrido de Rosita Alvérez”:

*El día que la mataron,
Rosita estaba de suerte:
De tres tiros que le dieron
sólo uno era de muerte.*

Mi primera ilusión, Clara. Mi primera novia, Ofelia. Mi primera pasión, Violeta. Mi primer desengaño, Olga. ¿Mi primera aventura? Tal vez debería mentir, con un nombre cualquiera. Pero lo he olvidado, realmente. (Casada, sí. Y el primer susto, por añadidura.) Si existiera pena de muerte para la ingratitud, yo no estaría consumiendo oxígeno todavía, —aunque me consuela pensar que sobraría oxígeno en un mundo deshabitado...

Octubre 19. Martes. Todos lo tomaron como un chiste, como una simple frase, más o menos oportuna, tal vez por la frivolidad del ambiente. Pero no era así. La cosa sucedió hace años, pero se cuenta pronto: Una dama hacía la enumeración de las desventajas femeninas en el trato amoroso, para concluir con el consabido: “... y, sobre todo, los hombres ignoran lo que es un parto”. Yo dije, simplemente: —“Señora... Usted nunca ha escrito un soneto, ¿verdad?”.

Hace años, un periodista francés entrevistó a varios prominentes escritores de su país, con el propósito de saber cuál era la novela que los había impresionado o influido más profundamente. La mayoría mencionó "Le Rouge et le Noir", de Stendhal. A mí también, en mi adolescencia, me produjo una tremenda impresión, hasta el punto de inducirme a personificar a Julián Sorel, años más tarde, en una residencia campestre donde yo no era el único invitado; y digo esto, porque es probable que no hubiera hecho ciertas cosas de no haberlas leído en "Rojo y Negro". El caso es que yo también propuse una cita imprudente; a mí también me dijeron que no, y yo también me arrepentí de mi imprudencia, —aunque mi Madame Rênal no era la dueña de la casa. Pero yo también acudí a la cita, a medianoche, y la puerta no estaba cerrada tampoco...

Octubre 20. Miércoles.

*Ayer es el olvido detrás de los espejos,
la lluvia de septiembre para las golondrinas;
y el olvidado amante de los amores viejos
recorre las alcobas de su palacio en ruinas.*

*Ayer es cierto modo de mirar el poniente,
de palpar la ceniza viendo hogueras lejanas,
y es también como un viento que sopla de repente,
como un golpe de viento que cierra las ventanas.*

*Y llegará la sombra de lo que ya se ha ido,
la arena de otra playa y el tiempo de otro día,
y el amante olvidado será un desconocido
que vaga por las calles de una ciudad vacía.*

*Y así su propio nombre será una cosa incierta,
será tan casi nada como se cuenta un cuento,
como mirar la lluvia, como abrir una puerta,
como el agua de un río, como un golpe de viento...*

Hoy, aquél; mañana, el otro. Todos van cayendo, uno a uno. Y es forzoso pensar: "Ya me tocará a mí, también". Y, por supuesto, la vida compensa con creces las bajas. Pero lo terrible es que siempre sabemos quiénes son los que se van, sin que sepamos qué podrán ser los que llegan.

Octubre 21. Jueves. Otra antítesis entre la Religión y el Comunismo, en lo referente a las últimas finalidades; aunque aquí, al menos, hay cierta ventaja para la Religión, porque nadie puede comprobar si se cumplen o no sus promesas de vida eterna, pero está claro que el Comunismo nunca ha podido cumplir las suyas, en nuestra vida transitoria. Y no hay mucho que elegir entre lo que trata de hacernos agradable la muerte y lo que nos hace desagradable la vida.

Cada poeta insiste en determinados elementos metafóricos. Pero también hay elementos de participación. Y el viento más que ninguno; el viento, que llega cuando le parece y que se va porque sí, como la Poesía.

Octubre 22. Viernes.

*Sumaremos el cántico y la rosa,
sumaremos las noches y los días,
y al fin nos quedaremos con las manos vacías
mientras crece la yerba que no sabe otra cosa.*

*Sumaremos la flor inesperada,
sumaremos el fruto que se espera,
pero nunca podremos sumar la primavera,
porque la primavera tampoco sabe nada.*

*Sumaremos la lágrima y la espuma,
sumaremos el tiempo que se ha ido,
pero no habrá manera de sumar el olvido
que silenciosamente va restando esa suma.*

*Y después, en el cómputo postrero,
cuando ya no hay pregunta ni respuesta,
para hacer el balance de la suma y la resta
sumaremos la muerte como se suma un cero.*

El Premio Nóbel le ha correspondido a Saul Bellow, novelista canadiense-norteamericano. Jorge Luis Borges dice que es la primera vez que se entera de que existe ese señor Bellow. Y ha sido muy considerado de su parte no hacer un chiste, ya que "bellow", en inglés, es un verbo neutro que significa "berrear".

No sé si fue en una revista literaria, en una biografía del poeta o en una edición especial de sus obras, pero estoy bien seguro de haber visto reproducidas fotográficamente varias páginas del manuscrito de las "Rimas" de Bécquer. El caso es que ese original existe en alguna parte, —presumiblemente en la Biblioteca Nacional de Madrid. Y si en alguna ocasión yo lo pudiera examinar, buscaría al instante la Rima XXVI ("Va contra mi interés, al confesarlo"). Esto, naturalmente, requiere una explicación: la Rima XXVI sólo es citada como un rasgo de humorismo, y, en realidad, hasta refleja la deleznable influencia de Campoamor. Pero a mí me interesaría comprobar si en el manuscrito aparece tal como en todas las ediciones que conozco, es decir, si son catorce versos juntos, o si esos catorce versos están divididos en dos cuartetos y dos tercetos, configurando *un soneto en asonantes*, y con la extraña particularidad de que el segundo verso de cada cuarteto no es endecasílabo, sino heptasílabo. (Y, de paso, cotejaría también la Rima LXXXIX ("De Noche"), para ver si sus primeros catorce versos constituyen otro soneto asonantado, y los ocho últimos una "Rima" aparte.)

Creo que sería interesante esta investigación, porque las

“Rimas” fueron publicadas al año siguiente del fallecimiento de Bécquer, quien, por lo tanto, no tuvo participación alguna en la corrección de pruebas ni en la distribución tipográfica de la edición; y es sabido que se hicieron ciertas enmiendas al texto, con excelentes intenciones, sin duda, pero también, quizá, con deplorables resultados. Y, por ejemplo, es posible que los buenos amigos de Bécquer decidieran no provocar la irritación de los críticos (¡en 1870!) con un soneto sin sus consonancias tradicionales, y, a más de eso, sin sus catorce endecasílabos consecutivos... dejando tales innovaciones para que se las acreditaran los poetas “modernistas” de treinta años después.

(Con posterioridad a esta nota, he sabido que, en efecto, el manuscrito de las “Rimas” se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, formando parte del “Libro de los Gorriones”, manuscrito 13,216, págs. 529 a 600. Si alguien va por allá antes que yo, por favor, échele un vistazo a la Rima XXVI – y a la LXXXIX. Bécquer y yo se lo agradeceremos.)

OTROS “CUARTETOS DEL TRANSEUNTE”

*Vivimos, ignorando qué es la vida;
amamos, sin saber qué es el amor,
—casi como la rama florecida
que no sabe que es rama y que da flor.*

*Un día, Dios, o Alá —no importa el nombre—
tal vez se fue sintiendo celestemente triste
y al amasar la arcilla le salió mal el hombre;
y no ha vuelto a mirarlo, ni sabe si aún existe.*

*Yo esperaré mi fin, pero a pie firme,
sin sueros dilatorios ni otras vanas argucias,
y así podré librarme de tener que morirme
de alguna de esas muertas innoblemente sucias.*

*Ni creyente ni ateo,
y al galope sin brida y sin estribo,
hay cosas que le añado a lo que leo
como hay cosas que ignoro en lo que escribo.*

*Inmóvil en la noche de impenetrable luto,
cada cual va sabiendo, sin que nadie lo diga,
todo lo que perdura de la flor en el fruto
y todo lo que muere cuando nace una espiga.*

*Después del rito de las cuatro velas
no tendrán importancia, para los esqueletos,
las infidelidades de las tatarabuelas
ni las estupideces de los tataranietos.*

*No me disgusta este planeta inmundo,
pues nací en una isla de muchachas esbeltas;
pero ya desde antes daba vueltas el mundo
y después de mi muerte seguirá dando vueltas.*

*Me moriré sin rebelarme en vano,
sin soñar recompensas y sin temer castigos,
pero debe ser triste la vida de un anciano
a quien ya se le han muerto sus últimos amigos.*

*No, no te iré a buscar. No tengo prisa,
porque no sé hasta dónde me dolerá ese encuentro,
y porque no quisiera mirarte la sonrisa
como un lindo juguete que se rompió por dentro.*

Octubre 23. Sábado. Recibo noticias de Arturo Doreste, indirectamente, en una carta de Arístides. Y recuerdo cierta húmeda mañana —casi amaneciendo más bien— y a Doreste caminando por una acera. Pero, sobre todo, recuerdo cómo se detuvo bruscamente, con aire de incredulidad y de estupor, al reconocermé en la ventana de un tercer piso, en paños menores. Sólo pareció admitir mi identidad indudable cuando lo saludé con una mano. Y, por supuesto, tuvo que constituir una gran sorpresa, para él, descubrirme en aquel ex-convento-colegio de las Ursulinas, convertido entonces en casa de inquilinato. Ni él ni nadie podía suponer que yo había pasado la noche —muy bien acompañado, eso sí— en un coquetón apartamento de aquel viejo edificio de la calle Zulueta.

Octubre 24. Domingo. Existe un fanatismo político tan intransigente y ciego como el fanatismo religioso. Y eso obliga a pensar que la Religión y la Política son simples pretextos de expresión, y que se nace fanático como se nace bizco, tartamudo o sordo. Y el resto es ornamental.

Por otra parte, la Ciencia rechaza la Religión, como una estructura de suposiciones. Pero la Ciencia, que explica los efectos, ignora completamente las causas. Y, de ese modo, lo que se presenta como un conflicto de ideas no pasa de ser una oposición de hipótesis. Y el resto es puro verbalismo.

Octubre 25. Lunes. Leí recientemente que la diferencia entre las pirámides egipcias y las mayas consiste en que las primeras eran tumbas y las segundas son adoratorios. Sin embargo, cada vez que se explora bien una pirámide maya,

aparece un sepulcro, como en Chichén-Itzá y en Palenque. Y lo único cierto de las teorías sobre las pirámides, son las propias pirámides, mayas o egipcias.

“Antón Bronsky, profesor de ruso”. Así me identifiqué cierta noche fría de 1952, en la “Hacienda Vista Hermosa”, cerca de Cuernavaca. Aquel hotel había sido anteriormente un monasterio, según supe. Pero yo recuerdo bien un sereno con un fusil y un cálido vino tinto de Coahuila. Y mi extravagante seudónimo. Y una sonrisa en la oscuridad.

Octubre 26. Martes.

*Un gran amor, un gran amor lejano,
es algo así como la enredadera
que no quisiera florecer en vano
y sigue floreciendo aunque no quiera.*

*Un gran amor se nos acaba un día
y es tristemente igual a un pozo seco,
pues ya no tiene el agua que tenía
pero le queda todavía el eco.*

*Y, en ese gran amor, aquel que ama
compartirá el destino de la hoguera,
que lo consume todo con su llama
porque no sabe arder de otra manera.*

Octubre 27. Miércoles. He hablado con un señor que afirma haber sido curado por los “médicos filipinos” que practican la cirugía manual y sin anestesia. Y no deja de ser sorprendente el auge actual del curanderismo, en las Filipinas y en el Brasil —y en todas partes— paralelamente con el auge tecnológico de las ciencias de la salud. Yo pienso que ello se debe a una deshumanización de la medicina; o, más

exactamente, de la mayoría de los médicos. Tal vez se ha desatendido un poco la actitud mental atávica del enfermo ante quien debe curarlo. En las viejas recetas escritas en latín participaba un factor esotérico que actuaba sobre la fe del paciente. Aquella intervención del misterio y de la magia ha sido sustituida por una especie de automatismo científico que menosprecia todo elemento psicológico en las curaciones. Cada vez que el médico recurre al laboratorio delega su autoridad de mago, en lo que es, para el enfermo, una inseguridad o una incompetencia para el diagnóstico. Y, sin embargo, una medicación errónea puede ser más efectiva que la más correcta, en ciertos casos. Y eso explicaría por qué los enfermos viajan al Brasil y a las Filipinas, y, sobre todo, por qué vuelven saludables, a veces. Y con una diferencia fundamental: que los éxitos del curandero son divulgados convincentemente, y los del médico quedan archivados en su consultorio.

Algo más: desde la "bala mágica" de Ehrlich, se ha establecido un proceso publicitario que intenta transferir a los productos medicinales la magia antiguamente atribuida al médico. Y eso se ha conseguido, en gran parte. Y los médicos han aceptado suicidamente su modesta condición de intermediarios entre el enfermo y la medicina. Pero a veces el enfermo prescinde del médico y acude directamente al farmacéutico. Y los errores se archivan en las funerarias.

Fue un momento de tensión, en el viejo aeropuerto "Andrews" de Ciudad Trujillo. Aquel corpulento coronel de ojos desconfiados me miraba adversamente, mientras Ramoncito Souto concluía su explicación del hecho más o menos delictivo:

—Y, desde luego, el señor Buesa ignoraba la prohibición de traer cartas del extranjero, y...

—Pero, ¿la entregó?

—No, coronel. No llegó a entregarla, porque yo se lo advertí, y...

—Bien. ¿Dónde está esa carta?

La pregunta era directa, y el tono impaciente y seco. Y yo saqué de un bolsillo la carta de Julián Espinal (Potemkin) —una carta que me había entregado, abierta, en La Habana, y dirigida a su mamá. Ramoncito me había aleccionado sobre la conveniencia de volver al aeropuerto y hacer la declaración, por la posibilidad de que el servicio secreto ya tuviera noticias de todo, desde Cuba; y yo había accedido a aquello, más que nada, por no involucrar al propio Ramoncito en un incidente desagradable. En consecuencia, le entregué la carta al coronel, quien le dio dos o tres vueltas entre sus manazas, sin abrirla, y luego la colocó sobre el escritorio, mirándome fijamente:

—Está bien. Olvide esta carta.

Yo me encogí de hombros, y le pregunté, con aire de perplejidad:

—¿Qué carta?

El hombre pareció desconcertado por un momento y luego señaló la carta, categóricamente:

—Esta.

—¿Y yo qué sé de esa carta?

—¿Cómo dice? Pero, ¿usted mismo no me la acaba de entregar?

—¿Y usted no me dijo que la olvidara? ¡Pues ya la olvidé!

El Coronel titubeó un poco antes de sonreír, pero finalmente nos dijo que podíamos retirarnos. Veinte minutos después de estar de regreso en el Hotel "Europa", un motociclista del ejército fue a devolverme la carta, con la autorización para su entrega, —cosa que hice aquella misma noche. Y esa fue mi primera y última actuación marginal como cartero honorario.

Hoy, a la altura de este décimo cuaderno mensual, empiezo a comprender que apenas he hecho alguna que otra mención a lo que constituye la más antigua y amplia de mis experiencias personales. Y es que yo he sido siempre un "hombre de la

radio". En la "Hora Múltiple" (8 de la noche, emisora CMW, La Habana) se difundió mi primer ensayo como autor radial, en 1931. Fue una adaptación de un famoso cuento de Guy de Maupassant, "El Collar". Después, siempre como autor, o como director y productor de programas de radio y de TV, con algunas incursiones en el teatro y en el cine, he mecanografiado toneladas de papel, y he ganado tanto dinero, que si lo tuviera todo junto, en este instante, ya no tendría tiempo ni manera de volver a gastarlo. Aunque lo intentaría, naturalmente.

Octubre 28. Jueves. Mi hija Carmen le ofrece una sardina a una foca, en el "Sea World" de San Diego. Así la veo, en una fotografía que recibo hoy. Primera vez en mi vida que he envidiado a una foca. Y no por la sardina.

A veces sospecho que lo que hay después de la muerte es lo mismo que hubo antes de la vida.

Nunca he visto el amanecer tantas veces como en estos últimos años. Ahora lo veo casi todos los días, al levantarme. Y esa es la diferencia.

Hoy me tropecé en la calle con un hombre que me recordó a Pablo de Rokha, el poeta chileno. Sólo nos encontramos una vez, en una entrevista de alto voltaje verbal. Era más bien tosco, brusco, con su aire de orador de barricada, con su voz recia y su sintaxis agresiva, como protegiendo no sé qué secreta indefensión sentimental de arriero andino. Era un *tremendista*, sin reconocer en el *tremendismo* una actitud romántica

declinante. Su nombre verdadero era Carlos Díaz Loyola. Se suicidó prusianamente, de un balazo en la boca.

*Esta es la alcoba de la noche aquella,
la inolvidable para Margarita,
pues, siendo bella, nunca fue más bella
que al acudir a la primera cita.*

*Noches lejanas, con el oro viejo
de las lentas bujías en la sombra,
con el perfil de Marta en el espejo
o los pies de Mercedes en la alfombra.*

*Hoy es la alcoba donde ya no queda
ni un eco del susurro de la seda
ni una rosa de ayer para otro día;*

*la alcoba en que anohecen las mañanas
cuando se cierran todas las ventanas
y se consume la última bujía...*

Octubre 29. Viernes. Recibo carta de Carlos Hernández López, recordándome un incidente anecdótico de mis últimos días en Cuba. Una amiga común, poetisa de renombre, entonces apasionadamente *fidelista* (hoy en Miami), fue a despedirse de mí. —“Estoy segura de que no volverás —me dijo— pero también sé que, vayas a donde vayas, seguirás siendo un amigo fiel”. —“No, no —le respondí—: todo lo que sea *fidelidad* es cosa tuya...”

Me han dado una mala noticia: un amigo se está muriendo y no lo sabe.

Octubre 30. Sábado. Escribo cartas. Y descubro que a veces se prefiere un buen silencio que una mala puntualidad. Sólo deben escribirse cartas con el ánimo expansivo. Una carta en la que lo único personal sea la firma, no vale la pena de escribirse ni de leerse. Pero hay un amigo que se está muriendo y no lo sabe. Y yo lo sé.

Octubre 31. Domingo. He recordado un oso de peluche, que entonces era de mayor tamaño que yo. Y yo sabía que era un juguete, pero, aun así, me inspiraba un vago respeto. En realidad, nunca hice amistad con él, por ese motivo. Pero pasó el tiempo y yo crecí. Esa era mi ventaja, aunque yo la desconocía. Y, años después, lo encontré de nuevo, sucio y torpe, con el hocico pelón y los ojos de cristal estúpido, en una caja vieja detrás de un armario. Y entonces fue cuando comprendí que el oso aquel nunca había sido imponente y amenazador, sino que me lo había parecido a mí, cuando yo me sentía indefenso. Y comprendí también que el verdadero tamaño de los demás depende un poco del nuestro, de cierta manera.

Ha venido a verme un amigo que habló elogiosamente de un famoso cirujano de mi país. Y recordé que una hija de ese cirujano famoso, en el Teatro "Auditorium" de La Habana, en un entreacto de un recital poético, me pidió el autógrafo. Yo me palpé los bolsillos, sin encontrar mi estilográfica. La muchacha se asombró: —"Pero, ¿cómo es posible que un escritor no traiga ni un lápiz siquiera?" Y su pregunta, aparentemente lógica, me dio pie para responderle, sonriendo: —"Usted no querrá decirme que su papá anda con un bisturí en el bolsillo".

LIBRETA 11

NOVIEMBRE

Noviembre 1. Lunes. Una alegre mañana de sol. Pero pienso en mi amigo que se está muriendo y no lo sabe, y se me entristece un poco la mañana. Y entonces pienso que él puede haber sonreído, porque no sabe nada y esta es una mañana para sonreír. Y trato de pensar en otra cosa, cuando pienso en lo triste que habrá sido su sonrisa, si ya lo sabe, y, aun así, ha sonreído.

Profundizar en la semántica concluye por superficializarnos. Y la teoría numeral de los pitagóricos nos enemista con la aritmética. Al final, aparece un diccionario por un lado y una computadora por el otro. Y, de alguna manera, seguimos llamándole *noviembre* al *undécimo* mes del año, aunque sepamos perfectamente que eso equivale a atribuirle al 9 un valor de 11, y que, en realidad, *noviembre* es un tiempo mensual de treinta días, entre el 31 de agosto y el 1o. de octubre, que es lo que llamamos el mes de *septiembre*, contra todas las leyes aritméticas y semánticas.

Noviembre 2. Martes. A veces he sonreído más o menos externamente, oyendo o leyendo opiniones sobre la poesía y los poetas, de personas especializadas en otros aspectos de la cultura. Y supongo que muchas opiniones que he ido exponiendo en este "Diario", en relación con materias independientes de la poesía —y aun sobre la poesía— suscitarán una reacción semejante en determinados lectores. Sólo deseo

que estos últimos no tengan tantas razones contra mí como yo contra los primeros.

Probablemente, si se efectuaran pruebas con ratones, obligándolos a inhalar el humo producido por la combustión de billetes de banco de a mil dólares, se comprobaría que tales billetes son peligrosos para la salud porque producen cáncer pulmonar. Desde luego, los billetes de banco no se imprimen para que se los fume nadie, pero tampoco ningún fumador se mantiene fumando las veinticuatro horas de cada día, como se hace con los ratones.

Supongamos ahora que alguien afirme que el trigo es el causante del cáncer gástrico. Si se somete a comprobación semejante estupidez, quedará demostrado que, de cien enfermos de ese mal, los cien son consumidores habituales de harina de trigo, lo cual constituirá una prueba más concluyente contra esa alimentación que las que existen contra el vicio del tabaco, sin que en realidad pruebe nada tampoco, —a no ser que las estadísticas sirven para probar todo lo que uno quiera, y, además, todo lo contrario.

Hoy se decide, en los Estados Unidos, quién deberá gobernar ese país en los próximos cuatro años. Como las empresas de "sondeo" conocen bien la inseguridad de sus pronósticos, establecen estadísticamente un porcentaje de votantes indecisos superior al margen de definiciones categóricas, y, de ese modo, gane quien gane, los "surveys" no podrán perder, que es lo más importante para esas empresas. Y, sin embargo, esos sondeos sólo investigan al aspecto positivo del voto, es decir, *a favor de quién*. Y en las elecciones de hoy, tal vez sería más conveniente investigar el aspecto negativo, o sea, *en contra de quién*.

Noviembre 3. Miércoles.

HUBO UN AMOR, UN DÍA...

I

*Hubo un amor, un día. Se dice de ese modo,
con tan pocas palabras, y queda dicho todo.*

*Calles de viento frío, calles de lluvia lenta,
y tú, bonita y triste como una Cenicienta.*

*Penumbra del otoño, turbio sol del ocaso,
y yo, con la sonrisa de los que están de paso.*

*Así fue, simplemente. Sin lágrimas ni hastío.
Y tú y yo, de la mano, por un parque vacío.*

II

*Hubo un amor, un día. Pero al decir "un día",
estoy diciendo un día que dura todavía;*

*y, como en la penumbra de aquel parque lejano,
voy andando en un sueño, con tu mano en mi mano.*

III

*Calles de lluvia lenta, calles de viento frío,
y qué triste es un cauce sin el agua del río.*

*Cielo gris, hojas secas... Cómo duele en la vida
una tarde de otoño que no se nos olvida.*

*Y yo sé, sin embargo, que una noche cualquiera
podré mirar la lluvia como si no lloviera.*

*Y comprendo, de pronto, que la melancolía
cabe en cinco palabras: "Hubo un amor, un día..."*

Ha ganado Carter, en las elecciones norteamericanas. Y es posible que muchos votos en favor suyo fueran en realidad contra Ford. Y, de cierta manera, contra Nixon. Esto parece demostrar que el *voto negativo* contra alguien, puede ser positivo para algo —siempre superior a alguien, como lo es la Democracia.

Noviembre 4. Jueves. Yo conocí a un poeta frustrado que era el amante —y lo decía— de la esposa de un poeta de cierto renombre. El marido era superior al amante, escribiendo versos y en todo lo demás; pero el amante consideraba una superioridad suya sobre el marido lo que era simplemente una inferioridad de la esposa. Y lo más curioso y significativo del caso es que, al morir el marido, el amante dejó de interesarse por la viuda. Probablemente ella había perdido, para él, su mérito principal, —o acaso el único.

Y ya entre cuernos y votos, me viene a la memoria cierto proceso político en mi país, hace años. Un respetable señor, que justificaba plenamente su sobrenombre de "Don Oteló", fue designado para presidir un colegio electoral. No pudo negarse. Y aquella fue la primera vez que estuvo ausente de su casa sin que pudiera regresar de improviso a cada momento y sin llamar por teléfono cada media hora. Y aun así llanó por teléfono. Pero solamente dos veces. Las dos veces, su esposa le aseguró que seguía en la cama. Y era cierto. Me consta.

Noviembre 5. Viernes. Fue algo así como una variante jactanciosa de "La Cena de los Cardenales", de Julio Dantas. Porque no se trataba del gran amor de cada vida, sino de la

conquista sexual más memorable de cada contertulio. Uno dijo que había cornamentado a un famoso pintor, lo que no pasaba de ser un mérito de transferencia. Otro, que había seducido a una niña de doce años, que es un caso previsto en cualquier código penal. Alguien se refirió a una célebre cantante, de la que conservaba algunas cartas comprometedoras, —tal vez escritas en papel de música. Y todavía una derivación del primero: la amante de un millonario, —en lo que se transparentaba cierto complejo de inferioridad económica. Yo dije — y es cierto — que mi conquista más memorable había sido una señorita de cuarenta años. Y todos se echaron a reír, como ante un chiste más o menos arqueológico. Pero no era un chiste. Y no creo que nadie me superara, al menos, en dos dificultades: una virginidad de semejante duración y lograr lo que había sido imposible para tantos otros; porque se trataba de una mujer que siempre fue muy atractiva. Y aún lo es.

Un buen tinto francés, pan tostado y queso de ultramar. Y es curioso que, por un simple cambio de latitudes, una frugalidad pueda considerarse un sibaritismo.

Noviembre 6. Sábado. El mejor uso que se puede hacer de una pistola, es dispararla contra quien la fabrica.

Lo terrible de los errores es que son errores para cualquiera, menos para quien los comete.

En “Tiempo en Sombra” (1970) hay un soneto que empieza:

*No diré dónde, ni con quién, ni cuándo,
ni nombre, ni país, ni mes, ni día...*

y con esa misma técnica de indefinición referiré mi encuentro, bastante reciente, con una amiga muy bella, muy simpática y muy famosa, después de muchísimos almanaques de no vernos las caras, —con lo cual salía perdiendo yo. El caso fue que, entre otras cosas, me contó que un ex-enamorado suyo, que era realmente muy rico en La Habana, en la actualidad vendía “hot-dogs”. Y recordó nostálgicamente “que ella apenas tenía quince años, y era tal su timidez, que cuando veía aquel Cadillac charolado doblar la esquina, salía corriendo a esconderse debajo de la cama”. — “Ya ves cómo cambian las cosas —le dije, suspirando —; porque si en la actualidad vieras acercarse un Cadillac así, saldrías corriendo a esconderte... encima de la cama”. Y esto, según el tono de la voz, puede ser un chiste o una grosería. Pero yo lo dije —y fue aceptado— como chiste.

En cualquier tratado de teoría literaria se aprende la diferencia que existe entre la rima consonante, o de identidad (*casa-pasa*) y la rima asonante, o de afinidad (*casa-agua*, o *lágrima*.) Tanto la una como la otra —aunque más la segunda que la primera— proceden de la antigua aliteración, con sus recursos, como la onomatopeya, y sus defectos, como la cacofonía. Y, sin la menor duda, será cacofónico un esquema de estrofa cuyos versos aconsonantados sean a la vez asonantes entre sí, como *viento-puerto-aliento-muerto*. Pero así como “casa” y “lágrima” son asonantes, a pesar de la “i” un poco intrusa del segundo vocablo, “casa” y “sal” podrían establecer una asonancia tan admisible entre un vocablo llano y otro agudo, a pesar de la vocal que falta, como la que se establece entre uno llano y otro esdrújulo, a pesar de la vocal que sobra. Y es que la asonancia se produce por la reiteración de una vocal tónica, que concluye por eliminar el valor prosódico secundario de las vocales átonas. No sé si algo así, o parecido, explica la “rima potencial” de Luis Angel Casas. Pero, de cualquier modo, es pura teoría literaria, a contrapelo del uso práctico y de la percepción general.

Noviembre 7. Domingo. Papucho encontró hoy un mar manso, y se dispuso al aprendizaje de la natación. Se ha pasado el resto del domingo relatando su experiencia: —“Esta mañana me ahogué en la playa”. Y parece que fue un buen trago de agua salina.

He visto en un programa de TV una riña de taberna, vívidamente reproducida. Tan vívidamente, que he recordado mi participación personal en otra, pero sin libreto, en los muelles de La Habana. José Antonio Alonso, José Fernández (Valencia) y yo, decidimos hacer una pausa allí, cierta noche calurosa, para refrescarnos cerveceramente. Ya era algo tarde, y veníamos de un agasajo a no sé quién, no recuerdo dónde. El caso fue que entramos en aquella taberna portuaria —un largo mostrador y diez o doce mesas distribuidas con insegura simetría en un salón bastante amplio— y permanecimos ante la “barra”, mientras nos servían las cervezas. Casi todos los parroquianos eran marinos mercantes, algunos en compañía más o menos transitoria. Y sucedió que una de aquellas jóvenes picarescas pareció interesarse por José Antonio, y que a éste, ya con una sobrecarga de whisky, le resultó agradable su interés, ignorando la corpulenta presencia del acompañante, ocasional o no. Y nuestro amigo, con su habitual desenvoltura, se dirigió de pronto hacia donde estaba la pareja, tomó una mano de la joven y se dispuso a ejecutar un acto de quiromancia bromista. El marinero reaccionó como era de esperar, levantándose violentamente y volcando la mesa, con lo que los vasos fueron rodando por un lado y José Antonio por otro. “Valencia” —6’3 y 200 libras— se precipitó sobre el marinero y le propinó un puñetazo que lo dejó sentado en el piso. Tres o cuatro nietos de Simbad fueron en ayuda de su compañero y se generalizó el desorden. Yo le pegué un silletazo al primero que se me acercó. José Antonio le arrancó una pata a una mesa y se puso a repartir garrotazos. Alguien empezó a tirar botellas vacías, y el ancho espejo horizontal de la “barra” se desplomó, despedazándose

con estrépito. Y de pronto se apagaron las luces. Todo el que intentaba encender un fósforo recibía inmediatamente un pescozón o un botellazo, hasta que se oyó el alarido de la sirena de un carro patrullero, un rechinar de neumáticos, un golpeteo de portezuelas y de tacones, y los agentes del orden irrumpieron en el local. Simultáneamente, se encendieron las luces. A Valencia le faltaba una manga de la chaqueta. Yo tenía un rasguño en el pómulo izquierdo. José Antonio estaba subido en una mesa, sacudiéndose la ropa. El cantinero buscaba sus espejuelos entre los vidrios rotos de una estantería. Había un marinero boca abajo en el piso, y otro con un chichón en la frente y un monóculo negro. Un oficial de la policía hizo la pregunta de rigor: "¿Qué ha pasado aquí?" José Antonio se le acercó, en actitud magnánima: "Nada, teniente. Nosotros no vamos a acusar a nadie". Y nos marchamos con toda tranquilidad, ante el estupor de los demás parroquianos poco influyentes.

Noviembre 8. Lunes. He llegado a la conclusión de que las dificultades para escribir hexámetros perfectos en castellano, no residen en la prosodia sino en la sintaxis. El exceso de enlaces gramaticales secundarios es lo que entorpece la fluidez de ese verso, en nuestro idioma.

*La vida —y más, la vida de un poeta—
debería romperse como un vaso,
de un solo golpe y ya; no paso a paso,
con insidiosa lentitud de grieta
o progresivo oscurecer de ocaso.*

*Morir debiera ser, sencillamente,
sonreír, nada más, y haberse ido;
casi como cualquier desconocido
que se detiene en la mitad de un puente
y sigue caminando en el olvido.*

*Morir debiera ser otra manera
de abrir un libro o de tender la mano,
y nada más, y más que todo, hermano:
morir como si nadie más supiera
lo bellamente que se muere en vano.*

Noviembre 9. Martes. Era mi primera salida a la carretera, después de las reglamentarias mil millas de ajuste de mi Buick Special. Fui con Galo Herrero a Matanzas, de donde salimos hacia Limonar con dos amigas. Al regreso, ya de noche, dejé pasar un automóvil vertiginosamente impulsado. Mi acompañanta delantera dijo: "A ese no hay quien lo alcance". Yo me eché a reír: —"A que lo paso antes de llegar al puente". —"A que no" — me pinchó ella. Yo me limité a pisar profundamente el acelerador. La aguja del velocímetro fue formando un arco hacia la derecha, hasta temblar en el tope, mientras la carretera parecía estrecharse más y más. Al doblar una curva vi las luces rojas posteriores del otro automóvil, y en cuestión de segundos entré en el puente rechinando los neumáticos, pero ya delante. La muchacha se encogió de hombros: "Ganaste; pero este carro no tiene buena estabilidad. Se bambolea demasiado. Yo he ido otras veces a ciento veinte kilómetros, y..." —"Son millas", la interrumpí. —"Aguanta, que nos matamos!", gritó la compañera de Galo, en el asiento trasero. Y, por supuesto, disminuí la velocidad. Pero aquella noche pasé de 190 k. p. h. durante algunos minutos, lo que sólo demuestra que hay estupideces muy divertidas.

Noviembre 10. Miércoles. Y, sin embargo, yo nunca he sido un chofer imprudente. Y ya en la época de la anotación de ayer había aprendido dos duras enseñanzas, al timón de un Mercury 8 en v: una noche, bajo una tenue llovizna, por la autopista del aeropuerto, giré cerradamente a la izquierda, hacia la avenida Santa Catalina, y las ruedas traseras resbalaron en abanico, dejándome en dirección contraria. El segundo susto fue peor, en la misma autopista, precisamente cuando estaban ampliándola. Entré como un bólido en un tramo con residuos

de tierra arcillosa del terraplén, a tiempo que comenzaba un violento aguacero. Inmediatamente el convertible se puso a culatear de contén a contén. Yo sabía que bastaba con una mínima presión en el freno para convertirme en un trompo, y me limité a sacar el pie del acelerador y a tratar de mantenerme en el asfalto. Y fue cuando vi aproximarse, de frente, un enorme camión con las lonas removidas por el viento. La cosa no ofrecía la menor duda: en tres o cuatro segundos más nos estrellaríamos el uno contra el otro, catastróficamente. Y entonces le di un puntapié al pedal del freno y torcí el volante hacia la derecha. El automóvil se precipitó lateralmente en el terraplén, levantando una gran polvareda, con dos ruedas en el suelo y dos en el aire. Pero se quedó inmóvil, al fin. Miré hacia el camión, que se detenía en aquel momento, mientras dos hombres saltaban a prestarme ayuda. Yo me limité a darles las gracias con la mano, y regresé lentamente a la carretera. Oí que alguien dijo: "De milagro no se mató". Y era verdad. Yo me sentía feliz, misteriosamente feliz y en calma. Aquel neblinoso mediodía pareció llenarse de claridad esplendorosa, mientras yo seguía hacia adelante, con mi automóvil lleno de fango y tierra amarilla. Al llegar a mi casa, me invadió un invencible cansancio y me acosté completamente vestido. Y me dormí. Al despertar, toda mi ropa, y las almohadas, estaban húmedas de sudor. Y aquel día renuncié para siempre a la idea de correr las 500 millas de Indianápolis.

Noviembre 11. Jueves. Probablemente, la cosa más estúpida que puede hacer un hombre celoso, es demostrar que lo es. Y si no es habitualmente celoso y demuestra celos especiales, peor que peor. Porque si los celos son infundados, ofenderán a la mujer, y si son fundados, la pondrán sobre aviso.

Una charla sin prisa bajo unos árboles. En verdad, la sombra de un árbol, con su benévola placidez, nos infunde no sé

qué amplitud por dentro. Y en verdad eran así las tardes en "Arisfael" —una pequeña finca de recreo, cuyo nombre procedía del de los dos hijos de su propietario: *Arístides* y *Rafael*. Eran tardes — o días enteros— en que se reunía un grupo de artistas, mayormente poetas, en un contacto muy agradable y provechoso, tanto en lo personal como en lo intelectual. Y el anfitrión era Sosa de Quesada, el general-poeta, amigo de todos y enemigo de nadie. En aquel predio acogedor —"como un pañuelo verde"—, en los alrededores de La Habana, se acumuló un anecdotario que es lástima que no se recogiera, cuando aún era posible. Allí se dieron a conocer poemas inéditos de los principales poetas cubanos, en una confraternidad que ha sobrevivido a la dispersión geográfica. Allí prevaleció esa democracia de la Poesía en que el consagrado y el principiante eran simplemente poetas entre sí y para los demás, con un respeto recíproco y un entusiasmo común. Allí el diálogo era una manera verbal de sonreír, porque hasta la objeción era como un agua limpia y lo negativo era afirmativamente cordial. Allí el tiempo era una inexactitud exterior, una autoridad abolida, una esfera sin agujas. Allí, en "Arisfael". Y allí, a la entrada, veíamos ondear noblemente la bandera de todos, que después fue sustituida por la de unos cuantos.

*Aquel río de ayer es otro río,
otro en el agua y otro en su ribera;
y el río que era mío y ya no es mío
pudiera ser un río que no era.*

*Hoy es un río igual a otro cualquiera,
turbio de lluvia o claro de rocío;
y, para quien lo mire a mi manera,
ese cauce con agua está vacío.*

*Pero si el río aquel retrocediera
ya no sería el río que era mío,
porque era mío y de la primavera;*

*y acaso, en un crepúsculo sombrío,
será mi corazón el que no era,
aunque primero dije que era el río...*

Un periódico, con una fotografía de una vieja fortaleza española, me hace recordar el Castillo de Jagua, a la entrada de la bahía de Cienfuegos. Muros con grietas, peldaños carcomidos, sótanos de humedad, calabozos estrechos y oscuros, —y lagartos, telarañas, viento y salitre. Yo era el remero adolescente. Ella tenía quince años y se quedaba sola días enteros. Hicimos amistad por un caracol. Luego iba de pasajera en mi bote, o remaba conmigo. Hacíamos excursiones de guayabas por las vegetaciones de la costa. Curioseábamos las cabañas de los pescadores, con redes y catres. A veces, era una playa sin nadie más, con su algo así de isla desierta. Yo le hablé de Dafnis y Cloe. Un día consintió en jugar conmigo a ser mujer; pero restringidamente, sin la última veracidad. Ella dijo que se mataría, y yo la creí capaz de hacerlo. Fueron intimidades felices y crueles. Pero poco a poco aquello dejó de ser divertido, en su limitación. Y no volví. Y me fui lejos.

Nunca podré olvidar el embarcadero del Castillo de Jagua, cierta mañana de sol alegre, treinta años después. Allí estaba ella. Yo no la reconocí, en el primer momento. Me miró tristemente, como queriendo sonreír. Luego entró en su misma casa de antes, y cerró la puerta. Tal vez algún día lo contaré con otras palabras.

Hoy me encontré con un viejo oyente de mi programa poético dominical, "Oasis". Y no es el único. En cierta época hubo infinidad de dominicanos que escuchaban —a veces un poco clandestinamente— las emisoras cubanas. "Oasis" era un programa de la CMQ, producido y dirigido por mí, musicalizado por Enrique Iñigo, con Fernando Núñez de Villavicencio como

locutor y Alberto González Rubio de figura central en las recitaciones. Era mi costumbre estrenar semanalmente un poema —o más de uno—; y casi todo mi libro “Nuevo Oasis” se dio a conocer así, en una de las voces más extraordinarias de nuestra radiodifusión. Y me cuentan que uno de sus oyentes habituales, aquí, era Héctor J. Díaz, indudablemente el poeta dominicano de mayor y más profundo arraigo popular, pero que, a pesar de eso —o por eso mismo— es ignorado sistemáticamente en todas las Antologías, donde, en cambio, siempre abundan los “ilustres desconocidos”.

Es cierto, como me dijo alguien esta mañana, que hombres de profundo saber y alta inteligencia han sido —y son— férvidos creyentes. Eso es tan cierto como que hombres de alta inteligencia y profundo saber son —y han sido— incrédulos. Pero, de igual modo, hay hombres de torpe mentalidad y escasa instrucción que creen que Dios existe o que niegan su existencia. Y ello parece demostrar que el problema de Dios es ajeno al conocimiento y a la ignorancia. O será que Dios es un problema de fe, pero un problema que sólo existe para los que carecen de fe.

Noviembre 12. Viernes. He visto, en una revista extranjera, varias fotos de un desfile de homosexuales por una calle a pleno sol. La Homosexualidad no quiere seguir siendo considerada un pecado por la religión, un delito por los códigos, una anormalidad por la ciencia y un estigma por la sociedad. Y, por supuesto, una vez que no sea delito ni pecado, dejará de constituir un estigma. Pero siempre quedará en pie la anormalidad. Porque una cosa son las normas de la tribu, y otra, muy distinta, las de la Naturaleza. Y, planteado así el asunto, es sorprendente que en ese desfile hubiera tantas mujeres como hombres. Porque, en un concepto de función orgánica, la

Homosexualidad sólo se practica realmente entre hombres. Entre mujeres, es un simple simulacro.

Aquella noche —por el 1950— encontré a un amigo con el trago veraz, en un cafetín del puerto. Al principio me rehuyó los ojos, pero finalmente entonó el “mea culpa”:

—Perdóname, hermano, pero hace dos noches estuve “fajándole” a Yolanda.

—Sí, ya sé. Ella me lo dijo.

—Y hasta le hablé mal de ti.

—¿Borracho?

—No, no, si no había bebido nada.

—Ah, entonces se explica, hermano: es que *no estabas en tu estado normal*.

Noviembre 13. Sábado. Un avión se accidenta en un pico del Himalaya y mueren 30 personas, y eso es una noticia que se publica en el resto del mundo, donde a la misma hora han muerto 300 personas en accidentes de automóvil, sin merecer otra cosa que una escueta información local. Sin embargo, son pocos los que toman precauciones al montar en un automóvil, y son menos aún los que no se preocupan al subir a un avión. Y eso es un resultado de la publicidad sobre los accidentes aéreos; publicidad que tal vez no se deba mayormente al número de las víctimas, sino al costo de los aparatos.

Más de una vez me ha sucedido, reajustando la imagen o los colores de un televisor, y supongo que es normal que suceda: al alejarme del aparato, se disloca de nuevo la imagen cuidadosamente obtenida y es preciso recomenzar la operación. Y puede ser que ello se deba a que nuestro cuerpo establece una barrera aisladora ante las ondas eléctricas, como podría deberse a la interferencia de esas ondas con nuestro “voltaje personal”.

De cualquier modo, la hipersensibilidad de tales aparatos permite su control a distancia, mediante un selector activado por pilas eléctricas de escaso poder. Y precisamente hoy, viendo funcionar uno de esos selectores, recordé un caso bien difícil de explicar, pero rigurosamente verídico, del que fui protagonista en México, hace diez o doce años.

El televisor estaba en la sala y, ante él, un niño de unos ocho años, viendo un programa de aventuras. La señora de la casa había ido a preparar café. Al sobrevenir una secuencia comercial, el niño me miró: —“Eso es lo que fastidia”, —dijo. —“Pues apágalo”, —le respondí. Y, de pronto, absurdamente, se me ocurrió decirle: — “¿Quieres ver cómo se hace? Es muy sencillo”. Y, señalando enérgicamente hacia el televisor, grité: “¡Ya!” *Y la pantalla quedó en blanco.*

Fue un momento de estupor, para el niño —y para mí. Poco después, en la pantalla vacía, reaparecieron unas temblorosas franjas transversas, que se estabilizaron gradualmente en las imágenes del anuncio. —“Hazlo otra vez” —me propuso el niño. Pero yo decliné la invitación, con el pretexto de que podía fundirse el aparato. Y hasta el día de hoy ignoro si aquello fue una inconcebible casualidad o el uso de una facultad momentánea que me permitió influir mentalmente —¿eléctricamente? — sobre el funcionamiento de un televisor.

Analizando mi conducta, posteriormente, he llegado a la conclusión de que sólo me había propuesto entretener al niño, y hacerlo reír con un fracaso algo teatral. Lo que no he analizado suficientemente es la razón por la cual no quise repetir mi “acto de magia”, entonces, ni después; aunque creo que no me abstuve por mi inseguridad en el resultado de la repetición, sino por otras motivaciones —no sé bien si de temor o de repugnancia— que me inducen a eludir todo contacto consciente con lo inexplicable.

Y debo añadir que en las fechas aproximadas de aquella noche —1964 a 1966— aún no se habían divulgado internacionalmente los experimentos parasicológicos de Uri Geller.

Noviembre 14. Domingo. Sábados y domingos suelen ser días de levantarse un poco después, para quienes están sometidos a horario fijo durante el resto de la semana. Pero no para mí. Yo me levanto a la misma hora, siempre encendiendo luces. Sin embargo, tanto el sábado como el domingo, vuelvo a la cama después del desayuno. Y contrario perezosamente la semántica con una "siesta matinal".

Periódicamente, el Santo Sudario, que se conserva en Turín, es sometido a determinadas pruebas de autenticidad, con la aprobación más o menos reticente de las autoridades eclesiásticas. Y hace poco, observando una impresionante fotografía *total* de esa mortaja, que, efectivamente, parece haber envuelto el cadáver de un hombre crucificado, he creído descubrir un detalle negativo, en *la colocación de las manos*: Porque, en vez de su tradicional posición fúnebre —cruzadas sobre el pecho— la mano derecha descansa sobre la región púbica, como sí es tradicional en las figuraciones pictóricas del arte religioso medieval y renacentista. Y esa actitud de pudor póstumo, convencionalmente aceptable en una representación artística, resulta bastante ilógica en un lienzo auténticamente funeral.

Noviembre 15. Lunes. Por mucho que influya en un hombre el sitio en que nace, siempre influye mucho más el tiempo en que vive. Y, aun así, el hombre es un animal geográfico.

Una de las cosas que más me preocupa es la periodicidad de ciertos estados de ánimo más o menos excéntricos y, por lo tanto, de fácil identificación. Tal vez fijando las fechas y comparándolas anualmente podría determinarse si responden a la influencia de algún ciclo exterior o si son impulsos anárquicos

procedentes de alguna característica potencial. De cualquier modo, los ciclos lunares influyen innegablemente en la Naturaleza y en la conducta humana —aunque tal vez se haya desatendido un poco el influjo de los ciclos solares, sin duda mucho más intensos. Pero ¿y el de Venus, o el de Marte, o el de Saturno? Ya empieza a parecer claro que el concepto de la distancia, en las zonas interestelares, es simplemente óptico. Y esto amplía de un modo perturbador la posibilidad de las influencias exteriores sobre nuestro organismo, —incluyendo las funciones mentales. De ser así, se explicaría, como una intuición generalizada, el auge de la Astrología en estos últimos tiempos, y dejaría de ser contradictorio el paralelismo entre los adelantos de la ciencia y las regresiones de la superstición. Pero, en último análisis, ello no sería un triunfo para los astrólogos, sino para los homeópatas. O, al menos, demostraría que la acción minúscula de los estímulos actúa en cualquier amplitud circundante; — es decir, un principio homeopático aplicable a la mecánica del Universo; o, en su última reducción verbal, una homeopatía astronómica.

Oí una vez más “Dafnis y Cloe”, de Ravel. Me he ido largamente en esa música, y he vuelto un poco más viejo. Y también he recordado una anécdota que me refirió Alejo Carpentier, en cierta ocasión: El asistía a un concierto, en París. A su lado —un agudo perfil y unos ojos apagándose— estaba el compositor, ya en su indiferencia final. El embrujo envolvente de “Dafnis y Cloe” se difundía en la sala. Y, de pronto, Ravel se inclinó excitadamente hacia Carpentier, con una expresión de sorpresa y de curiosidad: “Por favor... ¿de quién es esa música?”

El “verso libre” es una especie de “sub-verso”, que constituye la forma natural de expresión de los “sub-poetas”.

NO LO DIRE

*No lo diré: Son húmedos peldaños
secretamente en la amistad del agua,
y tú y yo, poco a poco.*

*Pero a veces
era un remo hacia el sur, y era una playa
como de nadie más que tuya y mía,
donde casi era todo y casi nada.*

*No lo diré: La lluvia de repente,
y un brusco anochecer en la mañana,
y el refugio de un árbol; y sentirte
tan casi ya, quemándote en mi llama,
para cruzar el límite prohibido,
para que sucediera y se olvidara.
Recuerdo bien el árbol y la lluvia,
y poca cosa más que casi nada.*

*A veces, todavía, voy contigo
caminando en un sueño, junto al agua;
y sucede de pronto, como el viento,
y ardiendo hasta el final, como la brasa;
—o sucede sin ti, de otra manera,
tan casi igual, pero tan todo y nada.*

*(No lo diré. Fue demasiado tarde.
Y es demasiado triste recordarla.)*

Infelizmente, nadie cronometró mi proeza, una tarde

neblinosa, en la playa de Varadero. Yo había ordenado un arroz con mariscos, en el Hotel "Playa Azul" y, para entretener aquella media hora, me eché al mar, alejándome bastante de la orilla. De pronto, oí voces excitadas. Miré hacia el hotel, y allí había un grupo de personas, multiplicando señales de urgencia; y la cosa era conmigo, pues nadie más que yo estaba bañándose. Fue entonces cuando reparé en una aleta triangular cortando el agua, directamente hacia mí. Y el resto es una incógnita; porque, o aquel era un tiburón jubilado por ancianidad, o aquella tarde yo rompí todas las marcas mundiales de natación.

Noviembre 16. Martes. Las simulaciones revelan, no lo que una persona quisiera ser ante los demás, sino lo que no es para sí misma.

El experimento es simple. Con un soneto será más fácil. Todo consiste en ir tachando las palabras de cada línea, a medida que se anotan, una a una, en orden alfabético, en una hoja aparte. Al final, encontraremos ochenta o noventa palabras, en las que sólo quedarán, como indicio de su arquitectura primitiva, catorce con eco entre sí. Pero todo significado poético habrá desaparecido. Y, lo más importante, toda emoción personal. Serán palabras con un sentido independiente, pero en una incoherencia de diccionario. Y, sin embargo, ahí estará el soneto. Y ya no estará. Algo así como cuando desarmamos un reloj y se le va el tiempo.

De todos mis poemas, el que alcanzó una popularidad más fulminante fue el de "la culpa". Lo estrenó Carlos Badías, en 1945, en un programa radial nocturno de la CMQ, "Serenata Tres Flores". El público empezó a aplaudir, de pie, y, contra todas las normas establecidas hasta entonces, fue preciso repetir el poema, —única vez que ocurrió una cosa semejante en la

historia de la radiodifusión profesional de mi país. Y, en programas consecutivos, Carlos Badías tuvo que alterar nuevamente la pauta de ensayo para decir el “Poema de la Culpa”, por la insistencia del público. Años más tarde, la “Carta a Usted” —estrenada también por Badías— logró un impacto de mayores dimensiones, al ser el origen de una “Polémica Rimada” en la revista “Bohemia”, durante varios meses. Por cierto, que ese poema fue el primero que escribí, después de mi visita turístico-quirúrgica a la República Dominicana.

Noviembre 17. Miércoles. Hoy me entregan los primeros ejemplares del primer tomo de las “Obras Completas” de Pedro Henríquez Ureña, publicado en la UNPHU. Es curioso el sentido de participación que se experimenta con una obra ajena que hemos cuidado como cosa propia. Es más que recibir un libro nuestro en la imprenta. Viene a ser como esa emoción lejana, un poco nerviosamente infantil, de hojear nuestro primer libro.

Noviembre 18. Jueves. He recordado a Arturo Armenteros, “El Secretario”, viejo compinche de pillerías habaneras, con su increíble capacidad para dormir de pie y su sonrisa noctámbula al mediodía. Hay un funcionario de la Universidad con quien le descubro sorprendentes parecidos, en gestos y actitudes y hasta en el tono de la voz, además de la fisonomía y la estatura. Y a veces pienso que sería interesante comparar las huellas digitales de ambos. Porque yo sigo creyendo que algún día se descubrirá una duplicidad de identificación, —como ya se hubiera descubierto, de existir un archivo dactiloscópico desde los tiempos de Noé.

1-8-21. Estas tres cifras, que probablemente carezcan de significación especial en cualquier otro país, la tenía, y muy inquietante, en el mío. Era la simplificación numérica de un fallo jurídico —un año, ocho meses y veintiún días— que se aplicaba inexorablemente a los caballeros que se negaban a

reparar, por medio del matrimonio, una avería específica en perjuicio de una señorita menor de dieciocho años. Y una noche, al salir despreocupadamente de determinado lugar, en gentil compañía, encontré los tres números fatídicos, en trazos rojos de creyón de labios, en el parabrisas de mi automóvil. Nunca pude determinar si era una broma, una advertencia o una amenaza. La única deducción indudable era "la procedencia femenina de aquella aritmética penal, —doblemente *penal*, podría decir...

No hay duda de que el "David" de Miguel Angel es una admirable escultura. Y, sin embargo, tanto ante ella como ante su copia, en Florencia, o en reproducciones fotográficas desde cualquier ángulo, yo creo advertir no sé qué desproporción en su brazo derecho: siempre me parece que es más largo de lo debido, en relación con la pierna, o la pierna más corta de lo normal, en relación con el brazo. Y, desde luego, no estoy tratando de señalar una imperfección, sino de definir una impresión personal ante una obra maestra.

Noviembre 19. Viernes. Acto de graduación en la Universidad, coincidiendo con el décimo aniversario de su docencia. Esta vez será al aire libre, como en la graduación inaugural, en la plazoleta de acceso al Campus I.

Leo en los periódicos de hoy que la investigación científica atribuye a ciertas dietas el origen de ciertos tipos de cáncer. En una anotación correspondiente al 16 de octubre dejé señalada intuitivamente una sospecha en tal sentido. No hay duda de que existen "conceptos ambientales" que explican la simultaneidad de determinados descubrimientos o de simples observaciones.

Noviembre 20. Sábado. Probablemente, lo que llamamos "personalidad", es una estructura de viejos residuos punzantes,

a partir de la infancia. Serán sustos de no saber bien, indefensiones en la oscuridad, palabras turbias, actos incompletos, magias posibles y, sobre todo, límites, límites, límites. Eso es así. Es bien sabido. Lo que no es posible prever, en cada caso, es la insistente reaparición de alguno de esos fantasmas particulares.

La más sofisticada de las invenciones primitivas es, sin duda, el boomerang. La cerbatana tal vez fue ocurrencia de un flautista iracundo. El arco y la flecha, en cambio, aparecen desde la prehistoria, en todas partes, junto con la techumbre y el fuego. Y lo curioso no es que lo más simple sea lo más generalizado, sino que las variantes más elaboradas procedan de las culturas más elementales.

Noviembre 21. Domingo. Amanece lloviendo. Es una lluvia lenta y fina, en la inmovilidad del aire. Y de pronto se ilumina todo con un sol espléndido, increíblemente en el cielo gris. Y sigue lloviendo al trasluz, como alfileres, como chispas de plata.

Noviembre 22. Lunes. Hoy referí un incidente que me ocurrió en un restaurante habanero. Una dama, explosivamente atractiva, se acercó a mi mesa, preguntándome que si yo era yo, y esas cosas. Charlamos durante algunos minutos, de un modo más o menos frívolo y circunstancial; después, ella se despidió muy gentilmente y eso parecía ser todo, pero hubo algo más. A la salida, vi a la dama, sola, al timón de su automóvil, como disponiéndose a marcharse. Me acerqué a ella y le tendí la mano, pero me ofreció una mejilla. Y al ir a besar su mejilla, me encontré con su boca. —“Y qué, ¿la levantaste? —me preguntó la persona a quien le refería el incidente. —“No — le respondí— preferí acostármela”.

Noviembre 23. Martes. Cada cual ve su idioma como desde

adentro. Desde afuera lo ven solamente quienes tratan de aprenderlo como idioma adicional. De esa manera, los que hablamos el español desde la infancia, encontramos normales sus conflictos de prosodia, ortografía y conjugaciones. Nos parece el idioma menos difícil del mundo, siendo en realidad todo lo contrario. Y hasta llegamos a creer que la “e” muda francesa es una anomalía fonética, olvidando nuestra “u”, que también puede ser muda después de la “g” y de la “q” —“guerra”, “quiero”— y aferrándonos a la “h”, que sólo sirve para hacernos incurrir en feroces faltas de ortografía, o a la regla de la “m” antes de la “b” y la “p”, aunque generalmente se pronuncie como “n” —“comparación”, “ambivalencia”— o a la “n” que, antecediendo a la “r” le da un valor de “rr” —“enriquecer”— o a la “b” que unas veces prolonga su sonido sobre la “r” —“bravo”— y otras veces no: “subrayar”. O como ocurre con “recorrido” que se pronuncia con “rr” doble, aunque la primera se escribe con “r” simple. Y, en las conjugaciones, nos habituamos a las diferencias en verbos de igual terminación: “andar—anduve”, “mandar—mandé”; o a las palabras compuestas con plural interno en algunos casos, y en otros no: “librepensador—librepensadores”, “gentilhombre—gentilshombres”. Claro está que en cada idioma hay aberraciones e incoherencias, pero ninguno acumula más reglas exceptuables que el idioma en que escribo esta nota; y quienes la lean fácilmente no tienen por qué ponerse a pensar en lo difícil que le resultaría a un coreano o a un turco. Porque —lo repito— cada cual ve su idioma como desde adentro. Y solamente quien trata de penetrar en otros idiomas concluye viendo el suyo un poco desde afuera, como puede ser visto desde adentro de otro idioma.

Noviembre 24. Miércoles. Una larga sesión analizando y discutiendo los estatutos de la Sociedad Cultural Pedro Henríquez Ureña, en casa del profesor De Lara. Después, un tiroteo verbal con Mariano Lebrón, auspiciado por el Dr. Nicolás Pichardo. Finalmente, una tertulia gastronómica en el “Lina”, con ingredientes persas, chinos, japoneses y griegos. Yo

llevo un dato sorprendente: que Freud era aficionado a la cocaína. (El dato lo encontré en "Histoire de la Drogue", de Jean Lois Brau.)

Noviembre 25. Jueves. La muerte de André Malraux crea determinadas incógnitas especulativas. ¿Habría muerto de cualquier modo, de habersele otorgado el Premio Nóbel? ¿Esa nueva posposición de un premio que merecía tanto como el que más y más que otros que lo han recibido, pudo decepcionarlo hasta el punto de apresurar su muerte? ¿La concesión del Premio Nóbel hubiera sido un estímulo de supervivencia para él? Y ahora, la pregunta de las preguntas: ¿Le interesaba realmente a André Malraux una visa para Estocolmo?

Noviembre 26. Viernes. En este año, a 65 de su suicidio a lo samurai, se ha erigido un pequeño monumento en memoria de Emilio Salgari, en Garda. Ahora resulta que fue un pobrecito maestro de escuela, que nunca viajó —igual que Julio Verne— y no un marino mercante, como yo tenía entendido, de acuerdo con otras informaciones. De cualquier modo, hubo un tiempo en que fue el autor universalmente preferido por los adolescentes. Y hubo quienes se enriquecieron con su miseria. Y es cosa de preguntarse si la grandeza de un escritor consiste en la originalidad de lo que escribe, o en la pasión con que es leído.

Noviembre 27. Sábado. Hoy he terminado de planear mi "Canto a Duarte". Desde hace meses he estado documentándome con ese fin. Y he escrito los dos primeros episodios, con un total de 26 versos.

Noviembre 28. Domingo. Desde las cuatro y media de la mañana reanudo el "Canto a Duarte". Le doy fin por la tarde. En la noche corrijo algunos versos de los 246 del total. Es el poema de mayor extensión que he escrito en toda mi vida.

Noviembre 29. Lunes. Confirmando algunos datos históricos del poema, y hago algunas pequeñas rectificaciones en el texto. Añado una estrofa de cuatro líneas que redondean las 250 del total definitivo. Guarionex —a quien dedico el “Canto a Duarte”— vendrá a conocerlo por la tarde. Nadie ha leído, hasta ahora, un solo verso de mi poema.

Noviembre 30. Martes. He introducido nuevas modificaciones en los versos —cambios de palabras y cosas de esas— y añadido tres estrofas más. Ayer lo leyó Guarionex y se llevó el manuscrito y la primera copia. Hoy se lo mostré al profesor Salazar, y lo encontró inobjetable históricamente. También le envié una copia al Rector. Todavía necesita algunos retoques de menor importancia. Ya se los iré dando, en algunas imperfecciones que he descubierto... y en las que seguramente descubriré aún.

DICIEMBRE

LIBRETA 12

DICIEMBRE

Diciembre 1o. Miércoles. He seguido retocando el poema, añadiéndole algunas estrofas. Descubro que necesita un canto adicional, referente al Centenario, para actualizarlo concluyentemente. Y empiezo a tomar algunas notas con ese objeto. Estoy inmerso de un modo total en mi "Canto a Duarte". No pienso en nada más, y hasta evito cualquier cosa que pueda distraerme. Saco una nueva copia en limpio.

Diciembre 2. Jueves. Empiezo a escribir antes del amanecer. Cuando llega la hora de salir hacia la Universidad, ya pasa de 300 versos mi poema. Pero casi empiezo a estar conforme con lo escrito. Continúo abstraído completamente en la corrección de las nuevas estrofas y de las anteriores. Siempre sucede así cuando me dejo arrastrar por un poema. Probablemente mañana lo dé por terminado.

Diciembre 3. Viernes. Recibo carta de Luis Mario y de su Magda, desde Miami. Muchas noticias, y todas agradables. Recortes de periódicos, con cosas suyas y mías, y del homenaje a Agustín Acosta, en sus 90 años. En una de las gráficas, veo a Arístides y a Rafaela. Y es, para mí, un poco como estar con ellos.

Ya tengo listo mi "Canto a Duarte", para pasarlo a máquina, en su versión final. Qué fáciles suenan, qué espontáneos parecen los versos más trabajados. Y en qué poco

tiempo puede leerse ese poema que me ha costado tantas horas de vigilia, de afanes, de completa dedicación. Pero me parece que todo eso valía la pena y que el resultado compensa bien el esfuerzo.

Diciembre 4. Sábado. Releo una carta de Carlos Hernández, para contestarle. En ella reproduce una cuarteta humorística de Agustín Acosta, dirigida a él, y en la que me alude:

*Caminante de falsos caminos,
viajador de romántica empresa:
si es que buscas los viejos molinos,
sigue el rumbo del pueblo de Buesa.*

También Luis Mario me envía el recorte de un poema suyo, publicado en "Diario las Américas". Se titula "Algo irremediable". Comienza así:

*¡Cómo le habrías ahorrado rezos
a mi tristeza,
de haberte visto por otras rutas,
en otras fechas!
De haber cruzado por tu ventana
cuando vestías de quinceañera,
¡Cuántas estrofas te hubiera escrito
con el diseño del viejo Bécquer o el joven Buesa!*

y en este último verso se establece un extraño contrasentido cronológico entre *el viejo Bécquer*, que murió a los 34 años y *el joven Buesa* que sigue escribiendo a los 66. Pero sucede que, en términos de Poesía, Bécquer no ha muerto, y ya cumplió los 140 años de edad.

Todavía, bien temprano, le doy otra lectura crítica a mi

“Canto a Duarte”. Son 308 versos, que voy examinando uno por uno, con pequeños retoques aquí y allá.

Diciembre 5. Domingo. Rehago dos estrofas, con las que me sentía inconforme. Paso en limpio todo el poema y lo doy por definitivamente terminado. Hoy le entregaré a Guarionex la versión final y los manuscritos con todas sus enmiendas.

Creo interesante consignar un hecho que demuestra la intensidad de mi dedicación a una labor literaria. Ya me había dado cuenta en otras ocasiones, pero lo he confirmado ahora: he bajado más de cinco libras en mi peso normal. Y se explica, porque cuando estoy entregado en plenitud a ese trabajo, me alimento mal y duermo peor, aparte de la tremenda tensión nerviosa, que seguramente ha de influir también en ese aspecto negativo. Por suerte, son libras que recupero sin dificultad ni tardanza. Pero que se me van, escribiendo.

Debo consignar también un concepto paradójico: que la tarea de comunicarse con los demás exige una incomunicación momentánea dentro de uno mismo. Para abrir la puerta hay que cerrar las ventanas.

Era tal mi abstracción en el “Canto a Duarte”, que había desatendido mi Diario. Y, sin embargo, ya estoy llegando a su fin, en esta libreta del mes de diciembre, que será la última. Y, sin duda, hay muchísimos aspectos de mi intimidad que andan penumbrosos por estas páginas, aunque no creo que se deba al método que he empleado. Tal vez lo más profundo y significativo de una persona son sus pensamientos, y pocas veces aparecen en una autobiografía, —absolutamente nunca en lo

escrito por un biógrafo. Sólo se determinan los pensamientos cumplidos en actos, pero generalmente sin explicar sus orígenes, no porque sean inexplicables sino porque los actos son adaptaciones a la realidad, y en esas adaptaciones se desvirtúa su procedencia, no sólo para quien los juzga sino también para quien los realiza. Y, en definitiva, la mente humana es un laberinto de contradicciones.

Es difícil suponer cuántas personas singulares existen en el mundo. Uno se da cuenta, por lo general, con la noticia de su muerte. Y es raro el día que no aparece un nombre de esos en los periódicos, casi siempre por última vez.

He mencionado poco a mis maestros, aunque no por ingratitud ni por indiferencia. En realidad, los nombres de algunos de ellos aparecen en mi "Diario", en su relación social conmigo, posteriormente a todo vínculo de enseñanza. Y es que siempre he detestado esa especie de vanidad de relevo con que un discípulo destaca la categoría de sus profesores, como si el talento y la celebridad fueran transferibles.

Diciembre 6. Lunes. Encontré otro hueco en mi poema a Duarte, entre el canto VII y el VIII. Lo he llenado con 29 líneas, que me pongo a pulir a las dos de la mañana. Era un hueco —o un salto— en la coherencia de la continuidad histórica. Y me parece que he logrado sortear las dificultades de lo explicativo, apelando a las comparaciones, es decir, mediante la explicación indirecta.

Diciembre 7. Martes. Definitivamente concluido mi poema a Juan Pablo Duarte. Son once cantos, con 339 versos en total. Y me siento conforme con lo realizado por mí y satisfecho de la reacción que ha producido entre los pocos que ya lo conocen.

Por ahora seguirá circulando en copias mecanografiadas, en un ámbito reducido.

Por la tarde, el Dr. Alfonso concluye su reparación de mis deterioros dentales. Y, en realidad, la odontología es una ciencia optimista, porque nos ayuda a sonreír.

Diciembre 8. Miércoles. En general, los gobiernos se preocupan por las distorsiones políticas de lo informativo, en la prensa, la radio y la TV, y por sus implicaciones inmediatas en la opinión pública. Pero en cambio desatienden lo que causa un perjuicio mayor y más duradero en la cultura de lectores, oyentes y audiovidentes, que es la distorsión gramatical en las informaciones.

En resumen, todo en nuestra vida es provisional, como la propia vida. Por eso nos agrada tanto la idea de que la muerte sea provisional también.

Otra coincidencia, esta vez con Vladimir Nabokov. En su libro "Cosas Transparentes", (pág. 96) he leído hoy:

"el gris arco iris de una luna acosada por la niebla".

En mi libro "Tiempo en Sombra", (Bruguera, Barcelona, 1970) y en el poema titulado "Alegato de la Viuda Enamorada", al principio de su cuarta estrofa, yo escribí:

*No, nadie ha visto un arco iris en la noche, —nadie lo
ha visto;
pero yo veía un perpetuo arco gris enlutando el cielo,
entre las columnas de pórfido...*

Nabokov publicó su obra, en inglés, en 1972. La versión castellana es de 1975. Y, sin embargo, mi poema de 1970 no me concede legítimamente ninguna prioridad literaria, porque es cierto que yo escribí lo del “arco gris”, pero salió impreso “arco iris”. Algún corrector de pruebas supuso que aquel “arco gris” era un error de mecanografía en el original, y, desautorizando mi metáfora con su lógica, realizó la corrección, incorrectamente. Lo de Nabokov, pues, pasa a ser una sorprendente coincidencia, a mi favor, aunque sólo puedan acreditármela diez o doce personas a quienes obsequié mi libro, en las fechas de su publicación, con el “arco gris” corregido de mi propia mano, —junto con otras irregularidades del texto.

Tal vez sea cierto que la niñez se recluye en el subconsciente, que es el eje en que giran nuestros sueños. Pero el eje consciente en que giran nuestros actos es más bien la adolescencia. Y sobre esos dos pies inseguros seguimos andando hasta el final, creyendo cambiar de camino al cambiar de zapatos.

Diciembre 9. Jueves. Anoche, en una cena para despedir a Félix y a Eloísa, que van a radicarse en Miami contra su deseo, Nápoles leyó el fragmento final del “Canto a Duarte”. Estábamos en un pequeño comedor en el Hotel “Lina” y, mayoritariamente, los asistentes eran —éramos— cubanos: unos cuarenta en total. Pero habrá que esperar a la lectura completa, y ante un auditorio menos parcializado, para determinar con exactitud la reacción que puede producir el poema.

Y todavía varios retoques en mi “Canto a Duarte”, —en su parte final, y ya finalmente. Ahora sí.

No resultó cierto. Después del "ahora sí" modifiqué dos versos más. Pero es explicable. Cuando se ha adquirido suficiente experiencia escribiendo poesía, podemos expresarnos en verso con tanta naturalidad como puede hacerlo en prosa cualquier escritor. La métrica y la rima, que empiezan siendo obstáculos, concluyen convirtiéndose en valiosos auxiliares del poeta. Pero sucede, tanto en prosa como en verso, que después de definir verbalmente, con toda exactitud, algo que pretendíamos expresar, no nos sentimos satisfechos, porque comprendemos confusamente que podríamos decir eso mismo, de mejor manera. Y, de pronto, descubrimos las palabras que no encontramos antes, y sobreviene la modificación. Y no importa que sea en una estrofa o en un párrafo.

CANTO A DUARTE

*A mi amigo,
el Dr. Guarionex López*

I
1822

*Sopló un viento de espanto en las Antillas,
y, en esta tierra triste que tan alegre fue,
se puso en pie una tribu que estaba de rodillas
para ir arrodillando las que estaban en pie.*

*Así triunfó el más fuerte, no el más bravo;
así el alud del odio fue incontenible alud;
pero nunca merece ser libre quien fue esclavo
y le impone al que es libre su antigua esclavitud.*

*Así el amanecer se ensombrecía
con un luto de nubes en su oscuro confín;
y eran los nuevos amos anocheciendo el día,
sin pensar que las noches amanecen al fin.*

*Pero en la oscuridad a toda hora,
sin llama en la bujía, sin fuego en el crisol,
hay un niño que crece presintiendo la aurora,
hay un niño que sueña con un rayo de sol.*

II EL VIAJE

*Es un viejo navío de remendadas velas,
navegando en la ruta de las tres carabelas.*

*Y acodado en la borda de ese viejo navío,
con los ojos abiertos, sueña un joven sombrío.*

*Noches de luna llena, tardes de cielo gris;
pero a él sólo le importa que vuelve a su país,*

*y que siente en su rostro la huella de un ultraje
por aquel pasaporte con que emprendió su viaje.*

*Allá atrás, en la bruma, donde todo es lejano,
dejó en las nobles aulas los signos de su mano;*

*allá, donde los hombres sufren las mismas penas,
pero al menos las sufren sin ruido de cadenas;*

*allá, donde la gente se asoma a las ventanas
sin ver nunca el desfile de las tropas haitianas.*

*Allá atrás, en la bruma, quedó tal vez un beso.
Tal vez. Pero a él le importa solamente el regreso.*

*Y qué más da la espuma que salpica la borda,
ni el golpe de las aguas con su música sorda,*

*ni el rayo que rubrica de pronto el firmamento,
ni el misterioso pacto del capitán y el viento.*

*Aquel joven regresa con los ojos seguros
de quien entra a una cárcel para romper los muros.*

III LA CONSPIRACION

*Gentil el porte, comedido el gesto,
con la alabanza justa para el arte,
en la mansión y en el hogar modesto
se escucha el nombre de Juan Pablo Duarte.*

*Y ese es Juan Pablo Duarte por afuera,
con su apostura y su palabra fina,
de calle en calle, como si no viera
un uniforme hostil en cada esquina.*

*Pero hay otro Juan Pablo que se afana
y que recorre cautelosamente
los callejones de la Atarazana
susurrando su prédica insurgente.*

*Y donde el más resuelto siente espanto
él va tranquilo, a cara descubierta,
y ante cada balcón entona un canto
mientras da una consigna en cada puerta.*

*Es para todos el doncel de damas,
a la mesa de pobres y de ricos,
que adorna con su firma los programas
y el varillaje de los abanicos.*

*Es el mismo galán de diestra mano
que ofrece rimas a la par que flores,
y aprende a usar, en el cuartel haitiano,
las propias armas de los invasores.*

*Y aunque hay cierto rumor de cierta fecha
y cierta intriga revolucionaria,
Desgrotte, el negro astuto, no sospecha
quién es el jefe de "La Trinitaria".*

*Ya Juan Pablo es el guía,
el hermano de todos y el maestro también;
y mientras pasa el viento por la calle vacía
hay un fulgor de estrellas en el viejo almacén.*

*Ya está próximo el día
de la sangre y el fuego contra la iniquidad;
ya se fijó la fecha para la rebeldía,
para gritar de pronto: " ¡Dios, Patria y Libertad! "*

*Pero llegó primero
la patrulla nocturna contra el conspirador,
contra aquel que ocultaba su firmeza de acero
tras una intrascendente frivolidad de flor.*

*Descubierta la trama,
deshecha a culatazos la puerta de su hogar,
Juan Pablo, en un navío que zarpa del Ozama,
enfrenta nuevamente su corazón y el mar.*

*Allá, en las brumas de lejano puerto,
loco Simbad, desesperado ausente,
se le enlutan los ojos por el padre que ha muerto
con su nombre en los labios, sin su beso en la frente.*

*Y hay sangre de la patria en esa herida;
y aunque la vida solamente es una,
aquel que por su patria quisiera dar la vida
da algo más que la vida cuando da su fortuna.*

*Y, al darla, con igual desprendimiento
la dan los suyos, como les ordena;
y es pólvora abnegada para inflamar el viento
y volar en pedazos la infamante cadena.*

IV
1844

*Muy pocos saben cuándo. Muy pocos saben dónde.
Y al fin resuena el grito de la Puerta del Conde.*

*El nombre de Juan Pablo brilla como una estrella
en la espada de Sánchez y el trabuco de Mella.*

*No importa que esté lejos, como la lejanía
cálida y esplendente del sol de cada día.*

*Y él impulsa las manos con sus manos lejanas
desplegando banderas, repicando campanas.*

*Y allí está todavía: Las piedras del Baluarte
repiten con un eco sin fin: "Juan Pablo Duarte".*

*Ya va a llegar. La multitud lo espera
y en un aplauso unánime lo aclama.
Y allí está la bandera, su bandera,
con el color del cielo y de la llama.*

*Y allí está él, sin comprender acaso
la magnitud triunfal de aquel tributo,
de aquel obispo de solemne paso,
de sus hermanas sonriendo el luto.*

*Así llega, sin prisa y sin demora,
con su voz suavemente autoritaria;
y desde aquel instante nadie ignora
quién era el jefe de "La Trinitaria".*

*Ahora son realidades las quimeras
en el latido de los corazones,
y se cubren de rosas las aceras
y se engalanan todos los balcones.*

*No es sólo el Padre de la Patria: Ahora
será el más joven general que existe,
un general que ante su madre llora,
un general con la mirada triste.*

*La patria es libre. Pero todavía
se alarga amenazante en la frontera
el último estertor de la agonía
y el último zarpazo de la fiera.*

*Y allá va el general, pero va en vano,
pues regresa sin triunfo y sin derrota,
con la amargura de extender la mano
hacia el reflejo de una estrella rota.*

*Y es que en la oscuridad, al ras del suelo,
ante aquel resplandor que lo acompaña,
tiende su lazo hipócrita el recelo
y la envidia su innoble telaraña.*

*Alguien ha dicho: "Presidente, Duarte".
Alguien repite: "Duarte, Presidente".
Y eso es ya suficiente para odiarte,
pobre Juan Pablo Duarte, es suficiente.*

*Y ya amasan el lodo que mancilla,
secretamente, en su traición villana,
la mano desleal de Bobadilla
y el despótico puño de Santana.*

*Llegó tu hora, General Juan Pablo:
Aquí está el cáliz negro; bébelo gota a gota.
Resígnate a tu suerte, para que goce el Diablo
viendo que te encarcela un compatriota.*

*Vete a soñar tus sueños por países distantes;
vé donde nadie sepa si camina en tus pies
el Padre de la Patria, como seis meses antes,
o el Traidor a la Patria de seis meses después.*

V
EL EXILIO

*El mar, de nuevo el mar, y luego el río,
el terrible Orinoco interminable,
como una religión para el impío,
como una redención para el culpable.*

*Fauces de horror en la fangosa playa,
zarpa esperando en la intrincada selva,
fiebre mortal para que nadie vaya,
y, si alguien fue, para que nadie vuelva.*

*Murciélagos de pérfida sangría
o viscoso dogal de las serpientes;
agua turbia en que acecha noche y día
el minúsculo pez de enormes dientes.*

*Tribus de carne cruda y torpe idioma,
mujer común del que la vio primero,
extrañas flores de funesto aroma
y una lluvia fatal de enero a enero.*

*Horrendas noches con hogueras tristes,
con los pumas en diálogos huraños.
Y nadie sabe cómo lo resistes
por tantas noches y por tantos años...*

*Allá va el Río Negro, rodando hacia el olvido,
como las añoranzas del Gran Desconocido.*

*Allá va, con el lento rumor de su corriente,
que parece el responso del General Ausente.*

*Allá va, porque el agua no recuerda el pasado,
y se muere por dentro como el Gran Desterrado.*

*Allá va el Río Negro, que se da y se reparte
con las manos vacías, como Juan Pablo Duarte.*

VI
1864

*Y de repente, como a los reflejos
de un brusco sol en medio de la sombra,
sueña que alguien lo llama desde lejos,
que todavía hay alguien que lo nombra.*

*Hecha jirones la bandera extraña,
ahora flota de nuevo su bandera,
nunca más la de Haití ni la de España,
sino la única suya y verdadera.*

*Y el mar, el mar de nuevo, con espumas de nardo,
el mar que no envejece como la juventud,
como la gallardía del general gallardo
que es ya un desconocido para la multitud.*

*Juan Pablo Duarte ha vuelto. — ¿Quién es Juan Pablo Duarte?
Ya están rotos los puentes entre el ayer y el hoy,
y Dios está muy lejos o mira hacia otra parte
cuando un anciano dice, simplemente: "Aquí estoy".*

*Ya han muerto sus amigos. ¿Para qué volvería?
Nadie aclama su nombre. Nadie sabe quién es.
Y un gesto indiferente puede herirnos un día
como puede humillarnos una frase cortés.*

*Aquel que lo dio todo, febrero 27,
ya perdió la esperanza: nada le queda ya.
Y hay una voz ambigua que le aconseja: "Vete".
Y él baja la cabeza, tristemente, y se va.*

VII

Caracas. 1876.

*Viejas calles nocturnas, tapias de enredaderas,
parques para los niños, rejas para el doncel.
Y hay un hombre vencido que va por las aceras
recordando una patria que lo ha olvidado a él.*

*Allá, en su hogar humilde, sin la humilde alegría
de quien mece una cuna, de quien riega una flor,
sólo tiene un hermano con el alma vacía
y dos hermanas tristes viviendo sin amor.*

*Ya lo han perdido todo. Pero no hay un reproche
por el feliz pasado ni el hosco porvenir.
Y él no le dice a nadie lo que piensa de noche,
ni dice lo que sueña cuando logra dormir.*

*Lentas lluvias de otoño, muriendo a su manera,
sin fragancia de rosas ni sombra de laurel;
y la tos por las tardes, al derretir la cera
que en sus manos de santo recupera la miel.*

*Y, al fin, silencio y frío,
frío y silencio de la ingratitud,
y nada más que un poco de rocío
y cuatro tablas para el ataúd.*

*Tuvo la sed sagrada
de la justicia y se murió de sed,
con un golpe de mar en la mirada
y un viejo crucifijo en la pared.*

*Al morir sonreía
como quien cuenta un cuento sin final,
como muere la tarde de otro día
en el agua de un pozo de cristal.*

*Murió de muerte entera,
como quien cumple el último deber,
o como si de pronto amaneciera
y nunca más volviera a anochecer...*

VIII LA RESURRECCION

*Es necesario, a veces, ver un cauce vacío,
para saber entonces qué profundo era el río.*

*Una lámpara, a veces, cuando deja de arder,
nos recuerda en la noche cuánto brillaba ayer.*

*Y a veces, ante un árbol con las ramas felices,
nadie piensa en la oscura labor de las raíces.*

*Pero también hay hombres que, de alguna manera,
saben nacer por dentro cuando mueren por fuera;*

*como hay pueblos, a veces, que salen al encuentro
de alguno de esos hombres que renacen por dentro,*

*y a veces hay quien muere de tanto darse en vida,
y un pueblo que lo ignora parece que lo olvida.*

*Hubo un hombre muriéndose de frío
que echó raíces en el desamparo;
pero era un hombre con rumor de río,
que convirtió su lámpara en un faro.*

*Y fue como una estrella que fulgura
lentamente en la sombra, lentamente,
como un árbol se adueña de la altura,
como forma su cauce una corriente.*

*Y su pueblo, ante aquel desconocido
que sangraba en la cruz de la bandera,
oyó su voz llegando del olvido
y por segunda vez supo quién era.*

*Alguien dijo de nuevo: "Es nuestro guía".
Alguien volvió a decir: "Que Dios te guarde".
Y aquel hombre fue un sol que amanecía,
pues para el sol que muere cada día
nunca amanece demasiado tarde.*

IX El Regreso. 1884

*De nuevo el mar, Juan Pablo, y el gentío en el puerto,
y las mismas campanas de aquel remoto ayer:
Ya nadie ha de envidiarte, porque regresas muerto;
ya nadie ha de temerte, pues vuelves sin volver.*

*Todavía habrá un odio con la saliva amarga;
todavía, en la sombra, se emboscará un rencor;
pero saldrás ileso de la postrer descarga,
con cada plomo injusto convirtiéndose en flor.*

*Y al fin serás la aurora de una noche sombría,
la bandera de todos en tu mano leal,
con tus ojos insomnes hacia la lejanía
y un pueblo sin cadenas ante tu pedestal.*

X
LA ESTATUA

*Ya estás de pie en el tiempo, con tu mirada pura,
detenido en el mármol que crece en tu estatura.*

*Estás de pie en el tiempo, frente a la eternidad,
como el viento y la lluvia, que no tienen edad.*

*Yo sé que perdonaste, porque, para el perdón,
hasta dentro del mármol te sobra corazón.*

*Y ahora son tus dos fechas, padre dominicano,
las dos fechas de un hombre que no ha vivido en vano.*

*Y adivino en tus ojos, ante tu monumento,
lo que ignora la lluvia, lo que no dice el viento;*

*pues tú, más que el anciano que al morir te bendijo,
fuiste el padre de todos, sin tener nunca un hijo.*

*General de la aurora: con el paso seguro,
tu pueblo de hombres libres avanza hacia el futuro;*

*y, estremeciendo estrellas en el confín lejano,
la antorcha de tus sueños pasa de mano en mano.*

*Ya podrás, para siempre, sentirte satisfecho
de haber envejecido sin compartir tu lecho,*

*pues te rejuvenecen los años sin olvido
y la Patria es la esposa que lleva tu apellido.*

*Y así, de pie en el alba, gloriosamente así,
pasarás por el tiempo que no pasa por ti.*

XI
EL CENTENARIO

*Juan Pablo Duarte, general del viento:
Te estoy cantando para merecerte,
y canto que no hay muerte en una muerte
que resucita en otro nacimiento.*

*Y ante ti, que te fuiste y no te has ido,
sólo ha de ser el canto del poeta
como el lento rumor de una carreta
por los cañaverales del olvido.*

*Y tú estarás de pie, limpia la frente,
luminoso en la luz, Juan Pablo Duarte,
pero no lejos, en un mundo aparte,
sino como uno más entre tu gente.*

*Así estás, primavera de otro modo,
plenitud germinal que no descansa;
así, de pie, con tu sonrisa mansa,
con tu ademán de bendecirlo todo.*

*Y ante tu bendición todo responde
con su fe simple y su virtud sencilla,
como crece por dentro una semilla
sin saber por qué crece ni hacia dónde.*

*General de la pena que se calla,
cristianamente pobre en el camino;
general del pupitre campesino
que es tu más noble campo de batalla.*

*Yo estoy contigo, apóstol trinitario,
yo, que tengo de luto mi bandera,
y te ofrezco un laurel, a mi manera,
para la gloria de tu centenario.*

*Y para ser igual que el campanero,
que repica lo triste y lo entusiasta,
con mi 20 de mayo a media asta
canto tu 27 de febrero.*

*Y canto la alegría de cantarte
bajo este cielo tuyo y casi mío,
general de la lluvia y del rocío,
hermano de Martí, Juan Pablo Duarte!*

Diciembre 10. Viernes. Yo suponía que era un hábito campesino, o provinciano, pero la “hora de Dios” prevalece también en la capital —tal vez por el flujo demográfico que mantiene, donde quiera que emigre, sus costumbres hereditarias. La “hora de Dios” es la hora del amanecer. En estos días, en que gradualmente va amaneciendo más tarde, la gente se demora más en la cama. A nadie le importa la hora del reloj. En las épocas del año en que amanece antes de las 6, la gente es más madrugadora. Ya en este mes no aclara antes de las 6 y media. Y el dominicano común se rige por la “hora de Dios”, que procede del reloj más barato que existe, y que puede entender cualquiera, aunque desconozca los números.

Hoy vi pasar consecutivamente cinco automóviles con rasponazos o abolladuras de mayor o menor importancia. Y recordé que en cierta ocasión afirmé que San Juan de Puerto Rico es “la ciudad de los automóviles chocados”; sin que fuera una afirmación caprichosa, sino el producto de una larga permanencia en un esquina, donde me mantuve hasta ver pasar cien automóviles, 76 de los cuales tenían alguna señal de colisión. Es decir, que de cien que vi pasar, sólo 24 estaban intactos; o, al menos, no les descubrí ninguna avería en la parte que yo podía ver desde mi punto de observación, aunque era presumible que presentaran algún desperfecto en la otra parte, así como que de los 76 positivamente averiados, muchos lo estuvieran por partida doble.

Diciembre 11. Sábado. Lo terrible del lugar común es que establece un dilema entre lo vulgar y lo pedante; porque lo mismo nos arrastra a la vulgaridad, aceptándolo, que a la pedantería, rehuyéndolo.

Yo tuve infancia de padres pudientes, adolescencia de huérfano, juventud de buscador de tesoros y madurez de mormón sibarita. Esos son mis antecedentes de adaptación a una vejez de náufrago.

El error de la crítica en relación con el arte es que les concede mayor importancia a los propósitos que a las realizaciones. Y, sin embargo, un propósito genial siempre es algo menos que una realización suficiente.

Quien nace en la pobreza puede morir rico, o al revés. Pero el que nace necio, irremisiblemente, muere necio.

Diciembre 12. Domingo. Mi amigo que estaba muriéndose, sin saberlo, murió ayer. Y yo vine a enterarme, por la noche, de que lo habían sepultado a las cuatro de la tarde. Es decir, que ni siquiera pude asistir a los funerales de Franklin Mieses Burgos.

Yo lo recordaré caminando conmigo por la calle del Conde, con su paso lento, con su sonrisa de cruzar las esquinas. Lo recordaré en su manera de hojear un libro, de decir hasta mañana. Y lo recordaré, simplemente, como un poco más lejos, no como hasta nunca más.

(Creo que, cierta noche, alguien me dijo que Franklin había muerto. Pero a mí no me consta. O tal vez oí mal.)

Esta tarde, Juanita y yo vamos a apadrinar el bautismo de la hija de Héctor y Rebeca. Guarionex salió de viaje, temprano,

hacia New York. Ramón Lorenzo Perelló vino a pedirme una copia del "Canto a Duarte", y después me llamó por teléfono, emotivamente. Por lo demás, hubo un amanecer de lloviznas, y ya a media mañana asoma un sol espléndido, mi querido Franklin.

Diciembre 13. Lunes. El afán por lo nuevo es uno de los más nobles afanes del hombre, sin duda. Y uno de los más antiguos...

Hoy es cuando aparece en los periódicos la noticia del fallecimiento de Franklin Mieses Burgos. Fue un gran poeta, un gran amigo, un contertulio encantador. Ya andan por ahí los elogios y también las reticencias, en las que la extemporaneidad asume un aspecto repugnante. Pero el hecho de que muera un poeta no impide que sigan viviendo los saqueadores de tumbas.

Entre un Ford modelo T y un Porsche del año existen enormes diferencias de funcionamiento, de progresiva perfección, aunque el principio mecánico es idéntico en uno y en otro; lo que establece una similitud de evolución entre las obras del hombre y las de la Naturaleza. Sin embargo, hay una diferencia fundamental, que consiste en que los automóviles no se reproducen por sí mismos. Es decir, que cualquiera de las especies animales o vegetales existentes en la actualidad, debió surgir perfectamente dotada de los más complejos automatismos fisiológicos, ya que de lo contrario habría sido imposible su supervivencia, y, consiguientemente, su evolución. En otras palabras, no pudo existir una evolución sin reproducción, que es precisamente el límite de las creaciones artificiales del hombre, y tampoco pudo haber reproducción evolutiva, porque hubiera sido imposible la supervivencia de un organismo que careciera de alguna función esencial, —y no hay ninguna que no lo sea en

un organismo viviente. Por lo demás, los procesos de reproducción son los más complicados, sutiles, previsores y obligatorios en todas las especies, y sería absurdo suponer que esos procesos pudieran haberse perfeccionado infaliblemente en una etapa provisional, —tan absurdo como pretender explicarse la supervivencia más insignificante sin esa prioridad en la perfección reproductiva. Esto parece sugerir irremisiblemente una creación de un sola vez en su totalidad. Y, de esa manera, el razonamiento lógico desemboca absurdamente en lo irrazonable.

Diciembre 14. Martes. Es incomprensible que las mujeres, tan adictas al pasado, nunca hayan pretendido escribir la Historia, aunque la Historia escrita por los hombres les resulte siempre tan desfavorable. Y, sin embargo, a una historiadora le sería fácil refutar ciertas tenaces calumnias, como la de “la más antigua profesión del mundo”. Porque no sería nada difícil escribir la historia de la prostitución masculina...

A veces uno se siente culpable de mala conducta, o de conducta impropia, recordando un hecho, una circunstancia, un simple incidente. Pero con demasiada frecuencia olvidamos que nadie logra abarcar, desde un solo punto de vista, los distintos aspectos de cualquier cuestión. Y así, un día, repentinamente, descubrimos que durante larguísimo tiempo nuestra conciencia estuvo reprochándonos una culpa que, en realidad, pudo favorecer a alguien, a costa nuestra. Pero es mucho más mortificante cualquier descubrimiento en sentido contrario. Más mortificante y más frecuente.

Diciembre 15. Miércoles. Me despierta la lluvia. Suave, discreta, laboriosa, benéfica lluvia de medianoche, cumpliendo con lo suyo cuando es menor la molestia y mayor su provecho. Porque también hay lluvias altaneras, agresivas, jactanciosas, incoherentes o malhumoradas. Pero sólo cuando llueve así,

como ahora, se nos ocurre pensar que la lluvia sabe que está lloviendo.

Otra de las extravagancias de nuestro idioma es la existencia de vocablos hermafroditas, como “grecorromana” o “decimosexta”, compuestos de dos voces, una masculina y otra femenina. O como “ancla”, que es masculino en singular y femenino en plural. Y, anfibológicamente, la sintaxis castellana forcejea con un “su” que establece un concepto de posesión oscilante entre el adjetivo y el pronombre. Por otra parte, en los accidentes de los verbos, cuando el “usted” sustituye al “tú” de la segunda persona, usualmente concuerda con las formas de conjugación de la tercera (“él”). Y el “vos” de tratamiento, de número singular, se conjuga en plural. Todo lo cual, indudablemente, configura *singulares pluralidades* de expresión.

Creo que el tema sobre el que insisto más en este “Diario” —y de un modo insistentemente negativo— es el del “verso libre”. Pero esa reiterada reprobación no podrá atribuirse a una actitud estética retrógradamente tradicionalista, si se toman en cuenta mis exploraciones en el verso sin medida aritmética, en los “Cantos de Proteo” (1943) y también en muchos libros posteriores. Porque es cierto que en muchas de mis tentativas de adopción del verso irregular —o *fluctuante*, como prefería denominarlo don Pedro Henríquez Ureña— sólo prescindí de uno de los dos factores que diferencian radicalmente el verso de la prosa, es decir, de la métrica y no de la rima; pero en “Lamentaciones de Proteo” (1947) y “Alegría de Proteo” (1948), hay suficiente constancia de mis ensayos de versículo amétrico, con exclusión total de consonancias y asonancias. Y ello, en las fechas mencionadas, constituyó una sincera búsqueda de la “música interior” del lenguaje en su uso poético, una investigación personal sobre las posibilidades modernas de

las más antiguas fórmulas expresivas, —que es a lo que nos conduce anacrónicamente tal propósito. Así, pues, por propia experiencia, sé que el mejor “verso libre”, a lo sumo, no pasará de ser la condensación selectiva de una buena prosa, y —ominoso descubrimiento— que, para pretender siquiera cualquier logro mínimo en “verso libre”, es indispensable conocer y haber practicado previamente los más complejos mecanismos de la versificación tradicional. Y, basado en esas dos conclusiones —sobre todo en la segunda— no vacilo en asegurar que todo aquel que sólo sabe escribir en “verso libre”, o es un incompetente o es un farsante.

Diciembre 16. Jueves. Sucede, con frecuencia, que un testimonio imparcial, en sentido jurídico, pueda ser parcial en un sentido de dimensión. Hace unos días, charlando con un librero, le oí decir que “mis libros siguen vendiéndose, aunque en los últimos tiempos la demanda ha disminuido un poco”. Y, desde luego, si me lo hubiera dicho el propietario de la única librería del país, o de la ciudad, habría sido un testimonio negativo. Pero lo decía el propietario de una de las dos o tres únicas librerías que tenían mi libros a la venta, hasta hace pocos años. Ahora son docenas. Y ya eso cambia por completo la apreciación de la totalidad del fenómeno en sí, pues probablemente se están vendiendo más libros míos, en la actualidad, que en ningún otro momento. Y, sin embargo, aquel testimonio estaba fundado en un hecho comprobable, y, por lo tanto, cierto, sin que dejara de ser falso, en una mayor amplitud de comprobación. Y eso me ha hecho recordar que, al agotarse con tanta rapidez las primeras ediciones de mi libro “Oasis”, yo llegué a pensar que alguien, deseando favorecerme de un modo discreto, adquiriría los ejemplares por docenas en distintas librerías. Y hasta llegué a imaginarme un sótano repleto de “Oasis” enmohecidos por la humedad. Pero un día, con el pretexto de examinar una reciente remesa de libros extranjeros, permanecí dos horas en “La Moderna Poesía”, y eso fue suficiente para que se disipara aquella duda extravagante, viendo aparecer, uno a uno, los misteriosos compradores de libros

—hombres, mujeres, jóvenes, viejos, ricos, pobres... Y, desde aquellas fechas, consecutivamente, “Oasis” fue el libro de versos de mayor venta en todas las librerías de mi país, año por año.

Releo mi anotación del día 13, sobre los automóviles y las especies vivientes, —o sobrevivientes. Si se piensa en una duración superior a la actual en la vida de antes, y en una aceleración excepcional de los procesos evolutivos, el razonamiento lógico no desembocaría en lo absurdo. Pero entonces habría que modificar el concepto de la evolución por el de la autoevolución, y este concepto fetal convertiría lo evolutivo en simplemente progresivo.

Diciembre 17. Viernes. Desde un punto de vista social, hoy me enfrentaré a un viernes conflictivo, a partir de las cinco de la tarde. Un itinerario en tres escalas: El Auditorium del Campus II, en un acto de la Rectoría; el Hotel “Lina”, con mi amigo Adriano Rodríguez, y finalmente, la casa de mi compatriota Orizondo, con el grupo que sigue despidiendo y festejando a Félix y a Eloísa. Y esto es, simplemente, lo previsto; en lo que hay que prever, a veces, la intervención de lo inesperado.

En la correcta aplicación del término, yo nunca hice “vida social” en mi país, sino que más bien rehuía las reuniones, los clubes, los restaurantes de moda, los cabarets, y todo lo que constituyera una exhibición pública, —aunque no por misantropía, sino por discreción de buen acompañamiento. Por eso prefería los lugares menos concurridos, los reservados, los restaurantes modestos, las afueras de la ciudad; y sólo de tarde en tarde me dejaba ver en un teatro —generalmente entre bastidores o en los camerinos— o en algún lugar céntrico, o en actos culturales. Y es que, a veces, una intensa vida privada

puede dar una impresión de aislamiento social, —y casi siempre lo es.

Diciembre 18. Sábado. Ayer, a última hora, me comunicaron la cancelación de la tercera escala de mi itinerario, lo que me permitió extender la segunda hasta la medianoche. Hacía meses que no tenía ocasión de departir tan largamente con Adriano Rodríguez, que es, en la actualidad, algo así como el zar de la TV dominicana. Nuestro conocimiento data de mi llegada al país, que fue la época en que se iniciaba su ascensión definitiva; y es de señalar que Adriano Rodríguez constituye el caso infrecuente de un hombre de negocios —de grandes negocios— que posee una sensibilidad específica para la poesía y la música, ya que también escribe versos y compone canciones.

Resulta curioso comprobar nuestros cambios, no sobre la marcha, porque su lentitud los hace imperceptibles, sino por épocas de cierta extensión. En realidad, llegamos a ser otras personas, exteriormente. Cambiamos de estatura, de complexión, de fisonomía, y esos cambios modifican nuestros actos y hasta nuestra letra. Pero, hasta donde alcanza mi observación, nadie cambia sus sentimientos, aunque aprenda a disimular los que le sean perjudiciales. Y cuando alguien parece cambiar alguna vieja costumbre, casi nunca es realmente un cambio, sino una readaptación.

Diciembre 19. Domingo. Empieza a aterrorizarme la idea de pasar a máquina este “Año Bisiesto”. Y, sin embargo, tendré que mecanografiarlo yo mismo. Y aun así, con un texto perfectamente pulcro, de una clarísima legibilidad, quién sabe con cuántas distorsiones de sintaxis y de ortografía deberá llegar al público, y qué errores ajenos se sumarán a los míos, sin que nadie sepa distinguir entre unos y otros. Y no es, exactamente, que yo sea un maniático de la perfección, —aun siendo perfeccionista hasta un límite razonable. Pero soy, sobre todo,

un lector minucioso, y me desconcierta descubrir a veces, en las ediciones más esmeradas de libros ajenos, erratas evidentes que, no obstante, han pasado inadvertidas para los correctores de pruebas; o, si no, las peores, que son aquellas en que una palabra de correcta ortografía, pero de insegura sintaxis, nos indica una suplantación homofónica o paronímica, más o menos rectificable, o un fatídico "salto lineal". Y es obvio que también existe la "errata creativa", que puede convertir en una metáfora formidable cualquier frase secundaria, o un simple enlace gramatical; pero, sea como sea, y aunque intervenga a favor y no en contra, yo detesto todo factor intruso que modifique, no sólo el sentido de lo que he intentado expresar, sino mi manera de expresión, que es lo más mío posible hacia afuera de mí.

Diciembre 20. Lunes. Un día vagamente invernal, de invierno óptico en su gris de lejanía, aunque sin equivalencia en la temperatura. Guarionex ha regresado de su incursión nortea y me dice que oyó hablar de una insólita nevada en la Florida. Y yo recuerdo de pronto un pisapapeles de cristal que nevaba por dentro, al invertir su posición.

Sin duda, mediante sencillas adaptaciones, un automóvil puede funcionar con distintos combustibles: gasolina de octanaje desigual, alcohol, gases, etc. Igual sucede con los seres humanos y su alimentación. En cambio, un automóvil no puede funcionar sin energía eléctrica, o con electricidad de voltaje distinto al que se le establece en la fábrica. En cuanto a los organismos vivientes, está claro que los sistemas nerviosos equivalen a los de distribución eléctrica de los automóviles, y es presumible la existencia de una electricidad específica, tanto en el hombre como en los animales inferiores mentalmente. Pero lo que la Fisiología no sabe explicar aún, es cómo se genera o se capta del exterior esa electricidad, y cómo y dónde se acumula, en caso de que sea acumulable. Podría generarse por fricción hidráulica, en el torrente circulatorio; termostáticamente, por

cambios de temperatura corporal, o por reacciones químicas. Pero esa electricidad orgánica, ¿podría acumularse en la “zona silenciosa” del cerebro? Y, ¿tendrá algo que ver el sueño con los procesos de producción de esa energía vital?

Diciembre 21. Martes. Mañana se inician las vacaciones navideñas en la Universidad, hasta el 10 de enero. Hay algunos proyectos difusos: una excursión a Samaná y una visita a Santiago, por dos o tres días. Y es posible que yo empiece a poner en limpio mi “Diario”, —más o menos externamente. O, en otras palabras de mayor exactitud en lo paradójico: pondré en limpio las suciedades.

*Mañana será nunca, —nada más que el rocío,
allá arriba, en las letras de un nombre que fue el mío.*

*O algún rumor, a veces, o algún fulgor lejano;
y nada más que el peso de la sombra en mi mano.*

*O un libro, no sé dónde. Pero será bastante,
siendo apenas un libro y el polvo de un estante.*

*O una estrofa, algún día —tal vez en primavera—;
y alguien dirá la estrofa sin saber de quién era.*

*Después, igual que siempre: los árboles, el viento,
el otoño y la lluvia, como en este momento.*

*Y la muerte —esa noche detrás de la mirada—
que es el final de todo y el principio de nada.*

Ya lo he expresado inequívocamente en páginas anteriores, pero debo reiterarlo: Todo poema que yo haya escrito, de índole galante, procede de una experiencia personal. La

imprecisión con que me refiero a mis “heroínas” —sin describirlas en ningún caso— ha respondido siempre al propósito de impedir una posible identificación, pues el principal precepto de la galantería —y de la filosofía— consiste en saber callar. Y más, cuando debemos referirnos a personas fácilmente identificables. Y más aún, si consideramos que un poema puede ser algo así como un extraño espejo que retiene la imagen que se refleja en él.

Sin embargo, pese a tales previsiones, en alguna ocasión he podido ser injustamente acusado de indiscreción, por la escandalosa resonancia en torno a un poema, como en el caso de la “Carta a Usted”, cuya motivación originaría tan lamentables como erróneas suposiciones. Y digo que fue una acusación injusta, porque aquella tremenda publicidad se produjo sin participación ni conocimiento de parte mía.

La cuestión, en sí, fue simple y hasta un poco vulgar: A mi regreso de la República Dominicana, después de una cirugía de urgencia —que ya he referido también— tuve noticias de que cierta bella dama, con quien yo había compartido anteriormente una inolvidable relación, andaba en trámites sustitutivos con un nuevo acompañante —cosa que me pareció perfectamente natural. Lo que, en cambio, no admitía igual calificativo, era su propósito bien evidente de convertir el antiguo “ménage a trois” en un insólito “ménage a quatre”. Y, como siempre he detestado la indelicadeza inevitable de ciertas aclaraciones en prosa oral, apelé a la fórmula indirecta de la versificación. Fue entonces cuando escribí la “Carta a Usted”, con la intención de enviarla privadamente a su gentil destinataria, y mantenerla inédita durante un tiempo prudencial, antes de publicarla en un libro entonces en preparación y todavía sin título, —que resultó ser, dos años más tarde, “Poeta Enamorado”.

Escribí, pues, el poema, y, como es mi costumbre, fui pasándolo en limpio sobre las sucesivas correcciones; pero, todavía en esa etapa de perfeccionamiento, lo leyó Enrique Iñigo —director de programas de radio de la CMQ habanera— y, a pesar de mis protestas, porque aún me quedaban algunos

versos por retocar, se llevó una copia. Yo fui el primer sorprendido, al ver publicada la "Carta a Usted", en la revista "Bohemia", a los pocos días: Iñigo se la había mostrado a Francisco Vergara, que tenía a su cargo la sección de Radio y TV de la famosa revista... y Vergara, ignorando por completo mis propósitos particulares sobre el poema, lo publicó inmediatamente. El resultado fue explosivo — adjetivándolo con moderación: Semana a semana, durante varios meses, se publicaron "contestaciones" en versos buenos, aceptables, malos y peores, festivos o malintencionados, de amigos y enemigos, con firmas o seudónimos, hasta que el director de la revista decidió publicar diez o doce de una vez, finalizando aquella "polémica rimada" que trascendió a otras naciones caribeñas, de donde afluyeron también las colaboraciones en alejandrinos pareados.

Yo negué siempre la autenticidad autobiográfica del poema — como una manera de desvirtuar las sucesivas identidades que se le atribuyeron a la verdadera destinataria. Incluso llegué a afirmar que se trataba de un caso que había oído referir confidencialmente a un amigo dominicano, durante mi reciente estancia en su país. Y, por supuesto, me era imposible aportar ninguna prueba en tal sentido, pero resultaba igualmente imposible demostrarme lo contrario, y me mantuve firme en esa versión. Por lo demás, y de un modo más irrevocable aún, después de semejante contratiempo, la "Carta a Usted" logró perfectamente la finalidad que me indujo a escribirla...

Hace millares, tal vez millones de años, que al hombre no le sirven para nada los dedos de los pies. Y, sin embargo, a no ser una ligera atrofia de ciertos músculos, no se advierte ningún cambio evolutivo en nuestras extremidades inferiores. ¿O es que, realmente, no ha existido una evolución gradual para cada especie, sino una "época evolutiva" creada por fenómenos ambientales, que pudo influir sobre todos los organismos vivientes de nuestro planeta? Y al escribir esto último estoy

recordando la erupción del Mont Pelé, en 1902, cuando se produjeron en la Martinica extraños casos de crecimiento anormal de personas, animales y plantas, incluyendo cambios genéticos de una inexplicable aceleración, durante más de una década después de aquella tremenda descarga de gases radiactivos, —semejantes tal vez a los que invadieron la totalidad de la Tierra, en una “era volcánica”.

Diciembre 22. Miércoles. El recuerdo se establece por analogías, por equivalencias, por aproximaciones entre dos circunstancias. Pero la vida, hasta cuando parece repetirse, en realidad está modificándose, variando en sí o en nosotros. Por eso, la duplicación de un acto es sólo aparente. Lo terrible es la resurrección de un sueño.

Al mediodía, cierro la puerta 214 hasta el 10 de enero del año entrante. Una pequeña reunión informal en la Rectoría. Y el Campus I de la Universidad Pedro Henríquez Ureña va quedando atrás...

Por la tarde, recordé de pronto a Antonio Toscano, un torero azteca que tuvo gran popularidad como novillero y muy mala suerte después de tomar la alternativa. Lo conocí a bordo del “Auriga”, —él hacia Sevilla y yo hacia Génova. Durante la travesía se organizó un baile de disfraces, y alguien le sugirió a Toscano “que se disfrazara de torero”, vistiendo el traje de luces que llevaba en su equipaje. El se negó muy seriamente: —“Eso es sagrado” — dijo. Y tenía razón, sin duda. Además, aunque ya retirado de los ruedos, era absurdo disfrazarse de lo que seguía siendo en sí mismo. Y algo análogo me sucede a mí cuando me piden que recite en cualquier reunión, entre personas que ven la poesía como un entretenimiento social. Para mí es otra cosa, mucho más importante y profunda, que rechaza dentro de mí la

frivolidad exterior del traje de luces, como un torero entristecido de cicatrices en una fiesta en alta mar.

Diciembre 23. Jueves. Primer día de vacaciones. A las cuatro y media de la madrugada estoy reproduciendo una partida de ajedrez. Por la tarde, saldré con Nápoles, a completar los preparativos para la Nochebuena, que hemos decidido celebrar en mi casa, su familia y la mía, y, hasta ahora, con Héctor y Rebeca. Antes, durante la mañana, me propongo poner al día mi correspondencia, un poco desatendida.

He recordado — ¿por qué? — la inauguración de “El Güije”, un restaurante campestre de las afueras de La Habana, hace unos 25 años. Fue un pequeño grupo de gastrónomos —mayormente médicos— cierta noche otoñal. Un joven, divertido y notable cirujano, no sé o no recuerdo ya de qué modo había conseguido un auténtico atuendo sacerdotal, y se dispuso a parodiar una bendición católica como inicio del acto. Y leyó la “Balada del Güije”, de Guillén, como texto teológico. El resto fue diversión y glotonería: lechón asado, yuca con mojo, y vino. A nadie se le ocurrió que todo aquello podía constituir una profanación simbólica. Después de todo, era un médico disfrazado de sacerdote, pero sin engaño para nadie y sin intención anticlerical siquiera. Sin embargo, ningún cura verdadero hubiera aceptado participar, ni como simple espectador, en semejante ceremonia. Y una participación directa habría sido inexcusablemente sacrílega.

Pocos años después fue cuando conocí a Antonio Toscano, —quien posteriormente mantenía su vinculación con la tauromaquia como criador de ganado de lidia. El cirujano continúa ejerciendo el bisturí en los Estados Unidos. Y yo, recordándolos a ambos, he relacionado a un torero y a un médico con la Poesía y, de manera lateral, surrealísticamente, un traje de luces y una sotana.

Diciembre 24. Viernes. Un dato inexacto, con fecha de octubre 8, al referirme a “La Vejez de Don Juan” como “el poema de mayor extensión escrito por mí, aunque no llega a 150 versos”. En aquel momento pasé por alto mi poema “Maya”, que escribí en 1952, y que consta de 212 versos, siendo en realidad el más extenso, antes del “Canto a Duarte”.

Y es que no siempre la mentira consiste en alterar deliberadamente los hechos, con palabras que significan lo contrario de la verdad. A veces se miente por error, sin daño para los demás ni provecho propio. Y, desde luego, si no existe la intención del engaño, no hay tampoco mentira en sí, y carece de mérito la rectificación. Pero he hecho el señalamiento precedente, en vez de modificar la redacción de la nota de octubre 8, considerando la posibilidad de alguna otra inexactitud en fechas, nombres o lugares, que haya pasado inadvertida para mí, a lo largo de estas páginas.

Por lo demás, nuestra memoria es alternativamente dócil y rebelde. Hay palabras, por ejemplo, que parecen borrar^s una y otra vez, pese a nuestro propósito de retenerlas. Hay datos incorrectos que rectificamos inútilmente, porque reaparecen con el error sin corregir, —ya sea la pronunciación de un nombre geográfico, de un apellido, de un vocablo común, o una fecha histórica con un anticipo o una regresión de doscientos años, o una calle que cambia de ciudad, o el título de una obra con otra firma, y cosas así. Y, sin embargo, a veces nuestra memoria se complace en la pormenorizada perpetuación de lo intrascendente y en el terco repudio de lo necesario.

Pero también sucede que nuestra memoria debe resistir un lastre terrible de datos erróneos, que en alguna ocasión fueron de exacta veracidad. Quien fue niño hace más de sesenta años aprendió nombres de países desaparecidos de la Geografía, límites de fronteras inexistentes ya, poblaciones que se han multiplicado por diez o por veinte en la misma ciudad que ahora se llama de otro modo, reinos de fugaz magnificencia, y qué sé

yo; además de palabras que ahora se escriben con otra ortografía y que significan otras cosas, y dogmas científicos que han pasado a ser supersticiones o estupideces, o al revés. Y la memoria desechando o readquiriendo, en una contabilidad de enmiendas sucesivas, en su incesante acumulación de datos provisionales. Y, lo peor de todo: el hombre dependiendo inmemorialmente de su memoria, —de esa memoria.

Una Nochebuena de sobremesa transferida antillanamente al jardín, en una atmósfera casi canicular, hasta pasadas las doce. Algunas nostalgias inevitables en las viejas evocaciones, por los que no están, por lo ausente en cada presencia. Y una sonrisa de permanecer, a pesar de todo. Y la indiferencia de la noche, encima.

Diciembre 25. Sábado. Genaro Paulino me trae las amistades de Santiago en sus noticias, y nos acompaña en el almuerzo. Ahí no están — y están — Román Franco, Lullú Everstz, Osvaldo y Sofía Diez, Armando Núñez y su tribu feliz, Celestino Fernández, Delio Pichardo... El mediodía de hoy es menos caluroso que la noche de ayer. La propia sobremesa es más comunicativa en la neutralidad de los afectos, en la reactualización de lo cotidiano. Y cada cual termina aceptando las cosas como son, en nuestra vida que es así, —como es, o de cualquier otra manera.

Según parece, la Naturaleza es un intercambio de digestiones, un automatismo de supervivencia destructiva. De ese modo, la Economía de Consumo, con sus técnicas de despilfarro, viene a ser la mayor proximidad posible entre las obras del hombre y las obras de la Naturaleza. La diferencia consiste en que el hombre cifra su orgullo en fabricar cien mil

cosas iguales, y la Naturaleza carece de orgullo, porque significaría una demora en sus procesos de fabricación.

Diciembre 26. Domingo. Cita campestre en Barranca. Reunión navideña de la familia López y sus allegados. Vinicio y yo vamos con Guarionex. Llegan López de los cuatro puntos cardinales, —algunos sacudiéndose la nieve. Hermanos, cuñados, hijos, sobrinos, nietos. Médicos, farmacéuticos, arquitectos, oculistas, abogados, odontólogos, sacerdotes, banqueros, en un formidable almuerzo criollo, hasta mediar la tarde. Y así transcurre el último domingo de 1976.

Viejos amigos de la adolescencia. Armando Morales, Mario Escoto. Volví a verlos, después de larguísimos años. Heriberto y Olegario Mena. Y todo era algo así como un mecanismo oxidado. No sé bien. Guantes de boxeo, caminatas campestres, novias de acera y parque, chapuzones en el río, remos de alquiler, y un largo paréntesis de calendarios y kilómetros. Y una tertulia de fantasmas junto a un cofre vacío.

Diciembre 27. Lunes. Unas pocas anotaciones más y terminaré mi "Diario". Este es un propósito que realizo, al fin, después de más de veinte aplazamientos de pereza o de dificultad. Y tal vez no sea exactamente como pensé que sería, pero siquiera no es otra cosa para más adelante, sino algo que ya va quedando atrás, también.

BALADA DE LAS RECAPITULACIONES

*Todo es igual y siempre: Yo, la noche, el olvido
—acá abajo las rosas y allá arriba los astros.
Y el hombre y sus preguntas. Y nadie y su silencio.
Y un gran montón de escombros floreciendo y girando.
Todo es igual: el río, las espigas, la nieve,
las lágrimas, las fechas. Todo es igual y en vano.*

*A veces, en otoño, la música del bosque
nace en las hojas secas del compás de mi paso,
y hay nubes parecidas a las cosas que pienso,
y me duele en los hombros lo que quisiera un árbol;
pero después no importa: lo que pasa o se queda,
lo que sueño y olvido, todo es igual y en vano.*

*Libros de letras torpes, viejos pozos vacíos,
turbio espejo en la sombra, negra espuma en el vaso;
sello del rey asirio bajo costras de arena;
mandolina del paje, talismán del templario;
y nada más que el tiempo soplando su ceniza,
y otra vez y cien veces, y todo igual y en vano.*

*Y decimos: "Ya es tarde". Y aun así, pasa el viento.
Y el viento nada dice, pero sigue pasando.
Y decimos: "No importa". Y al mirar hacia arriba
recorremos a tientas los caminos de abajo.
Y decimos entonces: "Está bien". Y no importa,
y es tarde y, como siempre, todo es igual y en vano.*

Me dicen que Enrique Labrador Ruiz anda por España, en tránsito hacia los Estados Unidos. Yo pienso en el piso alto de un viejo caserón, con libros, libros, libros. Y pienso que un escritor que se va para siempre de su país abandona dos patrias: la suya compartida, que es donde nació, y la únicamente suya, que son sus libros. Pero pienso también que los libros siguen siendo de quien son, sin que importe quién los tenga ni dónde estén. Y en este caso son los libros de un gran escritor, de un gran amigo, de un despreocupado trotamundos y de uno de los conversadores más fabulosos que he conocido en mi vida.

Y uno piensa que ni aun las vidas más extraordinarias son

sucesiones de grandes acontecimientos sino más bien de pequeños incidentes. Y a veces nos resulta inexplicable la ligereza con que tomamos un día alguna decisión capital, sin que recordemos que en el momento de decidir ignorábamos el alcance conflictivo de sus derivaciones, o que —como me ha sucedido a mí— ante ciertas alternativas demasiado confusas, procedimos impulsivamente, confiando más en la intuición que en el razonamiento. Y es que, en terminos absolutamente razonables, ¿qué es lo que puede preverse, que esté a salvo de toda modificación imprevisible?

Pero esto no significa que debamos someternos mansamente al Azar, que no es un poder ciego y caprichoso que hoy nos contraría y mañana nos favorece, o al revés, sino una proyección de voluntades ajenas sobre la nuestra, una confluencia de circunstancias afines, en la que todos intervenimos secundariamente, sin que sepamos, por nuestra parte, qué influencia beneficiosa o perjudicial pudo ejercer un acto nuestro en las vidas ajenas, y sin que los demás sospechen cómo influyeron con sus actos en nuestra vida, para mal o para bien.

Y, por supuesto, me refiero al Azar —que otros llaman el Destino. El azar del juego —en minúsculas— es otra cosa, naturalmente; aunque para millones de seres humanos se escriba con cuatro letras mayúsculas. No para mí.

Por el mediodía, una ruptura de la rutina navideña, con cangrejos y chillo, en “El Monarca”, en compañía de Guarionex, Isaac Lif y tres botellas de “blanc de blanc”. A la salida, me estremece el recuerdo personificado de una bella amazona a quien le escribí, allá por el 1952, “Muchacha de la Biblia”. Y otras cosas. Y recordé sus ojos melancólicos de no vernos nunca más, —ya con mi pasaje a México en un bolsillo, años después.

Otra noche calurosísima. Y, de pronto, empieza a llover históricamente. La calle es un largo espejo oscuro, con coágulos de plata. Y yo evoco viejas lluvias, andando y andando con alguien, por aceras sin nadie más.

Diciembre 28. Martes. En mi país, con su gente propensa a la burla y a la risa, la festividad de los Santos Inocentes era una fecha en que todo —o casi todo— estaba permitido. En realidad, su significación había ido derivando de la inocencia a la tontería, hasta convertirse en el Día de los Tontos. En las primeras horas de la mañana, para aprovechar la indefensión de los desprevenidos, circulaban las noticias más sorprendentes —y falsas, por supuesto— con la participación de las personas de más confiable seriedad, que eran justamente las que lograban mayor número de víctimas. Y quien dice noticias más o menos increíbles, puede decir bromas de dudoso gusto y variable ferocidad, justificado todo con la sacrosanta palabra de epílogo: “Inocente...”

Un comentario sobre un incidente ocurrido hace unos días, en un restaurante de aquí, me ha hecho recordar analógicamente lo que me ocurrió en Barcelona, hace años, en un café. Bebíamos vino del Priorato, —un periodista, un poeta regional, un estudiante de medicina y yo. En eso se apareció un endiablado andaluz, amigo del estudiante, y se unió al grupo. Se me sentó enfrente y me hizo objeto de las frases más elogiosas. Por último, me habló de un programa exclusivamente de versos míos, que transmitía Radio Tarrassa. —“Dejé de oírlo hace algún tiempo —concluyó, suspirando— porque me decepcioné”. —“¿Y por qué se decepcionó?” — pregunté, casi obligatoriamente. —“Bueno, perdone, pero es que me dijeron que Ud. era maricón”, —repuso él, con la mayor naturalidad. —“Oh, sí, ya sé —admití, con indiferencia—; y, además, era cierto”. —“¿Cóoomo?” —“Sí, pero eso fue hace muchos años. En la actualidad, para que un hombre me interese tiene que ser

muchísimo más maricón que yo.” —Y rematé, sonriendo florentinamente—: “Como usted, por ejemplo”. La carcajada general rebotó a todo lo largo de la Rambla de las Flores. El andaluz me explicó, entre risas, que todo aquello era una apuesta con el estudiante, que le había asegurado que nadie era capaz de hacerme perder la ecuanimidad en ninguna circunstancia. Y en aquella ocasión, al menos, no la perdí. Y el andaluz pagó el vino del Priorato.

Diciembre 29. Miércoles. Hay días neutrales, como el de hoy. No sucede nada fuera de lo rutinario. No se suscita ningún recuerdo especial. Leemos el periódico, escribimos dos o tres cartas, reproducimos una partida de ajedrez, comemos sin gran apetito, encendemos y apagamos el televisor, dejamos un rastro de cenizas por toda la casa, y de pronto nos damos cuenta de que ha anochecido. Un día perfecto para un elefante sordo.

Cualquiera puede entrar en mi obra, en todo lo que he escrito durante toda mi vida, como en un bosque, —con sus zonas de claridad y de penumbra, con sus retoños y sus hojas secas. A mí no me importa que alguien venga de paseo y escarbe raíces o se lleve alguna flor. Eso no depende de mí, ni de mi bosque, sino del que venga. Pero yo he ido dejando señales en algunos árboles. Y el que sepa verlas podrá seguirme hasta el fin del bosque, —y aun más allá.

Diciembre 30. Jueves. Hoy hace un año normal —365 días— que decidí emprender esta sigilosa aventura de un “Diario Intimo” —ni tan sigilosa, porque se sabe que estoy escribiéndolo, ni tan íntimo, porque su finalidad es la imprenta cuanto antes. De cualquier modo, hoy llego a su fin, de acuerdo con la aritmética rotatoria, y mañana justificaré el título de “Año Bisiesto” con lo que escriba más o menos excedentemente en la última de las doce libretas de este metódico año 1976, que nadie sabe si corresponde con toda exactitud al inicio de nuestra

Era, aunque viene a ser el 5737 para los israelitas, el 4675 para los chinos y el 1396 para los árabes. Y, ante contradicciones de semejante calibre, bien poca significación pueden tener las que aparezcan entre distintas páginas de este Diario, o entre lo escrito de más o lo dejado de escribir, o entre ciertas fechas que todo el mundo considera importantes en una biografía y que yo no menciono siquiera, y ciertos incidentes que muchas personas omitirían en mi caso y que yo he preferido pormenorizar hasta donde lo permite la decencia literaria. Porque, como le escribía yo, ayer, a un amigo en dificultades, “todo el mundo tiene épocas vacías y días puercos”. Y el resto es convencional.

De pronto he recordado una broma siniestra, de la que fui víctima provisional hace algo así como treinta años. Yo me encontraba en el café-restaurant contiguo a la emisora CMQ, de Monte y Prado —aunque en realidad era en Monte y Cárdenas. Un camarero me avisó que me llamaban por teléfono —que era el motivo por el cual yo me había demorado allí, precisamente. Fue una conversación muy rápida y satisfactoria. El marido, comisionista, había salido de viaje y la joven cónyuge estaba en disposición de recibirme en su apartamento, a cuadra y media de distancia. La proximidad hacía innecesario utilizar mi automóvil y decidí ir a pie. Eché a andar por una acera, crucé una calle, subí una escalera hasta un segundo piso, y, en efecto, todo empezó a desenvolverse como es usual en tales casos, en una primera cita, con sus preliminares de vino espumoso, cigarrillos norteños y palabrería galante. Repentinamente, unos durísimos golpes estremecieron la puerta. —“Mi marido” —balbuceó la dama, palideciendo. Casi al instante, oímos un vozarrón aguardentoso: “¡La policía! ¡Abran!” Y, cosa explicable, yo me sentí súbitamente aliviado. Ella adecentó su “deshabillé”, y me arreglé la corbata, fui a abrir... y me encontré de pronto con tres caras congestionadas de risa: Eran Carlos Badías, Enrique Santisteban y Enrique Iñigo, quienes, sospechando la finalidad de mi insólito paseo nocturno, me habían seguido para ponerme

en aprietos con aquella interrupción. Yo me eché a reír también, me volví hacia la dama y le dije: "Ya ve Ud. que tengo unos amigos muy bromistas. Por favor, dígame a su esposo que vendré a verlo mañana a las 3 de la tarde. Buenas noches y gracias". Y una hora después, pero con mayores precauciones, regresé al segundo piso... donde ya no hubo alteración alguna en el curso lógico de los acontecimientos, —razón por la que indiqué, al principio, mi condición de víctima simplemente *provisional*.

Hoy una agradable señora comentó que tal vez yo pude haberme casado con una mujer rica, alguna vez. Yo le respondí con un evasivo: "sí, es posible", y cambié de conversación. Pero es cierto que pude. Y también es cierto que la agradable señora me hizo pensar en uno de los aspectos más normales de la prostitución masculina, y en una estupenda rubia, en fechas de tanta antigüedad como el 1937. Ella había estado casada con un próspero funcionario, hasta unos meses antes. Una tarde fue a verme y me mostró una libreta bancaria, con un saldo superior a los 50,000 pesos —cantidad muy respetable entonces. Me propuso que nos fuéramos juntos a Europa, "hasta que se acabara aquel dinero". Yo la besé y le dije: "Si estuviéramos en Europa, en este momento, no sabrías por qué te he besado. Y, a lo mejor, yo tampoco. Por eso, prefiero seguir besándote así, sabiendo por qué". Y nunca me he arrepentido de aquella madrigalesca negativa.

Otro caso fue una verdadera persecución de que me hizo objeto una dama de alta esfera e histórico apellido, hacia 1950. En realidad, en asuntos de amor, un hombre situado anormalmente en actitud pasiva puede sentirse más o menos divertido, pero sin que la diversión de la novedad constituya un estímulo erótico, sino más bien todo lo contrario. Por tal

motivo, yo me sentía impaciente y mortificado por aquella situación insólita, y deseoso de terminarla sin violentar las normas de la galantería y la buena educación. Y sucedió que un día fue a visitarme el jefe de taller de la agencia "Packard", entregándome unas llaves relucientes y pidiéndome las de mi "Buick" de dos años de edad. Su explicación fue que la señora X había ordenado cambiar mi automóvil, pagando la diferencia entre el mío y el nuevo, que ya estaba flamantemente a mi disposición desde aquel instante. Yo aduje que aquello tenía que ser un error, puesto que no conocía a la tal señora, no acepté las llaves, y aquel mismo día adquirí por mi cuenta un "Buick" del año, —lo cual pudo ser una reacción de orgullo, pero también un desaire muy eficaz y, desde cierto punto de vista, perfectamente merecido.

En otra ocasión, una simple cita en territorio extranjero —convenida por espíritu de aventura y razones de seguridad — estuvo a punto de convertirme en cómplice inmediato de la fuga —no prevista por mí— de una joven, hermosa y alocada heredera. A su llegada, me pareció tan excesivo su equipaje como innecesario el transporte de sus joyas y de un grueso fajo de billetes de banco, y me apresuré a definir la situación en sus términos originales, que estaban muy lejos de aquellas complicaciones. —"Es que ya no podría volver a mi casa", —me dijo ella. —"Pero yo tengo que volver a la mía", —le respondí. Y, por último, se mantuvo el pacto inicial, nos divertimos demencialmente... y ella volvió a su casa, días después.

También hubo una viuda millonaria, mucho más recientemente. Era joven, hermosa, sin hijos, y de fina educación. Y esa vez tuve que analizar el asunto con mayor detenimiento. Por último, comprendí que nunca podría sentirme cómodo junto a aquella gentil señora, aunque ella no pensara que me había comprado o que yo me había vendido, porque, de cualquier modo, me habría sentido absolutamente incómodo pensándolo yo. Y preferí no ser millonario así, yo, que nunca he intentado serlo de ninguna otra manera.

Debo aclarar que no me importa que alguien piense que procedí estúpidamente, o que he inventado esta historia. La

historia es cierta, y si sólo demostrara que cometí una estupidez, al menos será la única de la que jamás me he avergonzado. Y la prueba es que usted acaba de saberlo por mí.

Diciembre 31. Viernes. Ultimo día del año 1976. Ultima anotación en la duodécima libreta mensual. Y esto exige un resumen. Y la definición de ciertos puntos de vista.

Ante todo, con los mismos datos con que un biógrafo favorable puede enaltecer la memoria de don X, demostrando que fue un caballero honorable, un biógrafo hostil puede hacer sospechar que realmente fue un hipócrita y un desmadrado. Todo depende de la manera de manejar la información. No es preciso falsear nada. Es una simple técnica de ángulo de enfoque. En lo referente a lo autobiográfico, con alguna excepción de masoquismo exhibicionista, lo normal es que uno se acicale un poco, antes de las sesiones de gramática. Y el propósito de esa gramática es, por lo común, desvirtuar alguna imputación difusa o bien definida, o satisfacer onanísticamente una vanidad con el incienso en declive, o diluir saliva de cobra en la tinta arcangélica, en ciertos casos.

En lo que a mí respecta, he escrito este libro para divertirme. Y me he divertido, escribiéndolo. He omitido el nombre de ciertas personas a quienes podría perjudicar lo que me beneficiara a mí, en cualquier sentido, salvo alguna referencia a quienes trataron de perjudicarme a mí sin beneficio para nadie. He alterado deliberadamente ciertos datos cronológicos, geográficos y patronímicos para despistar cualquier identificación femenina. Admito que ese es el aspecto menos confiable de mi "Diario", en su autenticidad anecdótica. Por lo demás, es difícil que una anotación del mes de marzo haya sido escrita con el mismo pulso que otra del mes de septiembre. Y el estado de ánimo se refleja en la escritura, tanto en lo externo como en su interioridad. Finalmente, todo el mundo tiene rachas depresivas y eufóricas, púdicas y cónicas, humildes y pedantes. Pero todo el mundo no escribe un "Diario" que lo demuestre así.

Yo lo he escrito. Perdón.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en fecha 29 de julio de 1981. Composición tipográfica: Félix Santiago Núñez y Vicente Salas Woss; Diagramación: Nelson Núñez, Nelson Henríquez y Aníbal Antonio Almonte; Fotomecánica: Francisco Tavárez y José Altagracia Bussi; Impresión: Nelson Veloz y Máximo Saldaña; Compaginación y Encuadernación: Roberto Pol, Israel Ferreras, José María Díaz, Héctor Santana, Jorge Rafael Paredes, Eddy Antonio Heredia y Rafael Socorro Mendoza.

J O S E
ANGEL
BUESA

- *Sus Versos*
- *Sus Amores*
- *Sus Viajes*
- *Sus Recuerdos*

En este libro – donde aparecen también numerosos poemas inéditos – se intenta demostrar que en el término de un año, por cierta permanente aproximación casual entre el hoy y el ayer, toda persona tiene que ir recordando los sucesos más importantes de su vida. Es así como un Diario Íntimo, como este AÑO BISIESTO, pasa a ser una autobiografía, – tal vez con determinadas incoherencias cronológicas, pero de auténtica autenticidad.

